
LA
CARA DOBLE
DEL TIEMPO
MARÍA APARICI
Círculo Rojo
EDITORIAL

La cara doble del tiempo

María Aparici



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2025

ISBN: 979-13-7016-738-7

© Del texto: María Aparici Alemán
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

Sin buscar encontrarás, buscando te perderás.

Capítulo 1
El Nobel

Los problemas para dormir no eran algo excepcional; no obstante, la sacudida que la asaltó al despertarse fue espantosa. Un profundo desasosiego recorrió el cuerpo de Anabel de arriba abajo sin renunciar a un solo centímetro de su piel.

Aun habiendo conciliado el sueño con grata facilidad, las pesadillas le negaron alcanzar el descanso reparador. Soñó que una motocicleta arrollaba a bocajarro y sin piedad a su mejor amiga. Ver a Claudia tendida en el suelo le pareció tan real que todavía sentía la sangre manar entre sus dedos al despertar. Pronto se dio cuenta de que solo se trataba de un sueño, y la supuesta sangre era solo sudor. Aun así, no dejó de pensar en ello todo el día. Como suele ocurrir en algunos sueños, la apariencia de Claudia era diferente, más corta de estatura quizás, y con algunos rasgos físicos cambiados, pero era ella. O eso creyó durante un tiempo.

Aturdida, se levantó de la cama sacudida por la angustia y fue al baño a lavarse la cara. Quería borrar esa imagen de su mente cuanto antes.

Sin quitarse el pijama, se enfundó el batín y bajó a desayunar. En una hora había quedado en verse en el centro con Claudia, y la necesidad de saber que se encontraba bien no pudo esperar el corto tiempo que ello suponía.

ANABEL_9:05

Hola
¿Nos vemos en una hora donde siempre?

CLAUDIA_9:06

Genial

Respiró aliviada. Ahora podía seguir con sus quehaceres sin quebraderos de cabeza. Pero, a pesar de ello, el sueño la persiguió durante varias semanas hasta caer perdido en algún rincón de su cerebro.

Como cada año, Anabel y Claudia eran las encargadas de organizar el viaje de fin de curso. Tras una selección exhaustiva, Tailandia se posicionó a la cabeza de la lista. Habían sido compañeras de clase desde que pusieron un pie en las aulas, compartiendo infinidad de momentos juntas. Estudiaban cuarto de Administración y Dirección de Empresas en la universidad. Ese año, tras perder la esperanza de que algún otro alumno se encargara de la organización del esperado evento, se resignaron a ser una vez más ellas quienes tomaran las riendas.

Cuando se disponía a devorar sus cereales, apareció su madre y se sentó a su lado. Cintia era una mujer altiva y caprichosa. A decir verdad, eran bastante parecidas de carácter, lo que acrecentaba las trifulcas entre ambas, quienes nunca se habían llevado bien. Su padre era el punto en común, solía actuar como intermediario intentando calmar las aguas con su labia dulce y cariñosa.

Con el fin de mantener una conversación cordial, Anabel le explicó algunos detalles sobre la organización del viaje. Como era de esperar, Cintia no perdió oportunidad para mostrar su desaprobación, desprestigiando la labor que cometía y tachándola como la secretaria del resto de alumnos. Por mucho que Anabel se esforzó en explicarle la situación, Cintia no cambió de parecer. Siguió desacreditando los argumentos de Anabel, haciendo que esta se sintiera cada vez más frustrada. Estaba cansada de sus críticas y pensó que hubiese sido preferible evitar cualquier conversación y desayunar en silencio.

Siempre había tenido la sensación de que el mayor cometido de la vida de su madre era hacer la suya un infierno.

Menos sorprendente resultaba que Anabel fuera igual de orgullosa y excéntrica que su madre.

Cuando consideró que ya había dicho suficiente, dejó a Anabel furiosa de rabia y se marchó al sofá a leer una revista. Anabel se quedó en la cocina unos minutos más, apenas había tocado el bol de

cereales que se había preparado, y sin tomar ni una cucharada más se levantó y se fue a su habitación.

Era una mañana de sábado luminosa, el sol brillaba desde bien temprano y por una vez Claudia llegó puntual a la cita. Se sentaron en una cafetería, y tras tomar un capuchino con una galletita de canela, se dispusieron a recorrer todas las agencias de viajes de la lista que habían preseleccionado. Dedicaron a ello toda la mañana y parte de la tarde, recabaron toda la información necesaria y acordaron verse otro día para decidir la mejor opción. No tenían demasiado tiempo, el viaje tenía que programarse para principios de mayo, antes de que el periodo de exámenes empezara.

Pese a haber estado caminando durante todo el día, era sábado, y quedarse en casa por la noche no era una opción.

—¿Llamamos a Emilie y Clara para esta noche? —preguntó Claudia.

—¡Ni te atrevas a invitar a Clara! Sabes que no la soporto. Estoy cansada de que nos quite los ligues con esas minifaldas tan provocativas —respondió Anabel.

—Está bien, llamaré solo a Emilie, pero sabes que no me gusta que excluyas a Clara solo por eso. Es una buena amiga, y no creo que nos quite nada como tú dices —dijo Claudia un tanto mosqueada—. No importa, necesito llegar a casa y tomar un buen baño, tengo los pies destrozados.

—Sí, es mejor, dejémoslo ahí. Voy a ver si mi prima Andrea quiere unirse al plan de esta noche.

Andrea era la prima favorita de Anabel, sentía una especie de aprecio interesado por ella. Valoraba lo dócil y manejable que podía llegar a ser, y podía dirigirla a su antojo sin siquiera recibir reproche alguno.

Por su parte, Andrea la consideraba un modelo a seguir. Fascinada por su carácter fuerte y su popularidad, tenía todo lo que ella admiraba.

Además, la belleza natural de Anabel doblegaba la balanza en su favor, contrarrestando con el cuerpo desgarbado de Andrea. No se podía decir que era fea, pero su timidez y kilitos de más le restaban atractivo entre el público masculino.

Así pues, Anabel procuraba gozar siempre de la presencia de su prima durante sus salidas. A pesar de no necesitarlo, y por muy ruin que parezca, le reconfortaba sentir que, al lado de alguien con menores cualidades físicas, las suyas se verían ensalzadas. Anabel era delgada y esbelta, su belleza no pasaba desapercibida en ningún lugar. Sus ojos verdes y labios voluptuosos combinaban a la perfección con una melena de tono castaño que se extendía más allá de sus hombros. Siempre le había gustado llevar el pelo largo, cuando era niña su madre la llevó a la peluquería y, sin razón alguna, ordenó que se lo cortaran muy corto.

Salió de la peluquería llorando y se quedó una semana encerrada en su habitación, llorando y negándose a ir al colegio. Uno de varios recuerdos traumáticos que Cintia le ocasionó durante su infancia.

Se despidió de Claudia, quedando en verse unas horas más tarde. Apenas entró en el coche, activó el sistema de manos libres de su teléfono móvil.

—¡Hola Andrea!

—¡Hola! ¡Qué alegría oírte! Justo iba a escribirte para ver si te apetecía hacer algo esta noche.

—Sí, te llamo precisamente por eso, voy a salir con Emilie y Claudia. Vamos a los pubs cerca de la universidad, ¿te apuntas?

—¡Claro, me parece un plan genial! ¿A qué hora nos vemos?

—Ven después de cenar a mi casa y nos arreglamos juntas. Si estás conmigo, mi madre no estará tan vigilante de mi elección de vestuario.

—¡Ja, ja, ja! —rió Andrea—. De acuerdo, iré sobre las diez y media, ¿Clara no viene con nosotras?

—Otra con lo mismo… ¡No! ¡Clara hoy no viene!

—Está bien —añadió cabizbaja sin entender el porqué de su actitud.

—Nos vemos luego entonces. ¡Trae tu barra de labios de color rojo, por favor!

—Lo haré, no te preocupes, hasta luego.

Anabel colgó el teléfono y prosiguió la ruta hasta su casa.

Sorprendentemente, el tráfico era más fluido que de costumbre. Al llegar, sus padres se encontraban mirando la televisión en el salón.

En cuanto oyó la puerta, su padre se levantó de un salto para salir a su encuentro y darle un fuerte abrazo. Julio tenía dos reglas: sonreír a cada oportunidad y demostrar cariño a los tuyos. Su madre se limitó a saludar desde el sofá sin apenas levantar la vista y seguir cambiando canales al azar.

Fruto del esfuerzo, el padre de Cintia forjó una gran fortuna de la que ella resultó única heredera. La industria del calzado fue la precursora de sus negocios, los que le hicieron facturar grandes sumas de dinero en los mejores años de la empresa. Tuvo un comienzo duro, a finales de la década de los setenta la gente no se preocupaba mucho de comprar zapatos bonitos o de buena calidad. Pero más tarde eso cambiaría, durante los ochenta y noventa se dio a conocer entre la clase media y alta, consiguiendo un nivel de ventas muy por encima de sus competidores.

En cambio, Julio trabajaba para llevar a casa una mísera cantidad que apenas cubría un tercio de los gastos familiares. Su mujer le había sugerido en varias ocasiones que dejara de trabajar, pero él se negaba.

Trabajar le permitía seguir sintiéndose útil y pasar unas horas alejado de los reproches y caprichos de su mujer. No era un hombre codicioso ni consumista y se esforzaba por dar lo mejor a su familia. A pesar de sus defectos, seguía enamorado de Cintia. Le reconfortaba pensar que su carácter se trataba de algo pasajero y que un día ocurriría algo que la haría cambiar. Y aunque se casó sabiendo que era una mujer caprichosa, su mal humor había ido creciendo con el paso de los años, fundamentalmente desde el nacimiento de Anabel.

Altiva y soberbia, algunos la consideraban incluso sin escrúpulos.

Conoció a Julio una tarde de agosto en la plaza mayor. Él paseaba solo, admirando las obras de arte de un pintor aficionado que exponía sus creaciones en la calle con la esperanza de que algún cazador de talentos lo descubriera. En ese momento, Cintia se acercó dejando caer el abanico que portaba con la esperanza de que él lo recogiera. Como buen caballero que era, Julio se apresuró a cogerlo con la intención de devolverlo a su dueña y proseguir la marcha. Cintia lo interpeló con preguntas sobre arte y Julio, como

buen caballero, no tuvo más opción que escucharla y responder con educación. Después de un rato, Cintia le propuso ir a tomar algo para seguir la conversación. Julio no podía rechazar la invitación de una dama. Anticipando que tendría que pagar, le propuso dar un paseo primero y de esta forma alejarse de las calles céntricas y lujosas en las que tomar un simple café con leche era un lujo que no todos se podían permitir.

Caminaron durante media hora, tiempo durante el cual la conversación fue completamente protagonizada por Cintia. Era una habladora empedernida.

Empezó hablando de arte para aproximarse a él, pero en cuanto se terció cambió de tema para poder así abordar otros más encaminados hacia su vida personal.

Cuando se hubieron alejado lo suficiente del centro, Julio le propuso entrar en una cafetería a tomar algo. Era un lugar acogedor y con encanto, pero nada lujoso. Estaba en una de las calles peatonales que habían sido renovadas hacía pocos meses con el propósito de revalorizar la zona, aunque por el momento seguía siendo un barrio de clase media y baja. La cafetería se ubicaba entre una mercería y una antigua panadería; la fachada era completamente blanca, con un gran ventanal a cada lado de la puerta y una campana antigua en el centro, dándole así un aire rústico. Hablaron largo y tendido durante varias horas, se intercambiaron los teléfonos y siguieron viéndose hasta empezar un corto noviazgo que pronto derivó en boda.

Pasaban cinco minutos de las diez y media cuando Andrea llamaba al timbre de casa de sus tíos. A diferencia de muchos, Anabel vivió en la casa familiar durante todo su periodo en la universidad. Era una buena estudiante, aunque algo problemática, por lo que sus padres preferían aguantarla en casa hasta que finalizase los estudios. A cambio, le compraron un coche de lujo último modelo para que pudiese moverse con facilidad.

Tras cruzar el inmenso jardín, Andrea llegó a la entrada de la casa; la puerta era de roble macizo y ocupaba gran parte de la fachada.

—Pasa, Andrea —dijo Julio dándole un beso—. Anabel está en su habitación, ¿quieres tomar algo, cielo?

—No, gracias, tío, voy a subir a la habitación de Anabel para ver si ya está lista.

Subió las escaleras estirando su minifalda de mezclilla para que no pareciese demasiado corta. Complementó su atuendo con una camiseta de tirantes negra y bailarinas del mismo color. Lo que Julio no imaginaba es que dentro del bolso llevaba unos zapatos de tacón que dejarían asombrado al trapecista más intrépido del circo.

Trasladando la estima que le profesaba a su hermano Pedro, también hacia su hija, Julio quería y trataba a su sobrina Andrea como si fuera de su propia carne. Desde pequeños habían sido inseparables, quizás por ello ambos eran padres cariñosos con un gran instinto de protección. Desde que ambas nacieron siempre han estado juntas. Compartiendo año de nacimiento, incluso podrían haber ido al mismo colegio, cosa que Cintia no permitió puesto que su hija había ido siempre a colegios ricos y prestigiosos que Pedro y Lola no podían permitirse. Instituciones de gran prestigio que, a fin de mes, pasaban una factura superior a un sueldo medio. Los dos hermanos se llamaban muy a menudo; les encantaba organizar barbacoas en el jardín de Julio, aunque con el paso de los años la frecuencia había disminuido considerablemente, entre otras cosas, porque Cintia y Lola, la mujer de Pedro, no se llevaban demasiado bien. No se podría decir que pelearan cuando estaban juntas, pero Cintia la consideraba alguien vulgar y sin clase, y con sus indirectas se lo hacía ver a la más mínima oportunidad.

Andrea se paró frente a la puerta de Anabel y llamó antes de entrar.

—¡Mamá, déjame en paz! Ya te he dicho que me voy a vestir como me dé la gana, tengo veinte años.

—Soy Andrea —dijo con voz baja.

—Ah, eres tú, pasa —dijo abriendo la puerta—. Creía que era otra vez mi madre que venía a fastidiarme. Nunca me hace ni caso y parece que solo se interesa por mí los días que vamos a salir. Estoy segura de que siente rabia de que yo tenga más vida social que ella, que se pasa las horas en casa, bebiendo vino y mirando la televisión.

—No está bien que hables así de tu madre, lo hace porque se preocupa por ti.

—Ya, seguro que es eso…

Aun creyendo difícilmente sus propias palabras, Andrea había recibido una educación donde no se toleraba juzgar a nadie, mucho menos a miembros de tu propia familia.

Incuestionablemente, Cintia no era una madre cariñosa, y aunque en el fondo quería a su hija, nunca había manifestado ante ella una muestra de afecto. Tal y como Anabel suponía, envidiaba su juventud y belleza.

Desde un primer momento la consideró una amenaza, alguien con quien tenía que compartir el amor de su marido. Por el contrario, cuando Julio miraba a su pequeña, se le iluminaban los ojos como luceros. Cosa que ya no ocurría cuando miraba a Cintia, o al menos es lo que ella pensaba.

—Ayúdame a elegir qué me pongo —sugirió Anabel mirando el desorden en el que se encontraban.

Jugando sus cartas de manera estratégica, pretendía que Andrea se sintiera importante. Escuchaba sus consejos, pero no cabía duda de que terminaría eligiendo ella misma su vestimenta.

Siguiendo su instinto e intentando descifrar lo que Anabel pensaba, solía aconsejarle algo sexy y atrevido. Conocía sus gustos y adoraba vestir de manera provocativa cuando salían de noche.

Entre el mar de ropa en el que se encontraban yacían faldas, vestidos, camisetas y pantalones por todas partes. No se escapaba ni el más mínimo rincón, encima y debajo de la cama, en el suelo, colgando del pomo de la puerta del armario o en el cuarto de baño.

—¡Uf, no tengo nada que ponerme! Tendríamos que haber ido de compras, toda mi ropa se ha quedado anticuada.

—¿¡Qué dices!? Tienes muchísima ropa. Mira este vestido verde —dijo al tiempo que se agachaba para recoger la falda del suelo.

—¡Eso está pasado de moda! Lo compré hace tres meses. Además, el color verde ya no me favorece, me veo pálida con él.

—Bueno, ponte algo y vamos. Claudia y Emilie nos estarán ya esperando en el pub.

—¡No tengas tanta prisa! ¡Que esperen! No creo que nos necesiten para pasarlo bien —añadió un tanto exasperada—. ¿Has traído el pintalabios rojo que te pedí?

—Sí, lo tengo en mi bolso.

—¡Perfecto! Me pintaré de camino en el taxi, prefiero evitarme las sandeces de mi madre si me ve con los labios pintados de rojo. ¿Qué te parece esta falda negra con la camiseta roja de espalda descubierta? Solo me la he puesto una vez.

—¡Estupendo!

Resultaba triste ver cómo Anabel no sentía gran aprecio hacia todo lo que tenía, solía pensar Andrea. Adoraba a su prima, pero más allá de su ingenuidad era capaz de ver lo caprichosa que podía llegar a ser. Sentía lástima por ella, aun teniéndolo todo, eran múltiples las ocasiones en las que anhelaba lo que no tenía. En su último cumpleaños, Andrea recibió de su tía Cintia un pintalabios rojo pasión de primera marca, algo que Anabel deseaba pero que su madre no le permitía usar alegando que era demasiado joven y que el color le haría parecer una cualquiera.

Bajaron las largas y voluptuosas escaleras de mármol. A través de uno de los espejos, se podía ver a Cintia en la cocina, de pie y acechando para no perder el momento en el que las chicas bajaban. Calzadas con bailarinas, los zapatos de tacón estaban bien guardados en sus respectivos bolsos.

—¿Hacia dónde os dirigís esta noche, chicas? —preguntó Cintia con insolencia.

—No te interesa —respondió Anabel sin mirarle a la cara.

—¡Qué formas son esas de hablarle a tu madre! Vuelve ahora mismo a tu habitación, por maleducada esta noche no vas a salir.

—¿Eso es lo que te gustaría, verdad? ¡Quieres fastidiarme para que sea una amargada como tú! Tengo veinte años, soy mayor de edad, ya no puedes prohibirme nada.

—¡Me importa poco la edad que tengas, mientras vivas bajo mi techo harás lo que a mí me plazca! ¡Y si no estás conforme, ahí está la puerta!

—Te aseguro que si por mí fuera, ¡hace tiempo que me hubiese ido de aquí!

—Es tu elección, nadie te impide. Pero si te vas, las tarjetas de crédito se quedan —añadió amenazante.

Girándose hacia el salón, Andrea vio cómo su tío Julio estaba absorto leyendo el periódico, ajeno a la discusión que estaba teniendo lugar a tan solo unos metros.

—¡Papá! —gritó.

—Eso es, refúgiate con tu padre como siempre…

El reclamo sacó a Julio del ensimismamiento en el que se encontraba, haciendo que se levantara del sillón por el sobresalto y temiendo lo peor.

—¡Papá! ¡Mamá no me deja salir!

—A ver, calmemos los ánimos. ¿Qué es lo que ocurre, Cintia? —preguntó dirigiéndose a su esposa y sacando conclusiones bastante aproximadas sobre lo que había podido causar una situación de tal calibre.

—Tu hija me ha faltado al respeto.

—¿Es eso cierto, cielo? —preguntó Julio resignado, tornándose hacia ella.

—Pero papá, sabes que siempre me está molestando con sus comentarios. Solo he intentado defenderme.

—Discúlpate con tu madre, Anabel, por favor.

—¡Pero papá! —exclamó con resignación, sabiendo que terminaría con el orgullo por los suelos.

—No hay peros, Anabel. Discúlpate, por favor, hija.

—De acuerdo —murmuró apretando los dientes y agachando la cabeza—. Disculpa por haberte hablado mal, mamá —dijo manteniendo la cabeza agachada.

—Está bien, marchaos ya, chicas —se apresuró a decir Julio evitando el riesgo de que diera comienzo otro conflicto—. Pasadlo bien, pero con prudencia.

En situaciones así, Cintia se sentía tan poderosa como un ejército tras ganar la primera batalla. A pesar de saber que ambas compartían parte de responsabilidad sobre la discusión, Julio había desistido con la educación de su mujer, prefería inculcarle a su hija el valor del respeto hacia los mayores. Además, aunque esta no lo creyera igual, lo hacía por su bien, ya que era la única forma de que se pudiera marchar de casa sin acrecentar el problema y acabar de verdad castigada.

Con mirada firme y la cabeza levantada, Anabel se encaminó hacia la puerta, marchándose sin pronunciar palabra.

—Adiós, tío Julio, adiós, tía Cintia, nos vemos pronto —se despidió Andrea intentando quitarle hierro al asunto.

Atravesaron el vasto jardín por el camino de piedras importadas que había hecho instalar Cintia el verano anterior. El resultado era magnífico, las piedras eran de una belleza exquisita, talladas a mano y colocadas una a una. Cuando salía el sol después de haber llovido, se diría un pasillo de diamantes.

En la puerta les estaba esperando el taxi. La casa estaba en una urbanización de alto standing a las afueras de la ciudad, rodeados de otras mansiones y, todas ellas, habitadas por familias adineradas y poderosas.

Desde el encontronazo con su madre, Anabel no había pronunciado palabra.

—Al centro, por favor. Nos puede dejar en la rotonda de la estatua, al lado de la plaza mayor —explicó Andrea dirigiéndose al taxista, quien se limitó a asentir con la cabeza y emprender la marcha tras dar un vistazo rápido al retrovisor.

Pasaron aún varios minutos hasta que Andrea se decidió a romper el hielo.

—¡Vamos, anímate! No dejes que esto nos estropee la noche.

—¡De verdad no puedo más! Esta situación empieza a ser insostenible, me gustaría no volver a tener que verle la cara nunca más. No entiendo qué consigue ella con ese afán de amargarme la existencia.

—No le des más vueltas al tema, no sirve para nada. ¿Nos cambiamos los zapatos?

—Tienes razón.

Andrea la rodeó por la espalda y le dio un fuerte achuchón acompañado de un beso en la mejilla. Por muy dura que Anabel se esforzara por parecer, ese simple gesto hizo que una tímida sonrisa se dibujara en su rostro. A veces olvidamos cómo lo que parece sencillo para unos, puede ser de gran ayuda para otros. En la sociedad de hoy en día tendemos a desatender los pequeños gestos, algo tan corriente como un beso o unas palabras de aliento suponen

mucho menos esfuerzo para el que las otorga comparado con la satisfacción que puede llegar a sentir quien lo recibe.

Con aquella inyección de buen humor y transcurridos apenas veinte minutos, llegaron a su destino. Como cada sábado, el centro de la ciudad estaba a rebosar. Rozando la medianoche aún se veían parejas y grupos de amigos cenando a través de las vidrieras de los restaurantes. En uno de ellos se vislumbraba un grupo de jóvenes, probablemente estudiantes, cenando en una mesa larguísima con interminables comensales y tantas jarras de cerveza que apenas se veía el mantel.

En el otro extremo de la calle, un grupo de amigos se disponía a dar comienzo al ritual del *botellón*[1]. Provisionados con botellas de ginebra, ron y demás, se podría decir que la fiesta estaba servida.

Cuando las chicas sentían el riesgo de que algún adulto las pudiera escuchar, se referían a la «reunión de amigos» que se iba a celebrar, en lugar de mencionar el término botellón, comúnmente desaprobado por la mayoría de sus progenitores. A pesar de haber superado la mayoría de edad y haber entrado en la veintena, para sus padres seguían siendo niñas a quien cuidar y controlar. De haber sabido que con tal actitud solo conseguían fomentar la mentira entre sus hijos, quizás hubiesen aflojado un poco las reglas.

Anabel y Andrea, con sus zapatos ya dispuestos, bajaron del taxi y se dirigieron hacia el pub de moda en el que se habían dado cita con Claudia y Emilie, el *Nobel*.

Por aquella época, gracias a los precios altos que filtraban su público y a la buena publicidad, el *Nobel* se convirtió en el garito preferido entre los jóvenes con cierto poder adquisitivo. De forma ineludible, la *jet set* se dejaba caer por allí cada cierto tiempo.

Asentado en un edificio del siglo XVII y predominantemente de estilo barroco, era uno de los locales más exclusivos de la ciudad. Tanto el exterior como el interior estaban decorados y cuidados hasta el más mínimo detalle, la fachada pintada de blanco dejaba entrever los cargados adornos característicos de la época barroca. Algunos de ellos habían tenido que ser reconstruidos por el desgaste del tiempo. En el primer piso se encontraba el balcón más grande, y

en el segundo piso dos balcones más pequeños, los tres de piedra, pintados también de blanco y con un reborde dorado en la parte superior. La puerta de entrada fue reemplazada para la apertura, la que en su mejor época lució el edificio se quedaba pequeña para las expectativas de aforo que se esperaban, en su lugar colocaron una mucho más moderna, que ocupaba casi todo el largo de la fachada, lo que contrastaba bastante con el estilo propio que el edificio detentaba.

A ambos extremos de la puerta y vestidos de negro, dos guardas de seguridad vigilaban el acceso principal. Entre ellos yacía un cordón rojo de unos diez centímetros de grosor que hacía las veces de barrera impidiendo el acceso al interior del local.

Pasaban tan solo diez minutos de medianoche cuando la fila de gente que aguardaba para entrar al local llegaba casi a la esquina, lo que equivalía a unos cuarenta y cinco minutos de espera. Teóricamente, el pub debería haber abierto sus puertas al público hacía diez minutos, pero, sin razón aparente, la entrada seguía sellada y bien vigilada por los guardas y sus músculos.

La espera formaba parte del espectáculo y del glamur del lugar, cuanto más difícil parecía el acceso, más público atraía.

Pasando al lado de la hilera de gente, se dirigieron directamente a la entrada e interrogaron a uno de los guardas de seguridad acerca de la apertura. Mirándolas de reojo y haciendo caso omiso a sus preguntas, el guardia siguió en el silencio más absoluto sin pronunciar palabra.

Insistiendo en su afán por entrar, Anabel se dirigió de nuevo al guardia.

—Te advierto que somos amigas de Miki, si no nos dejas pasar inmediatamente tendrás que lidiar con las consecuencias.

Esta vez el guarda se limitó a alzar el brazo señalando el final de la cola y a volver a bajarlo. Indignadas, se colocaron al final de la fila a esperar como el resto.

Era una noche bastante fría, había llovido durante el día y el suelo estaba mojado. Para estar en marzo, el frío calaba en los huesos más que de costumbre. Por el mismo periodo el año anterior las

temperaturas fueron notoriamente mejores, mientras que un buen abrigo resultaba una prenda imprescindible para la noche.

A pesar de ello, bajo el grueso abrigo una ligera blusa servía de única prenda; pareciera que la juventud no solo les otorgara energía y vitalidad, sino también una especie de protección contra temperaturas extremas. En ese momento, Anabel no pudo evitar pensar en el viaje a Tailandia, imaginándose tumbada en la playa con el sol acariciando su piel. Odiaba el frío, siempre fantaseaba con vivir en un lugar donde fuese verano todo el año.

—Emilie y Claudia ya deberían haber llegado, espero que Miki no les haya dejado entrar a ellas y nosotras estemos aquí plantadas pasando frío —replicó Anabel, irritada.

—Me atrevería a afirmar que todavía no ha entrado nadie —explicó Andrea.

Miki era relaciones públicas del club, Anabel y él se habían estado viendo durante un tiempo, hasta que ella decidió que se había cansado de él. Nunca se había enamorado, estaba acostumbrada a que los chicos actuaran según su voluntad y, cuando se le antojara, dejarlos tirados e ir a por el siguiente. Con Miki ocurrió exactamente lo mismo. Una de tantas noches que Anabel había acudido al *Nobel*, Miki la vio y se quedó prendado. Tras invitarle a una copa y hablar largo y tendido, le comentó que entre sus ventajas como relaciones públicas podía conseguir entradas gratis y sin espera todas las veces que quisiera. La propuesta resultó interesante a ojos de Anabel, sabía identificar una buena oportunidad cuando la tenía delante. Después de varios sábados recibiendo copas gratis y entrando en la zona VIP a su costa, Miki se armó de valor y la invitó a verse otro día en un contexto diferente que una noche de copas.

Se vieron varias veces para cenar e ir al cine; para Anabel se convirtió en un entretenimiento pasajero, alguien con quien pasar un buen rato y salir, pero, a diferencia de él, para ella no pasó a ser nada más que eso. Sus mundos eran muy diferentes, Miki no tenía estudios, venía de una familia de clase media que hubiese podido costearse una universidad pública, pero él prefirió probar suerte en el mundo de la noche y dejar el aspecto intelectual a su hermana

pequeña, quien desde pequeña mostró grandes capacidades de aprendizaje y desarrollo.

Sentirse atraída por la clase social y el intelecto era uno de los requisitos que, sin saberlo, Anabel exigía en las personas de su entorno. Pocos llegaban a eludir tal condición, y Miki no formaba parte de las excepciones. Era un buen contacto, pero nada más. La última vez que quedaron para cenar, se citaron directamente en el restaurante; Anabel nunca apareció, ni siquiera le llamó para cancelar la cita o para decirle que no podría asistir, sencillamente no fue. Tras varias llamadas, dos horas de espera y tres martinis con hielo, Miki se volvió a casa, enfadado y ebrio. Imaginando el escenario, durante una temporada Anabel evitó ir al pub, y cuando por fin volvió hizo como si nada hubiese pasado. El chico no le pidió explicaciones, había dado por acabada la relación o lo que fuese que hubiesen tenido. Pese a todo, seguía teniendo sentimientos por ella y el empeño por atraer su atención volvió a la carga durante un corto periodo, hasta que, cansado por sus desplantes, dejó de insistir.

Se deleitaba viendo cómo los hombres la deseaban y la consideraban inaccesible, le hacía sentir poderosa.

—Supongo que Miki se ha cansado de que juegues con él y nos ha eliminado de la lista VIP —murmuró Andrea con cierto miedo y sabiendo el riesgo que conllevaban sus palabras.

Anabel la miró sin decir nada, sus ojos transmitían la rabia infundada por el conocimiento de causa; Andrea tenía probablemente razón, pero le fastidiaba admitirlo. Continuaron esperando en la intemperie, una al lado de la otra en silencio, esperando que el local abriera sus puertas y poder entrar.

Transcurridos treinta y cinco minutos, la masa de gente empezó a avanzar. Hacía mucho tiempo que no tenían que costearse la entrada al pub; a raíz de la discusión acontecida con su madre, Anabel olvidó su cartera en casa, por lo que Andrea, muy a su pesar, se vio obligada a prestarle un dinero que intuía no vería de retorno.

El pub se componía de tres alturas; antiguamente fue una casa habitada por una familia de nobles, pero después de la muerte de todos los miembros de la familia pasó a pertenecer al estado y, tras

muchos años cerrada, un grupo de inversores pensó en ella para abrir el local de copas que no haría más que aumentar su ya abundante patrimonio. Se las arreglaron para que un conocido gestor de locales del mismo estilo se ocupara de la gerencia y se desentendieron del resto. Solo aparecían en escena cuando había que repartir beneficios.

Caminaron entre el gentío hasta encontrarse con alguien conocido; Samuel era un compañero de la universidad de quien Anabel estuvo un tiempo encaprichada en silencio. Una noche Samuel y Andrea se besaron, y a pesar de los celos horrorosos que sintió, nunca le había dicho a nadie que el chico le gustaba, por lo que decirlo ahora supondría una gran humillación para ella que no estaba dispuesta a asumir. No soportaría que pensaran que su prima la regordeta le había levantado a un chico.

Por varias semanas, y sin que nadie sospechara el porqué, se mostró distante con ella. Por su parte, Andrea intuyó el motivo de su malestar y, para evitar un mal mayor, se cuidó de no responder a ninguno de los mensajes del chico, quien al parecer parecía bastante interesado en ella. Prefería mantener una buena relación con su prima, a salir unas cuantas veces con un chico que probablemente acabaría cansándose de ella como todos los otros.

Al verle esa noche en el *Nobel*, Anabel pasó de largo como si no le conociera, Andrea le saludó tímidamente levantando la cabeza y los ojos sin pararse a hablar con él, que es lo que le hubiera gustado.

Sedientas y hartas de dar vueltas, se dirigieron hacia una de las barras de la planta baja. Era la planta más grande, en su día fue la sala de baile donde los nobles que la habitaban celebraban sus fiestas y eventos; la primera y segunda planta eran más pequeñas. Antiguamente fueron dormitorios y alguna sala de baño, ahora, reformadas en pistas de baile más pequeñas, barras y zonas de descanso.

—Pídeme un ron con cola —ordenó Anabel.

Sin rechistar, Andrea se limitó a obedecer, pagó y le dio la bebida a su prima.

Se colocaron cerca de la puerta, la gente seguía entrando, pero ni rastro de Emilie y Claudia. Dejaron las copas sobre la repisa de una

de las columnas e hicieron semblante de bailar y pasarlo bien, aunque lo cierto era que ninguna de las dos se sentía especialmente eufórica en aquel momento.

—¿Sabes algo de Emilie y Claudia? —preguntó Andrea.

—No, y espero que sea porque aún no han entrado. Si les han dejado entrar en la zona VIP sin nosotras, ¡no respondo!

Al igual que Anabel, Claudia era una chica muy atractiva, y tenía algunos contactos en el pub, lo que despertaba los celos de esta, quien intentaba disimularlo, ya que también jugaba en su beneficio. Claudia era su mejor amiga y la más divertida del grupo, siempre podía contar con ella para salir y quedarse hasta tarde.

—¡Mira! ¡Ahí están!

En ese preciso momento, las dos chicas entraron por la puerta principal, muertas de frío por haber esperado durante largo rato fuera, al igual que Anabel y Andrea lo habían estado minutos antes.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Anabel.

—Lo siento, se nos ha hecho algo tarde y luego nos hemos encontrado con esta fila interminable. El guardia de la entrada no nos ha dejado entrar directamente, no entiendo por qué, así que hemos tenido que esperar y pagar para entrar poco a poco todo el mundo —explicó Emilie.

—Sí, ¡qué horror! —exclamó Claudia.

—¡Qué nos vais a contar! —replicó Andrea—. A nosotras nos ha pasado lo mismo, Miki ha tenido que mover algunos hilos para que perdamos todos nuestros privilegios.

—Pedazo de imbécil —gruñó Anabel en voz baja.

—Bueno, que no nos amargue la noche —sugirió Claudia—. ¡Vamos a pasarlo bien! Por cierto, ¿de dónde habéis sacado las copas?

—De la barra, las he pagado yo —aclaró Andrea con resignación.

Aun siendo todavía bastante temprano, el local estaba a rebosar, en breves llegarían al aforo máximo, momento en el que los guardas de seguridad de la entrada empezarían a impedir la entrada de más gente, a excepción de los VIP. Dos multas habían sido ya interpuestas por exceder el aforo permitido, por lo que la administración se puso seria con ello, no les convenía un cierre inesperado, el local era una mina de oro. Al ver sus negocios y su

reputación peligrar, esa ocasión fue una de las pocas en las que los inversores intervinieron. Eran hombres de negocios, para la mayoría, el *Nobel* suponía tan solo un negocio minoritario.

Uno de ellos incluso estaba involucrado en política, y fue él precisamente quien insistió para que se respetara el aforo y se controlara el consumo de estupefacientes en el interior y los alrededores del local. Tener negocios de ese tipo no estaba de por sí muy bien visto en el mundo de la política, y si además de eso se le añadía mala reputación, su carrera podría verse gravemente afectada.

—Chicas, necesito ir al servicio —anunció Claudia con cara de preocupación. Algo rondaba en su cabeza, y pronto sabrían el qué.

—Espera un poco —añadió Anabel—. Acabemos antes la primera copa.

—Está bien.

La música era agradable, sonaba una de las canciones de moda, y las chicas parecían estar pasándolo bien. Claudia y Emilie habían optado por vestidos cortos. Claudia lucía un vestido negro ligeramente brillante y transparente a la altura de los hombros. El tejido dejaba entrever también parte de sus pechos, lo justo para no resultar vulgar. Emilie, algo menos atractiva de por sí, llevaba falda amarilla, su color favorito, con un *top* negro ajustado.

De pronto vieron a Clara a lo lejos, estaba sirviendo copas junto con Virginia, otra compañera de clase. A excepción de Andrea, todas estudiaban en la misma universidad, una de las más prestigiosas y caras de la región. Sus alumnos, o más bien sus familias, gozaban de un poder adquisitivo considerablemente superior a la media de la sociedad, por lo que no entendían cómo podían estar trabajando un sábado por la noche.

«¿Por qué estar tras una barra pudiendo estar del otro lado siendo tú quien pida las copas?», se preguntaron. Dedicada a averiguar el porqué, Anabel se dirigió derecha hacia donde se encontraban mientras el resto la seguía a escasos pasos, como si fuera el jefe de un comando.

—Buenas noches, Clarita. ¿Y eso? ¿Ahora trabajas animando la fiesta en lugar de formar parte de ella? —preguntó Anabel con aire

sarcástico y sin esperar respuesta alguna.

—Hola, ¿qué tal estáis, chicas? —preguntó sin esperar a recibir la respuesta—. He decidido empezar a pagar una parte de mis gastos, no me siento cómoda teniendo que pedir dinero a mis padres constantemente. Además, tiene su lado bueno: bebida gratis, pase VIP gratis los días que no trabajo y, sobre todo, conoces a mucha gente divertida y gran cantidad de chicos guapos —añadió a sabiendas de que el último comentario la haría rabiar de celos.

—Me parece genial, a mí alguna vez también se me ha pasado por la cabeza —intervino Claudia viendo la cara que se le había quedado a su amiga—. Pero cuando lo pienso bien, se está mejor sin hacer nada. ¿A qué hora acabas, Clara?

—Si mi relevo no se retrasa, mi turno acaba a las cuatro.

—Perfecto, aún habrá mucha noche por delante. Llámame cuando acabes y, si te apetece, os podéis unir a nosotras.

—Está bien, si no estoy demasiado cansada, te llamo.

—¡No seas aburrida! La noche es joven, esa no es la Clara que yo conozco.

De camino a la pista de baile se toparon con un viejo conocido.

—¡Chicas, mirad quién está ahí! —anunció Emilie dirigiendo su mirada hacia un chico guapo y apuesto que acababa de entrar en su campo de visión.

Se trataba de Julián, antiguo alumno de la universidad en la que estudiaban. Terminó la universidad hacía un año y desde entonces nadie sabía nada de él, aunque se rumoreaba que se fue a estudiar un máster en París. Durante sus años de universidad, fue un chico bastante popular, sus ojos azules y piel aceitunada le hacían de los más deseados entre el público femenino. Anabel y él tuvieron un breve romance, que terminó cuando él decidió ponerle fin sin dar más explicaciones que un «hasta la vista».

De familia adinerada y poderosa, su padre poseía hoteles repartidos por todo el mundo, mientras que el legado de su madre se basaba más en el poder y la influencia de un buen apellido. Aparte de su condición social, Julián era un chico muy atractivo, y para muchas jovencitas, conquistarle se convertía prácticamente en un desafío a alcanzar.

—Sigue como siempre, igual de guapísimo —observó Claudia.

—Sí, desde luego —respondió Andrea.

Celosa y a la vez halagada, Anabel no podía estar más de acuerdo con sus afirmaciones. Tras varias miradas furtivas, se fue alejando del grupo hasta llegar a donde Julián se encontraba. Estaba acompañado de dos amigos, también antiguos compañeros de la universidad. Saludó primero a los demás, acabando con quien más le interesaba.

—Dichosos los ojos. ¿Dónde estabas escondido? Se comenta que andas por Francia —preguntó Anabel esperando ansiosa una respuesta.

—Entonces los rumores son ciertos. Estoy estudiando un máster en Bolsa y Mercados Financieros en París, y al mismo tiempo, haciendo prácticas en un banco francés.

—¿Y estás contento?

—Sí, es una pasada. Vivo solo, en un piso al lado de la plaza de la Concordia. Allí la gente sale todos los días, siempre hay algún sitio donde ir o algo que hacer. La verdad es que no me aburro. Estoy aquí unos días porque mis padres han insistido para que venga a ver a la familia; de ser por mí, no habría venido. Llegué ayer y me quedo una semana, ya se me estaba haciendo largo, hasta ahora claro —dijo mirándola de forma insinuante.

—Te invito a una copa, ¿te apetece? —preguntó de camino a la barra sabiendo que una negativa no entraba entre las posibles opciones.

—Claro, con mucho gusto —respondió nerviosa y fascinada a la vez.

Aunque intentaba disimularlo, en la cara de Anabel se dibujaba una sonrisa de oreja a oreja. «Por fin la noche empezaba a ponerse interesante», pensó para sus adentros.

Compraron bebidas y se sentaron en uno de los elegantes sofás de la zona más apartada de la pista de baile, donde afortunadamente no tenían demasiada gente a su alrededor.

Sin saberlo, la conversación que se disponía a tener con Julián cambiaría el rumbo de su vida por completo. Aquella noche desencadenaría consecuencias, una de esas decisiones que cambian

la vida de uno por muy insignificante que parezca en un primer momento. Y es que a veces, sin saberlo, pequeños movimientos hacen que el destino tome caminos muy diferentes a los que creemos están dibujados en el libro que la vida tiene previsto.

Como solía decir su abuela, la vida está llena de obstáculos que se saldan con la toma de decisiones, unas veces premeditadas, y otras veces menos, pero en cualquier caso nunca hay que mirar atrás.

Aquella noche no volvió a estar con sus amigas, las horas que quedaban por delante se reducirían a aquel sofá blanco y dorado con ribetes turquesa.

—Quiero que me hables de ti, ¿qué tal tu vida? —preguntó Julián —. ¿Estás saliendo con alguien?

—¡Eso es a lo que yo llamo ir al grano! —exclamó al tiempo que rompía a carcajadas—. No has tardado ni tres minutos en preguntarme si estoy disponible.

—Solo me quedo una semana, no estoy para perder el tiempo — dijo él sonriendo y acariciándole la mano.

—Tampoco tienes por qué aprovecharlo de la manera que pretendes.

—Cierto, pero ¿qué sería de la vida sin un poco de chispa? Mi lema siempre ha sido vivirla al máximo, me conoces.

—Sí, te conozco y sé que es cierto. Aunque también lo es que el tren solo pasa una vez en cada estación, y tú ya lo perdiste, ¿recuerdas? Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste, no pienses que con una copa y dos carantoñas voy a caer rendida a tus pies, no es mi estilo. Además, tú mismo lo has dicho, te vas en una semana; si pasara algo esta noche, que no estoy diciendo que vaya a ser el caso, quedaría en una noche y nada más.

—No te capto, ¿desde cuándo te molesta pasártelo bien una noche? —quiso saber Julián.

Por muy en lo cierto que estuviera, seguía siendo un comentario fuera de lugar. Julián no era un chico cualquiera, durante el breve periodo que duró su relación, el interés económico—social jugó un gran papel. Cuando su madre lo supo, tiró la casa por la ventana para organizar una cena y presentarlo a la familia. Incluso estuvo más cariñosa con Anabel el tiempo que duró su romance. Para

ambas familias, la relación de sus hijos suponía una alianza empresarial, codearse con gente influyente siempre era bien recibido en la alta sociedad.

Después de convertirse en la pareja de moda durante varios meses, un buen día, Julián puso fin a la relación. Con una mezcla de tristeza y rabia, Anabel contó a sus allegados que había sido decisión de ella, que ya no se sentía atraída por él y prefirió cortar para no hacerle daño.

Por mucho que eso sorprendiera a sus amigas, le creyeron y le apoyaron.

A los pocos días, Julián fue visto de la mano de otra chica, lo que despertó los celos de Anabel y las sospechas del resto.

Y aunque varias fuentes contaban una versión completamente diferente a la que Anabel divulgó, la historia se quedó ahí; al cabo de poco tiempo, el tema se había olvidado.

—Si ese es tu objetivo, te advierto que no estoy de humor esta noche. Búscate a otra que te siga el juego —respondió ofendida.

Alertado por las señales que Anabel le enviaba, Julián se percató de que no había jugado bien sus cartas y echó mano de su mirada más seductora para reparar su entuerto y reorientar la situación hacia la dirección que le convenía. Se giró hacia ella, le apartó el pelo de la cara y la besó en la mejilla. En un primer momento, Anabel, aún molesta por el comentario, se apartó, pero su resistencia duró poco y acabó cediendo a sus encantos. Pasaron juntos lo que restaba de noche, dándose besos y regalándose caricias, rememorando el tiempo en el que habían sido pareja. Los sentimientos que una vez tuvo Anabel volvieron a aflorar como una flor expuesta al sol en el principio de la primavera. Estaba claro que Julián sabía cómo hacer que una mujer se sintiera valorada.

Por su parte, Anabel, a pesar de querer fingir indiferencia, también necesitaba sentirse querida.

Mientras tanto, las chicas seguían en la primera planta. La sala en la que se encontraban, como las demás, estaba decorada al detalle. Aun con las luces y la música, seguía recordando la época barroca donde se construyó un día. Al heredar la casa, los sucesores dejaron parte del mobiliario intacto. Para desilusión de algunos coleccionistas

de arte, sofás y sillones de aquellos tiempos todavía podían apreciarse en el local, desgastados por el paso del tiempo y raídos por las imprudencias de borrachos y gamberros. Para mantener el estilo de la época, los interioristas que se ocuparon de la remodelación del *pub* optaron por conservar el poco mobiliario que habían dejado. A pesar del valor de mercado de algunas de las piezas, convencieron a los gestores de que la inversión valdría la pena. Añadieron mesas y sillas de estilo moderno, creando así un contraste de estilos inigualable.

Las chicas seguían con la primera copa, y el dolor de los tacones altos empezaba a ser insoportable. Habían dado la noche por perdida y fueron a sentarse en una de las zonas *chill—out*. La posibilidad de que algo interesante pasara se esfumaba con cada sorbo.

—Vaya noche —alegó Emilie resignada—. Como de costumbre, la única que ha sacado provecho de la noche es Anabel. ¡Qué suerte tiene siempre! Aunque con lo mona que es, no me extraña.

—Vamos, chicas, que no decaiga el ánimo —intentó animarlas Claudia—. Descansamos cinco minutos y damos otra vuelta.

En ese preciso momento, vieron a Miki entrar en la sala donde se encontraban. Al ver a las chicas, se acercó a ellas sonriente.

—¡Hola, guapas!

—¿Hola? ¿Aún te consideras amigo nuestro? —se quejó Emilie—. ¿Sabes que hemos tenido que hacer la fila y pagar nuestras entradas? Supongo que te has cansado de nosotras y nos has sacado a todas de la lista VIP —añadió, sabiendo que probablemente de quien se había cansado no era precisamente de ninguna de ellas tres.

—No he sido yo quien os ha quitado de la lista —replicó Miki, algo molesto.

—¿Cómo puede ser, entonces? ¿Quién crees que nos ha borrado? —preguntó Claudia.

—Es la nueva política del administrador. Parece ser que los VIP ya no consumen tanto como antes, por lo que dejáis de ser rentables, y claro, dejaros entrar gratis no compensa. Por eso, una vez al mes las listas vuelven a cero. Durante un fin de semana no se pone a nadie

en la lista, y a la semana siguiente, nos dejan volver a introducir los nombres de nuestros contactos. Aunque ahora lo restringen a quince personas por cada empleado. El jefe de sala es el único que tiene acceso para mantener a la gente que quiera en la lista de forma permanente. Así que, lo siento, chicas, si os portáis bien hoy, quizás la semana que viene os vuelva a incluir en la lista —explicó guiñando un ojo.

—¿Y por qué no te portas bien con nosotras hoy y nos invitas a unas copas? Que esto está muy aburrido —preguntó Claudia sonriente.

—¿Aburrido? ¡Yo creo que hay más gente que nunca! Pero no se diga más, marchando esas copas al instante. Venid conmigo.

Una vez en la barra, Claudia y Miki se quedaron un poco más apartados del resto. Nadie estaba al tanto de lo que pasaba entre ellos. Hacía unas semanas que se veían a escondidas, se encontraron un miércoles por la tarde en una cafetería cerca de la universidad. Claudia estaba entre dos clases y no le apetecía quedarse en el campus. Miki estaba por la zona repartiendo publicidad del club entre los universitarios cuando Claudia apareció en la cafetería donde había parado a descansar. Al verle, se lamentó en silencio; hubiera preferido poder estar sola con sus cosas, pero por cortesía se acercó a saludarle y acabó sentándose en la misma mesa que él. Para su sorpresa, resultó ser una agradable velada.

Hablaron de mil cosas, Claudia perdió la noción del tiempo y cuando se quiso dar cuenta ya había faltado a la siguiente clase. Fingió que recibía un correo electrónico del profesor diciendo que estaba enfermo, no quería que Miki pensara que había faltado a clase por él.

En ningún momento de la conversación sacaron a relucir la relación que hubo entre él y Anabel. Los dos la conocían lo suficiente como para entender que era mejor que no supiera de su encuentro fortuito.

Se intercambiaron los números de teléfono y quedaron en encontrarse el miércoles de la semana próxima a la misma hora en el mismo lugar. Como la vez anterior, cuando Claudia llegó, Miki ya estaba dentro esperando.

Eligió una mesa acogedora, lo más alejada posible de la puerta y al lado de una ventana. Entraba una luz tenue y agradable, haciendo del rincón un sitio agradable por sí solo.

La cafetería era de lo más tradicional, daba a dos calles y la pared estaba llena de ventanas. Todas las ventanas tenían cortinas verdes plisadas, recogidas a los extremos con cintas hechas con la misma tela.

En el vidrio de las ventanas, compuesto de varios colores, había dibujadas figuras religiosas como solía haber en las iglesias. El blanco de las mesas contrastaba con el colorido del resto de detalles. Las sillas, también blancas y con el respaldo acolchado, se apreciaba que habían sido restauradas en casa por alguien con escaso conocimiento en ebanistería.

Desde aquel día, ambos comenzaron a sentir algo más que amistad el uno por el otro. Cuando estaban juntos, el tiempo se paraba en seco y nada más importaba, como si le quitaran la pila a un reloj. La cafetería iba ya casi a cerrar. Intentando que se dieran por aludidos y se marchasen, la mujer que regentaba el local les estaba mirando desde hacía un rato.

Sin embargo, ensimismados en la conversación, no se dieron cuenta de ello hasta que empezó a apagar algunas luces y a correr las cortinas. En cuanto lo vieron, entendieron el mensaje y empezaron a recoger todas sus cosas.

Pasaron varias semanas antes de darse siquiera un beso. Aunque evitaban nombrarla, Anabel ejercía gran influencia sobre ellos, especialmente sobre Claudia, quien detentaba la posición de su mejor amiga desde primero de carrera.

Rompiendo con los clichés, fue Claudia quien tomó la iniciativa.

Paseando por la calle en una noche fresca y estrellada, caminando rumbo a ningún lugar y dejándose llevar por el deseo, se pararon en el punto más alto de un puente para contemplar el horizonte. Bromearon y rieron, rozándose las manos sin llegar a mantener el contacto por más de unos pocos segundos. Dejándose llevar por sus deseos, Claudia se acercó a su mejilla y, sin darse casi ni cuenta, entre una risa y otra le besó. Su boca apuntó primero a la mejilla para acabar, al poco tiempo, posándose en sus labios. Prendada de

la calidez y el confort que encontró en ellos, todos sus sentidos se intensificaron; el olor de su perfume, el frescor de la noche e incluso el sabor dulce que le proporcionaba su mero contacto se magnificó hasta tal punto que todo su universo se resumió a ese instante. Un momento donde olvidar todo, y al mismo tiempo que recordar para siempre. Tan paradójico como cierto. Ese primer beso no se puede cambiar, pase lo que pase solo hay uno, un único primer beso, al igual que solo hay un segundo y solo un tercero. Besos de amor, de pasión, de deseo. El deseo de que nunca acabe. Encontrar en otros brazos el consuelo de la esperanza y la seguridad de sentirse a salvo al tiempo que sentirse libre y vivo.

Los capítulos de su relación empezaban a tener una frecuencia más que recurrente cuando se produjo el encuentro en el *Nobel*.

Fue la primera vez que coincidían en un mismo espacio con gente conocida alrededor, y la primera vez que Anabel estaba cerca de ellos. Intentaron disimular, camuflar las ganas de comerse a besos, aparentar ser simplemente amigos que se cruzan una noche de copas. A escondidas, se rozaron la mano en un par de ocasiones. Ninguna de sus amigas se percató de lo que en realidad estaba sucediendo.

Después de invitarles a las copas y con ademán nervioso, Miki se despidió de ellas y se marchó alegando una excusa poco convincente.

Claudia estaba también nerviosa, como algunos dicen, tenía mariposas en el estómago, sentía emoción y a la vez miedo. No quería ni imaginar lo que Anabel haría si averiguaba lo que hay entre ellos.

Como era de esperar, después de la ingesta de tanto líquido, ir al baño era una necesidad. No sería tarea fácil cruzar a través de toda la multitud hasta llegar al otro extremo de la sala donde se encontraban los servicios. El local estaba especialmente lleno, casi no se podía caminar y mucho menos bailar. De camino se encontraron con dos compañeros de clase, aunque apenas pudieron detenerse a saludar, la multitud les hacía avanzar incesantemente sin apenas alzar los pies del suelo.

Dado el aluvión de gente, la espera para entrar en los servicios no fue de menor importancia.

Definitivamente, no estaba siendo una noche memorable. Como de costumbre, solo Anabel había sido tocada con un golpe de gracia, pensaron Andrea y Emilie. Ambas contaban con estilos similares, tímidas y reservadas. Andrea algo más entrada en kilos, y Emilie siempre cabizbaja y con la mirada esquiva. Sin embargo, no ser tan llamativas como Anabel y Claudia no era su atributo más desfavorable. Y es que, como bien les insinuó una adivina fastidiosa en la feria de hacía unos años, la vista es el más insípido de los ingredientes que hacen apetecible un buen plato. Saber hablar, convencer y persuadir puede ser un condimento mucho más poderoso.

Efectivamente, se dieron cuenta años más tarde de que lo que la anciana auguró no se salía tanto de la realidad.

—Chicas, tengo que contaros algo. Pero necesito que me prometáis que guardaréis el secreto como si os fuera la vida en ello. Nadie puede enterarse, sobre todo Anabel. Si esto sigue adelante, seré yo misma quien se lo diga —murmuró Claudia una vez instaladas en la cola del servicio.

—¡Me tienes en ascuas! ¡Sea lo que sea, suéltalo ya! —exclamó Andrea.

—Espero que la cosa cuaje entre ella y Julián. De ser así, lo tomará mucho mejor, o eso me gustaría pensar.

—Vamos, cuenta, nos tienes intrigadas.

—A ver, cómo os lo cuento… —tragó saliva—. Digamos que Miki y yo tenemos algo.

—¿Cómo que tenéis algo? ¿Qué quieres decir? —preguntó Emilie incrédula.

—Hace cosa de un mes nos encontramos en el *Café Vertrek* por casualidad, estuvimos charlando durante un rato, y hablamos de volver a vernos la semana siguiente. Desde entonces, nos hemos visto unas cuantas veces. Aún no hay nada definido. Por así decirlo, todavía no le hemos puesto etiqueta a lo que sea que haya entre nosotros. Pienso que ambos estamos evitando tener que darle un nombre, y supongo que sabéis por qué.

De la sorpresa Emilie dio un paso atrás y accidentalmente pisó el pie de otra chica que estaba también en la cola del servicio. Claudia se percató de que sus amigas estaban sintiendo lástima por ella. Los escasos segundos que pasaron hasta que alguna habló le parecieron eternos.

—Si tú eres feliz, me alegro por ti —dijo Andrea con voz bastante serena—. Pero estoy de acuerdo en que es algo delicado que tienes que gestionar de una forma inteligente para que nadie salga dañado, incluida tú.

—Creo que la pregunta que debes hacerte es si te gusta de verdad y si vale la pena el esfuerzo, dadas las circunstancias —añadió Emilie.

—Es difícil de decir tan pronto. Me gusta estar con él, me pongo nerviosa cuando sé que vamos a vernos, me encanta su sonrisa y su forma de hablar. Sin embargo, nunca he estado enamorada, no estoy muy segura de qué significa lo que siento. Además, solo nos hemos visto unas cuantas veces, y siempre a escondidas.

—En ese caso, mi consejo es que esperes —sugirió Andrea—. Si resulta ser algo pasajero, no vale la pena remover las aguas en vano, y si pasáis al siguiente nivel, ya habrá tiempo para que te enfrentes a la tormenta.

—¿Y si alguien los ve juntos? —replicó Emilie.

—Ese es un riesgo que tendrán que correr. Además, ya se cuidará ella de que eso no suceda. Sabéis cómo es mi prima. No se lo tomará bien de ninguna forma, pero la explosión será mucho mayor si se entera por un tercero.

—Tienes razón —asintió Claudia llevando la mirada hacia sus pies —, voy a esperar. Además, antes de contárselo a Anabel tengo que hablarlo con Miki, nuestras historias deben estar alineadas. Anabel es muy perspicaz, no quisiera que además crea que le estamos mintiendo.

Desafortunadamente, no se percataron de que una de las chicas que también se encontraba en la fila como ellas había escuchado toda la conversación. Se trataba de Vanessa, una compañera de clase que salía con otro grupo de amigas. Como para la mayoría de las chicas de su clase, Anabel no era santo de su devoción y sabía

que esa noche se encontraba también en el *Nobel*; minutos antes la había visto en el sofá de la planta baja hablando con Julián.

No perdió el tiempo, olvidando la supuesta necesidad de ir al servicio, se salió de la fila dirigiéndose hacia el lugar donde había visto a Anabel por última vez.

Bajó las escaleras que conducían hacia la planta baja y miró a ambos lados. Sus recuerdos se confundían dado el volumen de gente que se concentraba esa noche en el local. Tras un vistazo rápido, como si de un objetivo se tratase, sus ojos alcanzaron a distinguirla. Ahí estaban los dos, en el mismo lugar donde los había visto, con la misma expresión hechizada en los ojos y pegados como dos imanes.

Aguardó pacientemente hasta encontrar el momento idóneo para acercarse. Supuso que sería muy descarado si les interrumpía sin más. Diseñar el discurso adecuado durante la espera sonaba mejor en su cabeza.

Después de cinco minutos observando desde donde se encontraba, vio cómo Julián se levantaba para ir a la barra de al lado. Anabel se encontraba entonces sola y desprotegida ante lo que se avecinaba, era el momento perfecto para acercarse a ella.

—¿Qué haces aquí tan solita? —preguntó Vanessa, mientras se sentaba a su lado sonriendo.

—No estoy sola —respondió Anabel con cara de pocos amigos—. Estoy con Julián, ha ido a por una copa. Así que, si no te importa, ¡lárgate! Empieza a oler mal por aquí.

Haciendo caso omiso, siguió hablando.

—He oído que está viviendo en Francia y que le va muy bien. No creo que se quede mucho tiempo por aquí. Lástima que tu antiguo novio ya no esté en el mercado. Apenas lo has soltado y a una de tus amigas no le ha faltado tiempo para lanzarse a por él.

—¿De qué estás hablando?

—Vengo de los servicios. Por casualidad, escuché a tus amigas hablando. Claudia estaba contando que lleva un tiempo viéndose con Miki. ¡Ups! Qué torpeza la mía, pensaba que ya lo sabrías —dijo Vanessa riendo.

—¡Claro que lo sé! —mintió Anabel mirando hacia la barra e intentando atraer a Julián de vuelta con la mirada.

A pesar de que la rabia estaba apoderándose de ella, disimuló todo lo que pudo para que Vanessa no se percatara de su asombro. Aun así, no le sorprendió, había notado a Claudia un poco rara y distante últimamente, y acababa de descubrir por qué. A sabiendas de que Vanessa solo había venido con el cuento para hacerle daño, intuía que estaba diciendo la verdad.

—Yo misma les presenté —prosiguió Anabel—. Si no tienes ningún otro chisme que contar, te puedes ir por donde has venido.

Se fue sin mediar palabra. Estaba segura de que la noticia le había pillado por sorpresa, y se llevaba consigo la satisfacción de ver que su simple presencia le había perturbado.

Furiosa como nunca, Anabel se quedó inmóvil. Le acababan de fastidiar el buen momento que estaba pasando con Julián. Pero cuando este volvió intentó actuar como si nada hubiera ocurrido.

—Aquí tienes tu copa —dijo Julián al volver.

—Gracias —respondió ella seria.

—¿Te pasa algo? He visto que hablabas con alguien. ¿Todo bien?

—¡Ah, sí! Todo perfecto. Una compañera de clase se ha acercado a saludarme.

—¿Por dónde íbamos tú y yo? ¡Ah, sí! Estábamos hablando de que el curso que viene vas a pedir el intercambio en París.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—¿No te gustaría?

—No lo sé —Anabel se quedó pensativa—. Estaría bien pasar una temporada fuera, y tengo aprobado el examen de acceso al programa de intercambio.

Además, lo más duro va a ser contárselo a mis padres, no sé cómo lo van a tomar. Pero tengo que darme prisa, al volver del viaje de fin de curso tenemos la reunión para elegir destino. No me había planteado un país francófono, había pensado más bien en Inglaterra, Boston o Nueva York, aunque pensándolo bien tampoco estaría mal.

—Y entonces, ¿por qué no Francia? Ya hablas bien inglés, has ido a un colegio bilingüe, si vienes a Francia tendrás la oportunidad de aprender un nuevo idioma. Además, en muchas universidades hay

programas de lengua inglesa. De ese modo, puedes estudiar en inglés y aprender francés al mismo tiempo.

—No lo entiendo, ¿cuál es tu interés en que vaya a Francia? ¿Qué me quieres decir con eso?

—Nada, solo es una idea. En París hay mucha fiesta, los estudiantes salen casi todos los días y siempre hay una casa o un garito donde salir a divertirse. ¡Pero eres libre, claro! La decisión es tuya.

—Bueno, lo pensaré.

Aprovecharon para dar un sorbo a su copa, Anabel se quedó pensando, nunca se habría planteado ir de intercambio a Francia, pero la idea no le parecía tan descabellada. De pequeña había ido a París con sus padres y le encantó.

Si bien siguieron juntos el resto de la noche, la conversación sobre París terminó ahí. Alrededor de las seis, Julián la llevó a casa y quedaron en hablar por teléfono para verse antes de que Julián se volviera a Francia el fin de semana siguiente, cosa que nunca ocurrió.

1 Botellón: palabra coloquial que describe una reunión de gente en un espacio abierto para ingerir bebidas alcohólicas compradas previamente en una tienda o supermercado).

Capítulo 2
Siempre nos quedará Tailandia

La fecha se acercaba rápidamente. El viaje a Tailandia estaba a la vuelta de la esquina. Para algunos, esta sería la última ocasión de hacer una escapada con compañeros de clase, ya que muchos habían optado por pasar el último año de carrera en el extranjero. La mayoría por voluntad propia, otros forzados o inducidos por los deseos de sus padres. Por muchos contactos que se tuvieran, contar con una línea tan suculenta en el currículo solía ser bastante útil.

Alrededor de cincuenta alumnos se unirían a la aventura por el magnífico país del Sudeste Asiático.

Hasta casi el último día Claudia y Anabel estuvieron ocupadas perfilando los detalles de la travesía.

Apenas se habían visto desde la desafortunada noche del Nobel, y Claudia no tenía ni idea de que Vanessa se había ido de la lengua. Quedaron en verse directamente en la agencia. Cuando Claudia llegó, Anabel ya estaba esperándola. La saludó bruscamente y abrió la puerta.

Claudia no salía de su asombro. Estaba segura de que sus amigas no la habrían traicionado, no entendía cómo Anabel se podía haber enterado.

El comercial de la agencia de viajes que se encargaba de su dosier las estaba esperando.

Recibieron todos los justificantes de pago y toda la información sobre los hoteles y los traslados durante el viaje. Era un joven muy amable, no mucho mayor que ellas, con gran experiencia en el sector y excelentes dotes comerciales. Era la tercera vez que se ocupaba de organizarles el viaje de fin de curso y siempre había

resultado un éxito. Tan solo una vez hubo un problema con uno de los traslados, pero nada demasiado grave.

Anabel guardó a buen recaudo la documentación que habían recibido, en casa clasificaría lo que necesitaba llevar con ella al viaje y lo que no.

Cuando salieron, pasaron unos segundos antes de que ninguna dijera nada.

—Algo no va bien, ¿me puedes explicar lo que te sucede, por favor?

—¿Qué crees que me podría suceder?

—No lo sé, parece que no te alegras del viaje.

—No te hagas la tonta, sabes muy bien que no tiene nada que ver con el viaje —afirmó irritada—. ¿No crees que hay algo que deberías contarme? Como por ejemplo con quién te estás viendo a escondidas. Porque si me he tenido que enterar por ahí, y no por ti, es porque tienes algo que esconder, ¿o me equivoco?

—¿Cómo lo has sabido? Te lo quería decir, pero no me ha dado tiempo. Estaba esperando el momento adecuado.

—Pues no busques más, el momento adecuado fue el sábado pasado, cuando Vanessa vino arrogante a contármelo en el Nobel.

—¡Será necia! No le correspondía contártelo —nos debió oír en los servicios, pensó.

—Pues ya ves, parece que aun así lo ha hecho. Y le doy las gracias, al menos me ha quitado la venda de los ojos.

—No dejes que esto estropee nuestra amistad, por favor. Coincidimos por casualidad en una cafetería cerca del campus y así surgió todo. ¡De verdad, tienes que creerme! Además, tú ya no estabas interesada en Miki, no sé por qué te molesta tanto.

—Me molesta que no hayas sido tú quien me lo cuente.

—Lo sé y lo siento —respondió resignada.

—Está bien. Hablaremos de esto en otro momento. Ahora solo quiero pensar en el viaje, aún me faltan algunas actividades por organizar y no me apetece entretenerme en tonterías.

***

Después de mucha organización y una larga espera, el día tan esperado por todos había llegado. Emprendían la ruta a Tailandia,

con primera parada en Chiang Mai.

Casi todos llegaron al aeropuerto con bastante antelación, no querían que el mínimo incidente pudiera impedir que tomaran el vuelo.

Después de hacer el recuento para asegurarse de que nadie se había dormido, todos se dispusieron a pasar los controles de seguridad. Sin ningún percance mayor, dio comienzo el embarque.

Chiang Mai estaba al norte del país, llegaron un lunes por la mañana, y el calor ya se hacía notar.

Para muchos de ellos el objetivo del viaje se centraba en salir de fiesta y tomar el sol, para otros, descubrir una nueva cultura y otro estilo de concebir la vida y de vivirla. Visitaron templos, comieron *Pad Thai* y colaboraron con una protectora de elefantes, entre otras actividades.

El país ofrecía una gama amplia y diversa de actividades y pasatiempos.

Descubrieron la vida de los monjes budistas, una doctrina filosófica y espiritual que muchos jóvenes abrazan a la temprana edad de 20 años, y que, como en otras religiones, no representa una opción para el público femenino.

Chiang Mai les pareció una ciudad preciosa. Rara vez se encuentra gente tan amable como los ciudadanos que viven en ella. Sus mercados se llenaban de turistas recién comenzada la mañana. Se podía comprar de todo, desde *souvenirs* artesanales, hasta frutas exóticas, pasando por escorpiones fritos y Budas de todos los tamaños y colores.

Los tailandeses más acérrimos a la religión budista ven de mal gusto que se vendan representaciones de su dios como presente para los turistas, por lo que muchos guías turísticos animan a no caer en la tentación de decorar el salón con uno de ellos.

Otra de las atracciones turísticas de las que algunos no conseguirían librarse en el país era sufrir una buena indigestión. A pocos días del comienzo, fueron varios los que pasaron unas cuantas horas cerca del inodoro por haber comido o bebido en lugares que no debían. Qué fue lo que provocó la indigestión sigue siendo un misterio.

La mañana del miércoles un minibús y una furgoneta destartalada vinieron a buscarlos bien temprano al hotel. Emprendieron marcha hacia un refugio de elefantes, donde se convertirían en cuidadores de elefantes por un día. El viaje fue largo, casi dos horas de caminos empedrados y curvas interminables, y es que las carreteras en ciertos lugares del país dejaban mucho que desear.

—No lo entiendo, despertarse temprano para ir a limpiar caca de elefante —se quejó Anabel bostezando.

—Anímate, Anabel, no digas eso. Seguro que es muy divertido.

—¿Qué ves tú de divertido a pasar un día entero cuidando elefantes?

—Es una experiencia. Además, es la actividad que ganó por mayoría.

—Lo sé. Yo voté por el día de *spa* —aclaró.

Llegaron al refugio alrededor de las diez de la mañana. Una de las chicas que viajaba en la furgoneta se mareó durante el trayecto y tuvo que vomitar en una bolsa de plástico que resultó estar agujereada y acabó poniéndolo todo perdido.

Hasta Anabel se sintió mucho más relajada y libre cuando llegaron al destino y pudieron respirar el aire fresco del campo. Teniendo en cuenta que Tailandia es un país con un alto nivel de contaminación, tanto acústica como medioambiental, estar en el campo, alejados de la aglomeración de la ciudad y sin el humo de los coches, proporcionaba una agradable sensación de paz.

Lo primero que vieron fueron tres enormes elefantes comiendo al lado de una cabaña hecha enteramente con cañas de bambú. Comían hojas de árbol y caña de azúcar.

Acostumbrados a ver los elefantes encerrados en parcelas o jaulas, impresionaba ver aquellos animales de casi 6 metros a solo unos pasos y sin ningún tipo de protección. No tardaron en entender que eran completamente inofensivos.

Impresionaba el paisaje, tan verde y extenso. Los elefantes tenían una pradera enorme para ellos, con un riachuelo de agua clara que desembocaba en una gran charca en la que tomaban su baño.

A lo lejos se distinguían plantaciones de varios tipos de árboles y plantas. Más tarde, los guías explicaron que aquellas plantaciones

servían para dar de comer a los elefantes, quienes pueden llegar a ingerir hasta ciento treinta y cinco kilogramos de alimento diario.

Comenzaron dando de comer a los elefantes y aprendiendo palabras para comunicarse con ellos. Las túnicas de diferentes colores que habían distribuido ayudaban a los elefantes a identificarles.

Cada uno de ellos tenía una historia a sus espaldas. Historias de maltratos de todo tipo. Todos habían sido rescatados en condiciones nefastas y llevados al refugio para así formar parte de la organización.

Explicaron que, desgraciadamente, en Tailandia aún abundaban las empresas que se valían de elefantes para animar sus espectáculos. Además del cautiverio al que estaban sometidos, estos elefantes sufrían todo tipo de maltratos y vejaciones.

Animaron a no asistir nunca a ese tipo de espectáculos, para evitar así que los maltratos sigan ocurriendo.

Todo tipo de deliciosos manjares típicos fueron servidos a la hora de la comida. Un auténtico deleite para los ojos y el paladar.

—¡Esto es genial! Hacía mucho que no me divertía tanto.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso —señaló Emilie con una sonrisa.

Reconfortaba ver a Anabel tan contenta, pensó Emilie ya de vuelta al hotel; le alegró creer que detrás de toda esa fachada de chica dura podía entreverse un ápice de bondad.

Aunque divertido, cuidar de los elefantes fue un duro día de trabajo. Todos estaban rendidos, y la mayor parte de los alumnos durmió durante el trayecto de regreso. Había sido un día repleto de actividades y emociones.

Esa fue la última noche en Chiang Mai. Al día siguiente, bien temprano, se dirigirían de nuevo hacia el aeropuerto rumbo a la capital, donde estarían solo dos días. Por último, viajarían al sur del país para, por fin, llegar a la esperada playa.

Aterrizaron en Bangkok hacia el mediodía. Un caos total de aeropuerto. No había ni un rincón que no estuviera repleto de gente.

Parecía un aeropuerto europeo con decenas de vuelos cancelados donde la gente se descontrola intentando ser recolocados lo antes

posible. Pero no era así. El aeropuerto de Bangkok, fuera la hora que fuese, estaba abarrotado de gente.

Al igual que el resto de los lugares que habían visitado, en el recinto predominaba el olor peculiar que caracteriza el país, una mezcla de carne podrida y especias, tan familiar para los locales como desagradable para los turistas.

El tiempo pasó en un abrir y cerrar de ojos; cuando quisieron llegar al hotel y dejar las maletas, se había hecho completamente de noche.

Bangkok era muy diferente a lo que habían vivido en el norte del país. La ciudad que nunca duerme, decían algunos. Hasta altas horas de la noche las calles continuaban repletas de gente yendo y viniendo. Los puestos de comida ambulante servían sin parar a turistas y locales. Unos saliendo de sus puestos de trabajo, otros de camino a él, turistas curiosos o simplemente gente. Sea como fuere, las calles no se vaciaban ni a sol ni a sombra. El ruido, la luz y el tráfico seguían siempre latentes y al acecho.

Neones de colores decoraban la inmensidad del barrio chino. Los puestos de comida y *souvenirs* se repartían el espacio ocupando cada centímetro de la calle. Una mujer daba de comer a su hijo de corta edad. Arroz con pollo para dos, alimentos tan básicos como el respirar.

Impactaba ver cómo la comida se mezclaba con la bolsa de plástico que la revestía y el suelo a medio asfaltar de la calle, para después terminar en sus estómagos.

Dejando atrás la noche, la ciudad seguía presentando el mismo ajetreo a la mañana siguiente. Acompañados de dos guías, visitaron el palacio real y los lugares más emblemáticos de Bangkok. Esquivar a la gente en las aceras suponía casi el mismo esfuerzo que cruzar las abarrotadas calles.

Sin embargo, el ajetreo constante era indemnizado con lugares de una belleza inigualable. En dos días de visita era imposible recorrer los múltiples rincones que la ciudad escondía.

Subrayando lo más memorable, visitaron el Gran Palacio y el Wat Pho, con su majestuoso Buda Reclinado de cuarenta y seis metros de largo y quince de alto, todo él recubierto de pan de oro.

Una vez más dejaron la ciudad camino al aeropuerto. Lo encontraron algo menos abarrotado que la última vez, aunque el hedor seguía idéntico.

Asediados por el calor, acogieron con agrado acabar la ruta en la parte más paradisíaca del país, el sur.

Nada más llegar al hotel se calzaron los bañadores. Disponiendo de mucho más tiempo libre que en la primera parte del recorrido, podrían organizar su tiempo según gustos. Excursiones en barco, a pie, visitas a yacimientos naturales, mercados, templos. Todo tipo de actividades y pasatiempos.

Acostumbradas a los lujos, aquel hotel se salía de todo lo que estaban acostumbradas a ver. Simplemente fabuloso. Aislado de toda conexión con el exterior, optar por quedarse en él proporcionaba un abanico de actividades y confort atractivas a cualquiera. Cuatro piscinas, tres de ellas climatizadas, con barra libre en todas ellas, clases de deporte acuático, servicio de biblioteca, y quién sabe cuántas otras comodidades. Cada habitación disponía de jacuzzi privado con vistas al jardín, sauna y fruta fresca servida cada mañana.

Anabel, Emilie y Claudia recogieron la llave de sus respectivas habitaciones y quedaron en encontrarse en media hora en una de las piscinas. En pocas horas llegaría el ocaso y querían aprovechar los últimos rayos de sol.

Puntual como de costumbre, Emilie fue la primera en acudir a la cita. La mayoría de los alumnos, como ella misma, inspeccionaron las instalaciones del hotel.

La imponente piscina en la que se encontraba, con formas irregulares y agua cristalina, le hacía sentir una mezcla de fascinación y temor. Por alguna razón inexplicable, no ver el final del sendero de agua le causaba una leve angustia.

Permitiendo la entrada al islote de recreo central, un puente de cristal y madera hacía las veces de acceso. Del mismo modo, era también posible llegar a través del agua, solo era necesario sortear una cascada de agua que manaba de un sofisticado sistema instalado alrededor de todo el bar.

Sofisticados cócteles de incontables sabores y colores se servían veinticuatro horas al día, haciendo las maravillas de algunos.

Observó la gente pasar, parejas de recién casados luciendo con orgullo sus recién estrenadas alianzas, grupos de jóvenes de varias nacionalidades y adultos bien entrados en la edad de jubilación.

Pareciera que la mediana edad no era bien recibida en aquel lugar.

Luciendo un bikini blanco, con la parte del pecho en triángulo y flecos en las costuras, Anabel apareció junto a Claudia dispuesta a comerse el mundo. Contrarrestando con el bañador simple y discreto de Emilie, Claudia también optó por un bikini atrevido con estampado de hojas verdes y braga brasileña.

Viéndolas acercarse, Emilie se apresuró a volver a la tumbona donde había dejado sus cosas para reunirse con ellas.

—Chicas, ¡es increíble! Si el paraíso existe, estoy seguro de que se parece a este lugar. He visto ya un grupito de chicos guapos al otro lado de la piscina —dijo Emilie entusiasmada.

—No creo que sea para tanto —señaló Anabel mirando de un lado a otro. Se preguntó dónde estarían los chicos de los que hablaba.

—Estoy sedienta. Este calor me está derritiendo. Me voy a inaugurar la barra libre.

—Buena idea, vamos todas. Aún no he visto a nadie de los nuestros, supongo que se habrán quedado fritos.

Haciendo del camino un juego, se adentraron en el agua para llegar al bar a través de la cascada de agua. Por el camino se encontraron con el grupo de jóvenes que Emilie había nombrado. Intercambiaron miradas y cuchicheos mirando de reojo.

—Creo que me he enamorado —suspiró Emilie girándose sin ningún disimulo.

—No nos distraigamos, tengo la garganta seca.

Decorados con esmero, los vasos de piña colada supieron a gloria.

Tras apenas una hora de distensión en la tumbona, el frío empezó a apoderarse de ellas. El sol acababa de ponerse y el placer de disfrutar de la piscina se volvió de repente menos atractivo.

El tiempo que estuvieron tumbadas, no hablaron con nadie más, no solían relacionarse con el resto de los estudiantes. Hablaron de chicos, de cotilleos de la universidad y planificaron lo que harían los

próximos días. Por muy atrayente que fuera la piscina, no pretendían quedarse encerradas en el hotel como algunos otros.

Cuando Anabel no estaba delante, Emilie y Claudia aprovechaban para hablar con los demás compañeros. Anabel era bastante especial en cuanto a ello; opinaba que la mayoría eran unos paletos desagradables, en especial los becados. El sentimiento era mutuo, muchas de las chicas de su clase evitaban toparse con ella, aunque la envidiaran por el deseo que despertaba en el sexo masculino.

La llamaban la muñeca de porcelana, bonita y dulce a primera vista, pero aterradora y dura como una piedra.

Solamente Clara se atrevía a adentrarse en la oscuridad del grupo y frecuentar su compañía en ciertas ocasiones.

—¡Dichosos los ojos! Apenas se os ha visto en todo el viaje. Yo estoy encantada, adoro este país, si pudiera me quedaría para la prosperidad.

Se come genial, la gente es encantadora y todo es precioso, ¿qué más se puede pedir? Tal vez algo menos de tráfico y contaminación —se quedó pensativa—. Pero bueno, me estoy liando, ¿cómo lo estáis pasando? —se interesó Clara, quien las había visto desde la tumbona en la que se encontraba del otro lado de la piscina cuando se disponía a volver a la habitación para darse una ducha. Virtud o desgracia, su labia y don de gentes la mantenían cerca de todo el mundo, aunque contados eran los amigos íntimos con los que podía contar.

—De maravilla, lo estamos pasando en grande, ¿no lo ves? —replicó Anabel con aire sarcástico señalando la piscina—. Por cierto, bonito biquini.

Realmente era precioso. Rosa y blanco a rayas con lazos en los hombros. Sencillo, pero elegante.

Era posible que Clara fuera de las pocas personas que despertaba los celos de Anabel. Popularidad, desparpajo y cuerpo perfecto. Ni una sola estría enturbiaba su piel. Una combinación que competía con su propio atractivo y carisma.

—Sí, me lo han dicho varias veces hoy. Gracias —respondió Clara sin mirarle a los ojos—. Si os apetece, Sara y yo vamos a cenar más

tarde con Esteban y los demás en el restaurante *May Thai*, el que está al final de la pasarela de madera.

Aun desde el respeto, Sara desaprobaba la relación de amor—odio que Clara mantenía con las chicas. De sobra conocía la reputación que Anabel detentaba y lo detestable que podía llegar a ser. Por ello, había aprendido a hacer oídos sordos e ignorar las impertinencias cuando las hubiera.

—Parece un plan perfecto, gracias por la invitación —aceptó Emilie de inmediato, sin preocuparse de lo que el resto opinara—. No creo que tardemos en ir también a ducharnos, nos vemos ahí en un rato.

—Perfecto —dijo Clara alejándose por el puente de madera por donde había llegado.

—¿Por qué le has dicho que vamos a ir? —objetó Anabel.

—No seas aguafiestas, apenas nos hemos sentado a la mesa con nadie más que nosotras tres en todo el viaje. No está de más que nos relacionemos un poco con el resto. Lo pasaremos bien —respondió Emilie.

Ambas se sorprendieron de tal comportamiento, Claudia gratamente y Anabel algo menos. Aun así, Anabel no siguió embistiendo y dejó pasar el tema.

El deseo de un ser humano hacia otro tiene el poder de provocar reacciones inusuales e inesperadas. Y eso fue exactamente lo que sucedió. Emilie llevaba ya un tiempo encaprichada en silencio con Esteban, uno de los mejores amigos de Clara. Su falta de confianza y miedo a ser juzgada le impedían formularlo en voz alta, sin embargo, se enorgulleció del impulso que le hizo aceptar la propuesta sin preocuparse de lo que el resto pensara.

Una tarde fría y lluviosa tuvo la culpa de todo. El azar hizo que optaran por la misma sala de estudio en la biblioteca de zona este de la universidad. Mucho menos frecuentada que la biblioteca principal, era raro encontrar cualquiera de las salas con más de dos o tres alumnos. La escasez de ventanas exteriores y las puertas sin bisagra de resorte que bloquearan los ruidos constantes al abrirse y cerrarse, hacían de la antigua biblioteca un lugar lúgubre y poco atractivo. Aun así, algunos estudiantes seguían prefiriendo estudiar en ella.

Resultó que los dos estudiaban para un examen de Estadística, y tras exponer sendas opiniones sobre la materia terminaron intercambiando apuntes y compartiendo el espacio de estudio.

Después de aquel día apenas volvieron a hablar, las pocas ocasiones en las que sus miradas se cruzaron en los pasillos de la universidad un simple *Hola* o una sonrisa discreta era el máximo intercambio que habían tenido. Las marcas de las uñas penetrando en la piel se marcaban en las palmas de las manos de Emilie cada vez que eso ocurría. Se debatía entre las ganas de acercarse y la rabia de que él no lo hiciera.

Durante un tiempo dejó de pensar en él a cada instante y asumió que el sentimiento era unilateral y debía olvidarse de él. Pero tenerlo tan cerca día tras día durante todo el tiempo despertó sus sentimientos, ligeramente adormecidos. No estaba dispuesta a perder la oportunidad de acercarse a él por culpa de la aversión de Anabel a relacionarse con gente.

—Empiezo a tener frío, creo que voy a volver ya a mi habitación. Me gustaría darme un baño y descansar antes de la cena.

—Sí, yo también voy a tumbarme un rato.

Sin mediar palabra, Anabel recogió sus cosas y las siguió. Más dócil que de costumbre, era difícil descifrar el porqué del cambio. Parecía que la experiencia con los elefantes de verdad la hubiese cambiado.

Quedaron en verse en el hall del hotel en una hora para acudir a la cena como estaba programado.

Puntuales como un reloj suizo, las tres acudieron prácticamente al mismo tiempo a la cita.

Anabel estaba seria y poco habladora, pero sorprendentemente no parecía enfadada.

Dejando de lado su preferencia por el amarillo, Emilie optó por un vestido negro que estilizaba su figura, mientras que Anabel y Claudia vestían colores mucho más veraniegos.

Gracias a su comodidad y estilo, las sandalias de esparto se habían convertido en la moda del momento, dando así un descanso a los doloridos y deformados pies de muchas jóvenes.

Cuando llegaron, se acercaron a la mesa alargada donde Esteban estaba sentado con cuatro chicos más.

Temblorosa, Emilie rompió el hielo. Nada más verle notó como si una ráfaga de aire caliente entrara por sus pies, recorriendo su cuerpo hasta salir por las orejas.

—Buenas noches, Clara nos ha invitado a cenar todos juntos.

—Estupendo, sentaros por aquí —les propuso Adrián con una sonrisa de oreja a oreja—, cuantos más seamos mejor.

En un impulso poco premeditado, Emilie se sentó al lado de Esteban. Poco le importaba lo que el resto pensara, como bien le repetía su madre, cuando la oportunidad se presenta hay que exprimir hasta la última gota.

Mientras esperaban al resto, pidieron unas cervezas tailandesas. La *Shinga* era la preferida entre los jóvenes. Anabel seguía bastante callada. Cuando estaba con la gente habitual se sentía fuerte y superior, pero, cuando no percibía la admiración de los que la rodeaban, se hacía pequeña.

Al poco rato, Clara y Sara aparecieron con otras dos compañeras de clase. Se diría que habían estado bebiendo antes de reunirse con el resto, venían bastante sonrientes y desinhibidas. Se sentaron al lado de Emilie, esperando que los que fueran llegando se sentaran al lado de Anabel.

—¿Qué os está pareciendo el viaje, chicas? —preguntó Claudia dirigiéndose a Sara e intentando dar paso a la conversación.

—Por mi parte ninguna queja. Todo está siendo increíble. Uno de los mejores viajes que hemos hecho hasta ahora. Por cierto, gracias, he escuchado que lo habéis organizado vosotras —respondió Sara.

—El mérito es de Anabel. Yo la he ayudado, pero es ella quien se ha encargado de la mayor parte de la organización.

—Gracias entonces, Anabel.

Haciendo que saliera de su ensimismamiento, Anabel se quedó paralizada sin saber qué decir. Aparte de su padre, poca gente le hablaba de manera cordial y educada.

—De nada —respondió.

Dándose cuenta de su desconcierto, Sara se dio la vuelta y empezó a hablar con Clara y las otras chicas. La noche transcurrió sin incidentes, Anabel hasta parecía que lo pasaba bien hablando con otra gente y bailando al son de la música.

Cuando acabaron de comer se trasladaron a la discoteca del hotel.

Constaba de una sala pequeña cubierta y de una gran terraza, decorada con luces amarillas, plantas y flores. El DJ residente animaba la fiesta mientras la gente se divertía.

En los pocos metros que separaban el restaurante de la zona de baile, Emilie aprovechó para hablar con Esteban a solas, lejos de las miradas y sobre todo de los oídos del resto. Durante la cena habían intercambiado algunas palabras, pero ninguna conversación más extensa.

—¿Te acuerdas del día que coincidimos en la biblioteca? —le preguntó Esteban.

—Sí, claro.

—Quería darte las gracias. Gracias a tus apuntes saqué notable en el examen. Si no hubiese sido por ti creo que ni hubiese aprobado, los míos eran un completo desastre.

Emilie se había dado cuenta de ello al día siguiente de su encuentro. La falta de estructura reinaba en sus apuntes, haciendo que estudiar basándose solo en ellos fuese prácticamente imposible.

—De nada. Me alegra haberte ayudado.

—Aunque tengamos el todo incluido, ¿te podría no invitar a una copa? —preguntó Esteban sonriendo y haciendo el gesto de las comillas con las dos manos.

—Por supuesto. Aceptaré encantada tu no invitación.

Fueron juntos a pedir a la barra y se sentaron en una mesa con taburetes altos de la terraza.

La chispa fluía entre ellos. Coqueteaban consciente e inconscientemente, sabiendo y sin saber lo que el uno esperaba del otro. Esteban miró a Emilie fijamente en varias ocasiones, pensando lo bella que era y lo ciego que había estado. Por su parte, el día que intercambiaron apuntes lo interpretó simplemente como un gesto de cortesía entre compañeros de clase. Sin embargo, esa noche, en cuanto se sentó a su lado, sintió curiosidad por aquella chica curvilínea y misteriosa gracias a quien aprobó el examen de estadística.

No estaba gorda, quizás algo rellenita, pero no gorda. Lejos de tener un cuerpo esbelto y delgado, Emilie se sentía bien con ella

misma. Mentiría si dijera que no admiraba la belleza y delgadez de sus dos compañeras de viaje, pero la admiración estaba lejos de la envidia. Sus pequeñas curvas y abundantes pecas le otorgaban un toque distintivo del que se sentía orgullosa. Aun así, intentaba cuidar su imagen. Siempre había sido de buen comer, y el dulce era su peor debilidad.

De cualquiera de las maneras, por muchas chicas que se le pusieran delante, aquella noche Esteban solo tenía ojos para una.

Después del primer cóctel, llegó un segundo y un tercero. Estuvieron hablando y riendo toda la noche. Acostumbradas a verla a la sombra de sus conquistas, Anabel y Claudia no daban crédito a que Emilie hubiese seducido o se dejara seducir por un chico. En contadas ocasiones la habían visto flirtear.

El tiempo pasó como un tren de alta velocidad en un andén despoblado, cuando quisieron darse cuenta la música había cesado y apenas quedaba nadie.

Estaban solos.

El rocío de la noche caía sigiloso. Empezaba a refrescar, y las tenues y disimuladas caricias dejaron de ser suficiente.

Caminaron hacia el bloque de habitaciones donde ambos se alojaban.

—Mi habitación está en el cuarto piso.

—Supongo que el destino ha querido que la mía esté en el mismo —precisó Esteban, pulsando el botón de llamada del ascensor y dirigiendo la mirada hacia ella con una sonrisa—. Quizás te resulte atrevido, pero me gustaría pasar cada segundo de lo que queda de noche hablando contigo.

Ruborizada, Emilie asintió con la cabeza y le cogió de la mano. Un gesto sustituyó el millón de palabras que le cruzaban por la cabeza. Querría haber saltado de alegría, gritar de júbilo y sonreír hasta sentir dolor en las mejillas.

Se contuvo.

Abrió la puerta de la habitación y, sin siquiera introducir la tarjeta en el sistema de seguridad para activar la electricidad, se deshicieron en tapujos dejándose llevar por sus deseos.

Después de esa noche, nunca más se separarían el uno del otro.

***

El paraíso se encontraba a solo un paso.

Playas de arena blanca, agua cristalina y palmeras repletas de cocos maduros se encontraban a unas pocas horas en lancha motora.

Cuando el hotel les propuso la excursión, un sí rotundo sonó al unísono.

Saldrían sobre las once y media para llegar a la hora de comer y pasar allí la tarde. Las primeras horas de la mañana estaban reservadas para el disfrute de los locales en exclusividad.

Aprovechando el tiempo libre antes de la partida del barco, algunos salieron a disfrutar de la piscina.

Una vez más, el insomnio le jugaba malas pasadas a Claudia. Salió de la cama con los primeros rayos de sol y marchó hacia la piscina. Fue la primera en acudir. Se acomodó en una tumbona con la esperanza de que el cantar de los pájaros y el sonido del mar le permitieran conciliar el sueño y descansar. Para su sorpresa, una voz familiar la alertó cuando recién cerraba los ojos. Al abrirlos vio que Vanessa estaba de pie delante de uno de los puestos ambulantes que había por todo el complejo.

En los que se podía degustar desde el mejor café colombiano hasta los más deliciosos *croissants* franceses, pasando por el sublime chocolate belga.

Claudia no lo pensó dos veces. Se levantó de la tumbona y puso rumbo hacia ella. El zumo de frutas que le acababan de servir no había recibido ni dos sorbos cuando Vanessa, sin saber qué estaba pasando, lo vio volar por los aires al tiempo que sentía cómo alguien la empujó haciéndola caer a la piscina con la ropa puesta, las gafas de sol y el sombrero.

Una mancha morada resultante del zumo de arándanos se fue difuminando con el agua de la piscina hasta acabar desapareciendo.

Tal fue el pánico de Vanessa, que sacó la cabeza del agua dando gritos como si le fuera la vida en ello. Pasados pocos segundos vio a Claudia en la orilla de la piscina y comprendió lo que acababa de suceder. Los cabos se atan por sí solos.

—¿Estás loca? Me podrías haber roto algo —gritó Vanessa enfurecida.

—No tendré esa suerte.

—Qué graciosa te has vuelto de repente.

—No creo. Es más, estoy segura de que sabes perfectamente por qué estás a remojo ahora mismo. Y si no es así, ¡haz memoria! La próxima vez que quieras airear la vida de los demás te lo pensarás dos veces.

Sonriente a más no poder, Claudia se dio media vuelta dejando a Vanessa sumergida en su propia rabia, empapada de furia y con el orgullo flotando.

No imaginaba que hacer justicia le brindaría semejante sensación de logro.

Casi al mismo tiempo, Anabel apareció como de la nada topándose de lleno con el espectáculo. Rompió a carcajadas de inmediato, viendo a Claudia alejarse de la escena del crimen e imaginando las razones que le habían llevado a hacerlo.

Llegando en el momento preciso, podría decirse que el asunto estaba zanjado. Anabel se tumbó al lado de su amiga y las dos lanzaron al retrete los rencores.

Con una sonrisa cómplice, Claudia sintió que Anabel le daba su beneplácito a la relación con Miki.

—Sabes que nunca me ha gustado —manifestó Anabel rompiendo el silencio en el que habían vivido los últimos quince minutos, tumbadas en sendas tumbonas y disfrutando del temprano sol. Entretanto, la mente de Claudia había saltado de escena en escena, pero entendía perfectamente a lo que Anabel se refería—. Ahora es tu turno de conseguir que nos siga incluyendo en la lista VIP del *Nobel*. Espero no volver a vivir la odisea de la última vez. Mientras consigas eso, puedes hacer con él lo que te plazca.

La respuesta se limitó a una leve sonrisa. Sin alcanzar la arrogancia de Anabel, Claudia era una chica con carácter y no le gustaba sentir que tenía que rendirle cuentas a nadie sobre lo que hacía o dejaba de hacer.

En ese momento recordó la contestación que Emilie le había lanzado el día anterior y vaciló en responder o no de la misma

forma.

Titubeó y se mordió la lengua.

Dando prioridad al estado de paz en el que se encontraba, hizo de tripas corazón e ignoró el comentario. Las vacaciones eran para disfrutarlas, un conflicto adicional lo empeoraría todo a tan pocos días del final.

Haciendo honor a su recién estrenado noviazgo y desde su tórrido encuentro, Emilie y Esteban pasaron lo que restaba de viaje siendo el uno la sombra del otro.

Como quien ve pasar una estrella en medio del inmenso cielo, la estancia llegaba a su fin a pasos agigantados.

Visitaban los últimos templos, comían los últimos *pad thai* y se sumergían en las últimas playas.

Aquellos templos tan imponentes y majestuosos los primeros días de travesía, empezaban a parecerse los unos a los otros. Cada cual, con sus particularidades, pero eso sí, en todos había que descalzarse, entrar con el pie izquierdo y salir con el derecho, cubrirse los hombros y, qué decir, de abstenerse de señalar a cualquiera de las estatuas de Buda allí presentes.

Capítulo 3
Hasta pronto

Temor. Se acercaba la fecha límite y desde su regreso de Tailandia no había encontrado la ocasión de abordar la conversación sobre el intercambio en el extranjero con sus padres.

La idea de un nuevo enfrentamiento con su madre le provocaba pavor. En ocasiones similares acaecidas en el pasado, le faltaba tiempo para sabotear sus planes. Aun así, debía hacerlo antes de que fuese demasiado tarde, la reunión para elegir destino estaba programada para el próximo lunes.

Consideró que la comida del domingo le brindaba la ocasión propicia para hablar de ello. Las reuniones de familiares solían ablandar aún más a su padre, de ese modo aseguraba su apoyo frente a la tormenta.

Sin apenas ninguna nube que lo ensombreciera, el sol brillaba radiante aquel domingo de marzo. Julio y Cintia esperaban sentados en el salón que Pedro y Lola llegaran para empezar el aperitivo. Andrea había avisado que llegaría algo más tarde, pero a tiempo para comer todos juntos. Asunción había preparado una botella de cava en el refrigerador y su especialidad, mejillones gratinados. Después, como de costumbre, degustaron una paella de bogavante y setas, la preferida de todos.

Cuando el tiempo apremiaba, Asunción la preparaba ella misma, pero con la vuelta de Anabel de Tailandia y la limpieza a fondo de primavera había estado con la soga al cuello toda la semana, por lo que encargaron la comida a una de las arrocerías más prestigiosas de la zona.

Cuando Anabel entró, Julio miraba un reportaje sobre ballenas en la televisión mientras Cintia hojeaba una revista de moda y

decoración a su lado.

—¿Qué tal estás, cielo? ¿Has podido descansar?

—Sí, papá, gracias.

—Ven, siéntate con nosotros un rato.

Sin dignarse a desviar la vista de su lectura, Cintia se limitó a escuchar lo que decían en silencio. A su vez, Anabel se sentó cohibida entre los dos.

—Quería hablar con vosotros de algo —se mojó los labios pensando en cómo empezar el discurso—. Soy una buena estudiante, y a diferencia de muchos de mis compañeros, he pasado todos mis estudios viviendo en casa. Además, sabéis que siempre me ha atraído aprender otros idiomas y descubrir nuevas culturas. Por eso —respiró hondo—, me gustaría irme un año de intercambio al extranjero. Para ser más concreta, me gustaría irme un año de intercambio a París.

—Pero Anabel, ¡eso es una gran noticia! —exclamó su padre con alegría.

—¿Y por qué París? —replicó Cintia—. ¿No sería mejor ir a un país de habla inglesa?

—Ya domino perfectamente el inglés, mamá, ya lo sabes. Ir a un país francófono me permitirá practicar mi inglés en un principio y aprender algo de francés. Me he estado informando y en París hay universidades internacionales muy reputadas; puedo elegir casi todas las materias en inglés. De este modo podré practicar inglés en la universidad y por las tardes asistir a clases de francés. Además de encontrarlo en todo mi entorno, claro está.

—¡Me parece una idea magnífica, hija mía! Muy bien pensado —exclamó Julio emocionado.

—Si es lo que quieres, ¿por qué no? —añadió Cintia con indiferencia.

—¿Y cuándo te irías, hija? —interrumpió Julio.

—En septiembre, al empezar el curso escolar. Esta semana es la reunión para decidir destino. Mi idea es París, pero no estoy segura de que haya suficientes plazas. Parece ser que solo hay dos, espero poder conseguir una de ellas.

—¡Seguro que sí! No me cabe ninguna duda.

—Gracias, papá, eso espero.

—En cuanto esté seguro el destino, te ayudaremos a encontrar alojamiento. He oído que hay agencias que se ocupan de buscar piso para los estudiantes extranjeros. Y si no te gusta, te buscan otro sin hacer preguntas. Tú no te preocupes, yo me encargaré de eso.

—Te lo agradezco, papá, me parece bien. La única condición que pido es que no me apetece compartir piso.

—Entiendo, un estudio para ti sola cerca de la universidad será perfecto.

Era difícil discernir si tanta emoción provenía de la noticia que acababan de recibir o de la afable postura que Cintia había adoptado.

Era de esperar que su padre la apoyara, pero fue una grata sorpresa ver cómo Cintia hacía lo mismo. Al margen de la coraza que calzaba, la aprobación de su madre representaba un inmenso resarcimiento para Anabel. Y aun habiendo aportado más bien poco a la conversación, el mero hecho de no oponerse ya fue todo un logro.

Después de semejante éxito familiar, la reunión con el programa de intercambio no podía haber ido mejor. Los planes estaban yendo sobre ruedas, como Julio bien mencionó, Anabel era una alumna excelente y consiguió la primera de las cinco plazas disponibles con destino a París.

Seguía sin estar segura de la razón que la había llevado a elegir París como destino. Quería autoconvencerse de que Julián no había tenido nada que ver, puesto que desde la última noche en el Nobel no tenía noticias suyas. Ni siquiera se había atrevido a anunciar su llegada al país vecino. Con los exámenes finales a la vuelta de la esquina, prefería concentrarse en ello y no colapsar su mente con dramas innecesarios. A diferencia de otros alumnos, Anabel solía aprobar la totalidad de las asignaturas sin demasiado esfuerzo. Tan solo durante el primer año se atragantó con una de ellas, pero gracias a su esfuerzo y dedicación logró vencerla en la convocatoria de septiembre y pasar limpia al próximo curso.

Se habían dado casos en los que algunos compañeros suspendían en repetidas ocasiones la misma asignatura, teniendo incluso que

solicitar convocatorias extraordinarias por haber agotado el número de tentativas posibles. Pero sin duda, Anabel no era uno de ellos.

En cuanto a ellas, Claudia y Emilie no gozaban siempre de la misma suerte que Anabel; necesitaban de mucha ayuda de profesores particulares para conseguir entender y aprobar algunas de las materias más complicadas. Andrea estudiaba veterinaria en una universidad pública, y al igual que Anabel, era una de las mejores alumnas de su promoción.

Gracias a ello, conseguía obtener de manera recurrente becas para costearse la matrícula, el material y los desplazamientos, aligerando a sus padres de la carga financiera que ello suponía.

A primera hora de la mañana recibió una llamada gratificante.

—¿Anabel Heredia Lagos?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Teresa Buendía, la llamo del departamento de intercambio de la universidad. En cuanto pueda, pase por recepción, tiene que dar cumplimiento a la burocracia pertinente antes del próximo jueves en lo referente a su traslado a París para el próximo curso escolar. Para ello debe firmar el contrato de participación en el programa y aceptación de las cláusulas. Necesitamos también la firma de un aval financiero y contacto en caso de urgencia. Supongo que siguen siendo sus padres, o al menos así viene reflejado en el archivo.

Quedándose callada esperando que su interlocutora siguiera con el discurso, hubo un silencio incómodo.

—Señorita Heredia, ¿me está escuchando?

—Sí, disculpe. Por supuesto, me pasaré lo antes posible.

—Gracias. No olvide traer la firma del aval. Puede descargar la documentación en la web de la universidad.

—De acuerdo, así lo haré.

—Que tenga usted un buen día.

—Igualmente.

Estaba hecho.

La vuelta atrás no era una opción. El año próximo se deleitaría paseando por las calles de París, comiendo *croissants* y bebiendo

vino francés. No podía evitar pensar en Julián alrededor de toda la belleza que la esperaba en la ciudad de la luz y el amor.

Solucionó todo el papeleo y nada más terminar el último examen concertó una reunión con su tutor para hablar sobre su estancia en París.

No le cabía un gramo más de felicidad en el cuerpo. Su suerte por fin estaba cambiando, después de tantos años tormentosos viviendo con Cintia se iría todo un año al extranjero. Lejos de ella, lejos de quienes la conocían, de quienes la adoraban, pero también de quienes la temían o despreciaban. Podría crearse una nueva identidad, hacer nuevos amigos y quién sabe, quizás encontrar el amor con Julián.

Terminaría la carrera en París, y todo el mar de posibilidades se abriría ante ella después de ello. Solo los dos meses de verano se interponían entre ella y el inicio de un nuevo comienzo.

Como muchos otros, fue un verano repleto de festivales, excursiones y fiestas. Por alguna razón desconocida, era la única época del año en que Cintia no se entrometía en las actividades de Anabel.

La familia se trasladaba a la casa de campo, algo más modesta que la casa en la que vivían el resto del año. Herencia de los padres de Cintia, Julio se sentía en ella como un niño pequeño, rodeado de naturaleza y sin vecinos que controlen quién entra y quién sale.

El jardín estaba abierto sobre la pradera, a lo lejos podían verse vacas pastando a sus anchas a merced del calor. Construida con bloques de piedra a finales de los setenta, era agradable sentarse en el porche a ver pasar el tiempo con el único sonido que el piar de los pájaros.

No obstante, Anabel pasaba gran parte del verano en casa de sus tíos para estar así cerca de la ciudad y lejos del control de su madre.

Para Cintia, el verano era su época preferida, en la que podía disfrutar de su marido a tiempo completo. Apenas el termómetro alcanzaba los treinta grados, su humor empezaba a cambiar; como por arte de magia se volvía más alegre y risueña que de costumbre.

Una semana antes de su partida a París, Anabel ya tenía las maletas preparadas. Durante el verano, había ido casi cada semana

de compras, no quería traer consigo nada de ropa usada. Siendo fiel a sus caprichos, consideró oportuno que la experiencia merecía un guardarropa completamente renovado.

Aunque entusiasmado por su hija, Julio vivió con tristeza su partida.

Por el contrario, Cintia desprendía chorros de alegría por todos los poros de su cuerpo. Aun intentando disimular, no logró disimular su entusiasmo.

—Hija, llámanos nada más llegar. Ve directa al apartamento.

Recuerda, el taxi te estará esperando a la salida del embarque, se llama Antoine, comprueba que sea él, no te subas a ningún otro coche, recuerda aquella película que vimos —explicó Julio con tono preocupado al tiempo que comprobaba en las pantallas del aeropuerto que el vuelo no estuviese retrasado ni cancelado.

—Sí, papá, no te preocupes. Todo irá bien, has dejado todos los cabos bien atados —respondió intentando mitigar su angustia.

—Cuidado con los franceses, que tienen mucho peligro, bien lo sabré yo —añadió Cintia mientras en su cara se dibujaba una sonrisa pícara.

Mirándola de reojo sin pronunciar palabra, Julio hizo caso omiso al comentario. De sobra sabía que disfrutaba haciendo comentarios de ese tipo. Quizás ni sabía de lo que estaba hablando, aun así, le gustaba aparentar ser una mujer de mundo.

Estrechando entre sus brazos la cartera con sus efectos personales, Anabel se despidió de sus padres con alegría y temor al mismo tiempo.

Aunque intuía que pronto se adaptaría a la vida en París, formaba parte del juego la incertidumbre de una nueva experiencia.

Partía sola en una travesía desconocida hacia un destino por descubrir.

Sin nadie conocido con quien compartir las alegrías y las penas o con quien hablar al volver a casa. Todo el entusiasmo que había sentido durante los últimos meses se transformó en dudas por unos instantes.

Fácil es cuestionar si se toma la decisión adecuada, siempre resulta más fácil no cambiar, no descubrir, no tomar decisiones. Cierto es

que luego aparecen los arrepentimientos y las frustraciones. Preguntar a lluvia pasada por qué hice esto o no hice lo otro no nos lleva a ningún lado, todo el mundo lo sabe. Aun así, raro es quien no se hace alguna de estas preguntas en un momento de su vida.

A las once de la mañana, Anabel llegó al Aeropuerto Internacional de París Charles de Gaulle. Como su padre le explicó, Antoine estaba esperándola con una cajita de *financiers*[2].

De camino, aprovechó para llamar a sus padres por teléfono. Al primer tono Julio respondió excitado, esperaba la llamada con impaciencia. Se tranquilizó al escuchar la voz de su hija y saber que ya estaba de camino al apartamento sana y salva.

Como de costumbre, el tráfico en París era denso. Poco importaba la hora del día o de la noche, había calles por las que la circulación no cesaba. Tras casi una hora de trayecto llegaron al apartamento. Estaba a dos pasos del Museo del Louvre, en el primer distrito de París, uno de los más caros y prestigiosos de la ciudad.

Con setenta metros cuadrados, el apartamento era amplio y luminoso.

Estaba compuesto de una cocina americana abierta al salón, un balcón bien agenciado con plantas y una mesita redonda con dos sillas blancas, baño completo y una habitación. En la parte trasera del apartamento estaba el dormitorio compuesto por una cama doble, un armario con puerta corrediza y un espejo que llegaba casi al techo.

Comparado con la casa donde vivía con sus padres, el apartamento no era nada lujoso, pero en París casi ningún estudiante podía permitirse un alojamiento de ese calibre, la mayoría tenían que conformarse con una habitación de no más de diez metros cuadrados en un piso compartido. Y muchas veces en zonas alejadas al centro de la ciudad, donde tenían que pasar varias horas al día en los transportes para llegar a la universidad.

Llegó a París cuando todavía faltaban unos días para comenzar las clases. Prefirió llegar con antelación para aclimatarse y conocer el entorno. El sol lucía espléndido, locales y turistas caminaban por las calles sonrientes, deslumbrados por la luz. Numerosos eran los que

se sentaban a leer un libro o comer un bocadillo a la sombra de algún árbol, disfrutando de la brisa y de una ciudad alegre en sí misma.

Después de deshacer las maletas, se dio una ducha para quitarse el olor a avión del cuerpo y se echó a la calle.

Caminó toda la tarde. En menos de unas horas ya estaba enamorada de la ciudad.

Caminó por la Avenida de los Campos Elíseos, se compró un bolso en una de las tiendas de la Avenida George V y se paró a tomar café en una cafetería francesa, de esas mesas pequeñas redondas y todas las sillas mirando hacia fuera.

Viendo la gente pasar pensó en la noche con Julián en el Nobel, si bien recordaba le contó que vivía al lado de la Plaza de la Concordia, a apenas quince minutos andando de donde ella se acababa de instalar. No había sido premeditado, fue Julio quien escogió su alojamiento por la proximidad a la universidad, lo que propició la agradable coincidencia.

Aunque parecía que no se había alejado demasiado, el camino de vuelta se le hizo larguísimo.

A la mañana siguiente, después de ir a una tienda de comestibles para llenar la nevera, no pudo resistir más y le envió un mensaje a Julián, quien respondió casi al instante.

ANABEL_11:45

Hola

¿Dónde estás?

JULIÁN_11:51

¡Hola!

¡Qué sorpresa!

Voy a salir en breves a comer con unos colegas.

Vamos a un parque cerca de mi trabajo.

Se llama el Jardín de las Tullerías.

Tienes que venir un día

¡Estoy seguro de que te encantaría!

Sin siquiera responder, Anabel buscó en su *smartphone* donde se encontraba el jardín y se puso en marcha. Quería ver la cara de asombro que pondría Julián al verla aparecer por allí.

Por suerte para ella, el Jardín de las Tullerías no estaba lejos de su apartamento, más cerca incluso que la Plaza de la Concordia.

Su sorpresa fue descubrir que el jardín era inmenso, uno de los más grandes de París. Sería casi imposible encontrar a Julián entre toda esa gente.

Caminó durante bastante rato. El día anterior cuando fue a pasear, ni se dio cuenta de que el jardín estaba ahí, lo bordeó para llegar hasta la Plaza de la Concordia y seguir por los Campos Elíseos.

Cuando ya prácticamente iba a darlo por imposible y se disponía a mandarle otro mensaje a Julián para contárselo todo, vio a alguien con sus mismos andares caminando hacia una de las puertas de salida del jardín.

Era él.

No estaba solo, como había anunciado, había salido a comer con algunos compañeros de trabajo, dos chicas y tres chicos.

Se fue aproximando a él, se encontrarían casi de frente en el momento en que él iba a cruzar la puerta de salida.

—¡Sorpresa! —exclamó Anabel dando un salto y cortándole la salida.

Julián se quedó estupefacto, «¿qué estaría haciendo aquí?», pensó sin abrir la boca.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme?

Julián la cogió discretamente del brazo y se hizo a un lado.

—¿Qué estás haciendo aquí? Cuando me has preguntado dónde estaba no me imaginaba esto. Me estás dejando en evidencia delante de mis compañeros de trabajo. Ya no soy un simple estudiante universitario, ahora tengo un trabajo serio y la gente me respeta. Me queda solo un mes para acabar las prácticas y aspiro a que me propongan un contrato. No puedo permitirme este tipo de numeritos, en París las apariencias son muy importantes.

Enfurecida y llena de rabia, Anabel hizo un ademán con el brazo para desprenderse.

—¡A mí no me hables de esa manera! Fuiste tú quien sugirió que viniera de intercambio a París, y aquí estoy. Pero ni te molestes, tú por tu camino y yo por el mío. Todo lo que teníamos que hablar tú y yo ya está dicho.

Dándole la espalda, se fue en sentido contrario hacia el interior del jardín. Ni con los desplantes de su madre se había sentido nunca tan humillada como en ese momento.

Haciendo caso omiso de su impertinencia, Julián volvió donde se encontraban sus compañeros y se alejó sin mirar hacia atrás.

Anabel, siguió paseando furiosa sin rumbo alguno. Se autocompadeció por haber ido a París. Quizás debería haber elegido Inglaterra como su madre sugirió. Cuando se dio cuenta de que estaba dando vueltas sin sentido, emprendió el camino de vuelta.

El resto del día y del fin de semana lo pasó en casa sin salir. Era viernes y hasta el lunes no empezaban las clases. Sumergida en un mar de humillación, se sentía sola y devastada. El comportamiento negligente de Julián la sumió en un estado de decadencia inquietante.

Evidenciando que se había dejado llevar por un impulso erróneo, apenas comió e hizo de la cama y el sofá los dos únicos enclaves de la casa donde posarse.

Sin haberlo manifestado en ningún momento, asumió que si París había sido su elección fue únicamente fomentado por el deseo de encontrarse con el Julián que aquella noche en el Nobel le mostró tanto cariño e interés. Le costaría un tiempo aceptar que todo había sido promovido por su propia imaginación.

***

El primer día de clase fue un completo caos.

Con la cabeza en otro lado y aun conociendo la zona, se perdió en el camino de ida.

La universidad era enorme, todos los paneles estaban en francés y no había forma de encontrar el aula de su primera clase.

Después de preguntar a varias personas que no hablaban ni tres palabras de inglés, se topó con un estudiante de intercambio italiano

que lo hablaba y que, casualmente, se dirigía a la misma clase que ella.

Llegaron casi media hora tarde y la clase ya estaba empezada. El profesor, al darse cuenta de que eran estudiantes de intercambio, hizo como si nada y siguió con la lección.

Cuando se encontró con Enrico, el estudiante que le había mostrado el camino, su apariencia no le hubiera desvelado su procedencia siciliana. Era castaño claro, casi rubio, con ojos verdes y facciones nórdicas.

Más tarde entendería que su aspecto procedía de las raíces holandesas de su padre, quien se trasladó a vivir a Italia por amor después de conocer a su madre en la boda de unos amigos y enamorarse perdidamente de ella.

Al terminar la clase, Enrico le propuso ir a tomar un café juntos, pero Anabel empezaba otra clase en cinco minutos y, esta vez, prefería no llegar con retraso. Intercambiaron los números de teléfono y quedaron en verse más tarde ese día o durante la semana.

A pesar de haberse inscrito exclusivamente a asignaturas impartidas en inglés, no tardó en percatarse de que la mayoría de los profesores mezclaban inglés con francés, o sencillamente después de diez minutos hablando inglés cambiaban al francés para no retroceder hasta el final de la lección.

Internacional como decía ser la universidad, no había distinción entre franceses y no franceses. Todos los alumnos podían atender indistintamente cualquiera de las materias que allí se impartían. Ciertas se impartían en francés y otras en inglés, aunque en la práctica no siempre se respetara el idioma previamente estipulado.

A vistas de tal injusticia y después de tres días de frustración, Anabel decidió llamar a su tutor de España y contarle lo que estaba sucediendo. Siempre había sido una alumna sobresaliente, y no estaba dispuesta a bajar su media por la mala gestión del centro. Perplejo, el tutor no supo qué decir más que prometer que haría las llamadas pertinentes y la tendría informada. Mientras tanto, Anabel se resignó a continuar yendo a clase y buscar de inmediato una forma rápida de aprender francés.

Además de las complicaciones para entender el idioma, Anabel empezaba a sentirse sola. Los días pasaban y ya era jueves. Hasta la fecha no había entablado conversación con casi nadie. Al rellenar el formulario de inscripción recibió el contacto de otros cuatro compañeros suyos que hacían el intercambio en la misma universidad; aun así, todavía no se había encontrado con nadie conocido.

Esa mañana le costó levantarse de la cama, se enfundó los primeros pantalones vaqueros que encontró en el armario y se fue. Paró de camino a comprar algo de desayuno y aceleró el paso para no llegar tarde.

Lamentablemente, el profesor de su primera clase no apareció y, después de quince minutos de espera, la clase empezó a vaciarse. Irritada, se instaló en una de las cafeterías de la facultad; tendría que esperar casi dos horas hasta la próxima clase. Apenas terminaba de sentarse cuando vio a Enrico entrar, le hizo señales con la mano hasta conseguir que viniera donde ella se encontraba.

No quería estar sola.

—¿Qué tal *bellissima*[3]? No nos hemos vuelto a encontrar —dijo Enrico inclinando su cuerpo hacia delante a modo de reverencia. Acto seguido se sentó a su lado sin pedir permiso.

—Mi profesor no se ha presentado. He venido aquí mientras tanto.

—Recuérdame que le dé las gracias a Mr. Ausente. Ha permitido que me vuelva a encontrar contigo —dijo sonriendo y alzando una ceja.

—¿Tú hablas bien francés, verdad?

—*Bien sûr, mademoiselle*[4].

Haciendo caso omiso a sus bromas, prosiguió la conversación hacia el terreno donde quería llegar.

—Necesito aprender francés urgentemente. Parece ser que en esta universidad los profesores no entienden el concepto de «clase impartida en inglés». En cuanto les parece lo mezclan con el francés y no soy capaz de seguir la explicación.

—Sí, mi nivel de francés es bastante bueno. No soy bilingüe, pero me defiendo. Mis padres creen que saber idiomas es una de las

cosas que más puertas te abren en la vida, y a pesar de hablar italiano y holandés en casa, desde pequeño he ido a clases particulares de francés. Además, la niñera que me cuidaba de pequeño era anglófona.

—¡Perfecto! —exclamó Anabel—. Entonces, ¿qué te parecería convertirte en mi profesor particular de francés? El precio no será un problema, solo dime cuánto quieres y te extenderé un cheque.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Enrico, súper entusiasmado de que aceptara la proposición.

—Hoy mismo. No tengo tiempo que perder, no me puedo permitir ir perdida en clase.

—Acabo a las cuatro. Si quieres, voy a tu casa y nos ponemos manos a la obra.

—Mejor si vamos a la tuya. ¿Vives cerca? Yo pago la factura, así que yo pongo las reglas.

—¡Como usted ordene! —sonrió—. Vivo muy cerca, a siete paradas en metro, cerca de la Estación de tren del Norte. Comparto piso con otros dos estudiantes. Un francés y un estudiante de intercambio alemán. Aunque al alemán todavía no le conozco, llega mañana —respondió Enrico.

—¿Siete paradas en metro? ¿Eso te parece cerca? —dijo Anabel asombrada—. Bueno, no importa, así conoceré la periferia, no he salido mucho de la zona más céntrica.

La espontaneidad de Anabel le hacía gracia. Acostumbrado a una vida modesta de clase media, encontrarse con una niña estirada le parecía algo exótico.

Teniendo en cuenta el tamaño y el precio de la vivienda en París, estar a tan solo siete paradas de metro era, en efecto, todo un lujo. Pero Enrico no sabía lo vanidosa que podía llegar a ser Anabel y los caprichos a los que estaba acostumbrada.

***

Después de un duro día de trabajo, Julián salió casi a las siete de la oficina. Tenía mucho trabajo que hacer en casa. Acababa de empezar el segundo año de su máster en Bolsa y Mercados Financieros y el nivel de exigencia era realmente alto. Muchas

noches se lamentaba por tener que quedarse en casa estudiando en lugar de salir con sus amigos.

Habían pasado ya unos días y aún recordaba lo incómodo que le hizo sentir Anabel con su aparición estelar enfrente de sus compañeros. No obstante, no podía negar que Anabel le gustaba, aunque las maneras en que se presentó no le parecieron las más adecuadas. Tras varias horas de estudio necesitaba un respiro, y no vaciló en mandarle un mensaje preguntándole cómo estaba y disculpándose por haberla tratado como lo hizo.

Anabel acababa de llegar a casa de Enrico cuando recibió el mensaje.

Había llegado tarde, cuando se dirigía hacia el metro vio en un escaparate los zapatos más bonitos del mundo. Rojos.

No un rojo chillón, ni un rojo apagado. El rojo perfecto que combinaría con todo.

Entró en la tienda y, una cosa llevó a la otra. Terminó gastando cuatrocientos cincuenta euros en los zapatos y dos fulares de cachemir.

Enrico la esperaba con impaciencia, pero el camino hasta llegar a su casa fue toda una odisea para la joven recién llegada a París. El subidón de adrenalina por las nuevas adquisiciones se vio truncado de inmediato. Una mujer de a pie, entrada ya en la cincuentena, tuvo que ayudarla a comprar su billete de metro; se equivocó de línea de metro, por lo que necesitó coger dos de más conexiones para llegar a su destino. A punto estuvo en varias ocasiones de salir y tomar el primer taxi que pasase, pero aguantó. Quiso obligarse a vivir la experiencia del transporte público, cosa que en rara ocasión había hecho anteriormente.

Cuando por fin llegó a la estación de metro más cercana a casa de Enrico, no daba crédito a lo que estaba viendo.

Gente de todo tipo se agolpaba por todos lados. Ventas ambulantes, grupos de chicos cargados de tatuajes y collares de oro, niños corriendo sin ver el peligro del tráfico y el gentío. Empezaba a oscurecer, y al girar un par de esquinas la multitud se desvaneció como el humo. De estar rodeada de gente a andar casi sola por calles lúgubres y poco transitadas. Sintió el miedo recorrer su

cuerpo, llegando a cada centímetro para acabar posándose en su mandíbula, que traqueteó hasta llegar al portal.

Dio gracias que, al tocar al timbre, Enrico abrió la puerta casi al instante. No hubiera soportado un segundo más sintiendo el peligro respirando en su nuca.

En cuanto la vio, advirtió que algo iba mal.

—¿Te encuentras bien, Anabel? Tienes mala cara, ¿ha sucedido algo?

En una mezcla de conmoción y alivio, Anabel pasó del pánico a la irritación.

—¡No vuelvo a venir aquí! ¡Menudo barrio! Nunca había pasado tanto miedo.

—¿Y eso? Es un barrio muy tranquilo. No tiene los lujos del centro, pero no tienes nada que temer —dijo Enrico quitándole importancia —. ¿Empezamos la clase?

He ordenado mi habitación solo para ti.

—Sí, empecemos, por favor. Solo espero que el mal rato que acabo de pasar haya sido en vano.

La habitación de Enrico era la más grande de las tres que tenía el apartamento. Su compañero Leonardo, quien llevaba en el apartamento desde su primer año de universidad, era quien se encargaba de toda la administración; el dueño había delegado en él, cosa que también le permitía obtener un alquiler algo más barato que sus dos compañeros.

Leonardo había escogido la habitación mediana; era la opción perfecta para disfrutar del espacio necesario a un coste adecuado. El estudiante de intercambio alemán, a pesar de no haber llegado todavía, fue quien primero contactó a Leonardo para el alquiler del piso y escogió la habitación pequeña. Así pues, Enrico no tuvo más remedio que aceptar la habitación grande, con mucho más espacio, pero unos costes considerablemente más elevados.

Además de un escritorio pegado a la pared, la habitación tenía una mesa de madera redonda al lado de la ventana. Enrico había traído dos sillas del salón para dar la clase.

Resultó ser mucho más aplicado de lo que Anabel pensaba. En el poco tiempo que tuvo, había preparado ejercicios teóricos y

prácticos de todo tipo. La clase fue todo un éxito. Además, le envió el enlace a una página web donde podía hacer más ejercicios de gramática por su cuenta.

Más tarde descubriría que no era la primera vez que Enrico impartía clases. En Italia había ayudado a estudiantes con el holandés antes de irse de intercambio a Holanda o Bélgica.

Al terminar la clase, Enrico se moría de ganas de invitar a Anabel a tomar algo cuando percibió cierto nerviosismo por su parte tras leer lo que quiso apreciar un mensaje de texto en su móvil. En efecto, acababa de leer el mensaje de Julián, y no supo cómo reaccionar. Se negó a la invitación, le dio las gracias por la clase y se fue apresuradamente.

Parecía que ya no le asustaban las calles oscuras del barrio.

Apenas Enrico cerró la puerta, sacó su teléfono y volvió a leer el mensaje. Vaciló unos segundos antes de responder, pero no pudo resistirse. Intercambiaron varios mensajes y quedaron en verse al cabo de media hora en un bar que ambos conocían cerca del Museo del Louvre.

Al entrar al metro, miró las indicaciones varias veces para no equivocarse de nuevo. Llegó a la cita con cinco minutos de antelación, pero dio una vuelta a la manzana para no tener que ser ella quien esperara. Al girar la esquina, vio cómo Julián entraba en el bar. Se sentó en una mesa alta al lado de la ventana que justo terminaba de quedarse libre. Las vistas eran inmejorables.

El local encajaba con el estilo de ambos, elegante y caro, nada a lo que no estuviesen acostumbrados. Los camareros iban con traje negro y pajarita color burdeos, mientras que las camareras lucían vestidos negros hasta la rodilla con escote pronunciado y pendientes largos. El local no era muy ancho, pero sí bastante largo. La barra cubría casi por completo uno de los laterales. El suelo de mármol contrastaba con las paredes recubiertas de papel pintado negro con motivos dorados. Las lámparas, también doradas, habían sido colgadas estratégicamente sobre cada una de las mesas, concediendo un aspecto acogedor a sus ocupantes.

A pesar de ser ya bastante tarde, no había mucha gente, lo que les daba algo más de intimidad.

Anabel entró y se sentó frente a Julián sin darle un beso a modo de saludo.

—Como te he dicho en los mensajes, no estaba convencida de venir. Te comportaste como un idiota el otro día —alegó sin mirarle a los ojos.

—Pero aquí estás.

Enseguida se dio cuenta de lo inoportuno de su comentario. Aun así, quería dejar el tema. No se arrepentía de lo que había hecho, pero no lo podía admitir. En París no le precedía su reputación de mujeriego y juerguista, por eso le molestó tanto el comportamiento de Anabel del otro día. No quería que la gente le viera de esa forma, sobre todo sus compañeros de trabajo.

Intentó cambiar de tema y enmendar su error.

—Estás muy guapa. París te sienta bien.

Anabel hizo como que no había escuchado el comentario y siguió hablando.

—No quiero que pienses que he venido a París por ti. Pensé que sería una buena oportunidad para aprender francés.

Sin creerla, asintió.

Sabía de sobra que Anabel sentía algo por él, y la conversación que tuvieron en el *Nobel* hizo que se decidiera a hacer su intercambio en París, pero su orgullo le impedía admitirlo.

—Te creo. No he dicho nada. Por cierto, ¿dónde estabas cuando te he mandado el mensaje? Has tardado mucho en responder.

—Estaba en casa de un amigo. Me está ayudando con el francés.

—Si quieres, yo te puedo ayudar. Tomé clases cuando llegué hace un año, y ya soy completamente bilingüe.

—No, gracias. Creo que seguiré tomando clases con Enrico.

Aprender francés era muy importante para ella, lo necesitaba para sus estudios. No podía poner eso en riesgo por muy tentador que fuese su oferta. Conociendo los antecedentes de Julián, no se podía fiar de su palabra, y la primera clase con Enrico había superado con creces sus expectativas.

—Así que Enrico… ¿Hay algo entre vosotros?

—Por lo que veo, no has cambiado lo más mínimo. Pero si tanto te interesa, la respuesta es no. No ha pasado nada entre nosotros —

hizo una pausa—. Al menos de momento —quiso hacerse la interesante—. Lo he conocido esta semana, coincidimos en una clase de la universidad.

—¿Intentas ponerme celoso?

—Para nada. Si lo estás, es tu problema. Aunque no veo por qué lo estarías, tú y yo no tenemos nada.

—Cómo me excita cuando te enfadas. ¿Vives cerca de aquí? —preguntó Julián.

—Sí, mi apartamento está a dos manzanas.

—¿Me invitas a conocerlo?

—Mmm, no estoy segura.

La pregunta en sí misma generaba incredulidad. Era evidente la razón por la que Julián quería ir a su apartamento. Vaciló si era lo que ella también deseaba o si no.

—¡Vamos! No tenemos que hacer nada —dijo casi leyéndole la mente—. Solo quiero conocer dónde vives —insistió.

—Está bien, así no vuelvo a casa sola. Ves el apartamento y te vas.

—Como mande la señora.

Llegando el verano a su fin, el fresco del comienzo otoñal comenzaba a invadir las noches parisinas. A pesar de la negativa de Anabel, Julián se ofreció a dejarle su chaqueta en repetidas ocasiones. Caminaron poco más de quince minutos. En cuanto el portero los vio llegar y reconoció a Anabel, abrió la puerta de la calle. Aun llevando solo una semana en el edificio, su belleza no pasaba desapercibida.

Apenas hablaron durante el camino, caminaron a paso ligero para llegar a su apartamento lo antes posible. Anabel no aceptó la chaqueta por orgullo, pero el frío la estaba matando.

El apartamento estaba patas arriba. El orden no era su punto fuerte.

Hacía dos días que le habían llegado los paquetes que su padre envió por mensajería con sus cosas y todavía no había encontrado el momento de poner orden. También había contratado un servicio de limpieza dos veces por semana, pero no empezarían hasta la semana próxima.

El lavaplatos estaba lleno, vasos y cubiertos se acumulaban en la pila de fregar por falta de espacio. La cama estaba deshecha y el suelo de la habitación escasamente se distinguía por toda la ropa que lo cubría.

Sintió vergüenza por tal desorden, aunque Julián no mencionó nada al respecto. Con disimulo, mientras él inspeccionaba el salón, fue a estirar las sábanas de la cama y deslizar la ropa apelotonada a un cajón vacío del armario.

Julián se acercó al dormitorio.

—No está nada mal. Un poco pequeño para mi gusto, pero la zona es muy buena.

—No lo he elegido yo. Mi padre se empeñó en encargarse de todo, pero estoy pensando en pedirle a la agencia que me dé un apartamento más grande. De lo contrario, no sé dónde voy a meter todo lo que tengo de desempaquetar —replicó señalando las tres enormes cajas que invadían parte de la habitación.

Acercándose sutilmente, alzó la mano retirando un mechón de pelo que tapaba parte de su mirada. Embriagado por la nostalgia, Julián siguió acariciando sus brazos descubiertos, aún helados por el frío de la noche. Inmóvil, Anabel se sintió débil. Hubiera deseado ser fuerte y alejarse de la tentación, pero fue incapaz.

Estaba temblando.

Y sucumbió.

Una mezcla de frío y excitación recorría su cuerpo de arriba a abajo.

Sintió los labios de Julián, calientes y húmedos, posarse en su cuello y recorrer el camino hasta acabar en su boca. No harían nada que no hubiesen hecho ya antes, aun así, su nivel de excitación crecía por momentos hasta convertirse en una montaña rusa sin frenos.

Cogiéndola por la cintura, la estrechó contra su cuerpo sin dejar ningún milímetro entre sus pieles.

La empujó hacia la pared para alcanzar el interruptor y hacer que solo la luz de la luna iluminase la habitación.

Desabrochó uno a uno los botones de su blusa, dejando al descubierto su piel. Sus pechos aterciopelados se escondían detrás

del sujetador que pronto partiría de la escena.

De repente paró.

Era el turno de ella.

Entendiendo el mensaje, se posó encima de él, dejando sus manos dirigirse hasta el cierre del pantalón. Se tumbaron uno al lado del otro y pasaron un rato así, semidesnudos, besándose y acariciándose, como solían hacer en la casa de campo de los padres de Julián.

Más tarde, se unirían fundiéndose en un solo ser, dejándose llevar por su afán de poseer y ser poseído. Ese deseo ardiente que intensifica los sentimientos, disminuye la presión arterial y eleva los niveles de felicidad hasta las nubes.

Cansados y exhaustos, el sueño se apoderó de ambos poco después de alcanzar el clímax. Con los primeros rayos del amanecer, Julián se escabulló sigilosamente sin ser visto. Cuando Anabel se despertó vio que no estaba, no sintió nada. Si bien había sido la razón que le trajo a la capital francesa, el desengaño sufrido le hizo ver más allá y considerar la oportunidad de estar en París desde otros ángulos.

***

Las clases de francés iban viento en popa. Bajo ciertas condiciones, Anabel había aceptado seguir dando clases en casa de Enrico. Cada vez tendría que venir a buscarla a la boca de metro y al terminar acompañarla otra vez, lo que este hacía de muy buen gusto. Cualquier detalle valía para conseguir que la joven se fijara en él, cosa que de momento no parecía propiciarse.

Era martes y Anabel había acabado pronto y mandó un mensaje a Enrico para preguntarle si podía ir a su casa antes de lo previsto. Enrico aún estaba en clase, pero no tardaría en acabar. Quedaron en verse directamente en su casa, su compañero de piso le abriría si llegaba antes que él.

Por esta vez aceptaba tener que caminar sola desde el metro. Llamó al timbre pasadas las seis y se encontró con un chico alto y apuesto al otro lado de la puerta, que, aunque aún no lo supiera, pondría su vida patas arriba. Se llamaba Leonardo. Enrico le había

puesto al corriente de la situación. Como buen caballero, le ofreció un café y su compañía mientras esperaba. Leonardo era muy apuesto, tenía el pelo negro y los ojos marrón claro, casi verdes. En la expresión de su cara se notaban los rasgos españoles de su padre. Además de ser educado y amable, su altura y de complexión fuerte le brindaban un enorme atractivo.

A pesar de tener mucho que estudiar, no podía consentir que Anabel se quedara sola mientras llegaba su compañero, por lo que intentó crear una conversación agradable para su invitada.

—Me ha dicho Enrico que eres española. Yo tengo orígenes españoles por parte de padre. Se vino a Francia a trabajar cuando era joven, conoció a mi madre y se quedó aquí. A mí me encanta España. Solo he ido de vacaciones a visitar la familia de mi madre, pero espero un día poder ir a vivir ahí. La gente es mucho más alegre que en Francia —tomó aliento—. ¿Y cómo van las clases de francés?

—Muy bien, la verdad. Estoy muy contenta con Enrico.

—No me sorprende. Es un chico estupendo, además de ser muy inteligente. ¿Sabías que el año pasado fue el primero de su promoción?

—No lo sabía. ¿Y tú qué estudias? —preguntó Anabel sin darle más importancia.

—Medicina, acabo de empezar el último curso.

—¡Caramba! Debe ser muy interesante.

En ese preciso momento, en medio de un silencio incómodo que lo decía todo sin decir nada, se oyó un sonido de llaves y Enrico entró por la puerta. Anabel agradeció su llegada. Sin saber por qué, la presencia de Leonardo le resultaba abrumadora. Ser amable nunca había sido su punto fuerte, y Leonardo, por alguna razón extraña, le hacía sentir una mezcla entre incómoda e intrigada.

Se instalaron de nuevo en la habitación de Enrico. La clase transcurrió agradablemente, como de costumbre. Aunque imaginaba cuál iba a ser su respuesta, pasada una hora Enrico le propuso ir a tomar algo. Anabel persistió en rechazarlo. Aunque le parecía atractivo, había algo en él que le hacía verlo más como un hermano que como pareja.

2 Financiers: del francés, financiero. Dulces típicos franceses, hechos principalmente a base de almendra molida. A pesar de tener un origen muy diferente, se hicieron populares en el distrito de la Bolsa de París a mediados del siglo XIX, de ahí su nombre.
3 Bellissima: del italiano, bellísima.
4 Bien sûr, mademoiselle: del francés, por supuesto señorita.

Capítulo 4
París, Je t’aime

Un *affaire*[5] desacertado.

Así podría describirse lo que fuera que hubiera o hubiese habido entre Anabel y Julián. Volaban en sentido contrario hacia el borde del abismo inmersos en un sin propósito.

Gracias al romanticismo que se respira en París, siguieron viéndose de manera muy esporádica durante un tiempo. El vigoroso deseo que Anabel sintió en un momento por tener algo formal con él se desvaneció por completo como azúcar diluyéndose en agua caliente.

La buena noticia que cayó en los oídos de la joven por aquel entonces fue que las chicas estaban planificando un viaje para ir a visitarla en París. Con el curso ya comenzado tendrían que adaptarse para no perder demasiadas clases, aun así, no iban a dejar pasar la oportunidad de hacer una escapada las cuatro juntas.

Después de muchos cambios consiguieron ponerse de acuerdo en las fechas del viaje. Llegaron un viernes a mediodía, Anabel no había podido ir a esperarlas al aeropuerto, de modo que tomaron un taxi.

Andrea lamentó ser la única que hubiese preferido tomar el transporte público. Sus padres le avanzaron el dinero que solía recibir en Navidad para que pudiese acompañarlas y seguir su ritmo de vida durante la estancia.

Desde el primer momento se quedaron prendadas del ambiente y carisma que rebosaba en la ciudad. Era la primera vez que Andrea salía de España, y todo le parecía un sueño. Los puentes revestidos de oro, las estatuas y las luces. Nada era como esperaba, y todo parecía como se lo había imaginado.

Cuando llegaron, Anabel estaba ultimando el cambio de apartamento. Había conseguido que la agencia le diese otro de dos

habitaciones en el mismo edificio. Quizás se hubiese pensado mejor el cambio de haber sabido que el alquiler lo estaba costeando su padre con los ahorros de toda su vida. Hasta la fecha, Cintia se había hecho cargo de mantener los caprichos y los estudios de Anabel, pero esta vez Julio quiso hacer el sacrificio y asumir los costes con su humilde salario y los ahorros que en estos años había podido reunir. Al fin y al cabo, Anabel era también su hija, y si no habían sabido educarla para ser más cuidadosa con el dinero era en parte culpa de los dos.

Cuarto piso, luminoso y con vistas al exterior, todo un *glamour*. Se había encargado de que estuviera reluciente y ordenado para cuando llegaran. Las chicas, conociendo el lado caótico y desordenado de su amiga, se sorprendieron al verlo todo tan perfecto.

Emilie y Andrea estaban impacientes por descubrir cada rincón. Claudia había estado en la capital en un recorrido por Europa que hizo con sus padres hacía dos veranos, aun así, también se moría de ganas de callejear con sus amigas y salir a quemar la ciudad.

Dejaron las maletas, comieron un poco de pan con un queso *comté* delicioso y se colocaron los vestidos de fiesta. Sin haber tenido muchas ocasiones de descubrir la noche parisina, ahora que tenía a sus amigas de visita Anabel no quería perder la oportunidad de hacerlo.

Recorrieron varios bares de copas antes de acabar en un pub del barrio Latino, una de las zonas más concurridas y populares entre los estudiantes de la zona.

Carente de encanto y carisma, no se parecía mucho a lo que estaban acostumbradas. Un lugar sencillo, aunque abarrotado de gente y con lo que parecía un ambiente inmejorable. La barra, prácticamente inaccesible, estaba plagada de vasos de chupitos listos para ser llenados por todo tipo de alcoholes y licores. Tuvieron suerte y se instalaron en una de las mesas del fondo, donde otro grupo de estudiantes estaba recogiendo sus cosas para irse.

—¡Este sitio es genial! —exclamó Andrea.

—¿Qué dices? Está lleno de gente y no tiene ningún *glamour*. Nos tendríamos que haber quedado en el bar de antes.

—Venga, dejemos de quejarnos y vamos a pedir algo a la barra. La noche es joven —dijo Anabel mirando la multitud de gente que había en la barra y pensando en cómo hacer para no tener que esperar demasiado.

Anabel y Claudia fueron a la barra mientras las demás se quedaban guardando la mesa. Aprovechando el momento a solas, Anabel le preguntó cómo iba su relación con Miki.

—Sí, nos seguimos viendo. Es un chico encantador, siempre insiste en invitarme a todo y me trata como una reina. No tengo ninguna queja.

—¿Le quieres?

—No lo sé —dudó sorprendida por la pregunta. Aun sin saberlo ella misma actuó de forma cautelosa ante el interrogatorio de Anabel.

Era difícil saber cuáles eran sus intenciones. —Supongo que sí, aunque es pronto para saberlo. Apenas llevamos unos meses saliendo. La semana que viene ha organizado una cena para presentarme a sus padres.

—Y tú, ¿ya se lo has contado a los tuyos?

—¡Ni hablar! Mis padres me matarían si supieran que estoy saliendo con un chico como Miki. Siempre han esperado que me case con el hijo de un gran heredero. O sea, cualquiera de los niños de papá con los que vamos a clase.

—No todos —interrumpió Anabel—, los becados no tienen ni donde caerse muertos.

—Bueno, pues casi todos.

El sonido de un vaso rompiéndose interrumpió la conversación. Debía de haber sido muy cerca, ya que el alboroto del local era realmente estrepitoso.

—Anabel, no estoy segura, pero creo que ahí atrás hay un chico que no para de mirarnos. Supongo que le hemos gustado, y la verdad que no está nada mal.

Anabel se giró y vio a Leonardo intentando captar su atención con un entusiasmo feroz.

—Uf, le conozco. Es el compañero de piso de mi profesor de francés. Un paleto más para la colección.

—¡Prepárate porque se está acercando!

—¡Tierra, trágame!

De reojo vio cómo Leonardo se hacía paso entre la gente para llegar hasta donde ellas se encontraban. Como cada vez que se habían encontrado, lucía una amplia sonrisa dejando ver sus dientes blancos y bien alineados. Pensó en volver hacia la mesa, pero ya era demasiado tarde, no podía fingir que no le había visto.

—Buenas noches, Anabel. Me alegro de verte otra vez. ¿Qué tal estás?

—Bien, de copas —respondió a desgana sin mirarle a los ojos.

Después de varios segundos de silencio, Leonardo se dirigió hacia Claudia.

—Estoy con unos amigos allí —dijo señalando una de las mesas más cercanas a la puerta—, uno de los nuestros trabaja en el bar y tenemos todos los chupitos gratis. Podéis venir con nosotros y os invitamos encantados.

Anabel siguió sin pronunciar palabra. Claudia aceptó la invitación de inmediato y volvieron a la mesa donde se encontraban Emilie y Andrea.

—Chicas, ya hemos encontrado diversión para esta noche. ¡Somos increíbles! —fanfarroneó Claudia—. Un amigo guapísimo de Anabel nos propone unirnos a su grupo e invitarnos a chupitos. ¿Qué más se puede pedir?

Se instalaron con Leonardo y sus amigos. Algunos de los chicos se ofrecieron a ceder sus asientos, pero prefirieron quedarse de pie. En la mesa había una bandeja de madera llena de chupitos de vodka azul.

Leonardo hizo un gesto con el brazo instando a las chicas a servirse y, alzando el vaso al cielo a modo de brindis, se dispusieron a dar buen recaudo del alcohol allí presente.

Acto seguido, Pierre, uno de los amigos de Leonardo, se encaminó hacia la barra en vistas de obtener otra ronda de bebidas.

—¡Pierre! —gritó otro de sus amigos en francés al verle alejarse—, que sean diábolos esta vez.

Pierre se giró y levantó el pulgar alegando que le había entendido.

Para su sorpresa, el diábolo resultó ser una mezcla explosiva de tequila, ginebra y sirope de plátano que solo se servía en algunos de

los locales de la zona. Aunque circulaban rumores sobre su invención, nadie sabía exactamente de dónde provenía. Dulce de apariencia y alto en graduación, solo los más privilegiados sabían de su existencia, y pocos de ellos se atrevían a beber más de dos del tirón. Después de esa noche, las chicas se prometieron no volver a beber esa mezcla nunca más, la resaca les hizo pasar gran parte del sábado pegadas al inodoro.

Discretamente, Leonardo fue desplazándose hasta colocarse al lado de Anabel.

—Me alegro de que hayamos coincidido esta noche, ¿vienes mucho por aquí?

—No, es la primera vez.

—Entonces espero que sea la primera de muchas veces. Nosotros venimos cada viernes y me gustaría verte más.

Decidió no responder a la sugerencia. En otras circunstancias habría dado una mala contestación, pero las chicas parecían estar pasándolo bien, y por una vez no quería estropear la noche.

Después de unos cuantos chupitos más, Anabel propuso a sus amigas cambiar de ambiente e irse a otro local. Al ver que su prima no se sentía cómoda, Andrea apoyó a su prima a pesar de estar pasándolo de maravilla. Se despidieron de los chicos, cogieron sus cosas y se marcharon.

Tras varios intentos truncados de encontrar un lugar que no estuviese abarrotado, optaron por volver a casa. Era tarde, comieron algo de queso y pan que sobró de la cena y se fueron a la cama con lo puesto.

A la mañana siguiente Anabel fue la primera en despertarse, los chupitos de la noche anterior no le habían sentado nada bien. Mezclar varios tipos de alcohol nunca es buena idea, y las consecuencias fueron horribles. Vómitos, pesadez y un dolor de cabeza la acompañaron durante largo rato. Como cada vez, juró no volver a probar el alcohol, cosa que, como de costumbre, no cumpliría.

Al salir al salón vio que la tabla de la cocina estaba hecha un desastre, había restos de pan y queso por todos lados. Lo limpió sin ganas y se tumbó boca abajo en el sofá. Por suerte consiguió dormir

y despistar su malestar por unas horas hasta que su prima la despertó.

—Anabel, ¿qué haces durmiendo aquí? Vuelve a la cama —sugirió agitando el brazo.

—¿Por qué me despiertas? —gruñó—. Estoy bien aquí, apenas he dormido en toda la noche. Me he debido haber quedado traspuesta. Anoche bebimos demasiado, me arde el estómago.

—Si te quedas en esa posición lo que te arderá es la espalda dentro de un rato. Y sí, no debimos haber bebido tanto, me están entrando náuseas del olor a queso.

—He escuchado una puerta. Creo que alguna de ellas acaba de entrar en el baño. Pero ve al baño de mi habitación si quieres.

—De momento puedo resistir, pero gracias. ¿Qué te ocurrió ayer con Leonardo? Parece que está interesado en ti. Parece un chico estupendo.

—No me interesa lo más mínimo. Vive en un piso compartido con mi profesor de francés, es un muerto de hambre. Además, sigo viendo a Julián —replicó Anabel sin levantar la vista del suelo.

—¡No es posible que estés con él! ¡Sabes cómo es! Tarde o temprano se cansará de ti y te desechará como si fueras un trapo viejo.

—Es mi vida. Son mis decisiones y mis errores. Dejemos el tema ahí.

Aun teniendo razón y sabiendo que nada positivo podría salir de aquello, no se atrevió a sacar el tema de nuevo. Mucho debería haber cambiado el Julián que ella conocía para aceptar una relación madura y estable. Sin embargo, algo le dijo que Leonardo no le era tan indiferente como pretendía aparentar. Hablar de él le alteraba los esquemas de una forma que pocas veces había visto antes.

***

Un domingo como otro, tranquilo, cálido y soleado. Se diría que la mañana se había despertado de buen humor. Era agradable ver las calles iluminarse con los primeros rayos de sol, haciendo que la ciudad luciera aún más hermosa si cabe. Ritual de muchos y consuelo de pocos, grandes colas se formaban a las puertas de

numerosas panaderías, esperando con ansia para conseguir una deliciosa y tierna baguette. Raro era aquel o aquella quien resistía a la tentación de hincarle el diente antes de cruzar la puerta de casa.

A pesar de la resaca, las chicas no se quedarían en casa. Con zapatillas cómodas y vaqueros apretados se echaron a la calle ilusionadas.

Se sentaron en la terraza de un café parisino a tomar el *brunch*[6]. Pasando por un Café Latte acompañado de pequeñas *viennoiseries*[7] y terminando por un trozo de tarta de manzana, sin dejarse el plato de charcutería y queso con mantequilla, mermelada y pan. Todo estaba delicioso. El croissant, con su delicada textura hojaldrada, derrochaba mantequilla por todos lados, crujiente por fuera y tierno por dentro, como debía ser. Los había con chocolate, con pasas e incluso con nueces pecanas. Toda una delicia para cualquier paladar que se precie.

Se regalaron con cada bocado. Acostumbradas a una vida de gustos exquisitos, descubrieron que en ocasiones lo básico hacía elevar los sentidos a otra dimensión. Bastaba con disponer de productos de calidad, cuidar cada detalle del proceso de elaboración y utilizar ingredientes locales.

Con el reloj marcando las tres, emprendieron el camino de regreso a casa disfrutando de un agradable paseo. Descansaron unas horas antes de volver a echarse a las calles parisinas para visitar, entre otros lugares, las galerías Lafayette. Quedaron maravilladas con la enorme cúpula y los múltiples balcones dorados rodeando un árbol de Navidad gigantesco. A pesar de estar tan solo a mediados de noviembre, los adornos navideños eran los protagonistas en las galerías.

El lujo se desprendía en cada detalle. La sociedad más adinerada de París y alrededores se desplazaba hasta allí para llenar sus armarios. Bolsos, joyas, ropa y calzado, todo de primera marca y accesible únicamente a los bolsillos más abultados.

Paralizada frente al mostrador de Dior, Claudia observaba atónita uno de los bolsos de la nueva colección. Era imposible que fuera el

mismo; desde pequeña adoraba con deleite uno idéntico del ropero de su madre.

En raras ocasiones la había visto lucirlo más allá de las paredes de su vestidor. Sin saber la marca o el modelo, le pareció la pieza más reluciente de todas las joyas del mundo.

Sin mirar el precio, pidió a uno de los dependientes que se lo preparara.

Las demás no compraron nada. Después de que Claudia adquiriese el que a partir de entonces se convertiría en su bien más preciado, Anabel las invitó a tomar *champagne* y ostras en una de las terrazas internas de la galería.

Rodeadas de gente que les doblaba la edad, pasaron un momento agradable disfrutando de una amistad que no siempre gozaba de buena salud, pero que en aquel instante parecía más fuerte que el acero.

Al volver al apartamento, Claudia desenvolvió el bolso y lo observó detenidamente. Por un instante se le pasó por la cabeza lucirlo esa misma noche, pero desistió rápidamente de su idea. El temor de lastimarlo venció al deseo de exhibirlo.

Saldrían a cenar a uno de los restaurantes más exclusivos del momento.

En el último piso de un edificio del siglo XIV recientemente remodelado acababan de abrir un restaurante de comida fusión. Saliéndose de la comida tradicional francesa, una mezcla de sabores europeos con destellos asiáticos sumergía a cada comensal en un viaje a otro mundo con cada una de las piezas del menú.

En pocas semanas se convirtió en el lugar de moda. Toda la élite de París quería ser vista cenando en una de sus tan solicitadas mesas. Otro de los atractivos del lugar eran las vistas. Primer plano a la torre Eiffel. De noche, las luces de la torre deslumbraban a los comensales del restaurante si se quedaban mirando fijamente durante varios segundos. Cada detalle gozaba de un gusto exquisito, desde las servilletas de seda bordadas hasta la mantequilla con sal cristalizada y aroma de trufa.

Para alivio de Andrea, Anabel invitó también a cenar. Su padre le había dado un dinero extra, pero aun así era imposible seguirles el

ritmo. Cosa que en muchas ocasiones había resultado un problema en su amistad.

Pidieron un taxi que las llevaría a la universidad de Anabel. Los alumnos de derecho organizaban una fiesta en la facultad y las chicas querían ver dónde estudiaba su amiga.

Antes de vislumbrar la fachada del edificio ya se escuchaba el ruido del gentío. Los estudiantes se amontonaban por doquier, en la calle, en la acera y en los bancos cercanos.

—Aquí sí que saben cómo divertirse —comentó Andrea entusiasmada.

—Eso parece. Es la primera vez que vengo a una fiesta estudiantil. Creo que las hacen bastante a menudo, pero he estado muy ocupada hasta ahora. Si resulta bien tendré que venir más a menudo —comentó Anabel, intentando ocultar el hecho de que si no había asistido a ninguna fiesta antes era porque nadie le había invitado. Su popularidad no estaba resultando tener el mismo éxito que en Madrid.

El hall de la facultad se había convertido en una macrodiscoteca. Dos barras de bar ocupaban los laterales de la enorme sala. La iluminación de neones y luces de colores hacían que el lugar no se pareciese en nada a como lucía durante los días lectivos. Hasta la fuente del centro del hall estaba iluminada; el agua cambiaba de color continuamente. La barandilla de las escaleras que subían a las plantas superiores vestía una cinta turquesa, el color del escudo de los estudiantes de derecho.

Nada más entrar se encontraron con Virginia, la compañera que les invitó a la fiesta.

—¿Qué tal, Anabel? ¿Acabáis de llegar? Aquí tenéis unos vales, fue mi cumpleaños el miércoles, así que la primera copa corre de mi cuenta —explicó Virginia sin dejar de mirar a la gente que seguía entrando—. Nos vemos luego, chicas, voy a seguir repartiendo vales a la gente que llega.

A pesar de que la fiesta no se celebraba en su honor, a Virginia le gustaba creer que era la protagonista de la noche. Sin embargo, como era una chica muy amable y querida por todos, nadie le truncó su afán de sentirse especial por esta vez. Al contrario, muchos

fueron los que agradecieron el gesto de repartir copas gratis, e incluso le compraron una tarta para que pudiera soplar las velas.

Las chicas lo estaban pasando en grande, pidieron una copa en la barra y se instalaron en la parte baja de las escaleras. No se relacionaban con los demás, pero estaban a gusto hablando entre ellas y descansando los pies. Desde que llegaron el día anterior todo había sido un no parar. Y aunque estaban contentas de haber salido, no les apetecía demasiado bailar.

—Anabel, ¿ese que está entrando ahora mismo no es Leonardo?

—Eso me temo —respondió Anabel sin ganas—. Parece que ahora me sigue allá donde voy —se quejó.

Intentaba camuflar el enfado que sentía hacia ella misma. Leonardo tenía algo especial, como un imán de doble cara que le atraía y apartaba al mismo tiempo. Algo que no la dejaba pensar con claridad desde hacía unos días. Era un joven muy sencillo, amable y educado. Sacaba buenas notas, era aplicado, guapo y muy atractivo. El chico perfecto, se diría. Pero, desgraciadamente, sus cualidades no ensombrecían el gran defecto que Anabel puso en él: su posición social.

—Creo que se dirige hacia nosotras —murmuró Emilie—. Seguro que viene a saludarte.

Y así fue, Leonardo contaba con que Anabel estuviera en la fiesta de la universidad. Fue él quien le pidió a Virginia como favor que la invitara.

Aun llevando muy poco tiempo en la facultad y siendo una estudiante de intercambio que estaba de paso, Anabel ya se había ganado la fama de estrecha y petulante entre aquellos que la habían tratado.

Nada más pudo deshacerse de Virginia, Leonardo se despegó de sus amigos y fue hacia donde estaban sentadas las chicas.

—Buenas noches, señoritas. Nos volvemos a encontrar.

—Hola —respondió Anabel.

—¿Habéis recibido los vales de Virginia? Hoy es su cumpleaños —explicó Leonardo.

—Sí, nos los ha dado al llegar. Acabamos de pedir las copas. ¿Vienes tanto por aquí como por el bar de anoche? ¿O es que nos

estás siguiendo? —preguntó Emilie riéndose.

Leonardo se sonrojó por el comentario. La pregunta le había pillado por sorpresa.

—Em, no, solo a veces.

Para su consuelo, Virginia llegó para salvar la situación. Quería saber si lo estaban pasando bien y preguntó si necesitaban algo más. Le habían sobrado algunos vales, pero todos los rechazaron por educación.

En cuanto Virginia se fue, Leonardo le propuso a Anabel ir a dar una vuelta juntos. Esta, después de dudar un instante, accedió.

Algo le decía a Leonardo que ya no estaba tan cerrada a la comunicación como la noche anterior. Sus ojos se mostraban más brillantes que de costumbre, incluso pensó haberla visto mirarle de reojo un par de veces, pero no quiso hacerse ilusiones ni sacar conclusiones precipitadas.

Huérfano de padre y madre, Leonardo aprendió a ser independiente desde bien temprano. Sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando él tenía solo seis años. Una noche de invierno, su madre se quedó incomunicada por la nieve en el trabajo. Ningún transporte público daba servicio a los ciudadanos y su padre se negó a que pasara la noche en la oficina, así que fue a buscarla. Ya de vuelta, a pesar de llevar cadenas, las ruedas del coche patinaron. El suelo estaba resbaladizo, llevaba nevando varios días, y una parte de la nieve se había endurecido. No pudo controlar la dirección del coche y cayeron al Sena con la mala suerte de aterrizar en una zona donde la capa de hielo era muy fina y no resistió el peso del vehículo. La autopsia reveló que el impacto dejó a su padre inconsciente y a su madre con graves lesiones, pero el agua hizo el resto del trabajo. Cuando llegaron los servicios de emergencia ya no había nada que hacer. Ambos habían muerto por ahogamiento.

Su tía Alexandra, hermana de su madre, también vivía en París y acogió a Leonardo en cuanto lo supo. Toda la familia paterna vivía en España, y además su padre no tenía hermanos, por lo que Alexandra era sin duda la mejor opción.

Leonardo creció junto a ella, su marido y su hijo, un año menor que él, en una familia acomodada. Podría haber corrido peor suerte, pero aun así su infancia no fue fácil. Tras la tragedia de la muerte de sus padres, la convivencia en casa de su tía no resultó un camino de rosas. Su tío Henri aceptó adoptarle, dada la situación no se podía negar, pero nunca le profesó ninguna muestra de cariño, cosa que sí hacía con su hijo biológico Charles.

Su primo, en lugar de acoger con agrado la llegada de su nuevo hermano, lo tomó como una invasión. Desde un principio, Alexandra intentó tener un trato afectuoso con Leonardo; le hablaba con mucho amor y se interesaba en todo lo que hacía. Cosa que pronto despertó los celos de Charles, quien siguió con la misma sensación de celos durante toda su infancia y adolescencia.

Ante el sustancioso seguro de vida que los padres de Leonardo dispusieron antes de morir, su tía Alexandra declaró no querer tocar ni un céntimo. Leonardo sería el único beneficiario, pero no podría disponer del dinero hasta su mayoría de edad. Además, su padre, quien antes de morir ya gozaba de un delicado estado de salud, había creado un fondo a nombre de Leonardo, certificando que solo podría disfrutarlo una vez hubiera terminado la carrera de medicina.

Descendiente de una familia volcada con la medicina, desde su bisabuelo, pasando por su abuelo y su padre, todos se graduaron en medicina con honores. Por ello, hasta después de muerto, su padre quiso asegurarse de que Leonardo siguiera con la tradición familiar.

Sin embargo, acostumbrado a vivir con lo justo, Leonardo no cambiaría su estilo de vida al recibir tal enorme suma de dinero. Era un hombre sencillo, sin caprichos ni atracción hacia los bienes de lujo. Nunca le faltó de nada; sus tíos siempre le proporcionaron todo lo que necesitaba para crecer fuerte, sano y con una buena educación.

Al cumplir los dieciocho, pudo acceder a una pequeña cantidad proveniente de un seguro de vida que crearon sus padres cuando él nació, por eso de «si pasa algo». Lo primero que hizo fue pagarles un viaje a sus tíos, en muestra de agradecimiento por todo lo que habían hecho por él. El único capricho que se dio fue comprar una pluma estilográfica, idéntica a la que usaba su padre durante las

consultas. Siempre la llevaba consigo, y cuando recuperaron los cuerpos y el automóvil del río no lograron encontrarla. El resto del dinero lo iría utilizando para sus gastos de la universidad, pagar su apartamento y vivir. No quería que sus tíos tuvieran que ocuparse financieramente más de él. El dinero le permitió estudiar sin tener que trabajar demasiado para costear sus estudios. Aun así, daba clases particulares de francés para ganar un dinero extra y conocer gente.

—¿Te apetece salir fuera a tomar el aire? —preguntó Leonardo, con miedo a ser rechazado.

—Buena idea. El ambiente está un poco cargado aquí dentro, me vendrá bien salir —respondió ella.

Sorprendido por su reacción afirmativa, se precipitó a cogerla de la mano y tomar rumbo a la salida.

Anabel estaba deseando estar a solas con él, lejos de las miradas indiscretas de sus amigos y los otros alumnos.

La noche cálida y el espacio abierto de las calles de París hicieron que sus deseos propios se impregnaran el uno al otro en un ambiente cómodo a la par que abrumador.

Tras caminar unas pocas calles, se sentaron en uno de los pocos bancos que seguían vacíos. Enfrente se encontraba un restaurante a punto de cerrar, el camarero estaba fregando el suelo y solo quedaban por partir dos comensales. Una mesa al lado de la ventana con una pareja de enamorados compartiendo el postre; desde lejos se diría que se trataba de un *tiramisú*. La puerta de entrada estaba a medio cerrar, aunque no parecía que la pareja se diera por aludida. Ajenos a todo acontecimiento que no fueran ellos dos, degustaron el postre lentamente, disfrutando de la compañía y deseando que la noche siguiera girando eternamente como una rueda, sin principio, pero sobre todo sin final.

—¿Tienes frío? ¿Quieres mi chaqueta?

—No, gracias, estoy bien.

—¿Qué tal lo están pasando tus amigas? ¿Les gusta París? A mí me parece que es una ciudad maravillosa. Nunca deja de sorprenderme.

—Sí, les está gustando mucho. Aunque ya se van mañana.

—Podrán volver en otra ocasión. Madrid está a la vuelta de la esquina.

Hablando largo y tendido, Leonardo narró su poco común infancia y Anabel le contó la relación traumática con su madre. Historias íntimas que nunca hubiesen imaginado abordar con el poco tiempo que se llevaban conociendo. Aun sabiendo lo que se escuchaba por los pasillos de la universidad sobre ella, Leonardo hizo oídos sordos y decidió creer en su intuición.

Al cabo del rato, consideraron oportuno volver a la fiesta, donde todavía se encontraban las amigas de Anabel. Para su sorpresa, se lo estaban pasando en grande. La música parecía haber subido de volumen y todo el patio se había convertido en una enorme pista de baile.

Justo en el momento en que entraban, una de las amigas de Virginia salía con la tarta de cumpleaños en mano. Sopló las velas y los corchos de las botellas de *champagne* no paraban de escucharse.

La noche parisina había cumplido su cometido.

5 Affaire: del francés, tener una relación.

6 Brunch: del inglés, contracción de breakfast y lunch, desayuno y comida.

7 Viennoiseries: del francés, varios tipos de bollería hecha a base de hojaldre y mantequilla.

Capítulo 5
Y en un instante, todo cambia

No tenían nada especial en mente para su último día en París. Pasear por sus calles repletas y disfrutar del olor a *croissant* recién horneado les pareció el plan perfecto.

Preferían dejar que la ciudad les sorprendiera.

Y lo hizo.

Se despertaron hacia las diez de la mañana con el sol ya bien de fuera y se instalaron en el sofá a comentar la noche anterior.

Todas coincidieron en que les pareció gente muy abierta, buena música y que el *champagne* era de una calidad inmejorable.

Intentaron averiguar lo que había sucedido con Leonardo, pero Anabel evitó la conversación y no soltó prenda.

—¡No seáis exageradas! Fuimos a caminar para estirar las piernas y estuvimos un rato hablando, eso es todo. ¿Qué os apetece hacer hoy? —añadió desviando la conversación.

—A mí me gustaría comprarle algún *souvenir* a Miki.

—Sí, yo también querría comprarle algo a mis padres y a Esteban.

—¿Todavía sigues con Esteban? Quién lo hubiera imaginado. Nadie apostaba nada por vuestra relación —intervino Anabel, aun conociendo el contenido hiriente de sus palabras.

No hubo respuesta.

Emilie se limitó a mirar hacia otro lado.

Aun considerándola su amiga, no era un comentario aislado. Resultaba difícil entender cómo disfrutaba con el daño ajeno.

Por su parte, Anabel sintió orgullo y rabia. Sentimientos que se habían vuelto más y más presentes a lo largo de su vida. Sufría pensando que dos de sus amigas estuviesen viviendo una relación de pareja seria antes que ella misma. La única forma racional que encontraba para protegerse era haciendo ese tipo de comentarios.

Justo en ese instante recordaron la noche anterior, cuando Anabel estaba con Leonardo, estuvieron comentando que parecía cambiada, mucho más amable de lo habitual.

Sin decir palabra, las tres cayeron en la misma conclusión.

Seguía siendo la Anabel de siempre.

—Nuestro vuelo sale a las ocho. Tenemos tiempo de sobra para ir a pasear y comprar *souvenirs* y volver a recoger las maletas antes de ir al aeropuerto —interrumpió Andrea haciendo honor a su perspicacia.

A pesar de que todas tenían mucha paciencia con Anabel, su prima era quien más intercedía por ella de cara a las demás. Solía hacerlo en el momento justo, justo antes de que se prendieran las antorchas y comenzara a arder Troya. A menudo justificaba su comportamiento con la situación familiar complicada que vivía y la mala relación con su madre.

Pretexto que ya empezaba a oxidarse.

Era un domingo soleado en la capital francesa y París irradiaba alegría.

Volver a su realidad en Madrid les parecía un castigo cruel.

Caminaban las cuatro juntas cuando Andrea se quedó un poco más rezagada mirando algunos escaparates. Le llamó la atención un colgante de oro rosado en forma de medialuna. Tenía una pequeña piedra anaranjada como único detalle. Fue amor a primera vista. Sencillo y elegante.

Aguardó para cruzar la calle y unirse al resto. Había olvidado las gafas de sol y tenía el sol de cara, lo que le impedía ver con demasiada claridad. Creyó ver cambiar la luz de rojo a verde para los peatones e inició la marcha para cruzar la calle en el justo momento en que una motocicleta pasaba a toda velocidad.

El impacto fue inevitable.

Andrea voló por los aires.

El motorista salió despedido, y el coche que venía detrás, al ver el impacto, frenó en seco, provocando una colisión múltiple. Una furgoneta de reparto, un autobús público y varios coches. En poco tiempo no se alcanzaba a ver el final del atasco.

Andrea estaba tirada en la calzada, inmóvil. El motorista, quien había salido prácticamente ileso, se levantó aturdido, mirando a su alrededor y asimilando lo que acababa de suceder.

Las chicas corrieron hacia Andrea, pero la multitud de gente que la rodeaba les sugirió no tocarla, podía tener lesiones internas y moverla sería un error.

Anabel se quedó mirándola y de repente el susto se convirtió en miedo.

Un miedo aterrador al sentir que ya había vivido ese momento. No recordaba cómo ni por qué, pero la escena le parecía familiar.

Como si supiera que aquella desgracia iba a suceder, pero lo hubiera olvidado.

Un recuerdo olvidado que reflota como un pez saliendo del mar.

Y entonces lo recordó.

Había soñado con aquel momento…

No era exactamente igual. En su sueño era Claudia quien resultaba herida, y no Andrea. Pero Claudia no parecía ella en su sueño. Las imágenes que recordaba mostraban a una chica con la cara de Claudia, pero mucho más bajita y regordeta, como Andrea.

No era posible.

«¿Cómo era posible que unos meses antes soñara con algo que iba a suceder? Y más aún algo tan espantoso», pensó Anabel aturdida. Aun así, no quiso darle bombo al asunto. Prefirió pensar que se trataba de una desafortunada coincidencia.

Los servicios sanitarios sabrían cómo levantarla para no provocar más daños.

Tirada en el suelo, todo su cuerpo reposaba sobre el costado derecho. La camiseta se le había levantado, dejando entrever arañazos y contusiones.

Su cabeza reposaba sobre el asfalto, alrededor, un riachuelo de sangre que empezaba a manar, siguiendo el trayecto del brazo que se encontraba más cerca del suelo y acabando entre sus dedos.

A lo lejos empezaron a oírse las sirenas acercándose al lugar del accidente. El sonido se hacía cada vez más intenso, hasta resultar ensordecedor. La policía fue la primera en llegar. De los dos coches que llegaron salieron cinco agentes. Dos de ellos corrieron hacia

Andrea, uno hacia el motorista y los otros dos se encargaron de disipar la multitud que se había formado en tan poco tiempo. Curiosos viandantes que no querían perderse la noticia de lo ocurrido. Acordonaron la zona y ordenaron a la gente que siguiera circulando. Otros dos coches de policía llegaron para desviar el tráfico hacia una calle estrecha en perpendicular.

Sin saber quién eran, fueron invitadas también a abandonar la escena.

Con el poco francés que había aprendido en el mes que llevaba en Francia, Anabel consiguió explicarle que era su prima y que estaban juntas cuando el accidente ocurrió. Aun así, el agente les explicó que no podían quedarse ahí, enseguida llegaron los servicios sanitarios.

Dos coches de ambulancia llegaron casi de inmediato. Salieron cuatro asistentes médicos y, con mucho cuidado, cargaron a Andrea en una camilla. Al tratarse de un familiar, permitieron que Anabel los acompañara.

Reaccionó de inmediato sacando las llaves de su apartamento de dentro del bolso y dándoselas a Claudia.

—Llamar a mis tíos y explicarles lo que ha pasado. Os avisaré en cuanto tenga noticias.

Todo sucedió muy deprisa. Emilie se encontraba en estado de shock. No había pronunciado palabra desde que se giró alarmada por el fuerte estruendo.

Claudia, con las llaves de Anabel en una mano, cogió a Emilie con la otra y empezó a caminar. Teniendo en cuenta el tráfico que se había formado, pensó que el metro sería el medio de transporte más rápido, pero no podía pararse a buscar el trayecto más rápido.

Las calles estaban abarrotadas, el accidente había obstruido uno de los bulevares más grandes de París.

Caminaron sin saber muy bien hacia dónde ir. Seguir la dirección del tráfico parecía la opción más correcta para encontrar una calle menos congestionada y conseguir un taxi libre. Dieron con una gran avenida donde, tras varios intentos fallidos, pudieron conseguir un taxi.

El trayecto transcurrió en silencio. Emilie no hablaba, no lloraba, no reaccionaba. Varias lágrimas tímidas acariciaron las mejillas de

Claudia. No creía lo que estaban viviendo. Ver a Andrea así, medio muerta, tendida en la calzada como un perro. No estaba pasando. Cerró los ojos unos instantes e imaginó que todo había sido una horrible pesadilla de la que pronto despertaría.

El frenazo del taxi le sacó de su ensimismamiento. Entraron en el apartamento de Anabel y Claudia se dejó caer en el sofá. Emilie se quedó de pie, al lado de la puerta de entrada.

—Emilie, siéntate, por favor. Tenemos que llamar a los padres de Anabel. Su padre es el tío de Andrea, él llamará a su hermano para explicárselo todo —dijo con la voz acongojada—, yo no me atrevo a hacerlo.

Emilie no respondía. Seguía inmóvil, con la mirada perdida. Claudia se levantó del sofá y fue hacia ella. Le dio una bofetada y la cogió del brazo estirándola hacia el sofá.

—¡Vamos, ayúdame! No puedo con todo sola. Por favor, comprueba si tienes el teléfono de alguno de los padres de Anabel. Yo estoy casi segura de que tenía el de su madre, pero no lo encuentro. No recuerdo qué nombre le puse en la agenda.

Emilie parecía empezar a reaccionar. Sacó el móvil del bolso y empezó a buscar lo que Claudia le pedía.

—Tengo el teléfono de Lola, la madre de Andrea. Por favor, llámala tú —le suplicó Emilie, casi rogando.

—Está bien, dime el número. Yo llamaré.

Suspiró con el primer tono. Los siguientes tres tonos, antes de que descolgaran el teléfono, se le antojaron eternos.

Lola parecía muy animada, estaba con Pedro y unos amigos en la terraza de un bar del barrio, comiendo bocadillos de calamares y bebiendo vino con gaseosa. No conocía el número de teléfono, probablemente lo perdió hace unos meses al cambiar de teléfono. De manera que al descolgar no tenía ni idea de la noticia que le esperaba al otro lado.

—Lola, soy Claudia, la amiga de su hija. ¿Me recuerda?

—¡Hola, Claudia! ¿Qué tal, cielo? ¿Lo estáis pasando bien en París? Qué bonito París. Y la torre esa grande. Cuántas veces le habré pedido a mi Pedro que vayamos, pero nada, creo que me moriré antes de que eso pase —dijo Lola—. Pero dime, que me estoy

enrollando, ¿estás con Andrea? Pásamela, que no hablo con ella desde el viernes, y le quiero preguntar qué ha hecho con el fular verde que le presté. Lo he buscado por todos lados, pero no hay manera de encontrarlo —siguió hablando animada.

—Señora, ha habido un accidente y Andrea ha resultado herida. La ambulancia la ha llevado al hospital. Anabel está con ella. Creo que usted y su marido deberían venir de inmediato a París.

En ese momento Lola se dirigía a la barra del bar para pedir otra ronda para todos. El sonido del vaso que llevaba en la mano al caer alertó a todos los presentes. Dio media vuelta y volvió a su mesa. Sin hablar, le dio el teléfono a Pedro y se sentó a su lado.

—¿Lola? ¿Señora? ¿Me ha escuchado? Andrea ha sufrido un accidente —gritó Claudia por el interfono.

—¿Un accidente? —preguntó Pedro.

—Pedro, soy Claudia. Le acabo de explicar a su mujer que Andrea ha sufrido un accidente. Se disponía a cruzar la calle y un motorista la ha atropellado. No sabemos si es grave, Anabel se ha ido con ella al hospital. Por favor, vengan rápido.

Pedro se puso en pie, explicó brevemente lo sucedido a sus amigos y, cogiendo de la mano a Lola, se fueron de inmediato.

Prepararon una maleta pequeña con varias mudas para ellos y un poco de ropa de Andrea. «De camino al aeropuerto llamaré a Julio», pensó mientras bajaba las escaleras del apartamento.

Se podría decir que el tiempo los acompañaba en su desconsuelo, el día soleado se había tornado en nubes y lluvia. A los treinta minutos de haber recibido la llamada de Claudia, un taxi les estaba esperando en la puerta de casa para llevarlos al aeropuerto. La suerte hizo que el tráfico fuera fluido, y en menos tiempo de lo habitual llegaron a la Terminal 2 del aeropuerto de Barajas.

A pesar de que el trayecto fue rápido, Pedro tuvo tiempo de reservar el próximo vuelo a París y de llamar a su hermano Julio.

Cintia había salido a comer al club de campo con unas amigas. La llamó para que volviera de inmediato y poder irse ellos también a París. En un primer momento protestó, pero al notar el tono de enfado y preocupación de Julio se despidió de sus amigas y volvió a casa.

Por media hora no pudieron coger el mismo vuelo que Lola y Pedro, así que viajaron en el siguiente. Anabel les había llamado para darles más detalles de lo sucedido. Habían pasado varias horas desde que Andrea cruzó inconsciente la puerta del quirófano. Por ahora no se conocía la envergadura de las heridas y fracturas que le había provocado el accidente.

Anabel llegó con ella, pero tuvo que esperar en una sala habilitada para ello en la planta baja, cerca de donde los médicos intentaban salvarle la vida a su prima. No sabía lo que se podían prolongarse las intervenciones a las que tendrían que someterla.

Menos de seis horas después del accidente, sus padres y sus tíos ya se encontraban en el hospital de París, esperando angustiados noticias de la operación.

Cintia era la única que hablaba francés de forma fluida. De pequeña, sus padres acordaron con una conocida de la familia, nativa de la región de Nantes, clases diarias durante las vacaciones de verano.

Más tarde se convertiría en un gran apoyo con el resto de las tareas escolares, ayudándole con las matemáticas y ampliando sus conocimientos más allá de lo que podía aprender en las aulas.

Tras varias horas de espera interminables, el doctor acudió a la sala de espera para informar a la familia de su estado. Anabel entendió gran parte de lo que dijo. Aun así, dejó que Cintia tradujera para el resto de la familia.

En términos generales, la operación había ido bien. Además de rasguños y contusiones leves, al caer, varias costillas habían perforado un pulmón.

A largo plazo, las consecuencias de la perforación no serían un problema grave. Sin embargo, lo más preocupante eran las fracturas craneales. De momento se encontraba en estado de coma inducido, hasta que pudieran valorar los daños y las posibles secuelas.

Lola lloraba desconsolada. Los gritos y gemidos se escuchaban desde lejos. Pedro, sumido en su propia tristeza, intentaba calmarla a toda costa. Una de las enfermeras, bajita y amable, le trajo un vaso de agua con dos calmantes. Les informó de que en breves la trasladarían a la unidad de cuidados intensivos, donde solo podrían

visitarla los familiares cercanos durante los estrictos horarios de visita, que desgraciadamente ya habían terminado para ese día.

Como no podrían verla hasta la mañana siguiente, se marcharon a casa de Anabel, donde Emilie y Claudia aguardaban noticias del accidente.

Dado la gravedad, trasladarla a España era muy arriesgado. El médico que se hizo cargo de la operación lo desaconsejó fuertemente. Convenía esperar y ver cómo evolucionaba.

Claudia y Emilie volaron al día siguiente a Madrid. Con gusto se hubieran quedado para mostrar su apoyo a la familia, pero no podían faltar a más clases.

Después de dos semanas, Anabel volvió por fin a su vida normal de estudiante. Aunque Andrea permanecía en coma inducido, el médico dio luz verde para el traslado a España. Se pondría en contacto con el personal que se ocuparía del caso en Madrid y le trasladaría el expediente médico. Para sus padres, sería más fácil velar por su salud desde casa.

Sentía pena por lo que le había pasado a su prima, pero se alegraba de que la hubiesen trasladado. Deseaba con ansias seguir disfrutando de su año de intercambio. Durante el tiempo que Andrea estuvo hospitalizada en París, siguió asistiendo a clase, pero no tuvo ningún tipo de vida social. Incluso dejó de ir a casa de Enrico para sus clases de francés.

Cada día, iba al hospital después de clase, donde se encontraba con sus padres y sus tíos y se sentaba con ellos alrededor de su cama, viendo el tiempo pasar. A veces el tiempo pasaba y nadie abría la boca; la vez que más tiempo contó fueron veintidós minutos y medio sin que nadie pronunciase palabra. Por las noches, después de cenar con ellos en el restaurante del hospital, volvía a su apartamento y se acostaba. Al día siguiente la misma historia se repetía. Los fines de semana los pasaba también en el hospital con su familia durante el horario de visita y en unos jardines cercanos el resto del día. Si algún día se retrasaba lo más mínimo, su padre la llamaba preocupado para ver dónde estaba.

Fue un respiro enorme que se la llevaran a Madrid.

Apenas su familia se fue, llamó a Enrico para retomar las clases de francés. No había tenido noticias de Leonardo durante esas semanas, y eso la irritaba. Le empezaba a gustar mucho, y le molestaba que no le hubiera llamado. Ir a su casa con la excusa de las clases era la única manera que tenía de verle sin que pareciese intencionado.

Tuvo suerte, Enrico estaba disponible ese mismo día. Quedaron en verse al salir de la universidad. Como de costumbre, Anabel iría a su casa.

Podría decirse que se le había pasado el miedo a andar por barrios desconocidos y mal frecuentados.

Enrico estaba al corriente de lo que Leonardo sentía. Cuando le contó lo sucedido durante la fiesta de la universidad, Enrico se quedó mudo. Le molestó por un instante, pero le apoyó y no volvieron a hablar del tema.

Apreciaba mucho a su compañero de piso, le consideraba un buen amigo y una buena persona.

Eran cerca de las siete cuando Anabel llamó al timbre. Leonardo estaba en su habitación estudiando. Nada más oír el timbre, se apresuró a instalarse en el sofá y fingir que llevaba ahí un buen rato mirando la televisión. Enrico no salió a la puerta como solía hacer, dejó que Leonardo la recibiese, otorgándoles así un margen de tiempo para que estuviesen a solas.

Los nervios se apoderaban de ella. Sin ser consciente de ello, esa mañana se puso uno de sus mejores vestidos. Su instinto le dio un empujón, sabiendo que si escribía a Enrico la probabilidad de ver a Leonardo ese mismo día ocupaba un lugar bastante alto en el podio de las posibilidades.

Salmón y negro, aquel vestido fruncido e irregular llevaba dos años siendo su preferido. Solía lucirlo con un pequeño cinturón negro, marcando así su figura.

El trayecto en ascensor le pareció eterno. Mientras veía pasar un piso tras otro, suplicó para sus adentros un millón de veces que Leonardo se encontrara en el apartamento. Salió del ascensor sigilosamente y vio que la puerta de entrada estaba entreabierta. Se sorprendió, Enrico solía estar esperándola con una gran sonrisa,

preparado para regalarle un beso en la mejilla y algún que otro piropo.

Entró y cerró la puerta tras de sí.

La luz del salón estaba encendida. No era la primera vez que Leonardo se encontraba ahí leyendo un libro o mirando la televisión cuando ella llegaba. Durante los apenas tres metros que separaban la puerta de entrada del salón creyó ver su corazón salirse de su pecho.

¿Temía o quería llegar allí y encontrarse solo con Enrico? O peor aún, que la lámpara estuviese tan solo encendida, sin nadie a quién alumbrar.

Inconscientemente, se dirigió hacia el salón en lugar de ir a la habitación de Enrico al fondo del pasillo. Ahí estaba Leonardo. «Estaba más guapo que nunca», pensó Anabel sin poder evitar que se le escapara una sonrisa.

—Hola —dijo Leonardo nervioso—. No sabía que venías hoy. Enrico no me ha dicho nada —mintió—. ¿Cómo sigue tu prima? No he querido molestarte estos días porque he supuesto que necesitabas estar con tu familia.

Le hubiese gustado enfadarse. Gritar lo disgustada que se sentía por no haber tenido noticias suyas. Pedirle explicaciones.

No lo hizo.

Admitir que había pasado dos semanas mirando el teléfono cada cinco minutos, con la esperanza de tener una llamada o un mensaje suyo no entraba dentro de sus criterios de orgullo.

—Es cierto. He estado yendo todos los días al hospital. Pero ayer trasladaron a Andrea a Madrid. Así será más fácil para mis tíos. Sigue en coma inducido. Todavía no han determinado el alcance de las lesiones que pueda sufrir al despertar, de modo que prefieren mantenerla dormida mientras realizan más pruebas.

—Vaya. Imagino el dolor por el que estarán pasando tus tíos. Debe de ser horrible ver así a su hija.

—Sí —dijo Anabel sin añadir nada más.

Durante los siguientes segundos ninguno dijo nada. Se oyó un ruido de fondo. Enrico estaba en el pasillo escondido, escuchando lo que hablaban.

—Bueno. Supongo que Enrico te estará esperando —dijo apenado —. Si te apetece, ahora que ya no está tu familia, podemos vernos un día para pasear y tomar algo. O para cenar —preguntó algo tímido—. Pero solo si tú quieres, claro.

—Me parece una buena idea, ¿mañana te va bien?

Leonardo se quedó estupefacto. No concebía el hecho de que aceptara su propuesta, y menos aún que fuese ella quien propusiera una fecha tan temprana. Esconder su entusiasmo resultaba imposible.

—¡Estupendo! —exclamó dando una palmada—. Conozco un italiano buenísimo. Hacen las mejores pizzas de París. Bueno, si te gusta la pizza, claro, pero a todo el mundo le gusta la pizza, ¿verdad? ¿Te gusta la pizza? De lo contrario podemos ir a otro sitio, a mí me da igual —dijo tocándose el pelo nervioso.

—Me gusta mucho la pizza —respondió Anabel con una sonrisa.

Debatiéndose entre los nervios y la excitación, le propuso acompañarla a la habitación de Enrico, quien, al escuchar sus pasos, se apresuró a volver e instalarse en la mesa de estudio.

Anabel era muy buena alumna. Una de esas personas con facilidad para aprender idiomas. Aprendía rápido y no tenía miedo a hablar y equivocarse. Al terminar la clase, Leonardo oyó que salían de la habitación y se asomó para despedirla. Le dijo que pasaría a buscarla a su casa a las seis. Tendrían tiempo de dar un paseo antes de cenar.

Anabel asintió con la cabeza y se marchó.

***

El optimismo de los médicos no se encontraba en su mejor momento. Los resultados de las pruebas no resultaron alentadores.

El accidente había provocado graves lesiones en el lóbulo frontal del cerebro, y las consecuencias podrían ser nefastas.

Las visitas al hospital eran constantes. Su alegría contagiosa y su bondad la hacían una chica muy querida. Todo aquel que tuvo la suerte de conocerla antes del accidente se interesaba por su estado. Gracias a que los horarios de visita eran más flexibles que en el hospital de París, resultaba más fácil pasar tiempo con ella.

Emilie era una de las visitas más frecuentes. Cada miércoles, al salir de la universidad, pasaba por el hospital a verla. A veces iba sola, otras veces la acompañaba Esteban. Se había convertido en un gran apoyo para Lola. Entendía el dolor por el que estaba pasando la pobre mujer y a menudo la obsequiaba con unas flores o una bolsita de galletas saladas. Cuando iba sola, se pasaban horas hablando sin parar. Emilie intentaba distraer su mente. Hacer que por unas horas no pensara en el padecimiento que estaba sufriendo por la salud de su hija. Hablaban de cuando las chicas eran pequeñas, de los veranos en la playa y de cosas banales. Todo para conseguir que el dolor desapareciera, aunque fuese solo durante un rato.

De la misma forma, las conversaciones con Lola también estaban siendo de gran ayuda para Emilie. Su timidez jugaba un papel importante a la hora de hacer amigos, impidiéndole relacionarse en ciertas situaciones. Desde que empezó a salir con Esteban y Anabel se fue a París ya casi no veía a sus amigas, y ahora que Andrea estaba en coma solo le quedaba Claudia, quien solía estar bastante ocupada.

Lola se había convertido en un apoyo. Le hablaba de su relación con Esteban. Su relación comenzó como el *Ave Fénix*, un frenesí de actividades y pasión se desbordaba con cada movimiento. Pero últimamente tenía la sensación de que le ocultaba algo. No se consideraba una persona celosa, pero en varias ocasiones le había descubierto mintiendo sobre dónde estaba y respondiendo al móvil a escondidas. Sin embargo, todo eran conjeturas. No le creía capaz de ser infiel, aunque las pruebas indicasen lo contrario.

Pasaron varios meses para que sus dudas fueran resueltas. Se encontraban tomando café en un bar del centro cuando Esteban se ausentó para ir al servicio, olvidando su teléfono móvil encima de la mesa. El azar hizo que el teléfono empezara a sonar y fuera Emilie quien se encontrara al otro lado del interfono. Se trataba de un número desconocido, cosa que despertó todavía más su curiosidad.

Llamaban desde un restaurante de comida india, solicitando sus servicios para hacer una entrega a domicilio en media hora.

Sus dudas no hacían más que exponerse a la máxima potencia. Cuando Esteban volvió del aseo y reclamó explicaciones, empezó a

ver las cosas claras.

—¿Puedes, por favor, explicarme por qué acabo de atender una llamada de un restaurante indio en tu móvil? Creía que me estabas siendo infiel, pero ahora ya no entiendo nada.

—¿Infiel? No tengo apenas tiempo para verte a ti. Aunque quisiera no podría engañarte, tendría que renunciar a dormir. Estoy trabajando como repartidor de comida a domicilio. No entiendo cómo has podido pensar que te estaba engañando, si estoy loco por ti. Y me gustaría pasar más tiempo contigo, como hacíamos antes. Siento que últimamente me has notado distante, pero la situación familiar en mi casa no es buena. Mi padre se mata a hacer horas extras y mi madre se enfada porque nunca está en casa. Aunque en realidad lo entiende y hace todo lo posible para que estemos bien. Ellos no aceptan que trabaje. Dicen que me tengo que concentrar en los estudios para llegar a tener un buen trabajo y no pasar por las dificultades que ellos han pasado. Pero no puedo hacerlo —se lamentó—. Al menos el trabajo que tengo es bastante flexible. Me dan una bicicleta eléctrica para hacer los repartos y elijo si los acepto o no. Ahora intento aceptar todos los que puedo, ya que durante los exámenes me será imposible.

Esteban era uno de los estudiantes becados de la universidad. No se avergonzaba de su familia, pero sí de su condición social, de no poder seguir el tren de vida de sus amigos. Por su parte, Emilie había nacido en una cuna de oro, pero nunca le importó que Esteban viniese de una familia humilde. Todo lo contrario, se sentía mucho mejor con los padres de Esteban que con su propia familia.

—Lo que estás haciendo por tu familia es muy elogiable, Esteban. No tienes de qué avergonzarte. Pero me lo tendrías que haber contado desde un principio y no dejar que me imaginara lo peor —hizo una pausa—. Eres un buen hijo y ahora sé que también eres un buen novio. Si necesitas dinero puedo ayudarte. A mis padres les sobra, y yo tengo un poco ahorrado en un plazo fijo que puedo sacar.

—¡No, por favor, ni lo menciones! —exclamó apartándole la mano —. No puedo aceptar tu dinero. Prefiero ganarlo con mi esfuerzo.

—Está bien. No lo volveré a nombrar. Pero por favor, si tienes un problema compártelo conmigo. Aunque no aceptes mi ayuda me gusta saber que me incluyes en tus preocupaciones y me haces partícipe de tu vida.

—Tienes razón. Lo siento. No te volveré a mentir.

Capítulo 6
Por fin llega la paz

Sin avisar, el otoño llegó para quedarse.

Un manto marrón empezaba a cubrir las calles y los parques, haciendo despertar la sensación acogedora que traen consigo las castañas asadas y las tardes lluviosas.

Los días empezaban a acortarse, dando paso a largas horas de oscuridad.

Alrededor de las siete menos cuarto el sol se puso en el cielo de París.

Como acordaron, a las seis en punto Leonardo esperaba ansioso en la puerta del edificio de apartamentos de Anabel. Falto de confianza, el portero no se dignó a darle paso para que esperara en los jardines interiores.

Su estado de nerviosidad se situaba en el mismo grado que el día anterior, cuando Anabel aceptó de inmediato su invitación. Tras horas de reflexión, se decantó por camisa blanca, pantalones de vestir azul marino y chaqueta marrón claro haciendo juego con los mocasines. El cinturón, de piel auténtica, fue un regalo de su tía en su último cumpleaños y lo utilizaba solo en las ocasiones importantes. Siempre había sido muy cuidadoso con sus cosas y todavía más aún si se trataba de regalos que alguna persona importante en su vida le había obsequiado.

Al cabo de diez minutos la vio salir.

Estaba preciosa.

Se quedó mirándola como si de un ángel se tratara. Un ángel cuyo halo brillaba cada vez más.

Con toda naturalidad, se acercó a él y le obsequió con dos besos.

Llevaba un vestido negro de satén por encima de las rodillas y unos zapatos de terciopelo negros con un gigante lazo rojo. Al igual que

él, Anabel también prestó especial atención a su vestimenta, aunque quizás de otro modo. Quería estar bella sin ostentosidad. Las clases sociales de ambos no eran compartidas, y, raro en ella, no deseaba hacerle sentir incómodo.

Pasearon durante más de una hora. La complicidad se respiraba en el ambiente, podrían haber pasado días caminando y hablando de todo y de nada a la vez. Por primera vez, que Leonardo no fuera de su misma clase social no parecía importarle. Tras varios encuentros intencionados, sus dedos se rozaron una vez más para entrelazarse y cogerse de la mano.

Anabel sintió como el corazón le daba un vuelco. Una ráfaga de adrenalina recorrió todo su cuerpo. No recordaba haber sentido algo similar nunca.

Aunque rara vez había Leonardo tomado un taxi en París, pensó que sería lo más adecuado. Enrico le había comentado sus aventuras con el metro, por lo que prefirió evitar los riesgos de que hubiese ningún momento incómodo durante su primera cita.

El recorrido duró apenas diez minutos. La pizzería estaba en una esquina, era sencilla pero coqueta. Aquella sería la primera vez que Leonardo cenaba allí con una chica. Solía ir con Enrico o con algún compañero de clase. Algunas veces incluso pasaba al salir de la universidad y pedía una pizza para llevar. La *pepperoni* era su favorita.

—Espero que te guste —dijo él un tanto avergonzado. Hasta llegar al lugar no se percató de que quizás no era lo bastante elegante para la ocasión—. No es un lugar muy sofisticado. Pero la comida es exquisita y tanto los dueños como sus empleados son todos italianos, además de encantadores. Se instalaron en la ciudad hace diez años y sus pizzas se han hecho famosas.

Leonardo abrió la puerta y la mantuvo abierta para dejarla pasar, pasando él después. Había reservado una mesa romántica y acogedora al lado de la ventana que daba a la calle.

Nada más entrar, sin saber por qué, Anabel percibió una sensación de familiaridad, como si ya conociera el lugar. Pero no era así.

Un olor a pan recién horneado impregnaba el ambiente cálido de la estancia. Las paredes, envueltas en papel pintado y adornadas con

cuadros antiguos, ofrecían un aire entrañable e íntimo. Cada una de las mesas vestía manteles de algodón. La peculiaridad: cada uno de ellos era diferente. Quisieron sobresalir sin utilizar el típico mantel de cuadros blancos y rojos. Había manteles lisos y otros estampados. Su mesa lucía un mantel blanco con estampado de motivos marineros en color azul.

Se sentaron uno enfrente del otro, aunque acabarían moviendo las sillas para poder estar más cerca. Todo era perfecto: el lugar, la comida, la conversación… Anabel parecía muy cómoda, lo que hizo que Leonardo se relajara y pudiera ser él mismo. Compartieron una pizza de *pepperoni* y otra de salchicha italiana con brócoli. Carlo, uno de los dueños, conocía bien a Leonardo. Era uno de sus mejores clientes y mantenían una buena relación. Desde que le conocían, les había traído varios nuevos. Al percatarse de que la compañía de esa noche era más especial para Leonardo que de costumbre, les obsequió con una porción de *tiramisú* y una copa de licor de limón a cada uno. En agradecimiento, Leonardo les dejaría una buena propina.

Mientras tomaban el postre, Anabel miró por la ventana y vio a una pareja de enamorados sentados enfrente del restaurante. Las miradas que se profesaban transmitían todo lo que las palabras no eran capaces de decir.

Fue entonces, en ese preciso instante, cuando por fin se dio cuenta de lo que Leonardo había en realidad planeado.

Su falta de orientación no le permitió darse cuenta al llegar de que se encontraban a apenas dos calles de la universidad. Estaban repitiendo la misma escena que un día vieron vivir a unos desconocidos en ese mismo lugar y en esa misma mesa.

Habían vuelto al inicio. La noche en la que conectaron por primera vez en mitad de la fiesta de Virginia.

El silencio se apoderó de la escena.

Los dos sintieron lo mismo.

Y la noche siguió su curso.

Cuando terminaron de cenar, las calles estaban completamente mojadas, la lluvia no les dio tregua. Leonardo había pensado proponerle ir a tomar una copa en algún bar, pero lo último que

quería es que su proposición fuera inadecuada. Dudó, pero se armó de valor y le preguntó.

Anabel aceptó encantada.

No había demasiada gente, lo que permitía hablar sin tener que alzar demasiado la voz. Tomaron dos cócteles y luego dos más. Al acabar el segundo, Leonardo se preocupó de si Anabel estaba cansada y se ofreció a acompañarla andando a casa. No estaban demasiado lejos, habían avanzado algo desde la pizzería hasta el bar, con lo que su casa quedaba a apenas quince minutos de distancia.

Tras una placentera caminata, llegaron frente al portal de su edificio.

El portero ya había terminado su turno, no volvería hasta la mañana siguiente. Anabel hesitaba, se preguntó a sí misma si invitarle a subir sería una buena idea. Estaban nerviosos, la cita había sido muy agradable. Hasta el momento no cambiarían ninguno de los momentos que habían pasado juntos esa noche. Y la despedida parecía el instante decisivo para catalogarla como perfecta.

En un ávido de valentía, Leonardo acercó su cuerpo al de ella. Posó la mano derecha delicadamente sobre su cintura y la besó.

Anabel sintió cómo un cálido cosquilleo recorría todo su cuerpo. Subió el brazo hasta alcanzar con la mano el borde de su camisa. Siguió avanzando hasta llegar a tocar su cuello. El roce de su piel aterciopelada provocó la aceleración de sus pulsaciones. Un deseo atroz de quitarle la ropa ahí mismo inundó sus pensamientos. Deseó crear de ellos dos un solo ser.

—Contaré los minutos hasta volverte a ver —dijo a modo de despedida. La sorpresa de ella fue tal que Leonardo tuvo difícil entender la expresión de su cara.

«Quizás no le gustó el beso» pensó tras buscar un sinfín de razones. Sin caer en la respuesta simple.

Solo quería más.

Pero Leonardo no era un hombre fugaz, las historias de una sola noche nunca habían sido lo suyo. Solo recordaba una ocasión donde, llevado por el frenesí del momento, se acostó con una completa

desconocida la misma noche que la conoció. Salió de copas con un amigo, pero al poco tiempo este se tuvo que ir. Nunca supo la razón de por qué se fue tan deprisa, en varias ocasiones le preguntó, pero no obtuvo respuesta coherente.

Mientras terminaba la copa que acababan de pedir, una chica exuberante, alta, pelirroja y guapísima le abordó sin previo aviso. La noche terminó en un hotel cercano. Por la mañana ella había pagado la cuenta de la habitación con desayuno incluido y se había esfumado sin dejar rastro.

Nunca volvió a saber de ella.

Jacqueline se llamaba, o eso le dijo. Dejó un agradable recuerdo en la memoria de Leonardo. La encantadora y atractiva Jacqueline que vino para no quedarse.

Anabel estaba atónita, no entendía lo que acababa de suceder. Tenía la sensación de haber sido rechazada. Aun así, era no bastante inteligente para saber que no era el caso.

Sorprendentemente, se sentía bien. En otras ocasiones una situación de ese tipo le habría provocado frustración, al no ser ella quien llevase las riendas. Pero, curiosamente, no le importó.

Durmió como un bebé. Al despertarse y ver su reflejo en el espejo de la sala de baño, se percató de que llevaba una sonrisa dibujada de oreja a oreja. Le costó entender lo que le estaba pasando. Hasta que lo supo.

Era feliz.

Sentía una energía sobrehumana recorrer de arriba abajo todo su cuerpo.

Se enfundó la ropa de deporte y salió a correr por el parque. Era la primera vez que ocurría desde su llegada a París unos meses atrás. Una sensación de euforia indescriptible la invadió por completo.

Con mucho esfuerzo, pudo contener el impulso de llamarle, pero fue tremendamente difícil. La noche había sido perfecta.

Augusto era un médico experimentado. Muchos de los jefes de departamento solían ser convocados para programas de orientación a fin de ayudar a los estudiantes que acababan de salir de la universidad. Sin que este fuera el caso, se ofreció a ser el mentor de Leonardo, y ese domingo harían la guardia de urgencias juntos.

Augusto nació y se crió en España, pero a los diez años sus padres se mudaron a París en busca de un futuro mejor para sus tres hijos. Su padre consiguió trabajo en una fábrica donde elaboraban automóviles. No ganaba demasiado dinero, pero le alcanzaba para dar de comer a su mujer y sus hijos y salir al cine una vez al mes todos juntos. Augusto era el mediano de los tres hermanos, y el más inteligente. Gracias a sus buenas notas consiguió una beca para estudiar medicina en la universidad, y al terminar consiguió plaza en un buen hospital, donde se había labrado una reputación intachable.

En poco tiempo Augusto y Leonardo se hicieron inseparables. Lo consideraba un joven con una vocación innata y ganas de aprender.

Además de la pasión por la medicina, también compartían sus orígenes españoles. Aprovechaban el tiempo que pasaban juntos para practicar español y evitar que cayera en el olvido.

Augusto se había convertido en algo así como un padre para Leonardo, quien conservaba vagos recuerdos del suyo propio.

Como muchos domingos, la afluencia de enfermos o accidentados al servicio de urgencias del hospital era constante. Media hora antes de que empezara su turno ya habían terminado su café y estaban listos para empezar. Ambos eran extremadamente puntuales y dados a su profesión. A veces, esperaban que dieran las nueve y se entretenían charlando y tomando un segundo café, pero al ver todos los pacientes que aguardaban en la sala de espera para ser atendidos no fueron capaces de permitirse ese lujo.

—Vamos, Leonardo, tengo el presentimiento de que hoy el día nos depara un millón de buenos recuerdos —dijo Augusto guiñando un ojo.

Siempre repetía lo mismo. Su padre le solía decir esa misma frase cuando salían a pasear por la montaña los domingos. Y ahora él había cogido la costumbre de decírsela a Leonardo al comienzo de cada guardia. Lo dijo un día bromeando, pero se había convertido en una tradición entre ellos.

—Me han hablado de un buen restaurante griego cerca del hospital —dijo Augusto mientras tomaba la tensión arterial a una anciana de ochenta años que se había quedado medio dormida—; si te apetece,

la semana que viene vamos a comer un día después de pasar consulta. Invito yo.

—Me encantaría. Pero por favor déjame que invite yo. La última vez dijimos que yo pagaría la próxima ocasión.

—¡De eso nada! Ha sido idea mía. Cuando tú busques el plan, entonces pagarás tú.

—De acuerdo. Tienes razón, me toca a mí buscar restaurante. Eso haré. Ya que supongo que estás cansado de ir a la pizzería de Carlo.

—Sabes que no es cierto. Me encantan las pizzas de Carlo. Pero será para la próxima vez.

Esta semana, si te va bien, probaremos el restaurante griego; tengo ganas de hincarle el diente a una buena *moussaka*.

—Claro. Cuando tú quieras.

Los meses que sucedieron a su primera cita fueron como un cuento de hadas. Sentían mariposas en el estómago, típicas de los recién enamorados. Se veían siempre que podían y aprovechaban cualquier excusa para pasar un poco de tiempo juntos.

Si bien, pasó un mes hasta que Leonardo aceptó estar a solas con ella en la intimidad. Auguraba lo que ocurriría en caso de acceder y subir a su apartamento cualquiera de las noches que habían salido a cenar. Prefería llevar la relación con calma y esperar el momento adecuado.

Como agua de mayo, Enrico viajaría a Sicilia para visitar a su familia ese fin de semana. Tendría el apartamento para él solo.

Anabel saltaba de alegría cuando leyó el mensaje invitándole a cenar en su casa ese sábado.

Por fin estarían solos.

Ansioso porque todo saliera perfecto, Leonardo olvidó comprar postre.

Media hora antes de que Anabel llegara, llamó al restaurante de Carlo para ver si alguno de los repartidores podía llevarle dos porciones de *tiramisú*. Para su desilusión, ese día no habían podido hacer *tiramisú*; el proveedor de mascarpone les había fallado y no consiguieron otro de la misma calidad, con lo que prefirieron no hacer. Sin embargo, le propuso unos *cannoli*[8] .

Como Enrico era también siciliano y adepto a los *cannoli*, pidió que le trajeran tres. Le guardaría uno para el lunes.

Cuidó cada detalle. Movió la mesa hasta ubicarla al lado de la ventana y crear así un ambiente más acogedor. Compró velas aromáticas, que distribuyó cuidadosamente por todo el salón, para de ese modo no tener que utilizar luz artificial durante la cena. Era un buen cocinero. Su tía le había inculcado el amor por la cocina desde pequeño. Preparó vieiras a la plancha con endivias caramelizadas de entrante. Dudó sobre el plato principal, pero al final se decidió por pato al horno con salsa de almendras y castañas. Fue una receta que le enseñó también su tía.

Había pasado de generación en generación después de que su bisabuela la inventara una tarde de invierno después de haber ido al bosque a recoger castañas. Alexandra consideraba a Leonardo parte de la familia, y le confirió el honor de conocer la receta.

La puntualidad no era una de las cualidades de Anabel, pero, aun así, llegó a las siete en punto a la cita.

Estaba preciosa. Un vestido blanco y negro de *Chanel* con zapatos de salón negros fue una acertada elección para la velada. Leonardo le propuso guardar su abrigo y le invitó a pasar al salón.

Imaginaba que era un romántico, y al ver todo lo que había preparado, sus sospechas no hicieron más que confirmarse.

Le recibió con una rosa roja, que más tarde reuniría con las once restantes en un jarrón de cristal colocado delicadamente en el lateral de la mesa donde cenarían. El contraste de las rosas rojas con el mantel blanco y la luz de las velas creaba una atmósfera idílica. Todo lo que se podía esperar de una noche romántica.

A lo lejos se veía la luz de la cocina encendida. Leonardo le invitó a sentarse y fue a ultimar los preparativos. A los pocos minutos, después de haber lanzado el horno para que todo estuviera en su punto, salió con unos aperitivos salados de hojaldre y una botella de *Champagne*.

El pasado mes de septiembre había ido con Enrico y otros amigos a visitar la región de *Champagne*, al noreste de París. Visitaron varias bodegas y compraron los mejores espumosos a buen precio. Había

bebido o regalado todas las botellas menos una, que guardaba para una ocasión especial. Un *Dom Caudron* de la mejor calidad.

—Espero que te guste la cena que he preparado. He estado todo el día cocinando.

—Seguro que sí. Estos hojaldres están deliciosos. Si todo está igual de rico me voy a chupar los dedos —respondió ella tras acabar de degustar el último bocado del montadito de queso y nueces.

—Me alegro de que te guste. Pero es algo muy sencillo.

—Es sencillo, pero no por ello tiene menos mérito. Me parece muy elogiable que tomes el tiempo y tengas la paciencia de cocinar. Yo no tengo ni idea. Mi especialidad es la pasta con salsa de tomate de bote.

Después de pasar su infancia y adolescencia disponiendo de personal de servicio que limpiara y cocinara para ella y sus padres, Anabel era prácticamente una inútil en todo lo que respectaba al manejo del hogar, incluida la cocina. Nunca había tenido la necesidad de aprender, y el simple gesto de pelar y cortar una cebolla le resultaba casi imposible.

Desde que vivía en París subsistía a base de comida para llevar y platos preparados.

—Si te apetece, podemos cocinar juntos un día de estos. Yo solía hacerlo con mi tía Alexandra cuando era niño. Me enseñó a cocinar de todo. El plato principal que comeremos hoy es la especialidad familiar. Ya verás como ahí sí que te chupas los dedos.

Al tiempo que degustaba otro bocadito, Anabel sonrió sin responder.

Leonardo recordó que había dejado el ordenador preparado con música especialmente elegida para la ocasión. Encontró una lista de reproducción de sonidos de la naturaleza que le pareció perfecta. Al levantarse a por los entrantes, encendió el portátil y puso en marcha la música.

Todo estaba delicioso. Anabel hizo prometer a Leonardo que el día que cocinaran juntos le enseñaría a preparar el pato con almendras y castañas. Prefirieron coger las copas de *champagne* y sentarse un rato en el sofá antes de pasar al postre.

Estaban cómodos. Un ambiente acogedor, música, velas y buena comida.

Nada podía salir mal.

Estuvieron charlando y acariciándose largo y tendido. Anabel se quitó los zapatos y colocó sus piernas encima de las de él.

Los dos querían lo mismo.

—Espera aquí unos segundos. Enseguida estoy de vuelta —le susurró al oído.

Se fue la luz por completo. Un pañuelo blanco de seda tapaba sus ojos.

Caminaron juntos, lentamente. Recorrieron el largo pasillo hasta alcanzar la habitación. Anabel andaba delante, él la sujetaba por la cintura y de vez en cuando comprobaba que el vendaje seguía en su sitio.

Tenía que ser sorpresa.

Había pasado horas preparándolo todo. Un manto de pétalos de rosas rojas y blancas cubría el espacio entre la puerta de la habitación y la cama, formando un pasillo. La luz de las velas se confundía con la oscuridad de la noche. Desprovista de cualquier otro objeto, en la mesilla de noche reposaba un plato repleto de fresas y un cuenco con chocolate líquido. Aun con el pañuelo en los ojos, Anabel sintió el dulce aroma proveniente de las velas. La fragancia era diferente a la del salón.

Fresa quizás.

Con suavidad le desató el pañuelo, rozando sus manos que también fueron a parar a sus ojos. Sin estar seguro, quiso notar lo que le pareció un temblor de agitación. Inconscientemente, apretó su mano y el mensaje se volvió evidente.

Los nervios eran compartidos.

Impulsada por una fuerza inexplicable, se giró hacia él y le besó dulce, pero a la vez apasionadamente. Y fue entonces cuando el tiempo se paró de repente, sumergiendo a ambos en una escalada de deseo, atracción y pasión. Se dejaron llevar y el afán de poseerse el uno al otro fluyó naturalmente. No había prejuicios, ni fronteras, ni clases sociales.

Solo ellos dos y sus besos.

En un atisbo de lucidez, Anabel volvió al mundo terrestre para recordar la última vez que tuvo relaciones sexuales. Fue con Julián, unos meses atrás. El sentimiento que tenía en esos momentos era tan diferente al de entonces, que se preguntó si no se trataba de algo distinto.

Pero no.

A pesar de seguir el mismo proceso, ni el camino ni el resultado eran comparables. Como dos tartas que en su exterior son iguales, pero al saborearlas es indiscutible que una está hecha en casa y la otra venía envuelta en plástico antes de aterrizar en la mesa. Enfadada consigo misma por haber salido del jardín de las delicias en el que se encontraba, volvió a coger el reloj del tiempo para esta vez pararlo por completo.

Leonardo rodeó su cintura, estrecha y suave, con las dos manos y se acercó lentamente a su cuerpo todo lo que pudo. Caminaron juntos hacia la cama. Sus cuerpos, unidos por una fuerza magnética, seguían pegados por completo.

Lentamente, fueron deslizándose en la cama hasta terminar tendidos sobre ella.

No había palabras, solo el sonido de sus besos. Besos en la boca, el cuello, las manos, los brazos. Besos incontrolados y juguetones que invadieron la habitación en poco tiempo. Incontables besos se sucedieron, hasta llegar al punto en el que, con timidez, Anabel empezaría a desabrocharle la camisa, descubriendo así su torso desnudo.

El resplandor de las velas dejaba entrever algo de vello y unos músculos discretos, pero bien definidos. Ella se giró, invitándole a abrir la cremallera de su vestido. Debajo de la ropa recatada y elegante, se escondía un lado algo más salvaje.

Intuyendo lo que podía llegar a pasar esa noche, compró un conjunto de lencería negro y blanco. Se componía de dos piezas, un corpiño y una braguita. Del corpiño salían unas cintas negras, que acariciaban dulcemente su barriga hasta terminar en sus muslos, cogidas con un pequeño broche a las medias.

Dejó que Leonardo la admirara durante unos segundos. Acto seguido se desató los broches, despojándose así de las medias. Sus

piernas quedaron al descubierto. Deslumbrado por su belleza, Leonardo acarició sus piernas como si de terciopelo se tratara. Al tiempo que terminaban de desnudarse, saborearon el tierno sabor del placer unido al dulce de las fresas.

Con un delicado movimiento, Anabel cogió una de ellas, la sumergió en chocolate y la mordió. Pero antes de ello, le dio tiempo a pasearla por el torso de Leonardo. Algunos restos de chocolate se quedaron en su piel. Se incorporó y lamió su pecho hasta limpiarlo por completo. Su boca estaba sedienta de más y el ambiente estaba cada vez más caldeado.

Sus besos se agitaron y sus movimientos parecían cobrar vida por ellos mismos. El ritmo comenzaba a acelerarse. Los labios de él se hundieron en el ombligo de ella, subiendo lentamente hasta llegar a sus pechos, humedecidos por el calor del ambiente. Los lamió y besó ardiente en deseos. Su miembro viril, erguido desde un principio, buscaba encontrar su camino con anhelo.

Intentando no hacer demasiado ruido para conservar la magia del momento, Leonardo abrió el cajón de la mesilla para sacar un preservativo. Lo posó a un lado para que ella lo viera. A pesar de la evidencia, no pretendía hacer nada si ambos no estaban completamente seguros.

El tiempo seguía parado. Se perdieron entre besos y caricias, entre abrazos y manoseos. Necesitaban aquello, sentir que el amor que estaba creciendo entre ellos estaba vivo y latente, que se fundían para luego condensarse y formar una sola pieza. Disfrutaban de un placer sin obstáculos, sin preocupaciones ni prejuicios. Todo temor o desconsuelo era inexistente mientras estuviesen juntos.

Anabel cogió el profiláctico y se lo dio a Leonardo, quien se lo colocó sin demora. Aun así, volvió a pedir su consentimiento con la mirada.

Anabel le acarició el brazo y asintió con la cabeza.

Leonardo procedió entonces a introducir su miembro. Una explosión de sensaciones invadió sus cuerpos desnudos. El anhelo de lo esperado, la emoción de lo deseado. La mezcla del olor intenso del mejor perfume con el sabor primoroso del más preciado de los bocados.

Afán, capricho, deleite.

Todo unido en un mismo camino con idéntico destino. El placer.

Mientras hundía los labios en su cuello, Anabel respiró profundamente.

Temblaba. Su primera vez, no realmente, pero sí, su primera vez con él.

El baile de sus cuerpos duró lo que dura el amor, una ilusoria eternidad. Sucumbieron al placer, al pecado de la carne.

Como dos gotas de agua sobre un techo húmedo, el éxtasis llegó simultáneamente. Un calor sofocante pero placentero sumergió a Anabel en el más profundo de los placeres. Sintió su calor y, exhausta, dejó reposar la cabeza en su pecho, mientras su respiración se normalizaba lentamente.

Pasaron varios minutos en silencio, asimilando la magia que acababan de vivir en primera persona. Cuando sus cuerpos empezaron a enfriarse por el cese del esfuerzo físico, se cubrieron con la ropa de cama. Abrazados y en voz baja, como si alguien les estuviera espiando en la habitación de al lado, charlaron largo y tendido hasta caer profundamente dormidos, sin saber cómo ni en qué momento.

Esa noche no hubo pesadillas, ni dificultades para conciliar el sueño.

Solo el dulce recuerdo de lo ocurrido y la excitación de lo que estaba por llegar.

Durmieron sin límites, el canto de los pájaros sobre los árboles del patio interior fue lo único que perturbó su sueño a la mañana siguiente.

Anabel se despertó sobresaltada. Al abrir los ojos se dio cuenta de que estaba sola en la cama. De inmediato, percibió el suave aroma del café recién hecho y escuchó el sonido de la campana del horno.

Leonardo se había despertado temprano para preparar el desayuno. Pan recién hecho, mantequilla y mermelada esperaban en la mesa del salón.

Mientras ella dormía salió a la panadería y preparó *crêpes*, su especialidad. Un despertar perfecto culminando una noche perfecta.

—Buenos días, dormilona. Espero no haberte despertado. He intentado hacer el menor ruido posible —explicó Leonardo al verla, al tiempo que se acercaba y le daba un beso, corto pero dulce, en los labios.

—No te preocupes. Hacía tiempo que no dormía tan bien.

—Me alegra escuchar eso —respondió él con cara de satisfacción—. Puedes sentarte. El café está recién hecho y el bizcocho en su punto. Es una receta muy básica, bizcocho de yogur, pero nunca falla. No conozco a una sola persona a la que no le guste. Espero que no seas la primera —dijo riéndose.

—Seguro que está riquísimo. ¿Cuándo vuelve Enrico?

—Esta tarde. Le dije que iría a buscarle al aeropuerto. Si quieres puedes venir conmigo. Seguro que se alegra de verte.

—No, gracias. Tengo que volver a casa. Necesito acabar un trabajo de la universidad para mañana.

Desayunaron tranquilamente, degustando cada bocado. Parece que en buena compañía las cosas saben mejor. Tanto así, que Anabel, ni corta ni perezosa, le pidió a Leonardo si podía llevarse un trozo de su bizcocho de limón a casa. Hecho al que él accedió, obviamente, encantado. Al terminar estuvieron un rato en el sofá conversando e intercambiando caricias. Más tarde, Anabel pediría un taxi que la llevara de vuelta a casa.

***

Como era frecuente, el sol brillaba en Madrid aquel día. Por primera vez, Andrea parecía estar respondiendo a los estímulos que se le practicaban. Lola estaba de muy buen humor. Cualquier ápice de esperanza la ayudaba a seguir adelante y no derrumbarse. Además, la Navidad estaba cerca, y ver a su hija así ya casi dos meses estaba siendo demoledor.

Aun también entusiasmado con las últimas noticias, Pedro intentaba guardar la calma y no cantar victoria. Desde que la trasladaron a España no se había alejado de ella ni un minuto. Lo justo para volver a casa de vez en cuando, comer y dormir. Tuvo suerte que en el trabajo aceptaran darle una excedencia mientras durara la situación. De no haber sido así, Lola no lo habría

soportado. La depresión en la que estaba sumiéndose empezaba a preocupar a los médicos, quienes esperaban que con las buenas noticias de la última semana su ánimo mejorara considerablemente.

Aun así, les habían advertido que las respuestas que estaba teniendo podían ser símbolo de una recuperación, pero también podían ser simples espasmos del cuerpo ante un tiempo prolongado en coma. Sin embargo, sus padres preferían aferrarse a la primera opción, y pensar que el momento de ver a Andrea recuperada estaba cada vez más cerca.

Como en repetidas ocasiones de su vida, los problemas financieros volvían a acecharla. Existía un doctor extraordinario, una eminencia en la materia, pero no podían permitírselo. Ejercía en una de las clínicas privadas más prestigiosas y caras de la ciudad, y solo una consulta con él era impagable para la mayoría de los bolsillos.

Julio supo de su existencia por un compañero de trabajo, y aunque muy pocas veces recurría a su mujer en temas de dinero, consideró que la ocasión lo requería.

—Vamos, Cintia. Sabes que te estarían eternamente agradecidos —insistió Julio.

—¡No entiendo por qué tengo que pagar yo el tratamiento! Sabes que nunca me lo devolverán. Como ocurrió con el dinero que les presté para la entrada de su apartamento. Además, Andrea ya está en un buen hospital con buenos médicos. Ellos están haciendo todo lo que pueden por ella. Solo hay que esperar.

—¡Me parece increíble que tengas el corazón tan frío! Es tu sobrina la que está en una cama debatiéndose entre la vida y la muerte. Estamos casados, ¿recuerdas? Desde el momento en que diste el sí quiero mi familia pasó a ser también tu familia —dijo Julio alzando la voz—. Todos tenemos el deber humano de ayudarnos los unos a los otros, y mucho más cuando se trata de los tuyos. ¡Y te lo pido por favor, no vuelvas a sacar el tema de la entrada del piso! Cada vez que vemos a mi hermano me vienes con la misma historia. Fuiste tú quien les ofreció ese dinero como regalo de bodas. Ellos no lo querían aceptar, tuve que insistirles para que lo hicieran porque de verdad lo necesitaban. Se hubiesen quedado en la calle de no ser

así. Mi hermano acababa de quedarse sin trabajo y no llegaban a fin de mes. ¡A veces me pregunto cómo puedes ser tan insensible!

Cintia suspiró.

Pocas veces había visto a su marido enfurecido de ese modo. No sabría explicar el porqué de su negativa. Tenía el dinero, mas lo que no tenía era esa necesidad de ayudar al prójimo a toda costa.

Andrea era de la familia, sí, pero no le correspondía a ella cargar con ese peso.

Aun así, entendió que si no accedía, su marido no se lo perdonaría nunca.

—De acuerdo. Dile a tu hermano que llame al tal doctor. Me haré cargo de sus honorarios.

Aun con conocimiento de causa, Julio sintió un gran alivio al escucharla. No fue su buen corazón lo que la impulsó a tomar la decisión. Pero en ciertas ocasiones como esta, el resultado era lo importante.

—Gracias, Cintia. Estoy contento de que hayas entrado en razón. Me voy ahora mismo al hospital para decírselo a mi hermano.

Julio subió a la habitación a darse una ducha rápida. En apenas diez minutos ya estaba listo. Fue a la cocina, donde Cintia se encontraba dando instrucciones al servicio para las comidas de la semana, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

A pesar de todos los años que llevaban casados y viviendo juntos, no acababa de acostumbrarse a tantos lujos. Una casa de quince dormitorios, coches caros y servicio no le hacían sentir demasiado cómodo. A veces pensaba que hubiera preferido tener una vida más discreta, pero se enamoró de Cintia siendo aún muy joven. Y, para bien o para mal, se encontraba atrapado en una jaula de oro.

Había luces y coches por todos lados. El fuerte temporal había hecho caer varios árboles y postes de la luz, provocando así fallos eléctricos y forzando a cortar varias carreteras. Aproximadamente una hora después de haber salido de casa, Julio llegó al hospital. El ascensor daba casi directamente a la sala de reposo para los familiares de la planta donde estaba ingresada Andrea. Al pasar, vio que su hermano estaba allí sentado, con los codos apoyados en las

rodillas y la cabeza entre los brazos. Desde lejos se podía percibir que había estado llorando.

—Pedro, ¿qué ha sucedido? ¿Andrea está bien? —preguntó Julio alterado sin saludar antes.

—Sí, está bien. Aunque los últimos resultados ya no son tan favorables como los anteriores. Hemos vuelto al punto de partida. Lola está hecha un mar de lágrimas y yo no sé si voy a poder continuar siendo el pilar de esta familia mucho tiempo. Intento ser optimista para que ella no se derrumbe todavía más, pero no es fácil. A mí también me gustaría gritar y arrancarme el pelo de la rabia e impotencia que siento al no poder hacer nada. Pero aquí estoy, llorando cuando ella no me ve.

—Vamos, hermano, anímate. Estoy seguro de que las noticias que traigo os levantarán el ánimo a los dos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Pedro incrédulo. Llegados a ese punto había pocas cosas que pudieran animarlos.

—Vamos a consultar al doctor Castro. Cintia y yo nos haremos cargo de todos los gastos. Trabaja en una clínica privada y es especialista en casos como el de Andrea. Seguro que puede hacer algo más por ella. Tenemos que pedir otra opinión —explicó Julio entusiasmado.

—No. Definitivamente no. No vamos a aceptar el dinero de tu mujer otra vez. No pierde oportunidad para echarnos en cara el regalo de boda maravilloso que nos hizo pagando la entrada del apartamento —replicó Pedro.

—Lo sé. Es mi mujer y la conozco de sobra. Pero esta vez es diferente. Se trata de Andrea. No podemos quedarnos tranquilos sin haber agotado todas las posibilidades de que se recupere. Sabes que Lola no lo permitiría.

—Ella será la que menos quiera aceptar el dinero de tu mujer.

—Tenemos bienes gananciales, Pedro. Todo lo suyo es mío también.

—Vamos, Julio, ¡no me vengas con sandeces! Sabes que eso no es así. Nunca has gastado ni un céntimo de tu mujer. Para conseguir que vistas de marca, cada año por tu cumpleaños te regala una tonelada de ropa. Sabe que de no ser así no la aceptarías. Venimos

del mismo lugar tú y yo. Que te hayas casado con una mujer de cuna de oro no te convierte en alguien mejor que yo —dijo Pedro irritado.

—¡Sabes que no me creo mejor que nadie! Sí, me enamoré de Cintia, quizás ese fue mi error. Pero no por ello he dejado de ser yo mismo.

Familiares de otros enfermos que descansaban en la sala no pudieron evitar girar la cabeza hacia ellos. La conversación subida de tono se alejaba del silencio casi sepulcral que predominaba en la habitación.

—Lo siento. No he querido ofenderte, hermano. Estoy muy nervioso. Discúlpame, por favor.

—No tienes que disculparme. Lo entiendo perfectamente. Pero, por favor, acepta el dinero. Andrea lo necesita.

—¿Crees que no lo sé? Pero ya te lo he dicho. Lola no lo aceptaría. Los primeros días de estar aquí, cuando no avanzaba, se lo insinué y se enfureció. Aunque esté destrozada no quiere deberle nada más a tu mujer, sería muy humillante. De modo que gracias por el ofrecimiento, pero no lo podemos aceptar.

—Entonces digámosle que el dinero viene de otra fuente. No podemos perder la oportunidad de intentar que el doctor Castro haga algo por ella.

—No estoy seguro de que eso sea una buena idea, ¿de dónde le decimos que ha salido el dinero?

—Le diremos que la clínica se ha interesado por el caso de Andrea y ha querido encargarse de él de forma benévola. A modo de investigación.

—No sé, Julio. Si se entera de que le miento no me lo perdonará.

—No tiene por qué saberlo. Si el tratamiento del doctor Castro le ayuda a recuperarse da igual de dónde haya salido el dinero. Tenemos que intentarlo. Andrea volverá a ser la chica alegre y sonriente que era antes.

—Está bien, Julio, lo haremos a tu manera. No sé cómo, pero me has convencido bastante rápido. Lo haremos, pero con una condición. Tienes que asegurarte de que tu mujer guardará el secreto. No quisiera que Lola volviese a sentir que está en deuda

con ella. Para mí será difícil soportar ese sentimiento, pero estoy dispuesto a asumirlo. Si bien, por nada en el mundo quiero que Lola sienta lo mismo.

—Descuida. Me ocuparé de que así sea.

—Te lo agradezco en el alma, hermano.

8 Cannoli: postre típico siciliano que consiste en una masa cilíndrica abierta por los extremos y rellena de crema de ricota.

Capítulo 7

Vuelve, a casa vuelve, por Navidad

Existen muchas definiciones de amor. Sentimiento de vivo afecto e inclinación hacia una persona o cosa a la que se le desea todo lo bueno.

Sentimiento de intensa atracción emocional y sexual hacia una persona con la que se desea compartir una vida en común. Aun así, cada persona tiene su propia definición, o mejor dicho, su propia manera de sentir o de expresar lo que se siente. Es raro que cuando dos personas se unen ambas perciban el mismo grado o intensidad el uno por el otro. Tener necesidades parejas o deseos idénticos resulta complicado. No obstante, Anabel y Leonardo parecían alineados casi al milímetro.

Su amor crecía como la espuma. Se veían prácticamente todos los días. Para desayunar, al salir de clase o durante la hora de la comida. No se cansaban el uno del otro. Como dos imanes que cuando están separados luchan para volver a juntarse, y si los unes por una esquina estrecha del metal harán todo lo posible por tener la mayor de sus superficies en contacto.

Muy a su pesar, Anabel volvió a España durante dos semanas por Navidad. La idea no era de su agrado, pero entre la insistencia de sus padres y el accidente de Andrea no podía negarse.

Leonardo quiso acompañarla al aeropuerto. Los últimos días, pasar el máximo tiempo a su lado se convirtió en una prioridad. Se despidieron de tal manera que se diría iban a pasar un año sin verse.

No tuvo tregua. Sus padres la estaban esperando y nada más montar en el coche pusieron rumbo al hospital.

Al verla salir, en medio del gentío y de las maletas, la expresión de la cara de Julio cambió. Sería capaz de distinguirla a un simple

vistazo, aunque estuviese rodeada de un millón de personas. Caminó decidido hacia ella con una sonrisa dibujada de oreja a oreja. La abrazó enérgicamente, estrechándola con todas sus fuerzas.

—Hija mía. Qué alegría verte. Te he echado muchísimo de menos —dijo sin dejar de abrazarla y sin abrir los ojos. Deleitándose con el olor de su perfume fresco y afrutado. Ese dulce olor a hogar que no tenía en ninguna otra parte, solo en ella. La niña de sus ojos.

—No seas exagerado, papá. Nos hemos visto hace muy poco.

—A mí me ha parecido una eternidad.

—¿Dónde está mamá? —preguntó por cortesía, sin demasiadas ganas de conocer la respuesta.

—Se ha quedado en la cafetería. Como tu vuelo llegaba con retraso, hemos ido a tomar algo para no esperar de pie.

¡Pero vamos, no te quedes ahí plantada! ¡Vamos a buscarla! Está deseando verte.

«Si estuviera deseando verme, habría venido aquí, en lugar de quedarse cómodamente sentada», pensó Anabel.

Desde lejos divisó su silueta. Inconfundible. Estaba sentada al lado de un grupo de jóvenes, tomando tranquilamente un batido de chocolate y ojeando una revista. Solamente al notar que alguien se acercaba levantó la vista y se percató de que se trataba de su marido y su hija. Se levantó y, tras darle a su hija los dos besos de rigor, emprendió la marcha.

—Démonos prisa. Se ha hecho muy tarde para tener que ir todavía al hospital. A este paso no llegaré para ver mi programa de las diez en la televisión.

Julio y Anabel hicieron caso omiso de su comentario y se limitaron a caminar tras ella. Sin dejar de abrazarla, Julio le cogió la maleta para que no cargase peso; se sentía dichoso por tenerla de vuelta.

Tras subir al coche, se puso los cascos y no pronunció palabra. Sentía una mezcla de desconcierto y alegría. Contento de volver a su tierra y triste por lo que había dejado atrás. Aun así, sus ganas de ir al hospital brillaban por su ausencia. Después de los buenos momentos que estaba viviendo últimamente en *París* le fastidiaba tener que soportar el ambiente deprimente de un hospital.

Como de costumbre, Lola y Pedro estaban allí, velando por su hija en todo momento. Pedro iba a buscar un café cuando se los encontró por el pasillo.

—Anabel, cielo, ¡qué alegría verte! —dijo abrazándola.

—Hola, tío Pedro, ¿qué tal? —preguntó con pocas ganas y mirando el pasillo infinito frente al que se encontraban.

—Iba a buscar un café, pero después vuelvo y compro cafés para todos. Acompáñenme a la habitación de Andrea, por favor. Hace unas semanas que la sacaron de cuidados intensivos, así que ahora podemos visitarla a cualquier hora del día.

Caminaron apenas unos metros desde donde se encontraba. Pedro abrió la puerta sigilosamente e hizo una mueca con los ojos para avisar así a su mujer de que no venía solo. Lola leía un libro de *Javier Castillo* sentada en una silla junto a la cama de su hija. La tocaba de vez en cuando inconscientemente para sentir su calor. Por las noches se despertaba soñando que una de aquellas veces sus dedos estaban helados como barras de hielo.

—¡Mira quién ha venido, Lola! —dijo Pedro con voz alegre al tiempo que abría la puerta completamente y les indicaba con el brazo derecho extendido que les invitaba a entrar.

—Anabel, querida, ¿cómo estás?

—Bien, tía, gracias. ¿Y Andrea? ¿Cómo sigue su tratamiento?

Lola se levantó para saludarles a todos. Era la primera vez que veía a su sobrina desde el accidente. Cada vez que la veía, pensaba que era la viva imagen de su madre. Y a pesar de tener la sensación de que, con los años, a medida que iba madurando se hacía un poco más humana y un poco menos mezquina, seguía desconfiando de ella. Los genes de Cintia podían aparecer en cualquier momento. Sin argumento alguno y en silencio, la culpaba del accidente de su hija. Si no se hubiese ido a estudiar al extranjero, ella nunca habría ido a visitarla y seguiría deleitándonos con su sonrisa embriagadora y su mirada dulce. Aun sabiendo que era injusto pensar así, no podía evitarlo.

—De momento no ha dado respuestas significativas. Hace unos días pareció que respondía bien a algunos de los estímulos que le practicó el doctor, pero luego resultaron ser espasmos naturales del

cuerpo —explicó Lola—. La buena noticia es que el doctor Castro, un célebre médico en el campo de estudio del cerebro en casos como el de Andrea, quiere empezar a tratarla. Al parecer, es una buena oportunidad para la clínica donde trabaja. Podrán estudiar lo que le ocurre a Andrea y así aplicarlo en futuros pacientes. No vamos a tener que pagar el tratamiento, cosa que, de no haber sido así, no nos podríamos haber permitido. Nos lo propusieron hace unos días y, la verdad, se nos abrió el cielo con la noticia.

Cintia se giró hacia atrás y tosió, mostrando así a los presentes su desacuerdo con lo que acababan de escuchar. Afortunadamente, los únicos en darse cuenta de su gesto grosero fueron Pedro y Julio, quienes intentaron no darle importancia para no levantar sospechas. Anabel tampoco estaba al corriente de la verdad. Cuanta menos gente lo supiera, mayor sería la probabilidad de guardar el secreto.

—Me alegro. En efecto, son buenas noticias —precisó Anabel sin quitar la mirada de la cama en la que yacía su prima.

—Bueno, voy a por café, ¿a quién le apetece uno? —preguntó Pedro.

Aparte de Julio, nadie respondió.

—Te acompaño, hermano.

Salieron de la habitación con una sensación de pesadez mezclada con desazón y aliñada con unas gotas de angustia. Dejándolas a las tres solas, alrededor de la cama de Andrea y con los nervios a flor de piel.

Se miraron entre sí sin decir nada. Los diez minutos que tardaron en volver con el café fueron eternos. Un silencio frío e incómodo reinó durante el tiempo en el que no estuvieron, y la tensión era tal que podía cortarse con un cuchillo. Cintia se sentó y no alzó la vista de la revista que llevaba en el bolso. Anabel se quedó de pie, mirando a Andrea sin mover ni un pelo, y Lola se quedó tal cual, en el otro lado de la cama oscilando la mirada entre su hija y su sobrina como si de un partido de tenis se tratara.

—Por favor, tienes que decirle a tu mujer que se contenga. A este paso Lola no tardará ni una semana en descubrir quién está realmente pagando el tratamiento de Andrea —exigió Pedro un tanto molesto.

—Tienes razón, hermano, me he dado cuenta, volveré a hablar con ella. Aun así, sabes cómo es Cintia. Ya me sorprendió que aceptara no decir que es ella quien financia los servicios del doctor Castro. Va a ser difícil conseguir que se contenga también en cuanto a sus indirectas. Pero lo intentaré. Te lo prometo.

Cuando entraron en la habitación, Cintia ya llevaba el abrigo puesto, preparada para marcharse de aquel lugar que tanto la deprimía. No le gustaban los hospitales y estaba impaciente por llegar a casa y ver su programa televisivo favorito.

—¿Nos vamos? —preguntó en cuanto vio a Julio entrar por la puerta.

—Espera un momento que me termine el café.

Descontenta, resopló mostrando su malestar. Anabel la miró con indiferencia y se volteó para guardar el teléfono móvil en su bolso.

—¿Para cuánto tiempo has venido? —preguntó Pedro dirigiéndose a Anabel.

—Dos semanas. Volveré antes de Reyes.

—Ah, bueno, es tiempo suficiente. Como le he comentado a tu padre, este año no creo que nos veamos por Navidad, preferimos traer algo de comida al hospital y comer con Andrea. Pero dos semanas es mucho tiempo, seguro que te volvemos a ver por aquí.

Ella no respondió. Ni se le había pasado por la cabeza volver a poner un pie en el hospital antes de irse a *París*. Le repugnaba la idea de estar rodeada de microbios y gente enferma.

Cintia no pudo evitar su regocijo. Pasar una Navidad lejos de la familia de su marido era su mejor regalo. Tan ordinarios y vulgares. A pesar de no tener hermanos y de que sus padres hubiesen muerto hace ya unos años, mejor solos que mal acompañados.

Casualidad o no, la relación de Cintia con su madre tampoco fue un camino de rosas. Aun así, lamentó su muerte tanto como la de su padre, con quien había pasado los mejores momentos de su infancia. Recordaba el día en que murió, una mañana lluviosa de principios de otoño, su salud, ya delicada desde hacía varios años, empeoró en las últimas semanas.

Cuando el doctor Prieto, amigo de la familia desde siempre, salió de la habitación con la cabeza gacha y los dedos entrelazados, las

palabras sobraban.

Para Cintia, la tristeza por la muerte de su madre se equiparaba al desahogo de no tener que soportar más sus quejas y reproches. No mucha gente era conocedora de tal relación tormentosa, tan solo su padre y algunos familiares ya fallecidos estaban al corriente. Ni siquiera Julio lo sabía.

Cintia siempre había pensado que el mal carácter de su madre era el causante de las infidelidades de su padre. Un padre cariñoso y un hombre dado a su familia, pero los malos vicios de los viajes y salidas de negocios le pasaron factura. No podía evitar la tentación de la carne cuando estaba fuera de casa.

Aun así, su matrimonio estaba roto desde mucho antes de que las infidelidades vinieran para no marcharse. Se casaron por intereses familiares, y aunque pasaron unos años buenos y se podría decir que llegaron a quererse, los pilares que les unían jamás fueron de un hormigón muy sólido.

Cuando empezaron a ser recurrentes y descarados, la madre de Cintia estaba más molesta por las habladurías de la gente que por el mero hecho de que su marido le fuera infiel. En aquella época, mantener las apariencias era crucial, sobre todo cuando te movías en la alta sociedad. Que un marido no respetara el lecho conyugal daba a pensar que la mujer no cumplía con las obligaciones maritales o que algún problema más allá yacía en el matrimonio.

De camino a casa, Cintia no cesó de quejarse de lo insalubre que le parecían los hospitales y del tiempo que habían perdido en el aeropuerto.

Sin ningún reproche ni crítica, Julio hizo caso omiso de sus comentarios. Estaba feliz de poder disfrutar de una cena familiar junto a su hija. Había pedido al servicio que preparara alguno de sus platos favoritos. De haber tenido tiempo lo habría hecho él mismo, pero al no disponer de él, se aprovechó del lujo que suponía tener a alguien que lo hiciera en su lugar, cosa que no le agradó demasiado pero que olvidó rápidamente.

El volumen de la televisión estaba tan alto que Anabel tuvo que levantarse a cerrar la puerta para no oírla. Cintia no quiso cenar con ellos. Cogió una porción de la estupenda lasaña de verduras con la

que les habían sorprendido y la comió en el sofá sin despegar un ojo de la televisión.

Triste, pero cierto.

Más triste todavía, Julio se alegró de poder pasar un rato a solas con su hija sin tener que actuar de mediador. El ambiente tenso y crispado que se creaba cuando estaban juntas le resultaba agotador a la par que desafortunado. En repetidas ocasiones había intentado hablar con las dos por separado para conseguir apaciguar las aguas y conseguir una actitud conciliadora entre ambas, pero tras varios fracasos dejó de intentarlo.

—Cuéntame, princesa, ¿cómo te va por París? ¿Eres ya una experta hablando francés?

—Voy mejorando. Conseguí un profesor particular y me está ayudando mucho.

—¡Así que un profesor particular, eh! —dijo Julio mirando a la joven con una mirada pícara y levantando las cejas—. Adivino que se trata de un apuesto francés de ojos azules y pelo castaño bien peinado, con exquisito gusto para el vino y que desayuna pan con mantequilla cada mañana.

—¡No has dado ni una, papá! —dijo ella riéndose a carcajadas—. Se llama Enrico y es italiano, aunque su padre es holandés. Pero habla francés desde pequeño y accedió a darme clases.

—Un italiano, con raíces holandesas y que habla francés. ¡Bastante peculiar! ¿Y seguro que el tal Enrico es solo un amigo?

—Sí, papá. Enrico es solo mi profesor y un buen amigo.

—Pero hay algo que no me estás contando, ¿verdad?

Los padres, así como las madres, son esos seres humanos con poderes especiales capaces de adivinar cualquier cosa con un solo vistazo. Conocía muy bien a su hija, y sabía que acababa de recibir una verdad a medias. Desde que nació supo intuir cuando estaba triste o nerviosa. O cuando le mentía. Leía sus ojos y era capaz de vislumbrar lo que pasaba por su cabeza, o al menos de intuir por dónde iban los tiros.

Anabel se sonrojó con el comentario. Había planeado hablar de Leonardo durante las vacaciones, pero no planeó que fuese a ser tan rápido.

—Bueno, sí. Hay un chico…

—¡Lo sabía! Estaba seguro de que había algo diferente en ti. Tienes la mirada cambiada desde la última vez que nos vimos. Hay una luz diferente en tus ojos, los veo más vivos, más brillantes.

—¿Tendría tu padre el honor de saber quién es el afortunado que ha conquistado el corazón de mi querida niñita?

—Ay, papá, ¡qué melodramático te pones a veces! —suspiró antes de continuar hablando—. Se llama Leonardo, y es el compañero de piso de Enrico, el profesor del que te he hablado. Es francés, pero su padre era español.

—¿Era? —preguntó extrañado.

—Sí, sus padres murieron cuando él era apenas un niño. Se crio con sus tíos.

—Pobre chico, criarse sin sus padres. Habrá sufrido mucho —dijo Julio apenado—. Aunque lo importante ahora es si estáis bien juntos y os queréis.

—Sí, papá. Estamos muy bien juntos. Es un chico estupendo y muy listo. Es estudiante de último año de medicina y saca muy buenas notas.

—Me alegro, princesa. De que sea un buen chico y de que estéis bien.

Durante unos años luchó para que su padre dejara de llamarla «princesa», pero después de un tiempo se acostumbró y hasta empezó a apreciar que la llamara así.

El resto de la cena transcurrió plácidamente. Padre e hija tenían una complicidad desbordante. Les gustaba poder pasar tiempo juntos. Contarse sus vidas.

A pesar de echar de menos a Leonardo, Anabel se alegraba de estar en su casa unos días. Olvidaba lo agradable que era dormir en su cama de siempre y estar rodeada de cosas familiares.

A la mañana siguiente, como solía hacer antes de irse a París, bajó a desayunar con pijama y batín. Se preparó un bol de cereales de chocolate y se sentó en una de las sillas altas para comerlo sobre el banco de la cocina. Era el lugar con mejores vistas a la piscina. Desde donde estaba veía también a su padre al fondo del jardín, ocupándose de sus amadas plantas, a las que cuidaba y mimaba

como si fueran miembros de la familia. Un jardinero venía de vez en cuando y se ocupaba de los trabajos más costosos, pero de las tareas simples como regar y arrancar malas hierbas se ocupaba él. En cuanto vio, a través de la cristalera, que Anabel se había despertado, se apresuró a lavarse las manos y entrar a hacerle compañía.

—Buenos días, hija, ¿qué tal has dormido?

—Muy bien, papá, gracias. Últimamente parece que tengo menos problemas para dormir —explicó ella.

—Me alegra oír eso. ¿Qué planes tienes para hoy? ¿Vas a ver a tus amigas?

—Sí, me gustaría ver a Claudia y Emilie. Desde el accidente de Andrea apenas hemos hablado.

En ese preciso instante, Cintia entró por la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Como de costumbre, no traía una cara de muy buenos amigos. Lola solía decir que utilizaba una mascarilla de vinagre y que por eso era siempre tan amarga.

—Me ha contado tu padre que estás saliendo con un chico. ¡Si fuera por ti ni me entero! —se quejó Cintia.

—Si hubieses cenado con nosotros en lugar de con tu querida televisión lo sabrías.

—¡A mí no me hables en ese tono, niña! —replicó Cintia con tono insolente.

—Por favor, haya paz —intervino Julio—. Anabel lleva aquí tan solo unas horas, intentemos llevarnos bien. Es Navidad.

Cintia recordó la última discusión que tuvo con su marido por culpa del tratamiento de Andrea. Sabía que la relación con él estaba empezando a enfriarse, y decidió recular en su afán por empezar una discusión.

—De acuerdo —rectificó Cintia—. Pero cuéntame. ¿Cómo es? —preguntó.

Anabel le explicó brevemente su historia sin entrar en detalles. Estaba segura de que su madre no aprobaría que Leonardo no fuera de buena familia y no fuera dueño o heredero de una gran fortuna. Le contó lo imprescindible para dejar los horizontes conflictivos sin

descubrir y se marchó en cuanto pudo alegando que había quedado a tomar café con unas amigas.

Subió a su habitación y llamó a Claudia, a quien le entusiasmó la idea de verse. No pudo hacerse con Emilie, no respondía al teléfono ni a los mensajes, así que quedaron ellas dos solas.

Claudia llegó unos minutos tarde. Anabel ya estaba sentada con un *cappuccino* entre las manos.

—Siento el retraso, no encontraba sitio para aparcar —se disculpó Claudia.

—No importa, ¿sabes algo de Emilie? He intentado contactar con ella, pero no lo he conseguido.

—La verdad, no la he visto desde que volvimos de París. Sé que ha estado yendo varias veces por semana al hospital a ver a Andrea. Le ha afectado mucho, estaban muy unidas. Yo también estoy muy ocupada últimamente, y no he tenido tiempo de decirle nada.

—¿Y qué te tiene tan ocupada?

—Ya sabes, las clases, la organización de eventos para la universidad, Miki… Esta noche vamos con unos amigos a un *pub* nuevo en el centro, deberías animarte y venir con nosotros. ¡Lo pasaremos bien!

—¿Qué amigos? —preguntó Anabel extrañada.

—Unos amigos de Miki. ¡Son majísimos! Ya lo verás.

—No estoy segura, te lo diré más tarde.

Sintió curiosidad y a la vez desgana de aceptar la invitación. A pesar de su vanidad, no solía sentirse cómoda con gente extraña. Prefería las situaciones donde la gente que le rodeaba la conocía y respetaba. Respeto que en ciertas ocasiones rozaba el temor.

Pareciera que la distancia y las nuevas amistades por ambas partes hubieran enfriado la relación de confianza que existía entre las dos. Una charla escueta y sin fondo llenó el vacío donde antes reinaba la jovialidad y el buen humor.

Inevitablemente, salió a relucir el accidente de Andrea, tema incómodo de abordar. En diferentes proporciones, había provocado y seguía provocando un gran impacto en ellas.

***

Todo seguía igual.

La misma gente, los mismos parques y el mismo olor a castañas asadas. El tráfico también era más de lo mismo. Le tomó casi una hora volver del centro a su casa.

Fue todo el trayecto con la extraña sensación de que algo no iba bien. Y no se equivocó. Tan pronto como abrió la puerta de casa apareció su madre, esperando para abordarle. Su padre no estaba; desde el accidente pasaba casi todos los sábados por la mañana en el hospital dando apoyo moral a su hermano y su cuñada.

—Ahora explícame qué es eso de que el tal Leonardo es huérfano y no tiene donde caerse muerto. ¿Cómo puedes estar saliendo con alguien así? —dijo Cintia amenazante sin siquiera saludar primero.

—¡No te permito que me hables en ese tono! Me da igual que no sea de clase alta como nosotros, le quiero y me quiere, eso es lo único que debería importarte. Ya no tengo siete años, el tiempo en el que dictabas mis amistades ha quedado atrás, no tienes potestad para decirme con quién puedo o no puedo estar.

El olor a alcohol era intenso. Cintia había estado bebiendo otra vez. Su descontento general con todo lo que la rodeaba y la soledad que sentía la habían empujado a la bebida desde hacía ya un tiempo. Aun amando a su esposa y siendo un buen hombre, Julio se refugiaba en el trabajo para evitar pasar tanto tiempo en casa y soportar su mal carácter. Al principio fueron algunas copas de vino para el aperitivo antes de que Julio volviera de trabajar, luego vermuts cada vez más recurrentes, pero con el tiempo empezó a beber de manera continua y a cualquier hora del día. Del vino se pasaba al vodka y viceversa, sin ton ni son. Julio intentó hablar con ella en repetidas ocasiones, pero ella siempre tenía alguna excusa para justificarse o simplemente evadía hablar del tema.

—¡Niña insolente! No vuelvas a hablarme así, soy tu madre y me debes respeto, ¡todo lo que tienes es gracias a mí! A mi dinero.

—Querrás decir al dinero del abuelo. Tú nunca has movido un dedo, tuviste la oportunidad de estudiar y no la cogiste. Jamás has trabajado ni ganado un euro por ti misma. Te pasas los días en casa, mirando programas basura y bebiendo.

Los ojos de Cintia se encendieron como dos bolas de fuego. Sin pensarlo demasiado, le dio una bofetada que resonó en toda la casa. No se soportaban, no era un secreto, pero nunca habían llegado a las manos.

Anabel, ciega de dolor y rabia, subió las escaleras corriendo y se encerró en su habitación.

Cuando Julio volvió del hospital y abrió la puerta de casa, un silencio abrumador le hizo temer lo peor. Sin saberlo, intuyó que algo había sucedido y pensó que no debería haberlas dejado solas en casa después de tanto tiempo sin verse. Cintia estaba echada en el sofá, recostada con los ojos cerrados. No la quiso molestar. Tenía sed, así que fue a la cocina a por un vaso de agua. Se desilusionó al ver la botella de *Ciroc* en la encimera y una bolsa de cubitos de hielo descongelándose en la pila de fregar. El *Ciroc* era el vodka preferido de Cintia, de origen francés y elaborado a base de zumo de uvas fermentadas. Lo probó por primera vez en una fiesta del club de golf y, desde entonces, no faltaba la botella de vodka en el mueble bar.

Subió las escaleras hasta llegar enfrente de la habitación de Anabel. La puerta estaba cerrada y no se escuchaba ningún ruido, pero su coche estaba en el garaje, con lo que suponía que estaba en casa. Caminó hacia su habitación, pero cambió de opinión y regresó a llamar a la puerta.

Nadie respondía. Esperó unos segundos y volvió a tocar. En esa ocasión, la joven abrió la puerta. Tenía los ojos hinchados de haber estado llorando.

—¡Princesa!, ¿por qué lloras? —preguntó preocupado.

—Mamá me ha golpeado.

—¿Cómo? ¡Mamá te ha golpeado! ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Cuando he vuelto a casa estaba borracha. Apestaba a alcohol y no era ni medio día. Se ha puesto a insultar a Leonardo, llamándole muerto de hambre y ordenando que le deje. Dice que como no es de buena familia ni tiene un estatus social como el nuestro no puedo estar con él —respiró hondo—. Yo solo le he defendido, pero ella se ha puesto histérica y me ha dado una bofetada —explicó sollozando y limpiándose las lágrimas a la vez—. ¡Es increíble!, no llevo aquí ni veinticuatro horas y ya me está atacando. Es una madre horrible, la

odio con toda mi alma. No me quiere, nunca me ha querido. Vive para amargar la vida de los demás, y en especial la mía.

—Lo siento, hija, es culpa mía. Tu madre me estuvo haciendo preguntas sobre Leonardo y le conté lo que hablamos. Le dije que parecía un buen chico, estudioso y atento contigo, aunque por lo que me cuentas parece que solo se ha quedado con lo negativo. No debí decirle nada y dejar que fueras tú quien se lo contase. Hablaré con ella, no te preocupes. Sabes que lo importante no es si viene de una buena familia o no. Lo importante es que sea honrado.

—¡Pero papá! ¡Estaba borracha y me ha pegado! No puedes estar siempre de su parte. Ni siquiera entiendo cómo puedes soportar estar casado con ella.

—No la defiendo. Tengo que tomar cartas en el asunto, lo sé. El dichoso alcohol la está destruyendo, ha llegado demasiado lejos. Ya van varias veces que la encuentro ebria cuando vuelvo del trabajo. Al principio pensé que sería algo pasajero, pero está claro que no —Julio se quedó pensativo unos segundos y después prosiguió—. Aunque conociendo a tu madre, no va a ser tarea fácil que admita que tiene un problema y que necesita ayuda.

—De eso no me cabe ninguna duda —confirmó Anabel abriendo los ojos como platos y cruzando los brazos.

Tras lo sucedido, Anabel solo tenía ganas de salir de su casa y no tener que cruzarse con su madre, así que llamó a Claudia y aceptó el plan para salir esa noche.

Pasó el resto de la tarde encerrada en su habitación. Su padre le llevó algo de comida y no volvieron a hablar del tema ese día. Julio lo sabía, había llegado la hora de enfrentarse al problema de su mujer. Aunque le aterraba, era el momento.

Cuando llegó la hora de irse, Anabel bajó sigilosamente las escaleras y se fue sin decir nada.

***

Se dieron cita directamente en el restaurante. Antes de reunirse con el resto, Claudia y Anabel fueron a cenar ellas dos solas. Eligieron un japonés cerca del pub donde habían quedado después, de ese modo se evitaban tener que coger otro taxi y estar

controlando la hora. Acababan de pedir la comida cuando, casualidades de la vida, vieron entrar a Emilie y Esteban por la puerta del restaurante. No habían hablado desde el accidente de Andrea. Cuando Claudia se despidió de ella en el aeropuerto de Madrid tuvo un sentimiento extraño, como si no la conociera. Había algo diferente en ella, había cambiado. Un punzón se le clavó en el estómago al verla, a pesar de estar en la misma ciudad no había tenido contacto con ella los últimos meses. Entendió el porqué del pinchazo…

Culpa.

Había faltado a su amistad. Al estar en las malas y en las peores.

El azar quiso que Emilie las viera. A pesar de no encontrarse en su campo de visión, el asa caída de su bolso provocó que torciera la cabeza y advirtiera su presencia mientras la volvía a poner en su sitio. No esperaba el encuentro, y no parecía que le hubiese ilusionado demasiado.

—Hola, chicas —saludó Emilie con seriedad—. Supongo que habrás venido por Navidad —dijo dirigiéndose a Anabel.

—Sí, llegué ayer. ¿Cómo estás? Hemos intentado contactar contigo para que te unieras a nosotras esta noche, pero no respondías al teléfono.

—Estoy un poco desconectada de la tecnología últimamente.

—Bueno, si te apetece nos vemos otro día entonces —sugirió Anabel.

—Sí, quizás, lo vamos viendo. Ahora os dejo cenar que tendréis mucho que contaros.

La indiferencia de Emilie les cayó como un jarro de agua fría. No transmitía dolor, ni odio, ni dicha, solo indiferencia. Era evidente que no le apetecía especialmente lo de verse otro día. Se preguntaron dónde habría quedado aquella chica sumisa y complaciente de siempre. Su mirada se había endurecido y su tono de voz era tosco.

Cuando se sentó en su mesa, eligió el lugar donde pudiera estar de espaldas a ellas. Solo quería pasar una agradable velada con su novio, lejos de la maldad de esas dos mujeres.

Les culpaba de lo sucedido a Andrea. No del accidente, pero sí de su comportamiento tras él. Fue la confirmación de que su amistad

no era real. El grupo se había roto. Si le daban la espalda a Andrea cuando más les necesitaba, ¿qué les impediría dársela a ella también llegado el momento? No estaba dispuesta a seguir manteniendo una falsa amistad.

Cenaron rápido y se fueron del restaurante cuando Anabel y Claudia todavía estaban por el postre. No fueron a despedirse, se escabulleron sin hacer ruido y sin girar la cara hacia su mesa.

Al poco tiempo, Miki apareció en el restaurante. Claudia le había pedido que fuese a recogerlas para caminar los tres hacia el pub donde se encontrarían con los demás.

Los pocos metros que separaban un lugar del otro parecían eternos, la situación resultaba bastante incómoda. Aunque hubiese pasado mucho tiempo desde la corta relación que hubo entre Anabel y Miki, le era extraño verle cogido de la mano de la que era, o un día fue, su mejor amiga.

Sin incidentes ni nada relevante que contar, la noche estaba transcurriendo tranquila hasta que se toparon de nuevo con Julián. La historia se repetía. Pocos meses antes se encontraron en el *Nobel* y ahora estaban ahí, en el nuevo local de moda juntos otra vez.

Hacía tiempo que no hablaban. Después del encuentro tórrido en casa de Anabel quedaron un par de veces más y luego la relación, o lo que fuese que tuviesen, simplemente se enfrió. Ninguno de los dos volvió a tener noticias del otro ni se volvieron a ver. Hasta aquel día en Madrid.

—Vaya, vaya… A quién tenemos aquí —dijo Julián rozando su hombro descubierto con la mano—. Mi parisina favorita.

—Hola.

—Supongo que habrás venido a pasar las navidades, como yo.

—Sí, llegué ayer —dijo ella con tono de voz seco.

—¿Qué te pasa? Parece que no te alegras de verme.

Anabel no respondió, se limitó a hacer un gesto con los hombros y mirar hacia donde Claudia y el resto del grupo se encontraban. Donde un día hubo deseo, ahora sentía asco al imaginarse en la cama con él. Solo una imagen se le vino a la mente. Leonardo.

Le quería y no permitiría que nada ni nadie lo estropeara.

—¿Qué te parece si dejas a esa gente con la que estás y te vienes conmigo a pasarlo bien?

—No, gracias, se te quedó sin pilas el juguetito. Ni en tus mejores sueños volverás a tener nada conmigo. Feliz Navidad.

Se dio la vuelta dejándole ahí plantado y con la palabra en la boca.

Estaba orgullosa por haber sido capaz de rechazarlo de una forma tan elegante. Después de todos los desplantes que le había hecho no estaba de más que probara un poco de su propia medicina.

Capítulo 8
Primero llega La batalla

Lluvioso y nublado, Anabel aprovechó el día para enzarzarse en las compras navideñas dentro de un centro comercial. Llevaba idea de comprar una billetera nueva para Julio, la suya estaba desgastada por el uso y se negaba a cambiarla argumentando que cumplía perfectamente su función.

Aún no había pensado en el regalo de su madre. Después de lo recientemente acontecido hasta se planteó no comprar nada. Aunque sabía que, como cada año, acabaría cediendo y comprando algo que no le supusiera mucho tiempo ni esfuerzo de elegir. Probablemente su madre lo guardaría en el fondo de un cajón o lo daría a la beneficencia en la próxima colecta de la parroquia.

Acabó las compras que necesitaba ya entrada la tarde. La Navidad era una de sus épocas favoritas del año. Cada rincón de la casa lucía maravilloso aquellos días. Como cada Navidad, Cintia había acudido al mismo decorador que se encargaba de diseñar unos adornos cada vez más curiosos a la par que llamativos. Gastaba varios miles de euros en decoración navideña al año, pero al igual que todo, lo pagaba con los ojos cerrados. Sin ni siquiera pararse a revisar los detalles de la factura.

Era domingo por la mañana y Cintia se extrañó de que Julio no hubiese ido al hospital a visitar a Andrea. Desde que fue trasladada a Madrid acudía religiosamente todos los sábados y domingos, salvo en una ocasión, que faltó para encargarse de unas gestiones que su hermano le había encomendado.

—¿Cintia, tienes un momento? —preguntó Julio seriamente al tiempo que bajaba las escaleras. Vio cómo salía de la cocina y aprovechó la ocasión—. Me gustaría que habláramos.

—Me pillas en mal momento. Iba a llamar a Pedro para ver si tiene un hueco y que venga a hacerme la manicura, tengo las cutículas destruidas —respondió imaginando de qué querría hablarle. Cada vez que la conversación empezaba así terminaban discutiendo a lo grande.

—Tus uñas pueden esperar, es importante que hablemos. Vamos al salón, por favor.

Sin decir nada, Cintia obedeció dirigiéndose hacia donde indicaba. No podía escaquearse siempre. Julio se sentó en su sillón preferido, mientras que ella eligió el sofá, como de costumbre. El lenguaje corporal hablaba por sí solo, él con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, y ella, con las piernas y los brazos cruzados.

—Es difícil para mí hablar de este tema, pero creo que ya lo hemos dejado pasar durante bastante tiempo. Hay que afrontarlo de una vez —dijo Julio empezando la conversación. Habló sin mirarle a la cara, con la cabeza agachada y el corazón en un puño. Su angustia podía cortarse a rebanadas—. Creo que sabes a lo que me refiero, últimamente estás bebiendo más de la cuenta. Tienes un problema serio con el alcohol y no puede seguir así.

—¡Otra vez con lo mismo! —suspiró—. Que me tome una copita de vez en cuando no me convierte en una borracha. Estás dramatizando. No creo que haya nada de malo en ello.

—Los dos sabemos que no es algo esporádico, Cintia. He hablado con Asunción, en el último mes le has pedido reponer el mueble bar tres veces.

Ama de llaves y de total confianza de la familia, Asunción era la dama de servicio más antigua de la casa. Empezó trabajando para los padres de Cintia, y al morir los dos, le propuso venir a trabajar para ellos. Para su padre, Asunción fue como de la familia, aunque Cintia la veía como una criada más. Fiel, pero una empleada que le debía obediencia y sumisión.

—Maldita sirvienta, no podía quedarse callada.

—¡No hables así, Cintia! Asunción es de confianza. Lo hace por tu bien. Me lo ha dicho porque yo le he insistido, no se merece que hables así de ella —dijo Julio indignado—. Pero no nos desviemos

del tema, por favor. Tenemos un problema serio y no puede seguir así. Un día te encontraremos nadando en tu propio vómito, o peor que eso, ahogada en él. Vamos a pedir ayuda y hablar con un profesional.

—¡Qué estás diciendo! ¡Ni hablar! Yo no tengo ningún problema, y no te consiento que digas lo contrario.

—¡Cintia, por favor! ¡Tienes que entrar en razón! Esto ha llegado demasiado lejos. Ayer le diste un bofetón a Anabel, nunca antes lo habías hecho.

—¡Seguro que se lo merecía!

—¡Lo ves! ¡Ni siquiera recuerdas por qué le pegaste! —exclamó Julio aterrado—. Por favor, Cintia, vamos a ver al Doctor Pérez, lo hablamos con él solamente. Hazlo por mí si no lo quieres hacer por ti.

—¿Y qué le digo al doctor, eh? Hola, quiero saber si soy alcohólica —repuso ella sarcástica.

—Al menos le explicaremos la situación. Él nos dirá cuál es la mejor forma de actuar en estos casos.

Con el ceño fruncido y los puños apretados, Cintia se levantó dando un brinco y se marchó del salón. Julio se quedó sentado, mirando cómo se alejaba. Por unos segundos pensó ir tras ella, pero enseguida se le fue de su mente. No serviría de nada seguir con la conversación en aquellas circunstancias. Con su consentimiento o sin él tenía que tomar acción, aunque no fuera fácil.

Con la Navidad pronto a sus espaldas, la estancia de Anabel en casa de sus padres estaba a punto de concluir. Nochebuena fue diferente ese año.

Solían pasarla en casa acompañados de Lola, Pedro y Andrea. En esta ocasión solo fueron ellos tres. Lola y Pedro cenaron como cada noche en la cantina del hospital, sin apenas hablar ni levantar la cabeza del plato. Llegando a los corazones por el estómago, la cocina del hospital preparó un menú especial, salmón ahumado con tostadas y mantequilla de primero, y pato a la naranja acompañado de patatas panaderas de segundo.

Esfuerzos fallidos, sabía a dolor más que a gloria. Comer en esas condiciones, rodeados de otros familiares de pacientes en

situaciones similares, y en un lugar tan frío como el restaurante de un hospital, no era el ambiente preferido en un día tan señalado.

La cena en casa de Anabel no fue mucho más amena. Julio decidió dar la noche libre al servicio y encargaron comida para llevar.

Era común que el día de Nochebuena Anabel saliera con sus amigas una vez terminada la cena. Su padre solía llevarlas a ella y a Andrea al centro, donde se reunían con el resto de las amigas. Aquella fue la primera vez que Anabel no movió un dedo para intentar buscar un plan. Nada más terminar la última cucharada de su porción de pastel de calabaza y nueces, se despidió de sus padres y se encerró en su habitación hasta la mañana siguiente.

Se dice que el día de Navidad es aquel en el que mucha gente, la mayoría niños, despierta llena de ilusión y dicha, mientras que otros cuantos añoran la compañía y el calor que proporciona un ser querido o un amigo, convirtiendo el mismo momento en foco de tristeza y añoranza.

Julio se despertó de buena mañana. Estaba deseoso de pasar un momento en familia abriendo los regalos que Papá Noel había dejado bajo el árbol durante la noche. La casa estaba en silencio. Dos cafés y una hora más tarde, no pudo aguantar más y fue a despertar a Anabel, quien se levantó de un brinco de la cama, feliz de abrir los regalos y saber que solo faltaba un día para volver a París y ver de nuevo a Leonardo.

—Me alegra verte tan feliz, hija —dijo Julio con ojos cristalinos y sin dejar de mirarla—. Es la primera vez que te veo sonreír de esa manera desde que llegaste.

—Espero que te guste el regalo que Papá Noel te ha traído este año de mi parte —murmuró con una sonrisa pícara.

Absorta en su búsqueda, Cintia hizo oídos sordos. Si algo tenía en común con su hija era el delirio por abrir regalos. Rebuscaba ansiosa entre los paquetes a fin de encontrar los que llevaran su nombre.

Por la situación por la que estaban pasando con Andrea en el hospital, los regalos fueron menos abundantes que otros años. Aun sin haberlo hablado, ninguno de ellos quiso hacer gozo de ostento.

—Dime, Anabel, ¿qué tienes pensado hacer en tu último día aquí? Espero que encuentres un momento para ir a despedirte de Andrea

y los tíos.

Ni se le había pasado por la cabeza. No había vuelto a pisar el hospital desde el día en que llegó.

—Claro, papá, si quieres vamos juntos esta tarde. Ahora quiero ir al centro, tengo algunos recados que hacer, y si me da tiempo me gustaría ver a Claudia para despedirme.

—Muy bien, ¿te parece si nos vemos directamente en el hospital a eso de las tres de la tarde?

—Está bien.

—¿Y de Emilie no te vas a despedir?

—No creo. No responde a ninguno de mis mensajes. El otro día me la encontré por casualidad y estaba súper seca, no entiendo qué mosca le ha picado.

Aun sin saberlo a ciencia cierta, Anabel intuía que la causa del distanciamiento de Emilie radicaba en el accidente de Andrea. Pero prefería hacerse la sueca y no pensar en ello.

La visita al hospital fue rápida. A pesar de ser Navidad, época donde la gente es solidaria y las familias están unidas, no se respiraba un ambiente afable. Extrañamente, la ausencia de Cintia hacía aún más incómoda la situación. Su indiferencia no pasaba desapercibida, y las ganas de Anabel de salir pitando del hospital todavía menos.

No era su culpa, lo sabía. Fue solo eso, un desafortunado accidente. Aun así, sentía la necesidad de pasar por encima de todo lo que estaba sucediendo y fingir que nada era cierto. La culpabilidad no solía encontrarse entre sus sentimientos. Sentía rechazo ante la tristeza y desaliento de tener un familiar cercano en esas circunstancias.

Intentaba hablar de ello lo menos posible, y estar en el hospital no le ayudaba en su propósito.

—¿Ya os vais? —preguntó Pedro con tono increpador—. Si acabáis de llegar.

—Lo siento, tío, mañana vuelvo a París y aún tengo algunas cosas que organizar —se apresuró Anabel a responder, para evitar que su padre propusiera quedarse más tiempo.

Se despidieron con un abrazo casi forzado, sin hablar de próximos encuentros. Lola apenas había abierto la boca desde que llegaron. El estado de su hija no mejoraba, y la falta de esperanzas hacía que la tensión se acentuara por momentos. Pedro hacía esfuerzos para acercarse a su esposa y que no perdiera la calma, pero con el transcurso del tiempo también a él le flaqueaban las fuerzas y le costaba mantener el ánimo para los dos. Apenas hablaban, lo justo para organizarse y que Andrea no se quedara sola cuando tenían que ir a casa a por ropa o a descansar.

Desesperados, la confianza en el éxito del nuevo tratamiento era lo único que les impedía derrumbarse por completo.

***

«La ciudad se ve espléndida desde el cielo», pensó Anabel poco antes de que el avión tomara tierra en el aeropuerto de Charles de Gaulle. No imaginaba el momento de volver a encontrarse con Leonardo, quien esperaba impaciente en el hall de llegadas con un ramo de rosas rojas en la mano.

Era imposible no distinguirle entre la multitud de gente que esperaba.

Camisa blanca, bien peinado y ese ramo de flores inmenso que casi no le dejaba ver. Su corazón dio un vuelco en cuanto le vio de lejos. Tanto así, que sintió que dejaba de latir. Anabel soltó la maleta y corrió a sus brazos. No hubo palabras. Solo el calor de un tierno y apasionado beso que les pareció corto y a la vez eterno. Se convirtieron en el centro de todas las miradas, varias personas se quedaron mirando fijamente.

—Llevo todo el día contando los minutos que faltaban para verte — le susurró Leonardo al oído, romántico como de costumbre.

No necesitó respuesta, su sonrisa hablaba por sí sola. Con ver el brillo de sus ojos toda palabra estaba de más. Era difícil describir la felicidad tan profunda que vivía en ese momento.

Ella, fría como el hielo, dura como el diamante, se descubría a sí misma con sentimientos desconocidos. Combinación de deleite y rechazo hacia lo que su cuerpo le pedía hacer y sentir. Miedo a

perder las riendas, a dejarse orientar. Y a la vez éxtasis por lo nuevo, el placer, el sentimiento de pertenencia. Difícil de describir.

No había más explicación.

Amor.

Los días pasaban a la misma velocidad que su amor aumentaba. A las puertas del final de curso, Anabel veía con horror el momento de volver y separarse de Leonardo. Con los estudios terminados, solo restaba presentar el año de intercambio ante un jurado en Madrid y cerrar el expediente. Su vida de estudiante universitaria pronto acabaría.

Habían barajado varias opciones para no tener que separarse. A Leonardo todavía le faltaba un año de estudios para terminar medicina, pero estaba dispuesto a todo por amor. Después de muchas reflexiones, convinieron que lo mejor era que él se viniera a Madrid con ella. Dado que hablaba perfectamente español, pediría el traslado de expediente a una universidad española y seguiría con sus estudios en Madrid, junto a su amada.

No fue fácil. Justificar un cambio así era trabajo duro. Augusto se prestó a ayudarle y, le consta, que movió cielo y tierra para hacerlo posible. Aún recuerda el día en que le llamó a las once y media de la noche para decirle que sí, que comprara una buena maleta que se iba a vivir a Madrid. Le faltaban las palabras para agradecérselo. Consiguió lo imposible en un tiempo récord.

Una nueva vida daba comienzo. Alquilarían un apartamento en el centro para los dos. Anabel buscaría trabajo, y Leonardo empezaría las prácticas remuneradas en el hospital. El poco dinero que recibiera a cambio no le daría para mucho, pero serviría para afrontar parte del alquiler y cubrir gastos.

No todo era perfecto, Leonardo tendría que quedarse en París los meses de verano, necesitaba organizar su partida y dejar todos los cabos atados para que en septiembre todo fuera como la seda. Le hubiera gustado despedirse de Augusto y agradecerle de nuevo lo que había hecho por él, pero fue al rectorado a ultimar los detalles del cambio de expediente, le dijeron que había tomado un mes sabático por asuntos propios y que no volvería hasta el curso que viene.

—Va a ser un martirio estar dos meses sin verte. No entiendo qué tantas cosas necesitas organizar.

—Ya verás cómo el tiempo va a pasar volando. Antes de que te des cuenta estaré allí —respondió Leonardo apartándole el pelo de la cara suavemente—. Es un cambio muy grande, necesito asegurarme de que lo dejo todo bien atado, los papeles de la universidad, el apartamento, la domiciliación, los contratos de agua, teléfono y electricidad, y otras cosas que seguro no me vienen ahora a la cabeza. Pero estaremos en contacto en todo momento, te lo prometo. Además, iré a verte a mitad del verano, tengo también que arreglar el papeleo con la universidad allí.

Tu, mientras, ocúpate de buscar un apartamento para cuando yo llegue. Algo modesto, por favor. Tendré que ajustar mis gastos hasta que termine la carrera y reciba el dinero de la herencia de mis padres.

—No te preocupes por el apartamento ahora. Le pediré a la agencia que se encargó de buscarme el piso en París que nos busque ahora uno en Madrid.

—Anabel, no. Sabes que ese tipo de agencias no tienen el precio en cuenta. No puedo permitirme pagar un alquiler demasiado elevado, tendré solo un salario de becario. Por favor, hazlo por mí.

—Está bien, déjalo en mis manos. Me encargaré de ello personalmente.

—Gracias —le dijo dándole un beso en la frente y rodeando su cintura con el brazo.

Acalorados por la excitación de una vida juntos, no perdían oportunidad de sumergirse entre las sábanas y perder el rumbo hasta naufragar a la deriva del placer. Protagonista de cada momento juntos, la llama de la pasión les inundaba cada vez más. Raro era el día en que no se dejaban llevar por el frenesí del momento y acababan cediendo al delirio.

Cuando se despidieron en el aeropuerto, el cielo estaba despejado. Junio había empezado con fuerza, los termómetros de París llegaron a los treinta grados todos los días de la semana. Terrazas abarrotadas y parques llenos de jóvenes y mayores disfrutando del buen tiempo. Podía irse como había llegado. En París, el sol no era

garantía en ninguna época del año, así que la gente se volcaba en su disfrute en cuanto asomaba el hocico. Resultaba imposible encontrar un lugar de sombra donde sentarse. La ciudad parecía otra, todo el mundo salía a cenar fuera, la gente estaba más sonriente, más feliz. Daba gusto ver cómo el buen tiempo podía convertir París en una ciudad todavía más bella de lo que ya era.

Acordaron que, si era posible, se verían a finales de julio. Y así fue.

Julio había pasado volando, el duelo de estar sin Leonardo le había durado menos de lo esperado. Al poco tiempo, empezó a salir de nuevo con Claudia y nuevas amistades que había recuperado de tiempo pasado y el día a día de verano volvió a convertirse en un festival continuo. Sus planes de enviar currículos y buscar apartamento para cuando Leonardo llegase en septiembre habían pasado a segundo plano. Los pocos momentos de lucidez que tenía los empleaba en alimentar las redes sociales e ir de compras. Durante ese mes, había recibido varias reprimendas de Leonardo por olvidar o llegar tarde a las videollamadas que programaban cada dos o tres días. Ella hacía oídos sordos y se excusaba diciendo que había ido al hospital a ver a su prima o que su móvil se había quedado sin batería y había perdido la noción del tiempo. Cegado por el amor, Leonardo no vio más allá de las excusas de Anabel, pero su intuición le alertaba que algo no estaba yendo demasiado bien.

Aterrizó a la hora prevista. Anabel estaba esperándolo en la planta de llegadas. Sus sentimientos eran inconsistentes. Creía seguir enamorada de Leonardo, pero en el último mes había vuelto a su vida de antes, una vida de lujo y desenfrenos que no podría seguir viviendo con él. Estaba asustada.

Apenas quince minutos después de que anunciaran que el vuelo de Leonardo tomaba tierra, apareció por las puertas sin retorno. Todas sus dudas se disiparon. Recordó cada momento a su lado. Los paseos, las noches en vela, las cenas a la luz de las velas. Mariposas juguetonas volvieron a aparecer en su estómago. Su amor latía candente. En su mente, sus manos y en todo su cuerpo.

—No pensaba que fueras a venir a recogerme. Me alegra haberme equivocado —le susurró él al oído sin despegarse de ella.

Caminaron cogidos de la mano en dirección al aparcamiento. Como si no se hubiesen separado ni un solo minuto. Igual de cómplices, igual de enamorados.

—¿Estás bien? ¿Te sucede algo conmigo? Estas últimas semanas he tenido la impresión de que ya no eras la misma, que algo había cambiado entre nosotros. Ahora te veo y creo que he sido un estúpido y que ha sido todo producto de mi imaginación, pero desde la distancia no tenía la misma impresión —se armó de valor y sacó lo que llevaba dentro.

—Soy la misma de siempre. He estado muy ocupada retomando mi vida social. Si vamos a vivir aquí creo que es lo correcto. El estar un año fuera hace que te distancies de mucha gente.

Mintió egoístamente.

Repugnante orgullo por su mentira bien lograda. En ocasiones sentía miedo de sí misma. De lo que su instinto manipulativo era capaz de maquinar. Respondió como si tal cosa, con naturalidad.

—Tienes razón, disculpa. Habrán sido imaginaciones mías —paró unos segundos para tomar aire y prosiguió—. Bueno, ¿y qué has organizado para estos días?, ¿cuáles son los buenos planes en Madrid?

—No he planeado nada en concreto, pero podemos ir a cenar fuera, pasar tiempo en la piscina de casa de mis padres y quizás ir a jugar al golf.

—¿Golf? Nunca he jugado al golf. Es un deporte de ricos, si se puede considerar deporte, claro.

—A mí tampoco me entusiasma, pero mi madre y la mayoría de mis amigos lo practican. Es una forma de conocer gente y pasar el rato.

—Cierto, casi olvidaba que tu familia es rica.

—Corrección, mi madre es rica.

—Sí, eso.

Julio estaba emocionado con la llegada de Leonardo. Ansiaba conocer al joven que había robado el corazón de su pequeña. Llegaron a casa sobre las siete de la tarde. Su padre había organizado un pequeño aperitivo en el jardín para darle la bienvenida. Intentaba guardar la compostura, pero estaba nervioso, era la primera vez que Anabel les presentaba a un novio. Cintia no

estuvo demasiado de acuerdo cuando esta les preguntó si Leonardo podía quedarse en casa los días que estuviera en Madrid. Aun a su pesar, Cintia accedió a que el chico se quedara, no quería volver a disgustar a Julio y que la volviera a abordar con el tema de la bebida.

Nada más oír el timbre, Asunción corrió hacia la puerta. Anabel prefirió no usar sus llaves para prevenirles de la llegada. Bajo las instrucciones de la ama de llaves, se dirigieron a la zona de la piscina.

—Mi padre ha querido organizar una cena en el jardín para darte la bienvenida. Ahora entenderás todo lo que te he contado de mi madre. No te sorprendas si hace algún comentario de mal gusto. Es odiosa.

—No hables así de ella, Anabel, sea como sea es tu madre, y a la familia se la quiere aun con un millón de defectos.

—Te aseguro que ella tiene esos y más.

Haber perdido a sus padres tan joven y tener que criarse con sus tíos fue un golpe muy duro en su vida. Leonardo no entendía que Anabel no apreciara la suerte que tenía de tener unos padres sanos que la quisieran y protegieran.

Se instalaron en la zona de los sofás de mimbre, que a buen recaudo se situaban bajo la sombra de un inmenso roble. Con el cava enfriándose en la cubitera de plata, solo faltaba que lo llevaran para ser servido.

Cada detalle había sido meticulosamente supervisado por Julio. Todo tenía que ser perfecto para que Leonardo se sintiera cómodo.

—Papá, mamá, este es Leonardo —anunció Anabel con desgana.

—¡Ven a mis brazos, hijo! ¡Qué ganas tenía de conocerte!

Mientras hacían las presentaciones, Asunción sirvió el cava.

Disfrutaron de una velada amena y tranquila. Mejor de lo que Anabel había imaginado. Ayudó que Cintia apenas abriera la boca. Entre Julio y Leonardo se creó una química natural de inmediato.

Era maravilloso para Anabel ver cómo su padre y Leonardo habían conectado. A su parecer, Julio era la persona más honesta y honrada del planeta, atributos que creía encontrar también en Leonardo.

Después de tan agradable noche, no vieron muy a menudo a sus padres.

Aprovecharon los escasos días que tenían para disfrutar el uno del otro.

Como por arte de magia, la atracción que sentían volvió a crecer como la espuma. Una tarde, mientras paseaban por el Retiro antes de ir a cenar a uno de los restaurantes preferidos de Anabel, el joven abordó el tema que le rondaba la cabeza desde hacía días.

—Y dime, ¿cómo va la búsqueda de apartamento? ¿Has hecho muchas visitas?

No pudo disimular su malestar. Había olvidado completamente que debía ocuparse de eso. Acostumbrada a delegar ese tipo de tarea, ni se había percatado de que lo más probable era que Leonardo le preguntara.

—Estoy en ello —dijo evitando el contacto visual y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Ya has visitado alguno? Piensa que falta apenas un mes para que nos instalemos y habíamos hablado de que te encargarías tú.

—Y así será. Tú confía en mí. Tengo varios en mi lista de favoritos. Voy a verlos la semana que viene —mintió sin remordimiento.

—¿Ah, sí?

No me lo habías contado.

Qué lástima que no sean esta semana.

Te podría haber acompañado.

¿Y dónde están?

—Por el centro, no sabría explicarte exactamente dónde, tú no conoces la ciudad —empezaba a irritarse—. Vamos, aceleremos el paso que tenemos la reserva en el restaurante dentro de quince minutos; si llegamos tarde, darán nuestra mesa.

Como un *déjà vu* anunciado, volvían a encontrarse mirándose fijamente a los ojos, rodeados de gente con maletas huyendo a lugares inhóspitos.

Abarrotado, el aeropuerto era el canal que les hacía retroceder la casilla que habían avanzado.

Faltaba una hora para la salida de su vuelo, y Leonardo no encontraba la manera de despedirse.

—Otro mes sin vernos.

—Lo sé…

No veo el momento de volver y quedarme para siempre a tu lado.

Madrid es una ciudad maravillosa.

Poder vivir aquí contigo es un sueño hecho realidad, no podría pedir nada más.

Feliz pero alerta.

Así se alejaba Leonardo.

A pesar de que Anabel intentaba mitigar su inquietud, no dejaba de pensar lo que les había ocurrido al estar separados el mes de julio.

Pensó en quedarse e intentar resolverlo todo a distancia, pero tenía demasiadas cosas que organizar en Francia y quedarse solo retrasaría las cosas.

No sería hasta la última semana de agosto cuando recibía las visitas para alquilar el apartamento a los nuevos inquilinos.

Enrico se había mudado con su nueva novia y había dejado el apartamento a finales de junio.

Hacía apenas unos meses que se conocían, él le sugirió esperar, pero ella insistió tanto, que acabó cediendo a sus exigencias por desidia.

***

Lunes por la mañana otra vez y los pronósticos de los médicos no mejoraban.

A pesar de las expectativas puestas en el nuevo tratamiento, los resultados no eran prometedores.

Era una posibilidad, lo sabían, pero desgraciadamente eso no hacía el desánimo más llevadero.

Su cuerpo no reaccionaba ni positiva ni negativamente ante el tratamiento, simplemente no daba señal de ningún estímulo que alentara una posible recuperación.

—El médico ha estado aquí esta mañana.

Dice que los recursos están prácticamente agotados.

Tendrías que haberlo visto, hasta él mismo transmitía un desasosiego abrumador.

Así es imposible mantener la esperanza, Andrea no reacciona ante ninguna de las pruebas que le han realizado.

Me temo que tenemos que prepararnos para lo peor —explicaba Pedro a su hermano mientras intentaba reprimir el llanto, con la cabeza agachada, los hombros encogidos y los ojos medio cerrados.

—Eso no lo digas ni en broma, hermano.

¡Andrea se va a recuperar! ¡Estoy seguro de ello!

Si este tratamiento no funciona, buscaremos otro, y si tampoco funciona, otro.

Al final daremos con la solución.

O quizás se despierta por sí sola, la naturaleza es sabia y Andrea es una luchadora, saldrá de esta.

—Me gustaría creerte, pero te aseguro que ya no puedo más.

Lola está cada día más apagada, apenas come ni duerme.

Y yo no soy tan fuerte como todos creéis, no puedo soportar esta carga solo, no puedo.

Rompió a llorar.

Llevaba tanto tiempo luchando contra las adversidades, siendo fuerte e intentando mantener la esperanza.

Pero ya no podía más.

La bola de nieve crecía cada vez más y estaba a punto de aplastarle.

Julio se rompía en mil pedazos al ver a su hermano tirar la toalla.

De poderse, se habría cambiado por su sobrina para ser él quien se encontrase postrado en aquella cama de hospital debatiéndose entre la vida y la muerte.

—No estás solo, Pedro, lo sabes.

Cintia y yo os apoyamos en todo.

No vamos a dejar que nada os falte, ni a Andrea ni a vosotros.

Nunca.

¿Me oyes? —dijo cogiéndole el mentón y mirándole a los ojos vidriosos.

Fueron interrumpidos por Cintia.

Aquella tarde Julio no consiguió convencerla para ir juntos.

Ya era suficiente pagar el tratamiento, decía ella.

Estar sentada en una silla lamentándose durante toda la tarde no era su mejor plan.

Con hacer acto de presencia un par de horas era más que suficiente.

—¿Por qué estáis así?

¿Hay malas noticias? —preguntó con toda naturalidad, sin ni siquiera hacer el esfuerzo de fingir que le importaba la respuesta.

—No hay malas noticias, pero tampoco las hay buenas —respondió Julio sin dejar de coger el brazo a su hermano.

—Bueno, entonces como siempre.

—Disculpadme, voy a ver si Lola necesita algo —anunció Pedro al tiempo que se levantaba de la silla y salía de la habitación.

—Podrías mostrar un poco más de empatía, querida.

—¡Pero bueno!

¿No es suficiente estar aquí metida cada dos por tres y pagar el tratamiento de esa niña?

Ahora también tengo que ser más empática.

¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Abanicarles mientras toman el sol en la playa?

Lola volvió para saludar e invitarles a pasar para ver a Andrea y sin querer escuchó el comentario de Cintia.

Rabia.

La expresión de su cara cambió.

La tristeza se convirtió súbitamente en rabia e impotencia.

Al desvelo de tener a su hija en coma en el hospital desde hacía meses había que sumarle una deuda de a saber cuánto dinero.

Se sentía engañada y traicionada.

«¿Por qué no me lo han contado?», pensó al tiempo que daba media vuelta y volvía a la habitación de Andrea.

De haberlo sabido jamás hubiera aceptado el dinero de esa mujer.

Por mucha familia que fuera no quería deberle nada.

Cuando se casaron, y dieron la entrada del piso, Pedro aceptó un regalo extra de la mano de su hermano.

Lola no estaba conforme, pero les dieron una gran suma de dinero con la que pudieron acceder a la compra del piso y conseguir el préstamo del banco.

Lo maquillaron como regalo de bodas, pero desde entonces tenía la impresión de deberle algo a su cuñada, y lo que menos deseaba era que a esa deuda se le sumara el tratamiento de su hija.

Julio salió corriendo tras ella.

La encontró postrada en el sillón de la habitación de Andrea en el que tantas horas había pasado y tantas lágrimas había derramado.

Esta vez no había lágrimas en sus ojos, sino ira.

Como un vaticinio estridente sonando dentro de su cabeza, sintió traición, solo así podía llamarlo.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Pedro?

¡Tú lo sabías!

Sabías que no lo habría permitido.

No quiero deberle nada a esa mujer.

No conozco los detalles, pero no necesito saber nada más.

El tratamiento experimental para el que se supone Andrea había sido seleccionada, no existe.

Lo está pagando Cintia.

Era todo una farsa —tenía los puños apretados y los ojos más abiertos que nunca—. ¿Es así?

¿O me equivoco? ¡Respóndeme!

—Lo siento mucho, Lola.

De verdad que lo siento.

Sí, sabía que no lo habrías aceptado.

Pero ¡necesitábamos ese tratamiento! ¡Andrea necesitaba ese tratamiento!

Y nosotros no podíamos pagarlo.

—¡No tenías ningún derecho a mentirme! ¡Andrea solo necesita el amor de sus padres y el de Dios! —gritó.

Al escuchar aquello Pedro se enfureció.

Lola era una mujer muy devota, de padres creyentes y practicantes hasta en su lecho de muerte.

Respetaba las creencias de su mujer, pero no soportaba que pensara que Dios era el único que podía hacer algo por su hija.

—¡Por favor, Lola! ¡Ya está bien! Sí, admito que no estuvo bien y lamento mucho no haberte dicho que Cintia pagaba el tratamiento

de Andrea, pero no voy a permitir que pienses que a nuestra hija solo la salvará un milagro divino.

Si acepté ese dinero es porque creía que era lo correcto.

Pensaba que era una buena oportunidad y no dudé en tomarla.

Si no te lo dije es porque sabía que tu orgullo no te habría dejado ver más allá de la realidad.

Pero no me arrepiento de lo que he hecho, lo volvería a hacer sin pensarlo.

Cuando hay desesperación, cualquier esperanza es válida y cualquier ayuda es poca.

El chirrido de la puerta advirtió la entrada de Julio en la habitación.

Giró la cabeza para ver que Andrea seguía en la misma posición e inmediatamente volteó la cabeza hacia donde estaban su hermano y su cuñada.

Cintia se había quedado en la sala de reposo, le pidió que esperara ahí.

Conociéndola, era lo mejor.

—Siento interrumpir —en su expresión corporal se palpaba la culpa —. Lola, por favor, no te enfades con Pedro.

Fui yo quien insistió para que aceptase el dinero.

Hemos intentado hacer lo que creíamos mejor para la recuperación de Andrea.

Hemos pagado el tratamiento con gusto, no nos debéis nada.

—A la que estoy segura debemos un buen pellizco es a tu mujer.

—No digas eso, Lola.

Tampoco le debéis nada a ella.

Queremos a Andrea como si fuera nuestra hija y haríamos cualquier cosa por ella, al igual que por Anabel.

Olvídate del dinero, por favor.

No te lo dijimos para evitarte el mal trago, tienes que entendernos, son momentos difíciles para todos.

Pedro se acercó a él, le puso la mano en la espalda cariñosamente y le invitó a marcharse.

Prefería no echar más leña al fuego y dejar que su mujer se calmase. Lo último que necesitaba era un enfrentamiento entre su mujer y su hermano.

A la mañana siguiente, sin decir dónde, Lola cogió su bolso y se fue.

Cuando Pedro le preguntó, mencionó que tenía que hacer unos recados y que volvería en un par de horas. No quiso indagar; después de lo ocurrido la noche anterior, imaginó que necesitaba tiempo para estar sola y pensar. Lo que no imaginaba es que Lola se dirigía al banco a pedir un crédito personal para devolverle a Cintia hasta el último céntimo.

Como no sabía cuánto era y no tenía manera de averiguarlo sin que su marido sospechara de sus intenciones, pidió un préstamo por valor de diez mil euros, reembolsable en plazos de trescientos euros al mes.

Antes de ir, pasó por casa para coger la escritura del inmueble. La utilizaría como aval para pedir el préstamo.

Se lo concedieron.

Su cabeza funcionaba demasiado deprisa. Anduvo por la calle sin rumbo más de una hora. Con la mirada perdida y la mente en blanco. Por un rato, no sentía nada, ni dolor, ni ira, ni miedo. Solo vacío. Un vacío paradójicamente inmenso. Se paró enfrente de la vitrina de una pastelería; difícil resultaba contar la variedad de sabores y texturas.

Entró, se sentó en una mesa alejada de la ventana, pidió un café solo y una tartaleta de limón con merengue y se quedó una hora más allí sentada, viendo entrar y salir a la gente.

Era martes por la mañana, las calles estaban transitadas de gente que trabajaba, los bares daban almuerzos a cinco euros y el sol brillaba.

Hacía mucho calor, el verano en Madrid era abrasador. Se alegraba de haber accedido a poner aire acondicionado en el apartamento. Pedro le llevaba insistiendo desde que se mudaron, pero lo consideraba un gasto innecesario de electricidad que se podía suplir con ventiladores que consumían la mitad. Pero después de una ola de calor que derritió hasta las agujas del reloj, aceptó emplear la extraordinaria de julio del año anterior para la instalación del aire acondicionado.

Entró en casa sintiéndose diferente. Se quitó las sandalias que llevaba y, muy impropio de ella, las dejó tiradas en medio del salón y se dirigió hacia la cocina. Encendió el aire acondicionado y acto seguido abrió la nevera. No buscaba nada en concreto, no tenía hambre ni sed, solo fue un acto reflejo. En aquel momento se acordó de su padre, quien le advertía siempre de no abrir la nevera descalza.

Cogió una botella de vino rosado que llevaría ahí desde hacía más de un año. Pedro y ella apenas bebían cuando estaban solos en casa. Les gustaba mucho salir de *tardeo*[9] con amigos, por lo que, cuando se quedaban en casa, intentaban no beber demasiado y conformarse con agua.

Fue al cuarto de baño, llenó la bañera de agua templada y sumergió su cuerpo desnudo en ella. Apenas diez minutos después ya había acabado con tres cuartos de la botella. Se quedó dormida. En el hospital dormía una media de dos horas al día; el ruido de las máquinas a las que Andrea estaba conectada y la incomodidad del sillón no le permitían descansar correctamente. El sonido del teléfono móvil, que había dejado en el salón dentro del bolso, la despertó al cabo de una hora. Se envolvió en una toalla limpia y se dispuso las zapatillas más cómodas que tenía. La llamada era de Pedro, después de más de cuatro horas sin tener noticias de ella empezó a preocuparse. Lola vaciló entre devolver la llamada o no.

No lo hizo.

Finalmente mandó un mensaje.

LOLA_12:05

Estoy bien.

Estoy en casa.

Voy a echarme un rato.

Pedro no pudo evitar sorprenderse al leer el mensaje de su mujer. Aun con su asombro, se alegró de que por fin tomara un poco de tiempo para descansar y alejarse del hospital. Bien hecho.

9 Tardeo: costumbre española de tomarse un aperitivo antes de cenar.

Capítulo 9
Y después la Guerra

Agosto arrancaba con ganas.

Calor, calor y más calor.

Pocos eran los valientes o los desafortunados que no se escapaban al mar, o a la montaña en este mes de temperaturas ardientes. Hasta bien caída la tarde, en las terrazas de los bares no se veía un alma. Anabel estaba entre los desventurados que no habían viajado este verano.

Leonardo seguía en París con sus gestiones y sus padres no habían querido ir a ningún sitio por respeto hacia Lola y Pedro. Si se presentaba algún avance en el estado de Andrea, ya fuera para bien o para mal, y les pillaba fuera, Julio no se lo habría perdonado nunca.

—Andrea, hija, ya has terminado los estudios, ¿no crees que deberías centrarte en buscar trabajo? —preguntó su padre abriendo la puerta del frigorífico y sirviéndose un vaso de zumo de ciruela—. Cuando yo terminé magisterio, me faltaron horas para ponerme a estudiar oposiciones y echar mi candidatura en los colegios públicos y concertados. Si tú no lo haces, nadie lo hará por ti. Seguro que tus compañeros ya están moviendo contactos.

—Sí, papá, lo haré. A su debido momento. Quiero aprovechar el verano. En septiembre Leonardo vuelve, ahí buscaré trabajo.

—Lo que tú creas. Yo solo digo que para entonces es posible que los mejores puestos ya estén ocupados. Me preocupa que desperdicies el tiempo que tienes ahora y luego no consigas lo que quieres. Sabes que hay muchas empresas que contratan durante el verano para asegurarse la plantilla a principios de septiembre.

—No te preocupes por eso, papá. Seguro que encontraré algo. Además, el tío Miguel me ha dicho que si quiero puedo trabajar en

su empresa, están buscando a alguien para el departamento de marketing. Me lo dijo mamá hace unos días.

El tío Miguel, como Anabel le llamaba, carecía de cualquier parentesco con la familia. Era un amigo del club de campo de Cintia. Desde que era una niña le tomó gran cariño a Anabel y ella, como muestra de cariño y respeto, empezó a llamarle tío incitada por su madre. Miguel era un hombre soltero, poderoso y adinerado. Julio siempre había sospechado que se sentía atraído por su mujer; hubo una época en la que incluso creyó que mantenían un romance a escondidas, pero con el tiempo se olvidó el tema. Nunca supo si fue verdad, o si solo fueron imaginaciones suyas, pero, a decir verdad, no le importaba demasiado. Seguía enamorado de Cintia, pero los años y las constantes discusiones habían hecho que su relación pasara a otro nivel.

—Creo que a la larga te sentirás mejor si consigues un trabajo por tus propios méritos, y no por tus contactos o los contactos de tu madre.

Anabel empezaba a impacientarse con las preguntas de su padre. Pero al mismo tiempo no quería ser impertinente y cortar la conversación en seco. Su padre siempre había sido amable y cariñoso con ella y se debían respeto mutuo. De haber sido Cintia la que le hubiese hecho tal comentario le habría faltado tiempo para dar media vuelta y marcharse, pero con su padre era diferente.

—Sí, papá, no te preocupes. Encontraré un buen trabajo y te sentirás orgulloso de mí, ya lo verás —respondió intentando evadir el tema del tío Miguel—. Te dejo, papá, tengo que cambiarme de ropa, me voy con unas amigas a tomar algo en Lavapiés. Hoy empiezan las fiestas de San Lorenzo.

—Pásalo bien. Y ve con cuidado, hay mucha gente por ahí durante las fiestas.

Se despidió dándole un beso en la mejilla a su padre. Buscar trabajo no entraba ahora mismo en sus planes. El mes de agosto apenas había comenzado, y tenía claro que, aunque no se hubiera ido de vacaciones, iba a aprovechar el verano para divertirse.

Las fiestas de San Lorenzo, junto con las de San Cayetano y la Virgen de la Paloma, eran los eventos más esperados por los

madrileños que se veían obligados a sufrir el calor de la capital en agosto. Todos los años, una gran verbena se instala en la plaza de Lavapiés, donde la gente se amontona para comer entresijos y gallinejas, los bocados más castizos del festejo. Como la cerveza no puede faltar, y todo está siempre precioso, decorado con coloridos mantones y farolillos. Famosos por su espíritu fiestero y jovial, las fiestas atraen a miles de madrileños, y no tan madrileños, a bailar y cantar hasta bien entrada la madrugada. En esos días no importan las clases sociales, todo el mundo bebe en vasos de plástico y come con las manos. Aun estando acostumbrada a otro tipo de confort, Anabel adoraba ir a las verbenas, le gustaba sentirse una más y mezclarse entre el gentío sin ser la protagonista. Se podría decir que el folclore típico que aquellas fiestas castizas sacaba lo mejor de ella.

Salió con Carmen y Teresa, dos amigas de primer año de facultad con las que no había tenido contacto desde que Claudia apareció en escena.

Unos días después de haber vuelto de París, se encontró con Teresa en un centro comercial, tomaron un café y le propuso acompañarla con unos amigos el sábado siguiente. Hicieron un picnic en el Retiro, comieron queso con ensalada y bebieron vino rosado hasta bien entrada la tarde.

Desde entonces, Teresa la incluía en sus planes. Estaba al tanto de la fama de niña rica y repelente que tenía en la universidad, pero, afortunadamente para Anabel, su recién estrenada amiga sabía ver más allá de las apariencias y no juzgar a las personas sin conocerlas. Por ello, no dudó en incluirla en su grupo de amigos y hacer que se sintiera una más.

Todo era baile, risas y canciones populares de esas que te hacen pensar en algún momento o persona en particular. Música que abriga corazones helados, llena mesas vacías y reconcilia a los peores enemigos. Patria y fiesta unidos por un fin común. La libertad. Libre de ser uno mismo, de no avergonzarse de quién eres o de dónde vienes. Todos iguales.

Lástima que la noche fuera a torcerse en breves.

En medio del gentío y de las barras portátiles, Anabel creyó ver una cara conocida. Emilie. No había vuelto a tener noticias de ella desde

el casual encuentro las navidades pasadas cuando cenaba en un restaurante con Claudia. A través de su padre, sabía que seguía yendo regularmente a visitar a Andrea. Tenía la probablemente acertada impresión de que lo decía para hacerle sentir culpable e incitarla amablemente a dejarse caer por el hospital de vez en cuando.

Dada su reacción la última vez que se vieron, dudó si acercarse a ella o no. Pero, dejándose llevar por la excitación del momento, fue a ello.

—Ahora vuelvo. Voy a saludar a alguien —dijo dirigiéndose a Teresa y Carmen y dejando el vaso de cerveza que llevaba en la mano en la barra que tenía más a mano.

Intrigadas, pusieron sus ojos en ella mientras se alejaba. Al reconocer a Emilie y habiendo saciado su curiosidad, volvieron a sumergirse en la conversación con el resto del grupo.

—¡Emilie! —exclamó Anabel cogiéndola del brazo para llamar su atención e incitarla a girarse hacia donde ella estaba.

Acto reflejo, la chica se giró imaginando que sería algún conocido. Era común encontrarse con allegados en ese tipo de celebración, por lo que no se extrañó demasiado. Al verla, la sonrisa que se dibujaba en su cara hacía apenas unos segundos se esfumó de un plumazo.

—¿Tú por aquí? —preguntó con pocas ganas—. Te hacía todavía en París.

—Volví a finales de junio, el curso ya ha terminado. ¿Podemos hablar? Te noto tirante y me gustaría entender qué te he hecho.

Le pilló por sorpresa.

Había visualizado aquel momento miles de veces. Enfrentarse a Anabel, la temida y malvada Anabel. Sacar todo lo que había ido guardando durante años en un cajón imaginario de su mente y que deseaba gritar al mundo.

Paralizada por la oportunidad que se le presentaba frente a los ojos, vaciló. Temiendo que no fuera ni el momento ni el lugar. O quizás fue el miedo quien la dejó sin palabras. Por suerte, el ruido proveniente del impacto de un vaso lleno de cerveza al lado de sus pies la sacó de su ensimismamiento.

—Lo cierto es que sí. Gracias por preguntarlo. Me pasa que estoy cansada de ser el perrito faldero de nadie, de reírte las gracias y de soportar tus humillaciones. Me pasa que no concibo la amistad de la misma forma que tú. Porque una amiga no es alguien a quien temes, ni con quien debes medir cada una de tus palabras por miedo a su reacción. Es alguien con quien compartir momentos y respeto mutuo. Donde las disputas se superan hablando y llegando a un acuerdo. Porque hay malos momentos, como en todas las relaciones humanas, siempre los hay, pero no por eso dejamos de respetar o de querer. Pero ¿sabes qué?, el gran problema es que entre nosotras no había discusiones. Había hipocresía. Falsedad en estado puro. Y no es que no tuviésemos discusiones porque fuéramos el grupo de amigas perfecto, lejos de eso. No había discusiones porque todas bailábamos al son de tu música. Nunca has tenido en cuenta nuestra opinión ni nuestros sentimientos. Eres una niña malcriada, egoísta y manipuladora que hace y deshace a su antojo sin importarle a cuántos deja tirados en el arcén. Solo te preocupas de ti y tu ego. Espero que el pobre Leonardo sepa verlo y se aleje de ti antes de acabar hecho añicos. O lo que es peor, en una cama de hospital como Andrea. Porque si un día se te presenta algo mejor, no me cabe ninguna duda de que le darás la espalda como haces con cualquiera que ya no te interesa. No te molestarás en saber cómo está, ni en conocer su punto de vista, le dejarás tirado como una colilla. Como habéis hecho Claudia y tú con Andrea, la habéis dejado en el hospital tirada. Sola. A merced de su suerte. Claudia está demasiado ocupada con su nuevo grupo de amigos, y por lo que veo, tú también tienes nuevas amistades. Pero si te soy sincera, no me importa, sois adultas y libres de hacer lo que os venga en gana. Eso sí, en lo que a mí respecta, doy por terminada nuestra amistad. Tú y yo ya no somos amigas.

Terminó de hablar con un suspiro grande y profundo. Como si se hubiese quitado un peso de encima. Toxicidad. Era lo que le venía a la mente cuando pensaba en su antiguo grupo de amigas. Una relación tóxica y depravada lidiada por una ventrílocua sin alma.

Como si hubiese memorizado un texto, lo soltó todo de una vez, sin apenas parar para tomar aire o pensar. Sintió orgullo de sí misma.

Hace un año hubiese sido incapaz de decir ni una de las palabras que acababa de soltar. La universidad había quedado atrás, ya no le temía. Su vida estaba encauzada. Había retomado la amistad con sus compañeras de secundaria, la semana próxima se iba, por fin, a vivir con Esteban y en septiembre empezaba a trabajar en una de las consultoras más prestigiosas de Madrid. Todo le iba sobre ruedas, no permitiría que Anabel empañara su dicha. Ya era hora de que alguien tuviera el valor de ponerla en su sitio. Siempre había pensado que sería Claudia quien un día tomaría las riendas y se armaría de valor. Se felicitó por ser ella quien lo hiciera.

Sumida en su propia perplejidad, no lo vio venir. Cual árbol petrificado, Anabel quedó inmóvil a merced del gentío que andaba arriba y abajo ajenos a cualquier percance. La reacción de Anabel fue tan inesperada como la de Emilie. Se quedó petrificada, sin articular palabra ni moverse. Un jarro de agua fría, lleno de verdades como puños, le calaba por todo el cuerpo. Pocas veces en su vida se había encontrado sin saber qué decir o qué hacer. Tan solo un empujón de un grupo de jóvenes haciéndose paso entre la multitud la hizo reaccionar.

—Se me ha hecho tarde, tengo que irme —murmuró con la mirada perdida y los hombros caídos al tiempo que emprendía el camino de vuelta a ninguna parte.

Tan deprisa y a la vez tan despacio. Fugaz conversación que la cegó en un pozo de angustia. Su cabeza repetía una y otra vez las palabras de Emilie. Sinceras, con fuerza, llenas de dolor y de pena.

Nacho, uno de los chicos del grupo, como si de un sexto sentido se tratase, dedujo que algo no andaba bien.

—¿Estás bien, Anabel? Se diría que has visto un fantasma.

Al no obtener respuesta, la cogió suavemente del brazo para llamar su atención.

—Anabel, háblame.

—Estoy bien. Los calamares. Han tenido que ser los calamares. Sí, es eso. Seguro que sí. Me han sentado mal —respondió con la mirada perdida y exageradas gesticulaciones—. Me voy. Tengo que irme. Adiós.

—Espera, si quieres te llevo a casa. Tengo el coche a tres manzanas de aquí. Si me acompañas puedo acercarte, ¿dónde vives?

—No. Gracias. Me voy sola. Nos vemos otro día.

No quiso seguir insistiendo, algo no iba bien, y estaba casi seguro de que no se trataba de una indigestión.

De camino a casa, las palabras de Emilie se repetían una y otra vez en su cabeza «¿Sería cierto?», pensaba una y otra vez. Suficientemente inteligente para reconocer su carácter, y suficientemente ingenua para no verlo claro. Dictatorial como su madre, ardía en rabia por tener un solo rasgo que le uniese a ella. Sin querer admitirlo, ni siquiera a sí misma, sabía que todo lo que Emilie había dicho era cierto. Invadida de rabia y culpa, un par de tímidas lágrimas humedecieron su ya empañada mirada. Era duro escuchar tales palabras de la boca de alguien que consideraba su amiga.

Cuando el taxi la dejó en casa, acababan de dar las dos de la mañana.

El todavía calor sofocante de aquella noche de verano hizo que se mareara.

Dio dos pasos hasta llegar a la puerta del jardín y se paró en seco para sujetarse en uno de los barrotes.

—Señorita, ¿está usted bien? —preguntó el taxista sin salir del vehículo.

Tardó en responder unos segundos. Cuando el conductor se disponía a salir del coche, reaccionó.

—Sí, estoy de maravilla. Buenas noches.

«Estas niñas ricas no entienden de modales», pensó el conductor arrancando el motor y alejándose.

Anabel se enderezó de un salto y entró en casa. Durante un rato siguió dándole vueltas a las palabras de Emilie, hasta que el sueño se apoderó de ella y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, se despertó con el propósito de olvidar lo ocurrido. Emilie no tenía ningún derecho a hablarle como lo hizo.

Siguiendo su rutina de siempre, a las ocho y media ya estaba instalada en el aula de deporte lista para su clase de yoga virtual.

Las vistas al jardín eran increíbles, la piscina y los árboles se podían ver a través de las vidrieras que cubrían la totalidad de una de las paredes laterales. Fue uno de los caprichos de Cintia. Ampliaron la parte baja de la casa comiéndose una parte del jardín para poder llevar a cabo el proyecto e instalar el gimnasio en esa zona. El tiempo que le tomó diseñar la sala, más el tiempo de construcción, equivalía al doble del uso que le dio una vez terminado. Uno de tantos caprichos que quedaban olvidados cuando la novedad dejaba de serlo. Después de varios años sin que nadie pusiera un pie en él, Anabel empezó a darle uso con sus clases de yoga. Además de esterillas, una pelota de *Pilates* y otros utensilios, había varias máquinas de cardio y pesas, de los que rara vez se servía.

Pasados veinte minutos, cuando estaba en plena sesión, Asunción entró en el gimnasio muy agitada. Se notaba que había bajado las escaleras deprisa y apenas le quedaba aliento.

—Señorita Anabel, tiene que acompañarme —dijo con la voz entrecortada—. Yo no puedo con esto sola, cada vez es más grave.

—¿De qué hablas, Asunción? Tranquilízate primero y cuéntame qué pasa. No entiendo nada.

—Es su madre, señorita. Ayer su padre y ella tuvieron una discusión y él se fue. No ha dormido en casa y la señora Cintia lleva bebiendo toda la noche. Está tirada en el sofá y no reacciona. Sería conveniente que la viera un médico, creo que no respira —al tiempo que pronunciaba la última frase, Asunción giró la mirada hacia un costado, insinuando si en lugar de estar solo inconsciente pudiera ser algo más grave.

—Vamos.

Cuando llegaron al salón, el cuerpo inerte de Cintia yacía en el sofá en la misma posición en que Asunción la había dejado. Tumbada de costado y con un brazo colgando fuera del sofá y tocando el suelo. A pocos centímetros, las trazas de la alfombra indicaban que el vaso, ahora vacío, había sido derramado, dejando una mancha amarillenta y pegajosa.

Hacía apenas media hora que Anabel había pasado por el lado del salón sin siquiera percatarse de que su madre estaba ahí.

Asunción los escuchó discutir la noche anterior. A eso de las diez y media, cuando se retiró a su habitación, Cintia ya había dado buena cuenta de la botella de *Ciroc*. Quién sabe cuánto alcohol más se había metido en el cuerpo después de eso.

Intentaron reanimarla sin éxito. Las palmadas en la mejilla no daban resultado. Anabel fue a llenar la bañera de agua fría mientras Asunción preparaba café.

—Vamos, Asunción, ayúdame a subirla a su habitación. El agua fría la hará reaccionar —ordenó Anabel al tiempo que cogía a su madre por el hombro e intentaba levantarla.

—Pero, señorita, ¿cómo vamos a cargar con ella hasta el primer piso nosotras solas?

—Como podamos, sacaremos fuerzas de donde sea.

—¿No sería mejor llamar a su padre?, ¿o a un médico?

—Sí, pero antes hay que hacerla reaccionar. Luego me ocuparé de llamar a quien sea necesario.

—Como usted diga.

Como pudieron, la cogieron por las axilas con los pies colgando y la arrastraron. Mientras trasladaban el peso muerto de la mujer inconsciente, los apenas sesenta y cinco kilos que pesaba parecían una tonelada. A mitad de escalera, se vieron obligadas a hacer una parada para descansar. Justo en ese momento, Julio abrió la puerta y se encontró con las tres en medio de la escalera.

—Es culpa mía —dijo al tiempo que corría hacia ellas y se armaba de valor cargando él solo con su esposa—. Es culpa mía —siguió repitiendo con la cara descompuesta y lágrimas que le cubrían todo el rostro.

—Hemos preparado la bañera con agua fría, señor —explicó Asunción yendo tras él junto a Anabel.

El agua estaba helada. Con cuidado y entre los tres, la metieron con ropa y todo.

No reaccionó.

—¡Anabel, llama al doctor Pérez! Que venga de inmediato. ¡Di que es una urgencia!

—Sí, papá, ahora mismo.

En menos de media hora el doctor cruzó las puertas de la entrada. Era domingo y su casa estaba a pocos kilómetros. En situaciones normales no atendía urgencias de ese tipo, pero tratándose de una familia tan allegada no dudó en dejar lo que estaba haciendo y acudir. Había sido el médico de la familia durante más de veinte años, conocía a Cintia desde que era una niña.

Nada más sonar el timbre, Julio se apresuró a abrir. Siguiendo las instrucciones de su padre, Anabel no se despegó del lado de su madre mientras este esperaba abajo que el doctor Pérez llegara. De inmediato, le condujo hasta el primer piso, donde habían colocado a Cintia extendida en la cama y envuelta en el albornoz. Mientras subían, le explicó por encima lo sucedido. Era extraño que no reaccionara ante el agua fría de la ducha, dijo el doctor. Aunque intentó no darle más importancia para no crear alarma innecesariamente.

—¿Cómo la ve, doctor? No sabemos desde qué hora lleva inconsciente.

—Sin material no puedo valorar los daños. Si hubiera sabido que se trataba de una intoxicación etílica, os hubiera indicado llevarla de inmediato al hospital. Necesita hidratación y vitaminas —recomendó el doctor—. Voy a llamar a una ambulancia para que vengan a por ella. Julio, usted puede venir conmigo en la ambulancia. Anabel, si quieres síguenos con tu coche.

Acataron con minuciosidad las pautas que el doctor había dado y se dirigieron todos al hospital. Casualmente, el mismo en el que se encontraba Andrea.

Cuando la ambulancia llegó, los médicos del servicio de urgencias les estaban esperando. Tras ocuparse de ella, la subieron a una habitación para que descansara y tenerla en observación. No era grave, así se los comunicó el doctor a Anabel y Julio. Se recuperaría en unas horas, en cuanto los líquidos penetraran bien en su organismo, pero aun así preferían tenerla controlada un día y no correr riesgos.

Invadido por la culpa, Julio veía proyectada una y otra vez la imagen de su mujer inconsciente en la bañera. Aunque el problema de Cintia con el alcohol viniera de lejos, no podía dejar de pensar en

la discusión que tuvieron la noche anterior. Mientras cenaban en la mesa del salón, cosa que rara vez ocurría, salió a relucir el tratamiento de Andrea. Julio quería decirle a su hermano que se olvidara de ello, que no tenía que devolverle el dinero. Cintia tenía de sobra, y, dado el impacto de la noticia, era mejor enterrar el tema. Además, la cantidad resultó ser más de lo esperado, y para Pedro devolver tal suma de dinero supondría un esfuerzo enorme durante un largo periodo.

El desacuerdo de Cintia y la exigencia de recibir de vuelta hasta el último euro provocó que el fuego ardiera sin control. Si se dedicaba a pagar todas las necesidades de la gente de su alrededor, se hubiera fundido la fortuna en menos que cantaba un gallo, utilizó entre otros argumentos.

La prepotencia y la crueldad de Cintia desbordó la paciencia de Julio.

—No sé si el amor me cegó o si has sido siempre así y el ciego fui yo. Lo que está claro es que ya no eres la mujer de la que me enamoré —se fue dando un portazo.

Desesperada y furiosa, Cintia no vio otra solución que ahogar sus penas en la profundidad de un vaso. Terminó la botella de vino tinto que habían empezado para la cena y siguió con el vodka hasta perder el conocimiento. Su matrimonio naufragaba sin rumbo, a la deriva. Como un vaso de cristal en medio de un océano tormentoso, palpaba el amargo sabor del fracaso remando hacia ella a gran velocidad.

Pensaba en cuando se conocieron.

Bebía.

Pensaba en su primer beso.

Bebía.

En cómo su mirada se inundó de amor infinito cuando le anunció que estaba embarazada.

Bebía.

Bebía.

Bebía.

Sin medida y sin límite.

Gracias a que se desplomó sobre el sofá, no tuvieron que lamentar, además, una mala caída.

—Papá, cuando se recupere mamá, deberíamos hablar con ella seriamente y convencerla para que acceda a internarse en un centro de desintoxicación. Si no nos escucha a nosotros, que escuche al doctor. El problema es cada vez más grave y un día nos llevaremos un buen susto. Se está haciendo daño a ella misma y a nosotros.

—Lo sé, hija. Pero esto es cosa mía. No quiero que te impliques, yo hablaré con ella. Los dos sabemos que es un tema delicado y no va a tomarlo bien.

—Hemos llegado a un punto en el que internarla es, probablemente, la única solución. Solo hay que ver el alcance de sus delirios. Ha estado a punto de morir. Si Asunción hubiese tardado unas horas más en encontrarla, el daño hubiera sido irreparable.

Pensativo, Julio se quedó sentado en la silla con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre los brazos. Había llegado la hora que tanto temía. Anabel tenía razón. Tendría que actuar en contra de su mujer para internarla. Cintia nunca accedería por su propio pie.

—Déjame que lo hable con el doctor Pérez. Iré a su consulta en cuanto pueda y le explicaré la situación —dijo sin apenas levantar la cabeza—. Anabel, llama, por favor, a Asunción y dile que tu madre está bien, se habrá quedado preocupada. Yo voy a ir a la habitación de Andrea para explicarles a tus tíos lo ocurrido, tú quédate aquí por si tu madre se despierta.

***

París le había visto crecer. Instalarse en el país vecino, del que tanto había oído hablar de pequeño, le generaba vértigo y excitación. Con sangre española y piel francesa, sentía que, en cierto modo, traicionaba sus raíces. Billete sin retorno predefinido. Aun así, la decisión estaba tomada.

Uno de los futuros inquilinos de su piso parisino tanteó la posibilidad de llegar una semana antes, cosa que a Leonardo le pareció estupendo. Su llegada temprana le permitiría ceder la titularidad del contrato de arrendamiento y marcharse antes de lo

previsto. Llamaría a Anabel esa misma tarde para darle la buena noticia.

Tras varios intentos fallidos, empezó a impacientarse. A pesar de ver las llamadas, Anabel no quiso responder. No le apetecía hablar. La última vez le preguntó por los apartamentos que se supone tenía que visitar la semana anterior, Anabel no supo qué responder, y sus excusas mal argumentadas derivaron en discusión. Leonardo ya había olvidado la pequeña disputa, en aquellos momentos solo pensaba en darle la buena noticia. Pero Anabel, ignorante de ello, prefirió no responder al teléfono para no correr riesgos. Al fin y al cabo, la próxima vez que hablaran tendría un buen pretexto para justificar la ausencia de respuesta.

A la par que preocupado, Leonardo estaba molesto, ¿por qué no respondía a sus llamadas?, ¿le habría sucedido algo?, se preguntaba una y otra vez sin obtener respuesta. De no ser así, la historia se repetía. La ausencia de ella y las dudas de él.

Para Anabel el tiempo pasaba y su mente se sumergía cada vez más en las dudas y el desconcierto. Por una vez, Leonardo no ocupaba ningún pedazo de sus pensamientos. Se encontraba allí, en el mismo hospital que Andrea. Maldijo el momento en que el doctor Pérez les dirigió precisamente hacia ese hospital. Cintia seguía durmiendo, aún no habían podido hablar con ella. El sedante hacía su función. Necesitaba descansar después del *shock* que habían sufrido su cuerpo y su mente.

Al cabo de un par de horas y tras de mucha dilación, se resolvió a presentarse en la habitación de su prima. Seguía sin entender por qué sentía aquel rechazo, no hacia ella, hacia la situación. Una aversión inexplicable hacia todo lo relacionado con Andrea y con el accidente.

Los escasos metros que separaban ambas habitaciones le parecieron eternos. Al subir al ascensor, mientras apretaba el botón de la cuarta planta, deseó que el ascensor se parara con ella dentro. Pensamiento fugaz pero intenso. No sabía explicar por qué lo pensó ni por qué lo siguió pensando durante los pocos segundos que duró el trayecto. Las puertas del ascensor se abrieron, un carrito de al menos dos metros de alto lleno de toallas apareció en escena, la

celadora que lo transportaba entró sin percatarse de que la joven estaba dentro, acurrucada en una de las esquinas con la mirada perdida. Anabel siguió ahí, inmóvil, sin alertar de su presencia. Cuando la mujer se dio cuenta de que estaba, se disculpó inmediatamente.

—¡Oh! Lo siento, cielo, pensaba que el ascensor iba vacío, ¿a qué planta vas?

—A la cuarta, pero no se preocupe, subiré por las escaleras —dijo Anabel con voz tenue y apagada.

Sacó el carrito de las toallas al tiempo que presionaba el botón que marcaba el número cuatro.

—Que tengas un bonito día, cariño —se despidió sin obtener respuesta.

Pocos fueron los segundos donde Anabel se encontró sola en el ascensor, una pareja de sexagenarios acompañados por una enfermera ocupó el espacio que se acababa de liberar. El hombre iba en silla de ruedas y parecía bastante desmejorado. La mujer, aunque aparentaba sus años, lucía bastante mejor estado. Vestía un traje chaqueta de color café.

Algo llamó la atención de Anabel, evadiéndola por unos instantes de su angustia. Un collar de perlas bastante peculiar colgaba del cuello de la anciana. Intercaladas entre las perlas había circonitas talladas circularmente asemejando la forma y el tamaño a la de las perlas. Un toque divino que otorgaba un brillo inigualable al collar, haciendo que el resto del atuendo pasara desapercibido.

Antes de que las puertas se cerraran al llegar al cuarto piso, Anabel se giró para dar un último vistazo al collar. Recorrió el largo pasillo que conducía a la habitación de Andrea, esta vez no tendría tanta suerte de toparse con otro percance que retrasara su llegada a la habitación.

Como de costumbre, la puerta estaba entreabierta. A través de los escasos centímetros que separaban la puerta de la pared podía ver los pies de la cama. El bulto que dibujaba la sábana escondía los pies de su prima, inmóviles desde hacía casi diez meses. Observó la imagen durante unos minutos, dudó varias veces, y justo cuando se

disponía a dar media vuelta y volver por donde había llegado, apareció Pedro.

—Anabel, ¿qué haces ahí parada? Me alegro de que te hayas pasado a hacernos una visita. Tu padre ha estado aquí hace un rato para contarnos lo ocurrido con tu madre. Cuánto lo siento, espero que todo se arregle —dijo con la misma ternura con que le hablaba su padre—. Pasa, por favor, Lola estará muy contenta de verte.

Al darse cuenta de que la opción de dar media vuelta quedaba descartada, se armó de valor y entró en la habitación sin dejar de mirar hacia atrás para estar segura de que su tío entraba tras ella.

—Hola, tía —saludó Anabel entrelazando los dedos de las manos y mirando de reojo hacia la cama donde yacía Andrea, conectada a un sinfín de aparatos.

—Hola, Anabel. Siéntate, por favor. Dichosos los ojos, no recuerdo la última vez que viniste.

Impulsivamente y en vista de los últimos acontecimientos, Lola dio rienda suelta al reproche. No había día que, durante las visitas bastante asiduas de Emilie al hospital, Anabel y su falta de empatía no salieran a relucir en la conversación. Entendían sin entender por qué se comportaba de esa manera, ignorando la situación.

—He oído lo ocurrido con Cintia, ¿cómo se encuentra?

—Sigue dormida por los sedantes. Los médicos no saben exactamente la cantidad de alcohol que ingirió, le han dado vitaminas y no sé qué otras cosas. Todo de manera intravenosa. Al parecer está respondiendo correctamente y no le quedarán secuelas aparentes. Más allá de las psicológicas, claro está. Si todo va bien, cuando despierte nos mandarán a casa.

—Al menos ha tenido más suerte que tu prima, que lleva postrada en esta maldita cama diez meses.

—¡Lola, por favor! Ahora estamos hablando de Cintia. Un poco de compasión humana, Anabel lo debe de estar pasando mal —intervino Julio—. Ahora lo que necesita son palabras de ánimo.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde ha estado ella todos estos meses cuando nosotros necesitábamos palabras de ánimo? Si mal no recuerdo es la tercera vez que pisa esta habitación desde que trasladaron a Andrea.

Si ella no ha tenido consideración con su prima y con nosotros, no veo por qué tendría que darle ese gusto.

—Anabel, por favor, discúlpale. El tratamiento no está dando los resultados que esperábamos y estamos bastante nerviosos.

Desconcertada, el sentimiento de culpa volvió a invadir el cuerpo de Anabel como una avalancha cubriendo por completo la falda de la montaña.

Extrañamente se situó de nuevo en la verbena, escuchando los reproches de Emilie y con el corazón latiendo a ciento cincuenta por minuto.

—Los dos esperamos que Cintia se recupere lo antes posible.

Juntos la ayudaremos para que algo así no se repita.

—Gracias.

—Vamos, acompáñame a tomar un café. Iba justo a la cafetería cuando te he visto de lejos y he vuelto.

Mirando a su tía con gesto apenado, se levantó de la silla y se marchó de la habitación con Pedro. Aun sin pronunciar palabra, Lola se dio por entendida. Anabel era consciente de ello, sabía que su comportamiento no había sido el adecuado, pero no conseguía atribuir palabras al porqué.

—No se lo tengas en cuenta. Tu tía está soportando mucho estrés últimamente y lo descarga con el primero que pasa. Esta vez has sido tú, otras veces soy yo, y otras el celador de turno.

—No, tío. En realidad —hizo una pausa—, tiene razón. Debería haber venido más, pero creo que no soporto verla en ese estado. Andrea siempre ha estado llena de vida y alegría. Constantemente me despierto creyendo que todo ha sido una pesadilla y que el accidente no sucedió. Luego me doy cuenta de que mi sueño era la ilusión, y el accidente una realidad. Pero por unos segundos nada ha cambiado, Andrea sigue viviendo su vida de siempre con su sonrisa de siempre. Cuando los recuerdos vuelven al lugar que les corresponde siento que mi cabeza va a estallar. Un pinchazo agudo aquí —se lleva los dedos índice y pulgar de cada mano a las sienes— que me cuesta creer que la persona que está en esa cama es la misma que venía cada sábado a casa, que se preocupaba por mí y que estaba siempre que la necesitaba.

Los oídos de Pedro no daban crédito a lo que escuchaba. Por primera vez en su vida Anabel le mostraba un ápice de bondad. Aunque la quería como una hija, nunca habían tenido un trato muy cercano. Lamentaba que hubiera sucedido en tales circunstancias, aun así, en aquel preciso instante, la satisfacción de que se abriera a él superaba cualquier dolor. Se giró hacia ella y la abrazó con ternura, como un padre abrazando a su hija después de haberse rascado las rodillas en su primera caída en bicicleta.

—¿Todo bien?, ¿le ha sucedido algo a mi sobrina? —interrumpió Julio, que les había visto abrazados por primera vez en mucho tiempo.

—Nada en absoluto, hermano. Nos hemos puesto sentimentales, eso es todo.

***

Cintia no despertó hasta las diez del día siguiente. Los sedantes hicieron que durmiera toda la noche sin apenas cambiar de postura. Como esperaban, el médico les dio el alta y se fueron a casa. Antes de dejar el hospital, pasaron por la habitación de Andrea a despedirse. Dio la casualidad de que Lola no estaba, lo que tanto Cintia como Anabel agradecieron. Pedro, haciendo honor a su amabilidad habitual, los despidió con cariño y palabras de aliento.

Al entrar a casa, Cintia pasó por la cocina a por algo de comer y subió a su habitación. Todavía estaba convaleciente, Julio consideró oportuno esperar a que las aguas se calmasen antes de volver a zambullirse en la tormenta. No la volvieron a ver hasta bien entrada la tarde cuando bajó a por algo más de comida. Julio, quien descansaba en el sofá del salón, se levantó al verla dirigirse a la cocina.

—¿Qué tal te encuentras?

—Cansada. Como si una apisonadora me hubiese pasado por encima sin compasión alguna. Además, tengo la garganta extremadamente seca e irritada, por mucha agua que beba no consigo paliar esta sensación. Voy a coger algo de fruta y me vuelvo a la habitación a mirar la televisión en la cama.

—Supongo que entra dentro de la normalidad lo que sientes. El doctor ha dicho que te tomaría unos días volver a sentirte mejor. No te preocupes, sube y descansa.

Sorprendida de que Julio no hubiese aprovechado la ocasión para abordar el tema de su alcoholismo, se apresuró a coger un yogur y pelar una manzana e irse por donde había llegado. Le conocía, sabía que la tregua que le estaba dando llegaría a su fin en un momento u otro.

Y así fue.

Los tres siguieron con sus vidas, Julio preparando las clases del próximo curso, Cintia recuperándose y Anabel yendo de compras y saliendo de fiesta. Después de unos días, Cintia había vuelto a la normalidad.

Aprovechando los días de reposo, Julio había aprovechado para deshacerse de todo el alcohol que se encontraba en la casa. La noche anterior le pidió a Anabel que no se despertara muy tarde, quería que los dos hablaran con ella. Habló con Asunción y a los demás empleados para que se tomaran el día libre y nada que les distrajera de su objetivo.

Nada más salir de su habitación, Cintia notó algo extraño. Se dispuso a bajar las escaleras poco a poco, sin hacer ruido. Las puertas de madera de nogal macizo que daban acceso al salón estaban abiertas de par en par. Por lo general, Asunción las cerraba por la mañana para impedir que el sol deteriorase el parqué de la entrada, pero aquella mañana, además de estar abiertas, escuchó la voz de su marido y su hija desde lo alto de la escalera. Sin mirar hacia el salón, fue derecha hacia la cocina.

Al verla pasar tan decidida, Julio la llamó a voces invitándole a venir al salón a desayunar con ellos.

—Hemos pedido a Asunción que prepare crepes para el desayuno. Sé que te encantan. Por favor, siéntate con nosotros a comer, nos gustaría hablar contigo.

Las manos de Cintia empezaron a temblar. Había llegado la hora de enfrentarse a sus miedos, a su familia, a la realidad. No hay nada más peligroso que el miedo a afrontar la verdad. Hizo de tripas corazón y se sentó sin rechistar.

A pesar de estar en la misma habitación, sentados en la misma mesa, un muro les separaba. Desde el principio de los tiempos el hombre se ha empeñado en alzar muros, pero a veces los muros somos nosotros mismos.

Paredes que nos impiden ver la realidad de las cosas. Cintia no era la única que irradiaba nerviosismo, Julio apenas había podido dormir, y Anabel tenía la sensación de que la calma dejaría pronto paso a la tormenta.

—Supongo que te imaginas de qué queremos hablar —empezó Julio rompiendo el hielo—. Tu hija y yo estamos de acuerdo en que lo ocurrido la otra noche, así como tu paso por el hospital, no se pueden repetir. Hemos llegado a un punto en el que tu afición por la bebida se ha vuelto una adicción, lo que significa alcoholismo. Después de haberlo consultado con el doctor, el tratamiento más eficiente, y el que barajamos, es que pases una temporada en un centro de desintoxicación. No lo veas como un internamiento, sino como un retiro espiritual y depurador. Nos hemos informado y las terapias están muy avanzadas. Si pones de tu parte puedes mejorar muy rápido. Tómatelo como unas vacaciones. El centro que hemos consultado tiene *spa*, sala de juegos y hasta un cocinero de renombre. Sabemos que va a ser duro, nadie dice que no lo sea. Tienes que poner de tu parte, y para eso está tu familia. Para apoyarte en todo lo que necesites.

A medida que las palabras iban fluyendo, la tez de Cintia, de por sí no muy bronceada, se tornó cada vez más pálida. Con los dientes apretados, su mandíbula se distinguía en las extremidades inferiores de su rostro.

Sus ojos empezaron a fruncirse y con los puños apretados dio un golpe fuerte en la mesa, cortando en seco el discurso de su marido.

—¡Basta! —se levantó recorriendo la silla hacia atrás con las piernas—. ¡Estáis locos si pensáis que voy a entrar por mi propio pie en un centro de esos! Ni muerta, antes me mato que ir a un lugar lleno de retrasados mentales.

—Cintia, por favor, cálmate. No es ningún centro de retrasados mentales, te estás confundiendo. Son gente como tú, con problemas

de adicción que recurren a ayuda profesional para solucionar sus problemas y poder volver a tener una vida normal.

—¡Yo ya tengo una vida normal!

—Sí, pero también tienes una adicción. Y teniendo en cuenta los últimos acontecimientos me parece increíble que sigas negándolo. Cintia, has estado a punto de morir. ¿Te das cuenta de la gravedad del asunto?, de estar unas horas más inconsciente no sabemos los daños que podría haber sufrido tu cerebro. Lo siento, pero es la única solución. Me gustaría que lo aceptaras por propia voluntad, pero si no es así no me dejarás más remedio que pedir un poder que me autorice a hacerlo aun en contra de tu voluntad.

—No serás capaz de hacer eso. No te atreverías.

—No me pongas a prueba, te aseguro que lo haré. Así que, por favor, evitemos ese escándalo. Algún día, cuando te hayas recuperado, nos lo agradecerás.

—Ni en sueños os voy a permitir que me ingresen. ¿Qué dirían nuestras amistades?

¡Yo! ¡Internada en un sitio de esos! ¡Ni hablar! Olvidaos de eso.

Furiosa, apartó la silla que aún se encontraba detrás de ella y se dispuso a dejarles, acabando así la conversación.

—Por si os interesa, el resto del día lo pasaré en el club de campo, con mis amigos normales, viviendo una vida normal y aburrida como queréis.

Antes de acabar la frase ya tenía un pie fuera del salón. Escucharon un balbuceo, pero no llegaron a distinguir sus palabras. Padre e hija se miraron, las palabras sobraban. No era ninguna sorpresa, su reacción entraba dentro de las previsiones. Cualquier otra situación, en la que Cintia hubiese aceptado su propuesta, les habría parecido inaudita.

El teléfono fijo sonaba insistentemente. Después de lo sucedido, Julio necesitaba analizar la situación y decidir cómo prefería actuar. Justo antes de que se activara el contestador automático, Anabel descolgó.

—¿Dígame? —preguntó sin demasiado entusiasmo.

—Anabel, soy yo. Por fin consigo contactar contigo. Ayer te estuve llamando todo el día, ¿ocurre algo?

—Lo siento, Leonardo. Disculpa que no respondiera a tus llamadas. Pero estuve en el hospital todo el día y no hice caso del móvil.

—¿En el hospital?, ¿por Andrea?, ¿cómo sigue?

—No, Andrea sigue en coma. Es por mi madre.

Gracias al drama familiar en el que se encontraba, Anabel logró evitar que Leonardo sacara el tema de la búsqueda de apartamento, del que todavía no había encontrado el momento de ocuparse.

Agosto pronto llegaría a su fin. Madrid volvería a la normalidad de siempre y las calles se abarrotarían de gente volviendo de segundas residencias en el campo o en la playa, todo con tal de evadir el sofocante calor de la ciudad.

El uno de septiembre la ciudad se transformaba como por arte de magia. De un día para otro, las avenidas en las que los taxistas transitaban a sus anchas apenas se volvían a convertir en ríos de coches, autobuses y camiones de reparto, cada cual más impaciente de llegar a su destino.

Los estragos del cambio climático se dejaban ver cada vez más en la capital española, haciendo que el calor se alargara hasta bien entrado el otoño. Además de tener que lidiar psicológicamente con el fin de las vacaciones, el calor sofocante a ciertas horas del día hacía que la vuelta a las aulas y a la vida laboral en septiembre se hiciera más pesada. En los últimos años, hasta después de la fiesta de Todos los Santos, Madrid apenas vestía manga larga.

Maletas, gente y descontrol. Como muchos otros, el avión de Leonardo llegaba con retraso. La masificación de pasajeros y de vuelos provocó un fallo eléctrico en el aeropuerto Internacional de París—Charles de Gaulle, retrasando así la salida de su vuelo más de tres horas. Un vale para una bebida y un bocadillo, a canjear en una de las cafeterías del aeropuerto, fue lo único que recibió como compensación por la espera.

Banda de desvergonzados, se decía cada vez que pensaba en las compañías aéreas y la ley que les permitía tal trato a sus clientes. Familias con niños, ancianos, gente de negocios o simples turistas, todos esperando a recibir un mísero anuncio en las pantallas anunciando su vuelo.

Esperando en condiciones nefastas, algunos sin ni siquiera una silla donde sentarse o un libro que leer. Le parecía que, a día de hoy, con la cantidad de regulaciones europeas que existen para tantos campos de la economía, no hubiese una protección al consumidor, o al pasajero en este caso, un poco más estricta.

Eterna espera la suya. Después de casi un mes sin ver a Anabel, esas horas de más incitaban al reloj a avanzar en sentido contrario.

Cuando por fin pisó tierra española y su querida Anabel le esperaba en el hall de llegadas con impaciencia, se le iluminó el rostro. Apenas un día antes había firmado el alquiler de un piso en el barrio de Salamanca, no muy lejos de la parada de metro de Goya. Los actuales inquilinos abandonarían el apartamento a mediados de semana, el próximo lunes les darían las llaves para instalarse.

Lo que Leonardo ignoraba es que Anabel ni siquiera había ido a visitar el piso. Recomendada por el tío Miguel, fue a la agencia y después de ver las fotos interactivas de tres pisos se decidió por ese. El precio excedía de lejos la media de los alquileres de Madrid. Acostumbrada al espacio y los lujos, irse a vivir a un apartamento de menos de cien metros cuadrados, sin personal de servicio ni gimnasio le pareció sacrificio suficiente.

Por un momento creyó quedarse sin respiración. Leonardo la abrazó tan fuerte que se le durmieron los brazos. Estaba eufórico. Dejó las maletas a un lado y sin prestarles demasiada atención la rodeó con sus brazos tan fuerte como pudo.

—¿Cómo está la española más guapa de Madrid? Te he echado mucho de menos, ¿lo sabes?

—Lo sé. Me lo decías cada vez que hablábamos por teléfono. Pero gracias por repetirlo. Yo también te he echado de menos —dijo con un notable menor entusiasmo y bajando la mirada—. Vamos, tengo un hambre atroz. ¿Te apetece cenar en un restaurante griego aquí cerca?

Leonardo accedió de inmediato. La alegría de volver a verla le hubiese hecho aceptar cualquier proposición, decente o quizás no tanto.

Compartieron un *mezze*[10] y una porción extra de *hummus*.

Ilusionados, el tiempo parecía no haber pasado para ellos. A diferencia de Leonardo, Anabel no le había echado excesivamente de menos las semanas que habían estado separados; aun así, volver a estar juntos le hacía revivir toda la magia que nació entre ellos en el país vecino.

Él estaba encantado de ir a vivir juntos, formar un hogar. En cuanto al alquiler, Anabel no tuvo más remedio que mentirle y dividir el precio entre dos. Prefería pagar la diferencia que tener que vivir en un piso pequeño y alejado del centro. De todas formas, él acababa de llegar a la ciudad y no tenía ni idea de en cuánto oscilaban los alquileres en Madrid.

El dinero nunca había sido un problema. Como había hecho siempre, echaría mano de la fortuna de su madre para costear sus gastos privados, incluido el alquiler del piso. Si en algo le estaba agradecida era en eso. A pesar de estar constantemente amenazándola con restringir el dinero, casi nunca lo había hecho, lo que le permitía llevar una vida de lujos y comodidades.

—El lunes empiezo la residencia en el hospital. He tenido suerte de que la universidad aceptara trasladar mi expediente tan rápido. Aún no conozco cuál será mi asignación mensual, pero supongo que no habrá problema para pagar la mitad del alquiler. Pensaba que los alquileres serían más caros al ser una capital. Pero es cierto lo que dicen, ¡en España todo es muy barato!

El tiempo pasaba volando cuando estaban juntos, sin darse ni cuenta ya eran las doce de la noche. El restaurante se había quedado prácticamente vacío, tan solo una mesa al lado de la cocina seguía ocupada con unos cuantos comensales, aunque parecían empleados del propio restaurante que todavía no habían tenido tiempo de echarse nada a la boca desde hacía horas.

—¿Te parece si nos vamos? —preguntó Leonardo a riesgo de parecer grosero.

—Claro, estarás cansado del viaje. Vámonos a casa. Mi padre está deseando volver a verte.

En un abrir y cerrar de ojos el lunes había llegado. La semana en casa de sus padres pasó tan rápido como las nubes de verano. De pronto se encontraban compartiendo piso en un ático con vistas.

Para ambos era la primera convivencia en pareja. Felices y repletos de energía, sentían poder comerse el mundo juntos.

Cintia estaba encantada con la marcha de su hija. Por fin se había librado de ella. Además, esperaba que su ausencia hiciera que Julio se sintiera más vulnerable y desistiera sobre la idea de internarla. Hacía varios días que no sacaban el tema, pero lo que Cintia no sabía es que los trámites seguían su curso.

Julio había empezado todas las diligencias para incapacitar legalmente a su mujer y poder internarla en una clínica de desintoxicación y rehabilitación para personas con adicciones.

Sería un proceso largo y difícil. Tener que hacerlo a espaldas de ella lo complicaba todavía más, pero no le quedaba otra opción, no podía exponerse a que echara mano de sus influencias para parar el proceso.

Confiaba en que el testimonio de Anabel ayudara a conseguirlo.

La guerra había empezado.

10 Mezze: plato típico de la cocina griega, compuesto por una selección de aperitivos variados, que pueden variar en función de dónde se coma. La palabra mezzé o meze proviene del iraní, y significa algo así como «sabores».

Capítulo 10
¿Quién está loco aquí?

Los peores imprevistos suelen presentarse cuando menos los necesitas. Un descuido provocó que ninguno de los dos hubiese puesto el despertador para la mañana siguiente. Leonardo se despertó sobresaltado.

—¡Anabel! ¡Despierta! Son las ocho y cuarto. No ha sonado la alarma. Vamos a llegar tarde.

Habían quedado a las nueve en punto en la puerta de su futuro apartamento.

Los propietarios eran un poco quisquillosos, y aunque aceptaban los criterios de la agencia para elegir a los inquilinos, les gustaba darles un último visto bueno. Por eso, se ofrecían a encontrarse con ellos el día de la entrega de llaves para discutir los aspectos prácticos del funcionamiento de la casa y los electrodomésticos, y de la comunidad de vecinos.

Se trataba de su piso de juventud. Renovado en varias partes y al que le tenían un gran cariño. Eran una pareja de avanzada edad. Achocado y en silla de ruedas, el hombre había sido un gran magnate de las finanzas.

Aún sin apenas movilidad, mantenía un porte rudo y distante. La mujer, habiendo padecido una vida de estrecheces y penurias, se topó con casi cincuenta años de la mano de tal personalidad. Pasaron por el altar a los pocos meses de conocerse, y aunque la familia de él desaprobaba tanto la relación como la idea prematura de casarse, nada les impidió llevar a cabo su cometido. A pesar de lo que muchos pensaran, ella se casó por amor. Se conocieron a la salida del teatro, el viento hizo que el fular que llevaba se alejara unos cuantos metros; él, como buen caballero, se lo devolvió y aprovechó para entablar conversación. Una cosa llevó a la otra y,

después de ocho meses del encuentro fortuito, se dieron el «sí quiero» en una pequeña capilla, acompañados de unos pocos amigos de él y de los dos hijos de ella. Desafortunadamente, después de pocos años de casados, los caprichos del destino les jugaron una mala pasada, y una atroz enfermedad devastó el cuerpo del recién casado.

Cierto es que, hasta ese momento, había cumplido sus setenta años con una salud impecable. Los días de júbilo y paseos a orillas del Manzanares habían llegado a su fin. A partir de entonces, un largo proceso de lucha y desasosiego le llevaría a acabar postrado en una silla de ruedas para el resto de sus días. Ella, quince años más joven, demostró el amor que muchos dudaban cuidándolo y apoyándolo en todo momento. Los hijos de él empezaron a aceptarla y se dieron cuenta de que el dinero no movía todos los corazones, solo aquellos que no sabían ver más allá.

Estaba nublado, aunque los días de calor sofocante todavía no habían pasado, el cielo solía amanecer cargado de nubes para dejar paso durante la mañana a un sol radiante del que disfrutar el resto del día. Avisaron de que llegarían con un poco de retraso, pero aún no habían dado las nueve y cinco cuando llegaron. El agente inmobiliario les invitó a ir entrando. Los dueños habían llamado para decir que también llegaban un poco tarde y que podían empezar a gestionar los documentos del alquiler.

Ellos solo se encargaban de la visita de rigor, pero el acuerdo ya estaba cerrado.

En el último piso de un edificio de diez plantas se encontraba el apartamento que cualquier pareja de su edad soñaría tener. Un solo piso por planta, bien aislado y decorado con gusto. Cien metros cuadrados exquisitamente aprovechados. Anabel aprovechó el ensimismamiento de Leonardo, deleitado con las vistas y el mobiliario, para cerrar el contrato con el agente inmobiliario sin que se percatara del precio de alquiler. Cuando los propietarios llegaron, el contrato ya estaba firmado y a buen recaudo.

Se había librado.

Subieron al ascensor. A su edad y con silla de ruedas, no les quedaba de otra. Anabel miraba por la ventana del salón cuando los

vio entrar por la puerta. No era la primera vez que sus destinos se cruzaban. Le costó unos minutos acordarse, pero al ver el collar de perlas que sobresalía de la solapa de la chaqueta supo dónde los había visto antes. El hospital. Se trataba de la misma pareja que subió en el ascensor cuando ella bajaba. El mismo collar de perlas y circonitas.

Nunca lo dijo. No quiso compartir ese recuerdo íntimo con nadie. Momento en el que se encontraba perdida, desorientada dentro de un mundo injusto y desagradecido. Fue su momento, su recuerdo. La belleza de aquel collar de perlas la devolvió a la realidad. Una realidad a veces cruel, pero, al fin y al cabo, real…

Cada persona se cruza al día con cientos o miles de desconocidos. Pocos de ellos nos marcan. Pero siempre hay alguno que, por una razón u otra, se nos graba en la retina. Por su físico, por su parecido con alguien que conocemos o por otro motivo sin razón aparente. Con la misma ausencia de explicación, no le contó a Leonardo el contexto en el que se encontraron la vez anterior. Probablemente porque no le apetecía aceptar el temor que le provocaba ir a ver a Andrea.

Encantados con los nuevos inquilinos, los ancianos se fueron en paz. Sabiendo que dejaban su propiedad en buenas manos. Solían elegir parejas jóvenes, con un proyecto en común y toda la vida por delante. Lástima que esta vez los planes de Leonardo y Anabel no fueran a evolucionar en la dirección que a ellos les hubiese gustado.

Después de tres días ya estaban completamente instalados. Leonardo inició la residencia en el hospital y Anabel empezó a buscar trabajo.

—Espero que no tengas planes para este sábado.

—No estoy segura, pero creo que no tengo nada previsto —alegó con expresión curiosa—. ¿Por qué tu pregunta?

—No te puedo dar detalles, pero no hagas planes. Tengo preparada una sorpresa.

—¡Ale! No me dejes así. Una pista.

—Mi madre solía decirme que la paciencia es la más dulce virtud cuando la espera lo merece. Espero que pienses como ella.

Leonardo solía pensar que el amor era el sentimiento más bello que el ser humano podía experimentar. Durante una tutoría donde acabaron dejando el tema profesional a un lado para dar paso al personal, Augusto describió el amor como la aceptación hacia aquellos seres que generan sensaciones agradables. Sintió una tristeza infinita al oír aquellas palabras. Augusto era un gran profesor y mejor persona, aunque bastante reservado. Se interesaba a menudo por la vida de sus alumnos, pero rara vez daba detalles sobre la suya propia. Debía de haber sufrido mucho en su vida para describir de tal manera el amor de un ser humano hacia otro. O al menos eso era lo que, sin decirlo, Leonardo pensó.

A pesar de los reveses que le había tocado vivir, siempre había creído en el amor y en las buenas intenciones de la gente. Incluso hacia su primo Charles, que se podría decir era la persona con quien peor relación había tenido durante su vida, sentía un amor fraternal propio del amor hacia un verdadero hermano.

No obstante, hasta el año anterior, Leonardo tampoco había conocido el amor romántico. Aun habiendo salido con varias chicas, a las que en su momento consideró novias, fue solo al conocer a Anabel cuando se dio cuenta de que lo anterior no había sido amor. Cariño quizás, pero no amor.

Nadie ha podido explicar con certitud lo que hace que nos enamoremos de unas personas y no de otras. Cada persona vive el amor de manera diferente. Unos piensan que el primer amor es el verdadero, el único que cuenta. Otros creen que es solo un estado de la mente, que no nos enamoramos de personas, sino de momentos y situaciones. Luego están los que creen que vamos dando tumbos, prestando nuestro corazón a almas errantes que lo cogen, lo usan y lo desechan cuando ya no sirve. Miles de maneras de ver una emoción tan celebrada y a la vez poco entendida. La de Leonardo era bastante particular. Había ido prestando su corazón y tomando otros prestados durante un tiempo. Todos ellos venían atados con un leve hilo que impedía separarse de él por completo. Te lo presto, pero lo mantengo visible, no se acaba de soltar. Sin embargo, con Anabel lo perdió de vista el primer día. Y hasta entonces, no lo había vuelto a ver.

Indagando por internet, había encontrado una casita rural a las afueras de Madrid. Gracias a su amabilidad y cortesía, incluso por teléfono, la dueña le había rebajado el precio a casi la mitad de la tarifa habitual.

Alquilaría un coche, con el que pasaría a buscar a Anabel al salir del turno de noche en el hospital. La casa estaba en medio del monte, alejada de cualquier camino. Perdieron la señal GPS en varias ocasiones, pero la señalización vial les permitió llegar sin problemas. Solo tenía tres habitaciones de huéspedes, con quien habría que compartir cocina y zonas comunes. El resto de la casa pertenecía a un matrimonio de avanzada edad, de esos que siempre han vivido en el campo y que no se les pasaría por la cabeza adentrarse en la aglomeración de la ciudad y salir de su España vaciada.

Eran las once y media cuando llamaron al timbre de la casa, aparentemente cerrada y tranquila desde el exterior.

Aun estando a escasos sesenta kilómetros de Madrid, se respiraba aire puro y fresco.

Escucharon los pasos de la anciana acercándose. La puerta, cerrada con tres cerrojos, hizo un ruido seco al abrirse ante ellos.

—¡Buenos días! Vosotros debéis de ser Leonardo y Anabel —exclamó la mujer con notado entusiasmo—. Mi nombre es Mercedes. Os estaba esperando. Pasad, por favor, no os quedéis ahí pasmados. He preparado café con barquillos. Sentaos y os explicaré todo lo que necesitaréis saber durante vuestra estancia. No os preocupéis, os robaré solo unos minutos.

A pesar de su avanzada edad, Mercedes resultó ser muy eficiente y discreta. Después de aquella breve conversación no volvieron a verla hasta el domingo a la hora de marcharse. Tuvieron la suerte de que el resto de las habitaciones estaban vacías ese fin de semana, por lo que serían los únicos huéspedes.

Subieron las escaleras que daban al primer piso, donde se encontraban todas las habitaciones, incluida la suite que ellos ocuparían. Leonardo se ocupó de las maletas, mientras Anabel se limitaba a llevar las llaves y abrir las puertas. No entendía cómo podía haber traído una maleta de al menos quince kilos si solo iban a pasar dos días. Aun así, no le importó; la adoración que sentía por

ella hacía que el equipaje no fuera más pesado que un ramo de plumas sobre un búcaro de papel.

Al abrir la puerta, el olor a las rosas que había repartidas por toda la estancia impregnó sus fosas nasales. Una cama de dos metros y medio presidía el campo visual en el centro de la habitación. Tras el velo que la cubría desde el techo de madera se vislumbraban pétalos de color rojo, colocados delicadamente sobre el cubrecama de gasa blanca. Poco acostumbrado a ese tipo de lujos, la bañera doble de hidromasaje activó el deleite de los ojos de Leonardo. Una botella de *champagne* rosado les esperaba enfriándose en el minibar, junto con una cajita de bombones belgas, los preferidos ambos.

Anabel se sintió aliviada al llegar a la habitación. Sus brazos se relajaron y un profundo suspiro invadió su respiración. Saltaba a la vista su desilusión con el resto de la finca. Al menos la habitación estaba a su gusto.

—¿Qué te parece?

—Le quitaría el papel de las paredes. El resto, muy bien.

—Pensé que sería una buena idea celebrar nuestra nueva vida con un fin de semana romántico. Entiendo que quizás no es lo que esperabas, pero me pareció un buen lugar para desconectar un par de días de la ciudad y pasar tiempo a solas. Me temo que este año tendré que trabajar bastante, y me gustaría aprovechar al máximo cada momento que tengamos juntos.

La voz de Leonardo se entrecortaba en cada frase; había pasado varias noches preparando aquel fin de semana en los pocos descansos que tenía durante las guardias en el hospital. Su primera idea era algo más sofisticada, más acorde a las costumbres de Anabel. Después de mucha dilación cambió de idea, optando por algo menos extravagante, pero a su parecer mucho más íntimo. Pensó que Anabel apreciaría su esfuerzo, que le divertiría un fin de semana en el campo rodeados de grillos cantando durante toda la noche.

Claramente se equivocó.

Viendo la ilusión partir de sus ojos, Anabel le abrazó con ternura y le dio un beso en la mejilla.

—Me encanta, mi amor. Seguro que lo vamos a pasar genial.

Inocente mentira, reconfortante verdad.

Una sonrisa de oreja a oreja apareció como por arte de magia en la cara de Leonardo. Verla feliz era lo único que le importaba.

—He pedido que nos subieran una botella de *champagne* rosado. Debe estar enfriándose en el minibar. ¿Te apetece que vayamos a explorar la zona y al volver nos demos un baño de burbujas?

—Me parece una idea magnífica.

En menos de veinte minutos habían hecho el tour de la finca. Sin exagerar, la casa estaba en mitad de la nada, rodeada de pequeñas montañas y praderas. El pueblo más cercano estaba a diez kilómetros.

Gran parte del terreno lo cubría el jardín. Una valla blanca de cerámica cercaba la finca por completo, creando así un recinto acotado y vigilado por un sofisticado sistema de seguridad. Mercedes les explicó que hasta hacía pocos años se había utilizado como complejo para celebraciones, pero al envejecer prefirieron reorientar el negocio hacia algo más tranquilo. El hermano de su marido seguía viniendo cada día a cuidar del jardín y la piscina. Le pagaban poco, pero a él le bastaba.

En el centro del jardín, alineada con la entrada principal, una fuente de piedra funcionaba día y noche. Una bomba de agua permitía hacer circular el agua sin que hubiese desperdicio, depurándola además a su paso por el sistema de filtración. Bancos de hierro blanco vestían varios rincones de la finca. Al lado de la fuente, tres mesas y doce sillas de hierro verde botella hacían las veces de sala de desayuno, comida o cena. En la zona más alta habían colocado un par de camas colgantes adornadas con velos de tul blanco cubriendo los laterales y dejando al descubierto el frontal y la parte de los pies. Era innegable que todo estaba cuidado al milímetro, ni una piedra estaba fuera del lugar que le correspondía.

Al fondo del jardín, tras una valla de aluminio, se encontraba la piscina exterior. Era sencilla pero elegante. Desde dentro se podía divisar una pineda vasta y robusta. La sensación de paz y tranquilidad era absoluta, sobre todo comparada con el bullicio de la ciudad en el que se encontraban hacía apenas unas horas. Al caminar hacia la piscina, una grata sorpresa salió a su encuentro.

Los dos pastores alemanes de los que Mercedes les había hablado vinieron a darles la bienvenida. Nada más verlos, Leonardo supo que uno de ellos no era un pastor alemán, sino un pastor belga *malinois*[11], con la cabeza más recta y alargada. Durante el resto de la visita, los animales les rindieron compañía. Solo volvieron a su escondite cuando entraron en la casa.

Todo estaba organizado, cada detalle del fin de semana había sido minuciosamente pensado y hablado entre Leonardo y Mercedes. Al volver a la habitación, dos bandejas alargadas les estaban esperando en la mesa del balcón para comer. Una repleta de quesos, ibéricos y tostadas, y la otra de frutas y verduras frías. Una comida digna de un día de calor. La mesa estaba puesta para dos. Leonardo le invitó a sentarse y volvió a los pocos segundos con una botella de *chardonnay* bien fría.

—La vista es preciosa, cielo.

—Me alegro de que te guste. Me hace tan feliz verte sonreír que podría no hacer otra cosa que mirarte lo que queda de día.

El rubor de sus mejillas se instaló por unos segundos. Un millón de sensaciones recorrieron el cuerpo de la joven. Una sensación desconocida pero agradable la invadió sin previo aviso. Se preguntó si eso sería amor. Hasta entonces, la única persona por quien había sentido un amor recíproco era su padre. Y estaba claro que no era el mismo tipo de amor que estaba sintiendo.

Palabras de amor y miradas de complicidad protagonizaron la velada. La escena fue tal, que podría haber sido sacada de la única y más romántica novela de *Emily Brontë*[12]. Cuando el amor prima y el tiempo apremia, la conversación tiende a ser fluida y amena. Y eso es exactamente lo que vivieron la pareja de enamorados durante todo el fin de semana. Lo que en un principio Anabel categorizó como un plan cutre, resultó ser de lo más romántico a pesar de su sencillez.

Aprovecharon el jacuzzi y la piscina exterior. Al no haber más huéspedes pudieron disfrutar de todo el complejo en exclusiva. Cualquier rincón les parecía adecuado para intercambiar besos y caricias. Mercedes les observó en varias ocasiones desde la ventana

de su habitación. «Qué pareja de enamorados más encantadora», pensó.

A las nueve en punto la cena estaba servida en la mesa del jardín.

Varias velas de citronela, repartidas por la mesa y el suelo, adornaban el espacio a la par que ahuyentaban los mosquitos. Al igual que a mediodía, todo estaba cuidado al detalle. Una botella de cava y otra de vino reposaban dentro de una cubitera, y agua con refrescos en otra.

Solo vieron a Mercedes al acabar de comer, quien vino con su marido para retirar los platos y traerles el postre, un surtido de pastelitos con una pinta deliciosa y otra bandeja de fruta igual de bien presentada que la que les habían traído a mediodía en la habitación.

—Me gustaría que este fin de semana no acabara nunca.

—Me has leído el pensamiento, justo me estaba diciendo lo mismo. Lástima que mañana ya tengamos que volver, podría quedarme unos días más —respondió Anabel al tiempo que acariciaba el dorso de su mano.

Y de esa forma se reconciliaron con ese toque dulce y picante que les hizo encontrarse el uno al otro en París. Ese deseo de gritar de felicidad cada vez que están juntos, de abrir puertas y derribar paredes para disfrutar del amor unos minutos más. Sentir que, en ninguna circunstancia, nada ni nadie podrá separarlos.

Aún les quedaba una noche.

Durante el fin de semana, aprovecharon cada oportunidad para descubrirse. El placer se volvió cada vez más intenso, cada vez más puro. Deleitándose con el tacto de sus manos, hallaron placeres desconocidos hasta entonces. Placeres que los llevaron a dar la vuelta al mundo sin salir de cuatro paredes de hormigón. De entre los amantes sexuales que Anabel recordaba, con ninguno había vivido el placer de estas últimas veces con Leonardo.

Con la luz de la luna aclarando la habitación, las luces apagadas y solo unas velas aromáticas iluminando la estancia, se amaron como nunca lo habían hecho. Sus labios, suaves y carnosos, recorrían cada centímetro de la piel de ella. Vestida con un ligero vestido de seda color salmón, los tirantes fueron cayendo hasta terminar, justo con el

resto del vestido, en el suelo. Sentía debilidad por la lencería de encaje blanca, elegante a la par que sensual. *George Skaroulis* fue el valor seguro de Leonardo escogido como música de fondo. Como solía decirle su madre, hay momentos en la vida en los que conviene no arriesgar.

Y es que la pasión es ese bichito que no todos tenemos la fortuna de vivir. Te pica dejándote una adicción descontrolada, haciéndote olvidar el resto y tornando todos tus sentidos en una misma dirección, el picor.

Si la combinación es buena y los planetas están alineados, la pasión viene acompañada del deseo de pasar cada momento con la otra persona. De compartir lo bueno, lo malo, lo grande y lo pequeño. Y ahí, en ese preciso momento, cuando todo deja de tener sentido es cuando nace la magia.

Besos descontrolados contra la pared.

La luz de la luna abriéndose camino.

Sus cuerpos desnudos.

Ardientes y fogosos, se dejaron llevar por la pasión del momento. El miembro erecto de Leonardo buscaba refugio en Anabel como una hormiga buscando desesperadamente su hormiguero.

Se contuvo.

Dulce y voraz, se hizo camino entre sus piernas. Nada les impediría unirse. Ser uno. Encontrarse cara a cara con el placer. Arcoíris de complicidad multiplicada por cinco, transportando cada caricia a un mundo paralelo. Alimentando el deseo de encontrarse en esta vida y todas las siguientes.

Empapados en sudor y rebosando júbilo, culminaron el acto uniendo cada centímetro de sus cuerpos. Ni un ápice de piel desprotegido. Al terminar, se quedaron en la misma posición largo y tendido. Abrazados, sin ver pasar el tiempo ni las horas, deleitándose con el momento presente y viviéndolo como si fuera el último.

El cansancio hizo que conciliaran el sueño casi sin darse cuenta. Fue una noche tranquila. Estrellada. Lejos del bullicio del tráfico y de las sirenas de ambulancia.

Se despertaron con el canto de los pájaros y el olor a café recién hecho.

Verla así, aún plácidamente dormida, con las sábanas cubriéndole hasta la cintura y los primeros rayos de sol iluminando su torso desnudo hizo de Leonardo el hombre más feliz del mundo.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Como un bebé, ¿tú?

—También —dijo acariciándole la mejilla y retirándole un mechón de pelo que cubría parte de sus ojos—. He pedido que nos traigan el desayuno a la habitación. Llegará en cualquier momento. Si quieres, toma una ducha en lo que esperamos.

—Veo que no se te escapa ningún detalle.

—Lo mejor para mi princesa.

—Sabes que solo mi padre me puede llamar así —le dijo mientras reía de camino al cuarto de baño.

—Tiempo al tiempo, ya llegará el día en que merezca el mismo privilegio. Soy muy paciente.

Después de un desayuno agradable y copioso, emprendieron el camino de vuelta a Madrid. Además de un agradable y placentero fin de semana, volvían con la maleta repleta de tiempo de calidad.

***

Leonardo había salido temprano hacia el hospital. Anabel seguía en la cama, la búsqueda de trabajo no parecía ser su prioridad. Le gustaba su vida que llevaba. Despertarse tarde, ir de compras, hacer deporte. Lo último en que pensaba al despertarse era en buscar un trabajo que le obligase a encerrarse todo el día en una oficina.

Las semanas pasaban y el cargo del primer alquiler aterrizó en su cuenta bancaria. A pesar de llevar la vida que quería, poco a poco empezaba a sentir la presión de la sociedad y la monotonía de la soledad. Casi todas sus amigas ocupaban puestos en las mejores empresas de auditoría de la ciudad y Leonardo pasaba muchas noches de guardia en el hospital.

Los días empezaron a pesar.

Una mañana, después de levantarse de la cama pasadas las once, desayunar sola mirando la televisión y sin plan para el resto del día, se decidió a llamar al tío Miguel. El teléfono sonó varias veces y justo cuando se disponía a colgar, descolgó el teléfono.

—¡Dichosos los oídos!

—Hola, tío, ¿qué tal todo?

Se pusieron al día y, sin sacar a relucir el alcoholismo de su madre, Anabel dirigió la conversación hacia el tema que le interesaba. Sin divagar, Miguel le propuso empezar el próximo lunes a trabajar para él.

Como bien habían hablado, necesitaba a alguien que se incorporara en el departamento de marketing, y Anabel le parecía la candidata perfecta.

—Tengo muchas ganas de trabajar contigo.

—Ganas las mías. Eres mi sobrina favorita, lo sabes, ¿verdad?

Se sintió orgullosa, había encontrado trabajo sin esfuerzos y sin hacer ninguna entrevista. Dentro de su infundada satisfacción, se recompensó a sí misma pasando los siguientes tres días de compras, aprovisionando el armario con todo tipo de ropa de oficina.

Para celebrar su incorporación en el mundo laboral, fueron a cenar a uno de los restaurantes de moda en Madrid. La temperatura era magnífica, por lo que caminaron hasta el restaurante, no lejos del Parque de El Retiro.

Llevaba abierto varios años, pero su cocina innovadora y variada atraía a la gente a probar cada una de sus preparaciones.

Todo le parecía perfecto. Estaba enamorada, acababa de conseguir trabajo y estaba encantada viviendo fuera de casa. Los escasos cien metros cuadrados de su apartamento compensaban el no tener que verle la cara a su madre cada mañana.

—¿Qué tal en el hospital? —preguntó Anabel al tiempo que se recogía el pelo con una goma, era incapaz de comer con el pelo suelto.

—¡Genial! Los compañeros son encantadores, me han acogido enseguida haciéndome sentir uno más en poco tiempo. Voy un poco perdido con ciertos términos médicos en español, pero ya me iré haciendo. Ayer, durante mi guardia, vino una mujer austriaca. Entre

que ella no hablaba apenas español, y el poco alemán que aprendí en la secundaria ya lo he olvidado, no conseguía comunicar con ella correctamente. Una compañera se prestó a ayudarme. Su abuela era alemana, y aunque no hablaba casi nada, entendía bastante. Al final pudimos diagnosticarla y todo va bien.

Otro compañero, Juan, me ha invitado a una fiesta que organiza en su casa este viernes, si te apetece podemos ir. Me gustaría verlos fuera del trabajo y tener la oportunidad de congeniar más con ellos.

Leonardo se quedó callado, esperando que Anabel le propusiera acompañarle. Le fascinaba lo amables que eran sus compañeros. En París la gente solía ser mucho más austera y fría. No estaba acostumbrado a que le trataran de una forma tan familiar.

—¿Qué me dices?, ¿te apetece que vayamos?

—Aún es miércoles. Vamos viendo de aquí al viernes si no tenemos nada mejor que hacer —respondió pensando que no le apetecía en absoluto encontrarse en una fiesta rodeada de completos desconocidos con los que probablemente no podría entablar conversación ni sentirse el centro de atención.

Aun sintiéndose apenado por la respuesta, Leonardo intentó dejar el tema y seguir con la velada. Esa noche celebraban el nuevo trabajo de Anabel, no quería arruinar su momento.

—Hay algo curioso que me ha sucedido —siguió contando Leonardo intrigado—. Ya van tres veces que veo al mismo hombre mirándome de reojo a la salida del hospital. Suele sentarse en un banco del parque que está justo enfrente, pero me parece extraño que elija precisamente el banco que da a la calle y no prefiera uno de los de dentro, más recogidos de la contaminación y los coches. Además, tengo la extraña sensación de que me mira fijamente, como si quisiera reconocerme. Siempre lleva un periódico, y en una ocasión creo incluso que lo leía al revés.

—No seas paranoico. Seguro que es un pobre hombre que vive por la zona y se sienta ahí para ver la vida pasar.

Hay mucha gente sin trabajo que se aburre en sus casas y busca maneras de pasar el rato —mientras hablaba, pensó en ella misma unos días antes, cuando empezaba a desesperarse por tener tantas horas libres en el día—. Se imaginó en la piel de aquel hombre,

sentado en un banco viendo cómo la gente vivía sus vidas mientras la suya se estancaba. Suerte que a partir del lunes la cosa cambiaría. Aun con desgana, prefería eso que seguir sin motivación alguna.

—Supongo que tienes razón. Quizás es solo un pobre hombre que se aburre en casa. Aunque me cuesta entender que haya gente con tanto tiempo libre.

La comida era espectacular, de postre pidieron tarta de queso y arándanos con base de *spéculoos*[13]. Ni en el restaurante italiano de París habían probado nunca un postre tan exquisito. Prácticamente todo lo que habían probado tenía una nota de diez. Hacía tiempo que no disfrutaban de una comida tan sabrosa. Además de exquisito, cada plato era una obra de arte. Porciones con forma de limón y sabor de marisco. Combinaciones a primera vista atrevidas, pero completamente acertadas. Magistral explosión de texturas y sabores.

Siete y media.

Café bien cargado.

Y pocas ganas.

Primer día de oficina con los nervios de punta. Se organizó para llegar antes de la hora acordada, quería causar buena impresión. A las nueve menos veinte estaba enfrente de las oficinas, titubeante. Pensando si hacía bien en llegar con tanta antelación. Entró. Después de anunciar su llegada en la recepción, Miguel fue a darle la bienvenida y acompañarla al que a partir de entonces sería su puesto de trabajo.

Miguel era uno de los varios socios que se repartían la dirección de la empresa. Se dedicaban, entre otras cosas, a dar servicios de auditoría y estrategia a grandes corporaciones. El departamento de marketing era uno de los servicios que desarrollaban internamente, y del que Miguel se ocupaba. El equipo constaba de diez personas de entre veinticinco y cuarenta años. Anabel pasaba a ser la más joven de la plantilla y miembro del programa de jóvenes talentos de la empresa. Iniciativa de uno de los socios, el programa acababa de cumplir dos años. La mayoría de las empresas del sector estaban lanzando programas similares en los que garantizaban un amplio

abanico de formaciones, así como seguimiento personalizado. Eso les permitía aumentar su popularidad a la par que contratar a jóvenes sin experiencia con sueldos basura.

Miguel sabía que el dinero no sería un problema para Anabel, ni siquiera habían negociado sus condiciones cuando le propuso el puesto de trabajo la semana anterior, por lo que claramente entendía que la parte financiera no era su prioridad.

—¡Equipo, os presento a nuestra última incorporación! Ella es Anabel, y a partir de hoy trabajará con vosotros. Forma parte del programa de jóvenes talentos, como tú, Lorena —dijo señalando a una de las chicas más jóvenes que había en la sala—. Así que te propongo que empieces con ella. Lorena fue una de las pioneras de nuestro programa el año pasado —explicó girándose para mirar a Anabel—. Es la mejor candidata para explicarte en qué consiste el programa y los diferentes ciclos en que se compone.

—¡Bienvenida, Anabel! —dijeron casi al unísono.

Antes de darse cuenta ya habían perdido de vista a Miguel, quien se fue sin decir nada. Aun siendo el responsable del departamento de marketing, no solía aparecer mucho por la oficina si no era necesario. El equipo tenía suficiente experiencia y autonomía para trabajar de manera independiente. Miguel, como el resto de socios, se pasaba el día en reuniones y visitas a clientes. Su función principal en la empresa era buscar nuevos clientes, y para ello las relaciones sociales eran clave.

Gran parte de su tiempo lo pasaba en el club de campo, jugando al golf y haciendo contactos que le llevarían a futuros negocios. Cintia le había ayudado a cerrar varios proyectos que habían generado grandes beneficios para la firma.

Lorena y Anabel resultaron formar un buen equipo. Se parecían en muchos aspectos. Lorena había crecido en una familia adinerada, por lo que el dinero tampoco era un problema para ella. Ni siquiera estaba al corriente de cuál era su sueldo. Utilizaba la misma tarjeta de crédito que cuando era estudiante, sin saber si el dinero provenía de su esfuerzo o de sus padres.

—¿Qué haces después del trabajo? Algunos compañeros vamos a tomar unas cañas a un bar cerca de aquí, ¿te apuntas?

—¡Claro! —respondió de inmediato, ignorando que Leonardo había cambiado la guardia para llegar pronto a casa su primer día de trabajo.

—Genial, te aviso cuando nos vayamos.

Anabel se dio cuenta de que lo que ella entendía por vestuario de oficina en realidad no lo era. La ropa que había comprado le parecía demasiado informal comparado con la indumentaria de sus compañeros. Los chicos, todos con traje y corbata, y las chicas, con falda hasta la rodilla, blusas ajustadas y tacones de vértigo, de esos que harían tambalearse a cualquier contorsionista de circo.

Le sorprendió ver que todavía hubiera empresas tan anticuadas. Aun así, en cuanto tuviera tiempo iría de nuevo de compras. Necesitaba aprovisionar su vestidor con atuendos más adecuados.

Pasadas las siete y media, Anabel y unos cuantos compañeros se instalaron en un bar. Como Lorena había anunciado, no estaba lejos de la oficina, apenas unos cinco minutos andando. Dio gracias que así fuera, los tacones le estaban matando, y las distancias en Madrid podían ser imprevisibles.

Pidieron un cubo de seis cervezas. De acompañamiento, les pusieron una tapa de ensaladilla rusa y otra de calamares, la combinación perfecta después de un largo día de trabajo.

Como era de esperar, todos quisieron interesarse por la recién llegada al equipo. Anabel estaba encantada, hacía tiempo que no se sentía el centro de atención en un grupo y lo empezaba a echar de menos. Adrián, uno de los más *seniors* del equipo, no escondió su curiosidad hacia la vida privada de la joven aprendiz.

Con todos esos halagos y atenciones, Anabel no vio el tiempo pasar. Cuando se le ocurrió mirar el móvil para saber la hora, tenía cinco llamadas perdidas de Leonardo. Supuso que quería preguntarle sobre su primer día de trabajo, y no le dio más importancia. Últimamente Leonardo había tenido guardia bastante a menudo. Esforzándose por ganar más dinero y por adaptarse en el hospital, había aceptado muchos cambios de guardia de otros compañeros. Varias veces, después de haber reservado un restaurante o tener entradas para un musical, les había tocado llamar para cancelar.

Protagonistas de la noche, las risas y carcajadas no cesaban, hacía tiempo que se reía tanto.

Se había hecho tarde y empezaron a tener hambre. Pidieron unas pizzas para llevar en el restaurante italiano que había en la esquina y se las comieron en la terraza del bar, sin parar de beber cervezas y de reír. A pesar de haber nombrado en varias ocasiones a Leonardo, Adrián seguía con su interés por la vida de la joven. No se hicieron subgrupos, todo el mundo participaba en la misma conversación, pero aun así no perdía oportunidad para intercambiar unas cuantas frases con ella y que sus miradas se cruzaran.

Eran casi las doce cuando Anabel llegó a casa. El taxi la dejó en la esquina. Hacía varias semanas que un arsenal de máquinas excavadoras paradas invadía la calle. Estaban preparando la remodelación de la canalización de gas, pero después de haber trabajado tan solo unos días, los empleados de la constructora decidieron convocar una huelga para reivindicar la precariedad de las condiciones de trabajo que soportaban.

La noticia apareció en todos los periódicos. La empresa, reconocida mundialmente, empleaba a más de diez mil operarios en toda España, gran parte de ellos en la Comunidad de Madrid. Desde que empezó la protesta, las máquinas estaban paradas y la calle cortada, pero ningún trabajador había vuelto a aparecer por allí.

A esas horas, cuando Leonardo no tenía guardia y pasaba la noche en casa, ya solía estar durmiendo. Pero esa noche, preocupado por lo que pudiera haber pasado, esperó en el salón. Nada más escuchar la puerta y oír las llaves caer al suelo, entendió que no tenía lo infundado de su preocupación. Al ver de lejos la luz del salón encendida, Anabel se acercó sigilosamente. Leonardo estaba sentado en un extremo del sofá, con el brazo apoyado en la mesa auxiliar y sosteniendo una taza de té.

—¿Has perdido el móvil?

—No.

—Entonces habrás visto mis llamadas. He pedido expresamente la noche libre para volver pronto a casa y que me contaras cómo te había ido tu primer día. Estaba preocupado, ¿has estado trabajando hasta esta hora?

—No, he ido a tomar algo con los compañeros.

—Vaya. Al menos podrías haberme avisado. Estaba preocupado.

—¡A mí no me hables así!, ¡no eres mi padre! —dijo subiendo paulatinamente el tono de voz—.

—No seré tu padre, pero soy tu novio. Y creo que me merezco un mínimo de respeto.

Entiendo que hagas planes. Pero al menos podrías haberme mandado un mensaje para decirme que todo estaba bien y que llegarías tarde. ¿Sabes lo preocupado que estaba?

—¡Anda ya! —replicó al tiempo que levantaba el brazo derecho con la palma de la mano hacia abajo y se giraba discretamente en dirección a la habitación.

—Además, estás borracha. ¡Apestas a alcohol!

—Sí, he bebido. ¿Alguna objeción? ¿También vas a controlar ahora con quién voy y si me he portado bien?

—Anabel, por favor, te estás comportando como una niña. No me molesta que hayas salido. No podías saber que he cambiado la guardia para estar contigo. Era una sorpresa. Quizás debería haberlo pensado mejor e informarte. Sé que últimamente estoy trabajando mucho, y lo siento.

Preferiría volver a casa y pasar todas las noches contigo. Pero mi trabajo no me lo permite —suspiró—. Es posible que me haya expresado mal. Lo que intento decir es que me hubiese gustado que me respondieras al teléfono, te he llamado cinco veces.

—Ya he tenido bastante control en mi vida con mi madre. Si no quieres que te acabe detestando como a ella, te aconsejo que no sigas por ese camino.

Esa fue su última palabra. Fría. Distante. Sin compasión.

Se quedó mudo.

Tras su última palabra, Anabel se fue hacia el cuarto de baño sin mirarle a los ojos. Leonardo se quedó sentado en el sofá, inmóvil, aterrado. No daba crédito a lo que acababa de suceder. Hacía apenas un mes que había dejado el país en el que había crecido, su vida, sus amigos y su escasa familia. Todo por una sola razón. Ella. La mujer que amaba. ¿Dónde había quedado la chica dulce y

cariñosa que conoció en París? ¿Era posible que se tratara de la misma persona?

Pasó la noche en el sofá, no quiso compartir la cama con ella y arriesgarse a revivir una nueva sacudida. Apenas pudo dormir, su cabeza daba vueltas y vueltas, sin rumbo, sin retorno. Quizás estaba exagerando y se trataba de un hecho aislado. Se convenció de que Anabel se despertaría apenada y correría a pedirle perdón. Nunca lo sabría.

Como cada mañana, Leonardo se fue temprano. Ella seguía durmiendo.

Empezaba a trabajar a las ocho. Cada mañana pasaba a comprar un café americano con dos *croissants* en una panadería francesa a pocas calles del hospital. La *viennoiserie*[14] francesa era de las cosas que más echaba de menos de su país natal. Apostaba que muchos franceses se podrían decantar más por las *baguettes*[15], pero él extrañaba un buen *pain au chocolat*[16] recién salido del horno, crujiente y esponjoso.

Durante todo el día intentó no pensar en lo sucedido la noche anterior. La carga de trabajo ayudó bastante, ni tiempo tuvo para mirar su móvil. Justo el día que hubiera deseado tener guardia, no era así. Salió de trabajar a las seis. En lugar de coger el metro decidió volver a casa caminando. En París solía hacerlo cuando necesitaba pensar o simplemente cuando tenía la oportunidad. Llegó a casa más de una hora después.

Anabel estaba en la cocina, preparando macarrones con chorizo, la única receta medianamente elaborada que conocía. Asunción solía hacerla en casa de sus padres.

Verla de aquel modo, con el delantal puesto y leyendo el tiempo de cocción de los macarrones, entendió que esa era su forma de pedir perdón. Decir lo siento no entraba dentro de su repertorio de cualidades, pero quería a Leonardo y estaba intentando que la relación funcionara. Al salir de la oficina pasó por el supermercado y compró lo necesario para preparar los macarrones. No estaba acostumbrada a hacer la compra, cuando llegó a casa se dio cuenta de que había olvidado comprar salsa de tomate. Afortunadamente,

en la esquina de arriba había una tienda veinticuatro horas que la salvaría del entuerto.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó Leonardo, cariñoso pero distante.

—Macarrones con chorizo. Espero que te guste. No es alta cocina francesa, pero cuando los hacía Asunción estaban riquísimos. Con un poco de suerte igual me quedan hasta comestibles.

Leonardo solía ocuparse de la cocina, y cuando no era el caso pedían comida para llevar. Al menos un par de veces por semana, la pizza o los *sushis* les llegaban motorizados o en bicicleta hasta la puerta de casa. Anabel cocinando se salía por completo de su programa habitual.

—Seguro que están deliciosos, ¿necesitas que te ayude?

—Eso estaría bien, ¿puedes picar las cebollas en taquitos pequeños? Lo he intentado, pero casi no consigo mantener los ojos abiertos. Me ha dado miedo cortarme un dedo.

—Claro, deja que me cambie de ropa y me pongo con ello.

Falsa realidad, no volvieron a hablar de lo sucedido. Los días fueron pasando y el tema quedó enterrado. Apenas habían terminado el último bocado cuando el teléfono de Anabel sonó. Era su padre, necesitaba verla lo antes posible para hablar de su madre. Las cosas habían empeorado.

Quedaron en verse al día siguiente para cenar en su nuevo apartamento.

***

Como de costumbre, Julio llegó puntual a la cita. El reloj acababa de dar las ocho y media cuando tocaba el timbre de casa de su hija. Llevaba una botella de vino tinto y una caja de barquillos de chocolate, los preferidos de Anabel desde que era una niña. En navidades tenían que controlarla para que no arrasara con todos de una sentada.

Nada más verle salir del ascensor, Anabel se abalanzó a sus brazos.

—Me alegra que me llamaras, papá. Tengo tantas cosas que contarte.

—Mi princesa, ¡cuánto te he echado de menos!

Pasaron al salón, donde Leonardo les aguardaba impaciente con una botella de vino blanco y una porción de aceitunas.

Encargaron comida en un restaurante italiano, las sobras de los macarrones de la noche anterior no les pareció muy apropiado. Leonardo preparó *tiramisú* de postre. Con la ayuda de Carlo había logrado perfeccionar la receta y le salía para chuparse los dedos.

Tras una velada deliciosa hablando del nuevo trabajo de Anabel y disfrutando de la agradable compañía, la conversación basculó hacia el propósito del encuentro.

—Ya está todo listo. He conseguido incapacitar a tu madre. No lo hubiese conseguido sin la ayuda del doctor Pérez. Los abogados no me lo han puesto fácil, pero gracias a los informes proporcionados por el hospital y al testimonio del doctor, hemos recabado pruebas suficientes para justificar la necesidad de mi petición —explicó con voz serena y frotándose las uñas. Le incomodaba hablar del tema, y no podía disimularlo, mucho menos ante su hija, quien tanto le conocía. Cuando estaba nervioso se frotaba las uñas o se estrujaba los labios con los dedos pulgar e índice—. Aun así, anticipando que la parte contraria decida recurrir la sentencia, mi abogado me pide obtener también una declaración tuya. Supongo que tu madre ya estará al tanto de la decisión del juez. Cuando supo lo que pretendía se puso como una histérica y se fue de casa. Gracias a su amiga Cayetana he sabido que se aloja en el hotel del club de campo. Me llamó la semana pasada después de que un jardinero la encontrara tirada en una de las pistas de golf a las ocho de la mañana. Había pasado la noche ebria y medio inconsciente a la intemperie.

Tanto Anabel como Leonardo quedaron boquiabiertos con lo que Julio acababa de contar. No imaginaban que el problema hubiese degenerado hasta ese punto. La culpabilidad la inundó como un tsunami avanzado lento, pero sin retroceso. Su padre, que siempre había estado ahí cuando ella lo necesitaba, había pasado por ese proceso solo.

—No doy crédito a lo que cuentas, papá, ¿por qué no me has llamado antes? Te hubiera podido ayudar, no sé cómo exactamente, pero algo hubiese podido hacer para ahorrarte algunos dolores de cabeza.

—No te preocupes, hija mía. Tu vida ahora es otra. Tienes un trabajo del que ocuparte y una pareja que cuidar. Estoy contento de que hayas encontrado a este joven tan excepcional. Me quedo mucho más tranquilo sabiendo que estás con él. Cuidaos mutuamente, lo que tenéis no se compra con dinero. Quizás hoy no lo entendáis, pero algún día os daréis cuenta de que es cierto. Las relaciones hay que cuidarlas todos los días, regarlas y abonarlas como si de una planta se tratara, para que se mantenga fuerte en invierno y florezca llegada la primavera —respiró hondo—. Además, no veo en qué hubieses podido ayudar, princesa, si ahora acudo a ti es porque el abogado me lo ha pedido, como medida de seguridad. Si por mí fuera no te involucraría ni lo más mínimo. Y si decides no hacerlo lo entenderé y no te lo tendré en cuenta. Lo último que quiero es que tu madre se entere y ponerte a ti también en su contra.

—Por supuesto que lo haré, papá, no lo dudes ni por un segundo. Lo que sea con tal de ayudarte. Mamá no superará nunca la adicción que tiene por sí misma, y esta parece la mejor solución.

Ni te preocupes por ponerme en su contra, nuestra relación nunca ha sido de lo más agradable, es una verdad a voces. Que declare a tu favor lo tendrá más que asumido.

—Gracias, hija. Admito que he divagado muchísimo antes de pedirte algo así. He estado a punto de no hacerlo, pero mi abogado ha insistido tanto que al final no me he podido negar.

Julio paró unos segundos para respirar y tomar un sorbo de café.

—Si tu madre se pusiera en contacto contigo por alguna razón, dímelo, por favor. No quiero controlarla, pero necesito saber más o menos por dónde se mueve para evitar el riesgo de fuga. Parece ser que es algo frecuente en estos casos, y conociéndola no me sorprendería.

—Cuenta con ello —respondió cogiéndole de la mano—. ¿Y desde cuándo no está en casa?

—Se fue en cuanto su abogado la informó de mis intenciones. Tuvimos una discusión tremenda, nunca la había visto tan alterada, y eso que hemos vivido muchas cosas juntos, pero esta vez fue diferente. Estaba realmente furiosa, incluso agresiva. Me encerré en

el estudio esperando que se calmara y dejara de vociferar. Al cabo de una hora, al no escuchar ni un ruido, salí y ya no estaba. Se había llevado una maleta pequeña con unas cuantas cosas. A los pocos días Asunción me dijo que la había llamado para que le preparara otra maleta con más ropa y cosas de aseo. De eso hace ya dos semanas. No he sabido nada de ella. Lo único que sé fue a través de Cayetana, que me llamó hace dos días para contarme lo sucedido en el club. Lo bueno es que ahora sé dónde está.

—Es muy triste que hayáis llegado hasta este punto —intervino Leonardo por primera vez desde que empezaron a hablar de sus dramas familiares.

Haciendo honor a su discreción y respeto, no quiso dar su opinión explícita sobre el tema.

Julio asintió con la cabeza. Su rostro mostraba el combate que estaba viviendo. Su mirada, normalmente risueña, vestía enormes cercos alrededor de ambos ojos. Las noches sin dormir y los días de pleitos le estaban pasando factura.

—Una vez haya declarado, ¿cuándo la llevarán a la clínica? ¿Y cómo piensan hacerlo?

—No lo sé, pero imagino que pronto. Mi abogado no me ha dicho cómo ni cuándo lo harán. De hecho, no hay que esperar a tu declaración. La incapacidad es efectiva desde ayer. Necesitamos tu declaración para cubrirnos en caso de que hubiera un recurso. Una vez la hayan internado, me avisarán para tenerme al corriente. Me han explicado que el proceso sigue unas reglas estrictas para que el cónyuge no cambie de parecer y prevenga al implicado. Por lo visto ya ha ocurrido que, después de todo el proceso de incapacitación, la persona que lo solicita cambia de idea y se fuga con el incapacitado. Y, aunque suelen acabar apareciendo y presentando una querella contra ellos, hace que se ralentice todo el proceso y se pierda credibilidad en el sistema judicial.

Se quedó pensativo.

Es increíble hasta dónde es capaz de llevarnos el amor hacia otra persona.

11 Malinois: procedente de Malines, Bélgica. En neerlandés Mechelen.

12 Emily Brontë: escritora británica del siglo XIX, que, como muchas otras mujeres de aquella época, vivió con grandes dificultades la publicación de su obra literaria.
13 Spéculoos: galleta tradicional belga hecha a base de mantequilla y especias.
14 Viennoiserie: del francés, bollería.
15 Baguette: del francés, barra de pan tradicional.
1616 Pain au chocolat: del francés, napolitana de chocolate.

Capítulo 11
¿Truco o encierro?

En poco tiempo Leonardo se ganó su cariño. Iba cada mañana. A la misma hora y con el mismo pedido. Entraba rebosando amabilidad y simpatía, siempre dejando propina y despidiéndose con una sonrisa.

—Buenos días, joven, ¿qué te pongo?

—Un café largo y dos croissants para llevar —se apresuró a responder la dependienta de su lado con una sonrisa. De costumbre había dos chicas jóvenes, de unos treinta años, pero ese día le atendió un hombre de edad avanzada—. Te presento al dueño del local. Es mi padre.

—Encantado, señor…

—Alberto Mingarro. Un placer —respondió acercando la mano hacia él para estrecharla.

—Leonardo viene cada mañana y siempre pide lo mismo. Ha vivido toda su vida en Francia como su padre, lleva muy poco en Madrid.

—Es un placer. Sus croissants son los mejores de la ciudad, señor Mingarro. Pero hoy vengo con tiempo, lo tomaré aquí.

—Me alegro de que te gusten. Pero por favor, llámame Alberto. Recuerdo que en Montpellier todo el mundo se trataba de usted, pero aquí somos menos formales. Nos gusta que nos llamen de tú, de otro modo me echas más años de los que ya tengo —clarificó entre risas.

—De acuerdo. Encantado, Alberto.

Los padres de Alberto fueron forzados al exilio durante la guerra civil española. Tras la muerte de Franco en 1976, Alberto se decidió a dejar Montpellier y volver al país que siempre llevó en su corazón. Gracias al oficio que se había forjado y a sus ahorros, abrió la panadería. Tuvo un éxito rompedor durante los primeros años, luego

fidelizó la clientela y continuaba subsistiendo gracias a ella. Estuvo a punto de cerrar durante la crisis que azotó a España en los noventa, pero la apertura del hospital hizo que su suerte cambiase y pudieran continuar con el negocio que daba de comer a su mujer y su hija.

Su mesa de siempre estaba ocupada. Un hombre leía el periódico con un café y una berlina de crema en ella. El periódico le tapaba completamente el torso y la cara, de modo que no pudo verle hasta sentarse en una mesa cercana. Su rostro le resultaba familiar, probablemente sería algún médico o enfermero del hospital. En repetidas ocasiones se había cruzado con compañeros, el lugar era conocido entre el personal médico por su buen café y sus precios asequibles. Empezaba a sentirse realmente bien en Madrid, la gente era amable, la comida exquisita y el tiempo excelente. Quizás hubiera preferido un poco menos de calor, pero nunca se había quejado por ello.

Era viernes y ese fin de semana no tenía ninguna guardia. Como de costumbre, llegó al hospital diez minutos antes de que empezara su turno. El tiempo justo para cambiarse los zapatos y enfundarse la bata blanca.

—¡Buenos días, gabacho!

—Ah, ¿qué tal? Buenos días, Juan. Disculpa, no te había visto entrar, estoy un poco distraído esta mañana.

—Pues despéjate, que esta noche te quiero en forma para mi fiesta, ¿vendrás, verdad? Tenemos ganas de conocer a esta novia tuya que tanto nombras.

—¡Por supuesto, ahí estaré!

Había olvidado confirmar con Anabel que iban a la fiesta esa noche. Se apresuró a mandarle un mensaje y esperar con anhelo que le dijera que sí. No le gustaría tener que decepcionar a su compañero en la primera ocasión.

El día se presentaba calmado, no había demasiados pacientes esa mañana. Pareciera que los viernes la gente prefería estar en cualquier otro lugar salvo en los hospitales. Hacía varias horas que le había mandado el mensaje a Anabel, y seguía sin tener noticias. Empezaba a impacientarse. De repente, mientras caminaba distraído por uno de los pasillos que separaban la sala de urgencias del ala de

consultas, tropezó con una mujer y el café que sostenía se derramó por completo sobre el periódico que la mujer portaba entre carpetas y documentos. En ese preciso instante, al ver el periódico empapado en café se acordó, el hombre que había visto en la cafetería no era un compañero del hospital, era el mismo individuo que venía siguiéndole desde hacía semanas, o al menos eso creía él.

—¡Discúlpeme, señorita! Mire qué desastre, he empapado todo su periódico. Lo siento de verdad, venía distraído y no la he visto. Déjeme que le pague el periódico, por favor.

—No se preocupe. Es solo un periódico, nada importante.

—Insisto, por favor, déjeme que la compense.

—No es molestia, de verdad.

—Está bien. Lo siento de nuevo entonces —al ver que la mujer emprendía su camino de nuevo, se giró impulsivamente y le preguntó—: ¿Me podría decir al menos dónde había comprado usted el periódico?

—En el quiosco del hospital, al lado de la entrada que da al parque. Es el único sitio por la zona donde se puede comprar el periódico tan temprano, el resto de las tiendas no abren hasta las nueve y media.

—Muchas gracias, señorita, que tenga un buen día.

—Igualmente.

Por suerte para él, Anabel aceptó la invitación a la fiesta del viernes sin muchas preguntas. Se sentía con energía. En la oficina todo iba como la seda. Nunca se hubiera imaginado que trabajar pudiese llegar a ser tan gratificante. Todo sea dicho, las distracciones ayudaban en su recién descubierto aprecio por el trabajo. Adrián no perdía oportunidad para mostrar sus dotes de galán empedernido ante ella, y Anabel le seguía la corriente sin demasiada resistencia. A pesar de todo, seguía sintiéndose halagada cuando se trataba de ser el centro de atención. A nadie le amarga un dulce, solía repetirse para sí misma.

—¿Cuándo vas a tomar una cerveza conmigo después del trabajo?

—Voy a hablar con Lorena para ver cuándo le viene bien.

—No, quiero decir tú y yo solos.

—Sabes que tengo novio.

—No me molesta, no soy celoso —dijo de manera insinuante mientras le acariciaba la mano con un dedo.

—Presiento que no vas a parar de insistir hasta que acepte esa cerveza, ¿me equivoco?

—Chica lista. Incluso algo perspicaz, me atrevería a decir. ¿Qué te parece mañana? Los jefes estarán en el consejo de administración y tendremos vía libre para salir pronto.

—Mañana, entonces.

Con una sonrisa triunfal, Adrián se alejó con orgullo hacia su mesa.

Lorena, quien volvía de llenar la botella de agua en la máquina de la cocina, se percató de la cara de su compañero e intuyó lo que acababa de ocurrir.

—¿Has quedado con Adrián?

—¡En serio! ¿No me digas que ya te ha ido con el chisme? Si prácticamente no le ha dado tiempo.

—Tranquila, nadie me ha dicho nada. Le he visto salir y su cara hablaba por sí misma. No ha hecho falta que abra la boca.

—Sí, vamos a tomar una cerveza mañana después de trabajar. Pero le he dejado las cosas claras, tengo novio y será solo una cerveza.

—Bueno, tú ándate con ojo. Su fama le precede, y hasta ahora ni una sola se ha resistido a sus encantos. Hasta yo tuve mis más y mis menos con él. No te dejes embaucar.

—Gracias por el consejo.

***

Se dieron cita directamente en el bar. Dada la naturaleza fortuita de su cita y con fin de evitar las coincidencias no deseadas, Anabel le propuso alejarse de los alrededores de la oficina. Demasiadas precauciones si solo se trataba de unas copas entre compañeros. Aquella tarde, al pulsar el botón de llamada del ascensor, un sentimiento extraño recorrió todo su cuerpo. Difícil de explicar exactamente.

Emoción, miedo, disgusto, revuelo…

Eso era, culpa.

Cuando llegó, Adrián ya había cogido una mesa en la terraza; hacía calor y apetecía estar al aire libre. El mes de octubre acababa de

empezar, pero el calor del verano parecía no abandonarlos ese año. Se habían vislumbrado algunas nubes de tormenta por la mañana, pero el sol las había desplazado para dejar paso a un cielo despejado y una brisa suave.

Fingiendo no haberle visto, Anabel se acercó a la puerta de entrada del bar. Estaba nerviosa. Se giró y sus miradas se cruzaron. No le quedó otra que ir a sentarse con él. A cada paso que daba, una voz le gritaba que se parara, que diera media vuelta y volviera a casa. Pero no lo hizo, siguió caminando, llegó a la mesa y se sentó. Como por arte de magia, la voz en su cabeza se silenció, no volvió a escucharla.

—Por un momento pensé que no vendrías.

—No te podía dejar plantado —tenía razón, a ella también se le había pasado por la cabeza no ir.

—¡Ah! ¿Solo has venido por eso entonces?

—Anda, no saques de contexto mis palabras. ¿Tomamos algo? Estoy sedienta con este calor.

—Acabo de pedir un cubo de cervezas. El camarero ha venido hace un par de minutos y, como te he visto llegar, he aprovechado para pedir ya. Con toda esta gente van a tardar en servirnos.

—¿Y si no hubiera querido tomar cerveza qué? —dijo haciendo semblante de estar ofendida—. ¿Crees que una mujer tiene que aceptar siempre los deseos del hombre?

Acostumbrado a que sus conquistas se postraran a sus pies después de cinco minutos de conversación, la reacción de Anabel le pilló desprevenido. No entendía si estaba a la defensiva o bromeando.

—No sé, lo siento. Como habíamos hablado de cerveza, pensé…

—¡Ja, ja, ja!, tranquilo, corderito —rió ella a grandes carcajadas—. Era solo una broma. No hay nada que quiera más ahora mismo que una cerveza.

«Esta chica me desconcierta», pensó Adrián. Tras la broma inesperada, le costó volver a enganchar la conversación. Anabel sintió lástima al darse cuenta de ello, otra sensación poco común en su persona. «A veces los chicos que menos lo parecen son los más vulnerables e inseguros», pensó ella sin más trascendencia que una

simple reflexión que le pasó por la cabeza. La conversación se desvió rápidamente hacia temas de trabajo, inevitable entre compañeros de oficina. Desconociendo la relación personal entre Anabel y su jefe, contó todo tipo de anécdotas de oficina que probablemente hubiese omitido de haber tenido todos los datos.

Empezaron a sentirse cada vez más relajados, la tensión del comienzo se esfumaba al mismo ritmo que la cerveza. De las conversaciones de oficina pasaron a hablar de sus estudios y de sus vidas privadas. Se sentían atraídos hacia lo prohibido. La excitación de ser compañeros y de apenas conocerse les transportaba hacia el deseo carnal. Adrián creyó percibir una conexión especial. Nunca había sido hombre de una sola mujer. Su padre, abrumado por la vida adulta, les abandonó a su madre y a él cuando solo era un niño de teta. Desde entonces, múltiples amantes habían compartido lecho con su madre, quien siempre se ocupó de su hijo lo mejor que pudo. Pero las secuelas de una infancia inestable se reflejaron en su personalidad una vez alcanzada la edad adulta.

—Se está haciendo tarde. Lo he pasado muy bien, pero me voy a tener que ir ya —anunció Anabel mientras terminaba el último sorbo de cerveza que le quedaba en el botellín.

—¡No! Lo estamos pasando genial, no te vayas. Vamos, tomamos la última.

—Es que tengo el estómago vacío, no puedo beber más.

—Si por eso es. Pedimos unas tapas.

Antes de que le diera tiempo a pensárselo, Adrián se apresuró a levantarse e ir a pedir en la barra. Volvió con una gran sonrisa. Antes de sentarse, le guiñó un ojo de complicidad. Los dos habían obtenido lo que querían.

El camarero llegó a los pocos minutos con una ración de calamares rebozados y otra de patatas bravas, acompañadas de otra cerveza bien fría. La comida entró como la seda. Hablaron aún largo y tendido después de haber acabado de cenar. El tiempo pasó tan deprisa que sin darse cuenta ya eran las doce. Anabel estaba tranquila. Se permitió el lujo de no pensar en nada que no fuese el momento presente. No estaba bien, lo sabía. No había sucedido nada entre ellos, pero no sería por falta de ganas. Se permitió dejar

de lado a Leonardo, los prejuicios, los problemas con su madre. Se dejó llevar.

—¿Cómo vuelves a casa?

—Supongo que cogeré un taxi. No me apetece ir en metro a estas horas.

—Si quieres te llevo. Tengo el coche en el aparcamiento de la oficina —sugirió Adrián con voz baja y tímida, poco propio en él—. Y tranquila, no creo que haya nadie que pueda vernos entrar a estas horas.

—No sabía que se podía venir en coche a trabajar.

—Además de los directivos, solo unos pocos privilegiados tenemos plaza. Lo negocié a cambio de una subida de sueldo que no me quisieron conceder el año pasado. Aunque hay días que sigo viniendo en metro, el tráfico de Madrid a hora punta es insoportable.

—No me sorprende. Estoy segura de que siempre te las apañas para conseguir lo que quieres —sonrió—. Está bien, acepto tu propuesta de llevarme a casa —respondió girando la cabeza y mordiéndose el labio de forma inconsciente—. ¿Estás seguro de que puedes conducir con todo lo que hemos bebido?

—Claro. Estoy perfectamente.

No se había percatado, pero las tres últimas cervezas que tomó eran sin alcohol. A pesar de su fama de mujeriego, Adrián era un conductor responsable. Caminaron hasta la oficina sin parar de reír. Se cruzaron con varios grupos de jóvenes que se preparaban para ir de fiesta y no volver a sus casas hasta bien entrada la madrugada. El cielo estaba despejado, pero empezaba a refrescar. Llegaron al coche y fue como si la espontaneidad de la que habían gozado durante toda la noche se hubiese escondido para dejar paso a la inhibición propia de adolescentes que esperan con impaciencia su primer beso.

Al llegar a la esquina de su casa, Anabel le indicó que parara. Sintió alivio al recordar que las obras de su casa seguían paradas y, por tanto, no podrían llegar hasta su puerta. Mejor no cruzarse con ningún vecino indiscreto.

—Gracias por traerme —dijo haciendo el gesto de abrir la manecilla del coche para salir del vehículo.

—¿Eso es todo?, ¿te marchas sin despedirte?

Absorta en su propia huida, se volvió hacia él y sin saber muy bien cómo, sus labios terminaron juntándose.

¿Cuánto dura un beso?

Mucho, poco, difícil de medir.

Duró lo que dura un beso.

Con los labios pegados y los cuerpos inmóviles, solo el repicar de las campanas de una iglesia cercana les hizo reaccionar. Anabel saltó del coche como una presa huyendo de su cazador. Sin decir adiós siquiera.

Corrió hacia casa sacando las llaves del bolso. Sin mirar atrás. Se sintió perseguida con la mirada. No atinaba, abrió la puerta al tercer intento. Subió las escaleras andando. Sin explicación alguna, no cogió el ascensor.

Estaba sola al acostarse.

Estaba sola al levantarse.

Leonardo todavía no había vuelto del hospital. Se apresuró a arreglarse e irse antes de que volviera.

Algunos días habían coincidido en el apartamento antes de que ella se fuera, y por ninguna razón le apetecía verlo esa mañana. No hubiese podido mirarle a la cara.

Pasaban escasos minutos de las ocho y media de la mañana cuando llegó a la oficina. La oficina estaba vacía. Aun careciendo de horario, la mayoría llegaba alrededor de las nueve. Era como una de esas reglas no escritas que existen en todas las empresas. Aunque muchos no se atrevieran a decirlo abiertamente, las nueve y media se consideraba la hora tope de llegada. Salvo razón justificada, llegar después de esa hora no estaba muy bien visto.

—Parece que alguien no ha dormido bien esta noche.

El corazón le dio un vuelco, «¿sería posible que, quien fuera que le estaba hablando, estuviera al tanto de lo ocurrido anoche entre Adrián y ella?», pensó al tiempo que veía a su tío Miguel entrar en la oficina.

—¿Estás bien? Pareciera que has visto a un fantasma.

—No es nada. Creía estar sola y me has asustado —masculló en voz baja.

—He oído que te estás integrando muy bien en el equipo. Me alegra haberte contratado, sabía que no me equivocaba contigo —dijo agitando el dedo índice en su dirección—. Por cierto, ¿cómo está tu madre? Escuché algo sobre un percance ocurrido en el club hace unos días.

—Supongo que está bien. Mi padre se está ocupando de ello —respondió sin entrar en detalles, no quería entorpecer todo el trabajo que su padre estaba haciendo si decía algo inoportuno a su tío Miguel y este le iba con el cuento a su madre.

Justo en el momento en el que hubiese tenido que improvisar un tema que desviara la conversación, la suerte hizo que Lorena llegara y la charla se viera interrumpida.

***

El teléfono sonó incesantemente hasta que alguien acudió a su consuelo.

Era Julio. Acababa de vivir una de las situaciones más dramáticas de su vida. Todo fue muy rápido, mucho más de lo que hubiese imaginado. Con la voz entrecortada y respirando a bocajarro, relató cómo los celadores entraron en la habitación del club en la que Cintia se hospedaba y la sacaron de la cama medio desnuda y rodeada de botellas de vodka vacías.

El personal encargado de la limpieza diaria del hotel le explicó que había pedido que le rellenaran el minibar cada día con una botella de vodka y otra de agua. Aun así, en varias ocasiones no le parecía suficiente y salía en busca de más. Le contaron que había días en los que no salía de su habitación ni para comer. El servicio de limpieza pasaba a rellenar el minibar sin que ella saliera de la cama. Mucha gente en el club la consideraba ya un despojo humano. Una lacra social con quien era mejor no juntarse.

Irrumpieron en su habitación poco antes de las nueve. El servicio de limpieza todavía no había pasado. Botellas vacías, ropa sucia y basura cubrían el suelo casi por completo. Después de llamar varias veces a la puerta sin obtener respuesta, el encargado de seguridad del hotel abrió la habitación con la ayuda de llave maestra. Cintia ni se inmutó con el ruido. Solía dormir profundamente hasta casi

mediodía. Tirada en la cama boca arriba, con una camiseta sucia y bragas, sus ojos empezaron a abrirse al percatarse de que algo extraño estaba ocurriendo. Estaba sentada en una silla de ruedas y alguien que no conocía se acercaba con un par de correas de cuero en las manos.

Y entonces se dio cuenta.

Había llegado a su fin.

—¿Qué estáis haciendo? Soltadme inmediatamente —dijo abriendo los ojos como platos y alzando la voz—. ¡Seguridad! ¡Seguridad! ¡Me están secuestrando! ¡Hagan algo de inmediato! —gritó sin que nadie respondiera a sus aullidos.

—Lo siento mucho, señora —dijo el jefe de recepción con los brazos cruzados y la cabeza baja.

—No me pueden hacer esto —prosiguió—. Conozco al director del hotel y conozco mis derechos. Esto no va a quedar así. Se le va a caer el pelo al responsable de haber permitido que esto suceda —continuó gritando mientras los celadores la ataban a la silla sin poder hacer nada para impedirlo.

Antes de cruzar la recepción del hotel, los sedantes que le habían administrado habían hecho efecto. Los arneses que la ataban ya no eran necesarios. Se le aflojaron al máximo, sin retirarlos, para evitar que su piel se irritara.

Aunque Julio hubiese preferido que las cosas sucedieran de forma diferente, se siguió el procedimiento habitual. Desde el momento en el que se carece del consentimiento del paciente, ningún camino es fácil.

Cuando por fin llegaron a la recepción, Julio y su abogado les estaban esperando, Cintia estaba completamente inconsciente. Con la cabeza gacha, la montaron en la ambulancia que la llevaría a la clínica que sería su casa durante los próximos meses de su vida.

Aun sin verlas, Anabel sintió las lágrimas recorriendo el rostro de su padre mientras le contaba lo ocurrido por teléfono.

—Papá, entiendo que te duela. Pero todos los que la conocemos sabemos que es lo mejor para ella. Has hecho lo que debías.

—Lo sé, Anabel. No creas que no lo sé. Y aun sabiéndolo me pregunto si hice bien. Si no habré conseguido que me odie por el

resto de su vida. No te imaginas lo que fue verla inconsciente y atada. Estaba indefensa, como un conejo enjaulado. Dos desconocidos la escoltaron hasta la ambulancia. Y esa fue la última vez que la vi.

Pocas veces Julio llamaba a su hija por su nombre, solía utilizar apelativos cariñosos como cielo o princesa. Un silencio desalentador invadió la comunicación. Necesitaban asimilar el episodio traumático que el destino les había puesto delante.

—¿Qué te parece si vienes a buscarme hoy a la salida del trabajo y vamos a tomar un café los dos solos? Han abierto una cafetería nueva cerca de aquí y me han dicho que preparan las mejores rosquillas de la ciudad. ¡Te va a encantar!

—Agradezco la invitación, hija. Pero prefiero quedarme en casa hoy.

Su respuesta no hizo más que alimentar la preocupación de Anabel. Rara vez su padre rechazaba una invitación para pasar tiempo con ella. A pesar de su naturaleza dura y egoísta, Julio era la única persona capaz de despertar la vulnerabilidad de Anabel. Pensar que su padre podría estar sufriendo por alguna razón le era simplemente insoportable.

Decidió entonces que la familia pasaba antes que el trabajo. Llamó a su tío Miguel y, sin entrar en detalles escabrosos, le explicó brevemente lo que había sucedido.

—Claro, Anabel, vete de inmediato a casa. No me imagino lo que debéis estar pasando tú y tu padre. Ahora llamaré a tu jefe y le explicaré que he sido yo quien te ha dado permiso para ausentarte.

—Gracias, tío, no sabes cómo te lo agradezco.

De camino llamó a Leonardo para contarle lo sucedido. Tan comprensivo como de costumbre, intentó mostrar todo su apoyo para con ella. Acudiría a la casa familiar en cuanto encontrase a alguien que pudiera cubrir su turno, le dijo de inmediato.

Asunción abrió la puerta antes de que Anabel llegara siquiera a llamar al timbre. Preocupada, sin saber muy bien qué hacer, estaba mirando por la ventana cuando vio el Mercedes de Anabel entrando por el portón lateral que daba acceso directo al jardín y al aparcamiento de la casa.

—¿Dónde está mi padre, Asunción? —preguntó Anabel irrumpiendo en el hall de la casa sin ni siquiera saludar.

—Me alegro de verla, señorita. Su padre le necesita. Está en su habitación y no ha comido casi nada en varios días. Se pasa las horas metido en la cama, y cuando sale a comer o beber algo anda como alma en pena por la casa. En batín y sin arreglar —dijo la mujer mientras Anabel subía las escaleras. Antes de terminar la última frase ya no alcanzaba a ver a quien, hasta hacía unos meses, fuera la señorita de la casa.

Entró sin llamar.

—Asunción, le he dicho que no me moleste. No quiero comer nada —dijo de manera ruda, muy impropio de él.

—Papá, soy yo.

—Anabel, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar trabajando?

—¡Vamos! Levántate de la cama, papá. ¿Qué es eso de estar acostado a estas horas? Aún es de día —ordenó haciendo caso omiso a sus preguntas y estirando el edredón.

—Estoy cansado. Quiero estar en la cama.

—No es cierto, no estás cansado. Lo que ocurre es que te sientes culpable. Y no voy a permitirlo. No es justo.

—¿Y que tu madre esté ahora mismo encerrada y rodeada de desconocidos?, ¿es eso justo?

—¡Por supuesto que no lo es! Pero tampoco lo era tener que soportar sus berrinches y ver cómo se destruía a sí misma. Hemos hecho lo que hemos podido para evitar tener que llegar a este extremo, pero no ha sido posible hacerlo de otra forma. Ella se lo ha buscado.

Le invadió la rabia.

Rabia de ver a su padre en ese estado. Rabia de que la adicción de su madre les haya conducido a hacer cosas indeseadas. A pesar de la relación complicada que habían tenido siempre, quería a su madre. Pero en ese momento, sumida en el rencor y la desesperación, la odió. Por su culpa Julio estaba viviendo un tormento.

Admitiendo para sus adentros la verdad de las palabras que acababa de escuchar, Julio volvió a taparse con el edredón y no

respondió.

—Entiendo que no es fácil, papá. Pero, por favor, tienes que salir de esta. Eres un hombre fuerte, demuéstralo. No puedes quedarte eternamente en la cama.

—Eternamente no, pero un tiempo sí.

—Si no lo haces por ti, hazlo por mí. Sal de la cama y baja a cenar conmigo. Le he dicho a Asunción que nos prepare los espaguetis con queso y nueces que tanto te gustan.

Frío, miedo, culpa, rencor.

Una macedonia explosiva que hacía de Julio un hombre sin voluntad. Decadente estado moral y físico que cruzaba sus límites conocidos. Había hecho lo correcto, intentaba convencerse una y otra vez. Es lo mejor para ella, se decía sin parar. El sentido común le daba la razón, aunque la parte menos racional de su mente opinara lo contrario. Solemos pensar que hacer lo correcto proporciona gratificación interna; sin embargo, existen varias excepciones a esta creencia, y Julio se veía enfrentado de lleno en una de ellas.

Tras varios minutos de meditación, retiró el edredón y se dispuso a salir de la cama.

No podría defraudar a su hija.

Con la melancolía como protagonista, la cena transcurrió tranquila. Leonardo se unió a ellos en cuanto pudo salir del hospital. Se sentía muy orgulloso de Anabel, pocas veces la había visto como la hija atenta y cariñosa que era para con su padre. A decir verdad, en contadas ocasiones había visto su lado humano.

Cuando se fueron, Julio se les quedó mirando por la ventana. Hacían muy buena pareja. Leonardo era un buen chico y cuidaría bien de su hija si un día él ya no estaba. Ya se habían ido, Julio se quedó en la ventana mirando el vacío durante al menos cinco minutos más. Hacía tiempo que su mente no se ocupaba con nada más que no fuese su esposa.

El sonido de la vajilla que Asunción recogía en la cocina le hizo reaccionar. Casi sin pensar, subió las escaleras rumbo a su habitación y se volvió a meter en la cama.

En un principio pensó que la visita de Anabel solo había sido un alivio pasajero, como el efecto de un analgésico fuerte ante un dolor de muelas. Cuando se pasa el efecto, el dolor reaparece como por arte de magia. Pero no. Con los primeros rayos de sol, antes de que el despertador sonara, se levantó de la cama.

Quizás fue la visita de su hija, o algo más, solo él lo sabe. Lo que sí es cierto es que, después de varios días de autocompasión y encierro, cambió de actitud y su vida volvió a encauzarse.

Tras una ducha y dos cafés, se enfundó la cazadora y partió hacia el hospital. Con todo lo sucedido con Cintia hacía casi una semana que no visitaba a su sobrina. De pronto se acordó de que tampoco había hecho ni recibido ninguna llamada de su hermano en los últimos días. «Espero que todo esté bien», pensó cerrando tras de sí la puerta de entrada de la casa.

Capítulo 12
¿Buenas o malas noticias?

Empezó a caminar cada vez más rápido. Había llovido y el suelo estaba algo resbaladizo. Algo extraño estaba pasando. Se había girado varias veces para mirar hacia atrás, y ahí estaba siempre. El hombre de la gabardina azul marino, el mismo que vio en la cafetería y en el banco del parque mirándole de reojo. Ya se había olvidado de él, cuando de repente volvió a cruzarse en su camino.

«¿Me estaré volviendo paranoico?», se preguntó sin bajar la guardia. Era un hombre de costumbres, cada día tomaba el mismo camino para llegar al hospital y el mismo para volver. Pocas veces se desviaba de su itinerario habitual. Aun sin estar seguro, empezaba a pensar que sus sospechas tenían quizás más fundamento de lo deseado. Miró el reloj, previsor como siempre calculó que a ese paso llegaría unos quince minutos antes de la hora prevista. Tenía tiempo de cambiar su ruta y entrar en la primera cafetería que viese. Giró a la izquierda en el siguiente cruce. Vio el cartel luminoso de un bar de esos que uno se pregunta cómo pueden sobrevivir sin apenas clientes y abiertos a todas horas, de esos que al cabo del tiempo aparecen en las páginas de sucesos con varios muertos a sus espaldas y acusados de ser la tapadera de algún negocio turbio.

Solo un cliente para todo el bar que parecía estar durmiendo, o inconsciente, en una de las mesas del fondo. Entre la máquina tragaperras y la puerta de los servicios. Sus zapatos apenas se quedaban pegados al suelo entre paso y paso, era como andar sobre una pasarela de caramelo líquido. Sintió náuseas, pocas veces en su vida se había encontrado en un lugar tan insalubre. Contuvo el deseo de salir corriendo y se sentó en la barra.

Aparte del cliente que dormía y él mismo, no vio a nadie más a quien pudiese pedir que le sirviera un café. Se quedó cerca de la

puerta, quería ver si había conseguido perderle la pista al extraño individuo que venía siguiéndole, aunque los cristales empañados por la grasa le dificultaron bastante la tarea.

—¿Quién eres tú? —preguntó con tono de pocos amigos una mujer desgarbada y entrada en carnes que acababa de salir de la cocina. Acostumbrada a sus clientes habituales, recibir a un joven apuesto y bien vestido se salía por completo de su rutina.

Leonardo no se dio cuenta de su presencia hasta escuchar un alarido fuerte y amenazante que parecía dirigirse a él. Se sobresaltó y casi se cae del taburete en el que se había sentado a la espera de ser atendido. La mujer se quedó mirándolo fijamente esperando una respuesta. Sobre la ropa ajustada que marcaba tres michelines bien diferenciados, destacaba un delantal raído y lleno de manchas. Estaba cubierta de sudor y el poco pelo que tenía lo lucía sucio y cubierto de canas.

—Me gustaría tomar un café con leche, por favor —respondió con un hilo de voz.

—Estamos cerrados. ¡Lárgate de aquí!

No salía de su espanto. Primero el aspecto lúgubre y sórdido, y ahora esto. Faltando a sus buenos modales se fue sin responder ni despedirse.

Le faltaron piernas para salir de allí. Demasiadas vibraciones desagradables en muy poco tiempo. No daba crédito a lo que estaba viviendo.

Para coronar el pastel, cuando empezaba a digerir y reponerse del grito de la camarera, se acordó de por qué había entrado en aquel bar, el hombre de la gabardina azul estaba ahí de nuevo, sentado en un banco fingiendo buscar algo en su bandolera.

Poco propio de él, se armó de valor y comenzó a caminar hacia donde este se encontraba. Se plantó delante de él con los brazos cruzados en posición de defensa.

—¿Hay un problema, señor? Tengo la sensación de que está usted siguiéndome.

—Hola, Leonardo —respondió el hombre en español, pero con un marcado acento francés—. Me preguntaba cuánto tiempo ibas a tardar en darte cuenta. Llevo siguiéndote varias semanas —prosiguió

en un francés propio de la región de París. De esos acentos que suenan engreídos, aunque salgan de boca de la persona más amable y cariñosa del mundo.

Esperó un millón de respuestas, pero no aquella. Estupefacto, se quedó mudo durante varios segundos, hasta que salió de su burbuja y se sentó aturdido.

—¿Me conoce?

—Puedes tutearme, Leonardo. Y sí, se podría decir que te conozco, aunque tú no me conozcas a mí. Te conozco por haber movido cielo y tierra para encontrarte. Disculpa si te has sentido en peligro, no era mi intención, pero necesitaba estar seguro de que eras tú —prosiguió el individuo con tono amigable—. Permíteme que me presente. Mi nombre es Javier Delacroix, y soy investigador privado. Si me has descubierto es porque yo he querido que así sea. Mi cliente así lo ha solicitado. Aunque de momento no puedo darte su nombre ni la razón de por qué te busca. Lo único que me está permitido decirte es que alguien se ha tomado muchas molestias para dar con tu paradero. Y en breves, si estás de acuerdo, le gustaría reunirse contigo para explicarte en persona los motivos que le han llevado a querer volver a ponerse en contacto contigo.

—¿Volver a ponerse en contacto?, ¿significa eso que es alguien que conozco?

—Sintiéndolo mucho, no puedo darte más detalles de lo que ya sabes. Esta es mi tarjeta —dijo Javier entregando una tarjeta de visita convencional, blanca con letras azules—. En unos días me pondré en contacto contigo.

No te molestes en darme tu teléfono. Ya lo he averiguado por mi cuenta. Recibirás un mensaje de texto con una citación. Espero que no me falles y acudas a la cita, mi cliente estaría muy apenado de no ser así. En ese momento mi trabajo habrá concluido y no volverás a saber de mí.

El investigador se levantó y empezó a andar, dejando a Leonardo sentado y con la palabra en la boca. Se quedó absorto, mirándole como un pasmarote hasta que la lejanía de la imagen hizo que se convirtiera en un bulto pequeño e imperceptible. Resultaba difícil asimilar lo que acababa de oír. Parecía muy extraño y misterioso.

«¿Quién le podía estar buscando?», se preguntó en repetidas ocasiones. Aunque no había hablado mucho con su tía Alexandra desde su traslado a Madrid, solo cinco minutos al teléfono y unos cuantos mensajes de texto, sabía que no podía ser ella. Antes de partir le hizo una visita y le dejó anotada la dirección de la casa de los padres de Anabel y su teléfono. Tampoco podía ser uno de sus amigos, los pocos que conservaba tenían su correo electrónico y sus redes sociales. Si lo desearan, habrían encontrado la manera de ponerse en contacto con él sin necesidad de recurrir a un investigador privado.

El viejo Casio que Enrico le regaló por su último cumpleaños dio las nueve en punto. Un modelo de los ochenta que encontró sin buscarlo en una tienda de segunda mano. El *bip-bip* le sacó del ensimismamiento en el que estaba sumido.

—¡Oh no, voy a llegar tarde! —exclamó Leonardo en voz alta al tiempo que se levantaba de un salto del banco y se ponía rumbo al hospital.

Pasó todo el día pensando en quién podría haberse tomado tantas molestias para encontrar su paradero. Pero no obtuvo respuesta.

***

Llegó a casa sobre las siete. Abrió las cortinas para que entrara la luz natural del día y se sentó en la parte del sofá más cercana a la ventana. No había sido un buen día. Al estrés en la oficina se le sumó que su padre llevaba horas sin responder al teléfono. Los miércoles era su día libre, no daba clases en el instituto. Asunción le dijo por teléfono que se había ido temprano y todavía no había vuelto. Estaba preocupada, el internamiento de Cintia le había afectado mucho. Se prometió a sí misma no perderle de vista demasiado, y, recién estrenada la promesa, se angustió más de la cuenta.

Se sobresaltó con el sonido del teléfono, Leonardo llamaba para decir que se quedaría a pasar la noche en el hospital. Un compañero había tenido una urgencia familiar y le pidió que le sustituyera. Aun siendo algo insignificante, Anabel colgó a la par que una tímida lágrima resbalaba lentamente por su pómulo. Las emociones

empezaron a desbordarse. Recordó con nostalgia su época universitaria, donde se pasaba las noches de fiesta y su mayor preocupación era el humor de su madre. Era una buena estudiante, nunca había tenido que preocuparse ni por el dinero ni por tener una vida social activa. Pasar a la vida adulta había empezado con mucha fuerza, pero ya empezaba a sobrecargarla.

Miró el móvil y volvió a sobresaltarse.

ADRÍAN_20:40

¡Hola guapa!
¿Qué haces?
Cuando me he dado cuenta ya te habías ido.
Estoy cerca de tu casa.
¿Te apetece tomar algo?

Tras dudar tan solo unos segundos, Anabel respondió sin pensar en las consecuencias.

ANABEL_20:42

Hola
Sí
Bajo en 5 minutos

ADRÍAN_20:43

¡Guau!
¡Ha sido fácil convencerte!
Genial, ahora nos vemos.

ANABEL_20:44

ok

Bajó las escaleras como quien anhela ver a un ser querido, ilusionada.

Adrián esperaba fumando un cigarrillo. Al verla, lo tiró al suelo y lo apagó con la punta del pie.

—¿Qué tal, guapísima? No te he visto salir de la oficina. Cuando he querido ir a hablarte ya no estabas.

—Sí, hoy me he ido temprano —respondió Anabel ladeando la cabeza hacia el otro lado para que Adrián no reparara en que había estado llorando.

—¿Todo bien? Pareces preocupada.

—Estoy bien, gracias. Nada que una cerveza no pueda remediar —respondió Anabel sin querer entrar en detalles sobre su estado de ánimo.

—¡Esa es la actitud! Me alegro de que hayas aceptado mi propuesta, a decir verdad, no pensaba que lo harías. Supongo que la suerte está de mi lado —dijo con una gran sonrisa. Sin embargo, al ver que Anabel no respondía a su halago, prosiguió la conversación —. Había pensado que podríamos ir a un *Wine Bar*[17] que me encanta, no está muy lejos de aquí. Pero si prefieres cerveza podemos encontrar otro lugar.

—Me parece bien. Mientras sea alcohol todo me va. No perdamos más tiempo.

La sospecha de Adrián en lo que concierne al humor de su acompañante se vio confirmada con el contenido y tono de su última frase. No obstante, prefirió no seguir indagando en ello e intentar pasar una velada agradable.

El local estaba a rebosar. Después de varios días de nubes y llovizna que anunciaron el comienzo del otoño, el sol se volvía a dejar entrever.

Tuvieron suerte de encontrar un hueco para sentarse, aunque tuviera que ser en la barra.

En cuanto se sentaron Anabel advirtió que el móvil le vibraba, se apartó para poder hablar alejada del ruido del gentío. Era su padre que le devolvía las llamadas y se disculpaba por no haber podido llamar antes.

Le contó que había estado todo el día liado con papeleos de un lado para otro y no había tenido tiempo de mirar el teléfono. La noticia relajó notablemente el ánimo de Anabel, quien de repente notó como si se hubiese deshecho de un peso de cien kilos que venía acarreando a las espaldas.

Volvió a su taburete sonriendo. Puede que fuera la primera vez que sonreía desde hacía días. En ese mismo instante, el camarero se acercó a ellos para tomarles nota.

—Una botella del mejor vino que tenga —se apresuró a pedir la joven—. Hoy invito yo —añadió apoyando la palma de la mano sobre la mesa.

—¿Y eso?, ¿algo que celebrar?

—La vida —respondió ella retirándose el pelo de la frente.

—¡En ese caso acepto la invitación sin objeciones!

La enorme afluencia del local hizo que el camarero se demorara casi veinte minutos en llegar con la botella de vino. Cuando por fin apareció pidieron que sirviera una buena ración. La espera había acrecentado su sed. Pasaron horas hablando de sus vidas. A diferencia de otras ocasiones en las que habían coincidido de copas con otros compañeros, hablaron escasamente de temas laborales. Sentían tal interés el uno por el otro que el ámbito profesional pasó a ser irrelevante. Mientras el local se iba vaciando las horas pasaban una tras otra. No vieron pasar el tiempo hasta que uno de los camareros, desaliñado y descompuesto después de un día duro de trabajo, les pidió que fuesen acabando sus copas, el local cerraría en breves.

Tras pagar la cuenta y salir, se percataron de que estaba lloviendo. Esa lluvia fina y suave que cae como polvo y entra en contacto con el suelo tímida y discreta, sin prisa y despacito, pero que cuando nos queremos dar cuenta ha cambiado de color el pavimento con su humedad, todo se ve más oscuro.

Anabel se apresuró a sacar el paraguas que llevaba en el bolso. Una de sus cualidades era ser precavida. Siempre llevaba consigo el paraguas y las gafas de sol, nunca se sabe los giros que puede dar el cielo en estos tiempos de cambio climático.

Con gesto de buena voluntad, le ofreció a Adrián compartir el cobijo, quien accedió de buena gana. Caminaron pegados el uno al otro durante los largos veinte minutos que separaban el bar donde se encontraban y el apartamento de la joven. Adrián, como buen caballero, insistió en acompañarla a casa. Esa noche, la escoltaría hasta la misma puerta, no hasta la esquina como la última vez. El

frío y la humedad de la noche les instaban a pegarse el uno al otro. Con movimiento vacilante, Adrián rozó la mano de Anabel que sujetaba el mango del paraguas. Al sentir el frío en su piel, se atrevió a rodearla con sus hombros.

Lejos de proporcionarle calor, Anabel sintió un intenso escalofrío recorrer todo su cuerpo. Los minutos restantes los pasaron así, abrazados bajo la lluvia en medio de la noche cual escena romántica sacada de una película de cine. En medio de tal esfera, perdieron el habla. Caminaron en silencio absortos en sus pensamientos y sintiendo cada centímetro del contacto de sus cuerpos sobre la ropa parcialmente mojada por la lluvia.

Llegaron frente al portal y se separaron cual polos opuestos. Como si una energía imperceptible separase sus cuerpos sin razón. Con sigilo y tiento, Adrián intentó acercarse a ella. Algo extraño sucedió, la complicidad que había sentido hasta entonces pareció haberse evaporado como un pedazo de hielo ante el sol del verano.

Colocó el paraguas ante ella, a modo de escudo, y el lenguaje corporal hizo el resto. Se había dejado llevar por las emociones y no quería estropear las cosas con Leonardo, quien en aquellos momentos estaría atendiendo a una anciana con ataque al corazón o a un joven ebrio después de algunas copas de más, quién sabe. El mensaje pasó. Se despidieron con dos besos donde las mejillas casi ni se rozaron y Adrián se fue, caminando cabizbajo. Anabel se quedó mirándole mientras se marchaba, tanto así que llegó un momento en que los cristales empañados de la puerta impidieron verlo más, su figura pasó a ser una silueta borrosa en la iluminación de la noche.

Dormir no fue tarea fácil, una bocanada de sentimientos contrapuestos invadía su cabeza impidiendo dar paso al sueño. Sentía orgullo por haber resistido a la tentación de caer en los brazos de otro hombre, pero al mismo tiempo sentía un gran vacío que no hizo más que acentuarse al ver a Leonardo entrar por la puerta.

Siempre había creído que los buenos actos tenían su recompensa y que, si algún día pasaba a la acción, sus buenas acciones le harían sentirse bien y satisfecha.

No fue así.

Vio a Leonardo y no sintió nada.

Ni amor, ni lealtad, nada.

Por primera vez desde que se conocieron, el único sentimiento que despertó en ella fue indiferencia. Una indiferencia vacía y desgarradora al mismo tiempo. Le hubiera gustado sentir que lo amaba, que había hecho lo correcto rechazando a Adrián, pero no.

***

Como una historia sin fin. Como *Las mil y una noches*. Así sentía Cintia que progresaba su recuperación. Lenta y sin ver el final. En esta clase de tratamientos la voluntad del paciente se consideraba clave, y desafortunadamente, Cintia no hacía más que entorpecer su curación.

Había pasado ya un mes desde su ingreso. El tiempo medio de recuperación del que gozaba la clínica oscilaba entre dos y tres meses; no obstante, no parecía que fuera a ser su caso. Hasta la fecha no había recibido ni una sola visita. El método utilizado lo desaconsejaba, al menos hasta el momento en que el paciente empezara a manifestar los primeros signos de mejoría y aceptación. Aunque había varios estudios que rebaten esta técnica, la experiencia de la clínica mostraba que les había ido mejor siguiendo dicho procedimiento. Como la mayoría de los pacientes, Cintia no estaba entusiasmada con la idea de no recibir visitas, pero se podría decir que no era lo que más la perturbaba. Se sentía sola, abandonada y prisionera. Después de su padre, la única persona a quien creía realmente amar era su marido. Y hasta hacía no mucho pensaba que el sentimiento era mutuo. Empezaba a presumir que no era el caso. Se preguntaba cómo podía haber sido capaz de encerrarla en aquel lugar. Un sitio tan frío y sin alma. Gris. Con paredes grises, muebles y cuadros grises. O al menos eso es lo que ella veía. Desde el momento en el que ingresó, su visión se había ido deteriorando. «Probablemente estemos ante un síntoma traumático pasajero, causado por el estrés de verse aislada del mundo exterior y de sus seres queridos», le decían a Julio cada vez que llamaba para conocer su estado. De eso hacía ya un mes, y no parecía que el trauma hubiese aminorado. Se sentía culpable. Cada vez que le

decían que su estado no mejoraba era para él como recibir un jarro de agua fría en la espalda. Sufría angustiado pensando en ella. No se lo quitaba de la cabeza. Tantas eran las veces que se había comunicado con la clínica que, desde recepción, le habían pedido amablemente que espaciara sus llamadas. Al principio trataron de ser comprensivos, como lo eran con todos los familiares de pacientes preocupados. Hasta que llegó un punto en que las llamadas pasaron a ser diarias. «En caso de que ocurra algo le llamaremos de inmediato», le repetían una y otra vez. Aun así, Julio siguió llamando cada día.

Descubrió que echaba de menos a su esposa mucho más de lo que hubiera imaginado.

Al cabo de varios días, recibió una llamada de un número desconocido. A pesar de haber estado a punto de no responder, en el último tono decidió descolgar el teléfono. Hacía varios días que no visitaba a Andrea.

Cuando recibió la llamada iba precisamente conduciendo de camino al hospital, por lo que atendió la llamada con el sistema de manos libres que él mismo había instalado.

—No se asuste, pero ha ocurrido algo. No es grave, aunque hemos creído oportuno tenerle al corriente de la situación —hizo una pausa para tomar aire—. Ante todo, su mujer está bien.

Dada su negativa a comer en el salón común con el resto de los pacientes, le facilitaban la comida en su habitación. Cintia, a sabiendas del horario de comidas, aguardó detrás de la puerta hasta que el celador de turno llegase con la bandeja en la mano. Apenas lo vio entrar, le golpeó en la cabeza con el primer tomo de *El Quijote*. La bandeja salió por los aires junto con la comida y los cubiertos de madera. Maltrecho, el escuálido joven que apenas empezaba su vida laboral cayó desplomado al suelo de la habitación. Tuvo suerte de que el alboroto del salón empañara el ruido que se acababa de producir. Con sigilo, Cintia aprovechó para quitarle la tarjeta de acceso que llevaba en el bolsillo de la bata y salir pitando. No tenía un plan, no había planificado su fuga. Tras varios días escupiendo la medicación cuando la enfermera se marchaba, se despertó más

lúcida que nunca y resolvió que tenía que tomar medidas para salir de la cárcel en la que se encontraba.

Se armó de valor y caminó sin prisa, pero sin pausa hasta encontrar alguna puerta con apariencia de dar acceso al mundo exterior. Logró esquivar hasta dos puertas antes de toparse con un guarda que la venía siguiendo con la mirada desde hacía minutos a través de las cámaras de vigilancia instaladas en cada rincón de la clínica y disimuladas con plantas, lámparas y otras artimañas. No tenía escapatoria. Desde la inauguración de la clínica en 1985 nadie había logrado franquear la seguridad y salir airoso. Algunos intentos se habían producido, pero afortunadamente ninguno resultó fructífero.

Siguieron el procedimiento habitual en esos casos, acompañar al paciente de vuelta a su habitación y dejarlo recluido durante tres días. Aunque para Cintia no se salía de su rutina habitual, ya que desde su ingreso se había opuesto a visitar ninguna zona común.

El celador, a quien encontraron sentado en la cama de Cintia, se había levantado por su propio pie. Por suerte, el golpe en la cabeza había sido leve y solo estuvo inconsciente unos segundos.

En menos de media hora, Julio llegó a la clínica. A pesar de pedirle que no lo hiciera, se presentó tan rápido como la carretera y el tráfico le permitieron. Se preguntó si lo hacía para acallar su conciencia, o si simplemente lo necesitaba. Pregunta a la que, como es de esperar, no obtuvo respuesta.

—Señor Heredia, como le hemos dicho por teléfono, su mujer está perfectamente. Nada ha cambiado desde que hablamos ayer, ni antes de ayer. Es el procedimiento habitual llamar a los familiares cuando hay un incidente así. No debería haber venido —explicó una de las celadoras intentando sacar paciencia de donde la hubiera y manteniendo un tono contundente y sereno a la par que empático—. Cintia está en muy buenas manos. No es un hecho aislado que alguno de los pacientes intente abandonar el recinto furtivamente, pero como le dijimos cuando firmó la documentación de ingreso, eso no sucederá.

—¿Sería posible hablar con la doctora a cargo del expediente de mi mujer, por favor? —preguntó Julio a sabiendas de que lo más

probable sería obtener una respuesta negativa.

—Lamentablemente, la doctora Luengo no se encuentra en el centro en este momento. Es su día de descanso.

—Entonces, ¿quién ha atendido a Cintia tras su intento de fuga? Supongo que estaría aturdida y con necesidad de ver a un médico.

—Y así fue, señor Heredia.

—El doctor Martínez, doctorado en Psiquiatría por la Universidad Autónoma de Barcelona y sustituto de la doctora Luengo, se está encargando en estos momentos de asegurarse de que su esposa recibe la atención que necesita.

—¿Un sustituto? ¿Cómo pretende que un sustituto la atienda de la misma manera? —increpó Julio, poco propio de él.

—Señor Heredia, le ruego que se calme. Su mujer ha estado y estará en todo momento en las mejores manos. Al solicitar su ingreso firmó todos los documentos otorgando completa responsabilidad durante el tiempo que se encuentre bajo nuestra custodia. La estamos tratando de la mejor manera posible y siguiendo con ella los tratamientos más avanzados en nuestro país en cuanto a dependencias se refiere.

Si no está conforme con nuestros métodos, puede presentar una querella ante el comité de dirección, quienes darán curso a la misma con la mayor rapidez posible.

Al escuchar las palabras de la celadora, Julio entendió que quizás se estaba excediendo en su preocupación. Se disculpó de inmediato y abandonó el lugar con cabeza gacha y manos entrelazadas.

Su teléfono no había parado de vibrar dentro del bolsillo de sus pantalones durante el tiempo que estuvo hablando. Recordó que no había avisado de que había ocurrido un imprevisto y que por eso no había llegado al hospital.

Aun así, le extrañó ver seis llamadas perdidas de su hermano y otras tantas de su cuñada. Algo pasaba. Al tiempo que arrancaba el coche y emprendía dirección al hospital, intentó devolver las llamadas sin éxito. «Dos emociones en el mismo día, y probablemente ninguna buena», se dijo sin saber la razón de las llamadas.

Cuando entró en la habitación, Andrea no estaba. Lola y Pedro estaban sentados. Lola en el sillón y Pedro en la cama vacía de Andrea.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi sobrina? —preguntó alterado sin ni siquiera saludar.

—Ha tenido una parada cardiaca —empezó a explicar Pedro entre sollozos—. Estaba bien, estable como hasta ahora, y de repente los monitores se han vuelto locos, unos pitidos estridentes que nunca habíamos escuchado —prosiguió haciendo gestos con las manos señalando el lugar donde se encontraban los aparatos—. A los pocos segundos esto era un nido de médicos y enfermeras. Primero han intentado reanimarla, o eso creo, y al no conseguirlo se la han llevado. De eso hace más de una hora, y todavía no tenemos noticias.

Le fue difícil saber qué responder ante tal noticia. Se sentó en la cama, al lado de su hermano y lo abrazó tan fuerte como pudo.

—No nos pongamos en lo peor. Ahora la paciencia es nuestra mejor arma. Tenemos que ser fuertes y esperar.

No hubo respuesta alguna. Los tres se quedaron mudos, sin habla, sin nada más que decir. Solo podían sufrir. El sufrimiento invadía sus vidas en aquellos momentos, para Julio por partida doble.

Anabel, ajena a los acontecimientos acaecidos en su familia en las últimas horas, se dispuso a tomar un baño de espuma acompañado de una copa de *Prosecco*[18] y un bol de quicos, su aperitivo preferido.

Hacía varios días que no coincidía con Leonardo. Últimamente había tenido que cubrir las guardias de varios compañeros, lo que sumado a las tuyas propias hacía que apenas pasara tiempo fuera del hospital. No obstante, no se sentía sola. Apreciaba tener tiempo para sí misma. Nunca lo hubiera imaginado, pero empezaba a apreciar los momentos a solas.

Momentos para desconectar del estrés y las preocupaciones del mundo real. Momentos en los que imaginaba que tenía una madre cariñosa y atenta, de esas que te preparan el bocadillo cuando te vas de excursión, o que se preocupan de si te sabes la lección de la escuela. O incluso de esas que te riñen cuando llegas tarde porque

realmente se preocupan de que te ocurra algo malo. Un mundo sin dudas en las relaciones amorosas, en el que desde el primer minuto amas al cien por cien, y no lo pones en entredicho cuando el primer compañero de oficina, guapo y atractivo, se te cruza en el camino. Un mundo sin familiares en una clínica de desintoxicación o en coma postrados en una cama de hospital. Apreciaba los momentos de evasión. Mirando una película, leyendo un buen libro o disfrutando de un buen cuscús, su cena favorita. O simplemente mirando los coches pasar a través de la ventana del salón.

Al salir del baño, su evasión desapareció como un pez en la inmensidad del océano. Tenía varias llamadas y mensajes de su padre con malas noticias. Justo lo que necesitaba para desdibujar su noche idílica.

PAPÁ_21:04

He intentado llamarte varias veces
Tu madre ha intentado escaparse
Pero todo ok

PAPÁ_21:05

Anabel llámame cuando leas esto

PAPÁ_21:06

Tu prima está muy mal
Ha tenido una parada cardíaca
Los tíos están al borde del colapso

Justo cuando acababa de leer el último mensaje, una nueva llamada entrante de su padre brotó en la pantalla de su teléfono móvil. Por fortuna, con noticias más esperanzadoras.

—¡Hija! He intentado llamarte mil veces.

—Lo sé, papá. Lo siento. Estaba dándome un baño y no he escuchado las llamadas.

—Andrea ha salido de peligro. Sigue en coma —aclaró Julio—, pero la acaban de traer de vuelta a su habitación. Han conseguido estabilizarla, parece que todo ha quedado en un susto.

—Me alegro, ¿tú cómo estás?

—Estoy bien, gracias, princesa. Por suerte lo de tu madre también ha quedado en cenizas. Ella está bien. Ha intentado escaparse, pero se han percatado a tiempo y hemos evitado un disgusto mayor. No quiero pensar lo que habría hecho de haber conseguido fugarse.

—Sí, mejor no pensarlo —añadió Anabel torciendo la boca e imaginando la clase de fechorías que hubiese sido capaz de hacer su madre si eso llega a ocurrir.

—Disculpa por haberte bombardeado con mis llamadas. Estaba muy nervioso y no sabía a quién recurrir.

—No tienes que disculparte, papá. Soy tu hija, ¿a quién vas a llamar sino?

—Tienes razón. Muchas gracias.

Después de despedirse, Anabel trató de volver a sumergirse en su noche de reflexión y fantasía. Aunque la interrupción hizo que no lo lograra.

***

Se dice que la atracción es la acción de atraer. La fuerza que tiene una cosa, persona o ente para atraer algo o alguien. Para despertar un interés o sentimiento favorable.

Anabel no sabía si lo que estaba despertando Adrián en ella era atracción, pasión u otra cosa. Estaba confusa y a la vez excitada.

Adrián se mantuvo distante durante unos días, pero al percibir que la joven precisaba su atención más que de costumbre, el flirteo volvió a aparecer de una manera recíproca. Fruto de tal distracción, la relación con Leonardo estaba cada vez más tensa. El poco tiempo que pasaban juntos lo dedicaban a discutir por nimiedades. Anabel estaba muy irascible, todo lo que hacía o decía la molestaba. Estaba siendo cruel y grosera, era consciente de ello, pero no podía evitarlo. Hasta el sonido de su respiración le ponía los nervios a flor de piel. Aunque Leonardo empezaba a preocuparse por su relación, la sobrecarga de trabajo en el hospital y la intriga de conocer a la persona misteriosa que había contratado a un detective privado para encontrarlo hacían que los pormenores de su situación amorosa importaran menos en aquellos momentos de su vida.

De haber sabido el coqueteo que venía ocurriendo en la oficina de Anabel, quizás le habría prestado más atención.

JULIÁN_19:08

¡Hola guapa!

Me he enterado de que estás de vuelta por Madrid.

He venido a pasar unos días.

¿Nos vemos?

Leyó el mensaje, bloqueó el móvil y lo volvió a meter en el bolso.

Hoy no tomaría el metro, un paseo le ayudaría.

Para su desgracia, Leonardo salió pronto de trabajar y estaba en casa cuando llegó. A sabiendas de que la relación se había deteriorado por las disputas constantes, había preparado una cena romántica. Sería un buen momento para hablarle de lo ocurrido con el investigador privado.

La tensión que vivía últimamente entre ellos había impedido que la oportunidad de hacerlo se hubiera presentado. La mesa, vestida de blanco y engalanada con velas aromáticas, hablaba por sí sola. Una pieza de cordero con ciruelas pasas se cocinaba a fuego lento en el horno. El olor embriagador que emanaba de la cocina puso en alerta a Anabel nada más entrar en el apartamento. No estaba sola.

Al escuchar el sonido de la puerta cerrándose, Leonardo salió a su encuentro. Sacó su mejor sonrisa y pensó que estaba preciosa.

—Me alegro de que hayas llegado temprano —le saludó dándole un beso—. Hoy me ocupo yo de todo. Tú siéntate y descansa. Ahora mismo te traigo una copa de vino.

—No me siento muy bien. Creo que me voy a acostar. Me duele la cabeza y tengo frío. Quizás me estoy resfriando —mintió ella deliberadamente.

—Entonces métete en la cama. Te calentaré un poco de sopa de pollo que todavía queda en el congelador.

—¡No! ¡Nada de sopa! ¡No quiero nada! Entiéndelo de una vez.

Inmóvil, Leonardo no salía de su asombro. Sin entender lo que sucedía, la cogió de la mano con ánimo de apaciguar su ira. Echando un paso atrás, Anabel le apartó la mano bruscamente.

—¡Quiero que te vayas! No lo soporto más.

Dirigiéndose al sofá del salón, Leonardo se frotaba la frente con los ojos cerrados. Su mundo se venía abajo. Sus ilusiones. Todo el esfuerzo y los sacrificios que había hecho para dejar París. No se explicaba lo que había podido cambiar en tan poco tiempo. Hacía apenas un mes eran la pareja más enamorada del planeta.

—¿Podrías al menos explicarme el porqué de tu decisión?

El tono suave y calmado de su voz no hacía más que avivar los nervios y la irritación de Anabel.

—No quería llegar a esto. Pero no me dejas elección. ¡Ya no te quiero!, así de simple. No hay más vuelta de hoja, ni motivos escondidos, ni razones enrevesadas. Simplemente se me ha acabado el amor. Ya no siento nada cuando te veo. Tu sola presencia me molesta. Quiero estar sola.

Volver del trabajo y tomar un baño sabiendo que nadie va a irrumpir en la habitación para preguntarme qué tal el día. Dormir a pierna suelta con toda la cama para mí. Volver a la hora que quiero sin tener que dar cuentas a nadie.

—¡Para! Está claro. No necesito más detalles sobre cuánto mi simple presencia te molesta —interrumpió de manera cortante—. Mañana me pondré a buscar piso. Con suerte te dejaré disfrutar de tu soledad lo antes posible.

Con decisión y la cabeza alta, se fue a la habitación a por su abrigo y se marchó. Antes de salir se acordó de que el horno seguía encendido. Lo apagó, dejando la puerta entreabierta para que el calor, que seguía emanando, no destruyera la preparación que quedaría plasmada en sus pensamientos como la última cena que pudo haber sido y no fue.

Anduvo sin rumbo por las calles de Madrid, topándose con todo tipo de gente que iba y venía. Trabajadores enfundados en traje de oficina corriendo para no perder el metro, niños correteando bajo el cobijo del cuidado parental, parejas de la mano caminando hacia ninguna parte o ancianos sentados en bancos compartiendo un cono de castañas recién asadas.

Se sentía vacío, sin saber qué hacer. No podía recuperar su vida en Francia. Ya no tenía una vida allí. Pensaba haber encontrado su lugar

en el mundo. Estaba feliz en Madrid, le gustaba el hospital, sus compañeros le apreciaban y respetaban. La ciudad, a su parecer mucho más alegre y acogedora que París, se había convertido en su hogar. Hasta hacía unas horas tenía la vida perfecta, y de repente todo se había venido abajo.

Se preguntó si le dolía más perder el amor o tener la sensación de que debía volver a París. Que era lo correcto, pero no lo que deseaba.

Caminó durante horas, pensando, llorando e incluso riendo. Vio llorar a un niño que había perdido su globo. Hasta ahí había llegado. Se dio un respiro y puso fin al dramatismo. Necesitaba encontrar un lugar donde pasar la noche. Pensó en Juan, desde que llegó había sido como un hermano para él, y sabía que, como él, esa noche tenía libre en el hospital.

LEONARDO_21:30

Hola Juan

Siento molestarte, pero busco un sitio donde pasar la noche

Anabel ha roto conmigo

¿Podría ir a tu casa?

Pasó media hora hasta tener noticias de Juan. Había estado buscando hoteles, en caso de no recibir respuesta o de que esta fuese negativa, lo que conociendo a Juan dudaba bastante.

JUAN_22:03

¡Sin problema!

Disculpa que haya tardado en responder

Te mando mi localización

Es el tercer piso, la puerta con el pomo naranja

Estoy preparando la cena

Te espero y me cuentas qué ha pasado

No esperaba menos de él. En poco tiempo se había convertido en un buen amigo y compañero de trabajo. De origen humilde y padres trabajadores que se habían deslomado para darles a él y a sus dos

hermanos una vida cómoda y la educación que ellos no pudieron tener.

No estaba lejos, había estado una vez en su casa para una fiesta. Y, aún sin conocer demasiado Madrid, el subconsciente le había hecho caminar en su dirección sin percatarse.

A decir verdad, Leonardo estaba mejor de lo que hubiese imaginado. Estar con Juan le había sido de gran ayuda. Vivía solo en un apartamento de apenas cuarenta y cinco metros cuadrados. Lo suficiente para acomodar una habitación pequeña, una cocina abierta al salón y una sala de baño de dimensiones bastante reducidas. Eso sí, tendría que dormir en el sofá cama, cosa que no incomodó a Leonardo ni lo más mínimo. Se sentía dichoso de tener un amigo tan noble. Hasta la fecha solo había vivido esa sensación de amistad con Enrico, de quien, desde que dejó París, apenas tenía noticias.

17 Wine bar: del inglés, bar de vinos.

18 Prosecco: vino blanco italiano espumoso.

Capítulo 13
Almas perdidas

Camas por los pasillos, cientos de enfermos esperando a ser atendidos y consultas improvisadas en cualquier esquina. La sobrecarga de trabajo en el hospital por la llegada repentina del frío, y con él, la llegada de la gripe hacía que apenas tuviese tiempo para buscar un lugar donde vivir. Juan le repetía una y otra vez que no tenía ninguna prisa por que se fuera, aun así, su sentido común le decía que no podía seguir abusando de la hospitalidad de su compañero por mucho más tiempo. No había tenido noticias de Anabel desde que se fue con lo puesto la noche de la discusión. Pensaba en ella a todas horas, y aunque el no tener un minuto de tiempo libre le ayudaba a recordarla menos, en varias ocasiones se sorprendía mirando una pared o un punto fijo y pensando en los muchos momentos que habían vivido juntos y en cómo las cosas podían desvanecerse de la noche a la mañana. Como una gota de agua cayendo sobre una plancha caliente. Hay unas chispitas, pero en cuestión de segundos no queda ni rastro.

Decidió seguir con su vida en Madrid. Darle sentido a lo aparentemente absurdo. Desde que tenía uso de razón había estado buscando la felicidad sin darse cuenta de que se había perdido buscando y de que, sin buscar, la había encontrado. Trabajaba en un hospital rodeado de gente buena y amable. Le gustaba la comida, el espíritu alegre y jovial de la gente y las terrazas abarrotadas. No tenía el amor de Anabel, pero no lo había perdido todo.

El detective privado había intentado llamarle en repetidas ocasiones durante los últimos dos días, pero no había tenido oportunidad de atender ninguna de sus llamadas. Le intrigaba saber quién le estaba buscando, pero tenía otros asuntos de los que ocuparse con más urgencia.

Estela, una compañera de hospital a quien se le había quedado una habitación libre se enteró de la situación de Leonardo, y sin entrar en detalles, le propuso si le interesaba compartir piso.

—¡Sí! ¡Acepto encantado! Llevo una semana durmiendo en el sofá del apartamento de Juan, y no quiero seguir molestando.

—¿Estás seguro? Si quieres puedes venir a verlo antes de darme una respuesta. No está muy lejos. A unos veinticinco minutos andando. También tienes el metro en la puerta, pero yo no suelo utilizarlo. Prefiero venir andando. Si estás libre podemos ir a verlo a mediodía o esta tarde cuando acabe tu turno. Yo tengo guardia hoy, pero puedo dejarte mis llaves sin compromiso. Quizás te encuentres con mi compañera. Se fue el sábado, pero aún tiene que recoger algunas cosas.

—No necesito verlo, con que la habitación tenga una cama y cuatro paredes me basta. No soy de grandes exigencias. Y si dices que se puede venir hasta aquí andando me parece el lugar perfecto. Yo también soy de coger poco el metro. Solo dime cuándo me puedo instalar y traeré las pocas cosas que tengo.

—¡Genial! —respondió Estela entusiasmada—. Supongo que a principios de la semana que viene ya estará la habitación libre.

—¡Perfecto! Y muchas gracias. Me quitas un peso de encima.

Se intercambiaron los números de teléfono y se despidieron yendo cada uno a sus respectivos quehaceres. Para ambos resultaba un buen trato.

Estela no tendría que afrontar ella sola el alquiler del piso ni molestarse en poner anuncios para buscar nuevo inquilino, y Leonardo podría dejar de aprovecharse de la hospitalidad de Juan. Nunca hubiese imaginado que su vida pudiera cambiar tanto en tan poco tiempo. Pasó de compartir piso en París, a mudarse con Anabel a Madrid y a volver a compartir piso en el espacio de un año.

Durante la hora de la comida, cuando se disponía a recoger su bandeja en la cantina, le volvió a sonar el teléfono. Era de nuevo el detective privado. Esta vez tenía unos minutos para hablar, así que atendió la llamada.

—¡Por fin me respondes!

—Lo siento. He estado bastante liado.

—Mi cliente llegó a Madrid hace unos días. Está deseando encontrarse contigo.

Quedaron en verse esa misma tarde. Gran parte de la curiosidad que sintió en algún momento se había desvanecido. Aunque se volvió a despertar al saber que el momento se aproximaba. Se dieron cita a las siete en la misma cafetería donde desayunaba y donde había visto alguna vez al detective. Sobre las seis y cuarto Leonardo ya estaba sentado en su mesa de siempre con un batido de chocolate y un trozo de tarta de zanahoria con glaseado de yogur.

El tiempo pasaba tan lentamente que incluso le pareció que los minutos de su Casio corrían hacia atrás en lugar de hacia adelante. Observaba a la gente pasar, imaginando que alguno de ellos podía ser su persona misteriosa. Ajeno a lo que le deparaba el encuentro que estaba a punto de producirse, siguió allí sentado, comiendo el pastel y degustando el batido. En un descuido, vislumbró a alguien acercándose a su mesa. Le resultó familiar, aunque no terminaba de saber de quién se trataba. Hasta que lo tuvo delante. Y entonces lo supo. Augusto. Su mentor de la Universidad de París.

—¿Puedo sentarme?

Tras unos segundos de dilación, Leonardo asintió con la cabeza. Estaba sorprendido, quizás algo decepcionado. Sentía un gran aprecio hacia Augusto, y se alegraba de verle, aunque no tenía ni idea de por qué le había estado buscando. Se había creado unas expectativas tan altas que casi todo le hubiera parecido decepcionante.

—Cualquiera diría que no te alegras de verme.

—Disculpa, Augusto. Claro que me alegro de verte. Solo que no te esperaba. No sé por qué, pero me imaginaba a un desconocido.

—Entiendo. La verdad es que nunca hubiese imaginado tener que recurrir a los servicios de un profesional para encontrarte. Pero lo intenté todo para dar contigo, sin éxito, claro. El mes sabático que pedí para cuidar de mi hermano se encadenó a una baja por enfermedad que me vi obligado a tomar. Mi hermano estaba muy enfermo. Ya sabes, cáncer de páncreas —dijo con mirada triste—. Pedí el mes para aprovechar y estar con él todo el tiempo que

pudiera. El caso es que, poco antes de él morir, empecé a sentirme mal. Primero fue la tos, y hasta varios días después de su muerte la cosa se quedó ahí. Luego empecé con fiebre y escalofríos. Y más tarde ya casi no podía respirar. Resultó ser neumonía. Me dio bastante fuerte. Estuve hospitalizado tres semanas y cuando me mandaron a casa me pasé unas cuantas más en la cama. Cuando volví a la universidad y pregunté por ti nadie sabía nada. Me dijeron que habías pedido el traslado de expediente, pero por razones de protección de datos no conseguí saber a dónde. Intenté llamarte, pero tu teléfono ya no existía. No tenía manera de contactar contigo. Por eso tuve que recurrir a los servicios de Frederic, el inspector que te encontró —siguió explicando—. No tengo quejas, ha sido rápido y eficiente. En menos de un mes había dado contigo. —Espero que no te haya molestado demasiado.

—Me asusté un poco, la verdad. Durante días tuve la impresión de que alguien me estaba siguiendo. Nunca hubiera imaginado que fuera un detective privado, y menos aún que la persona que lo enviaba fueras a resultar ser tú.

—Te preguntarás el porqué de mis intenciones. Y espero que, cuando lo sepas, no eches a correr. Verás —comenzó Augusto con un hilo de voz apenas audible—, yo conocía a tu madre. Fuimos juntos a la universidad. Loana era una mujer maravillosa, y muy inteligente. La más lista de la clase. Todo el mundo la adoraba, llevaba la bondad en la sangre. Daba clases de refuerzo gratis a los compañeros que llevaban alguna asignatura más rezagada, entre los que yo mismo me encontraba. Sentía una gran admiración por ella. Un día, al acabar un examen que nos había llevado muchas horas de estudio, le propuse tomar un café. Y así empezó una bonita amistad entre nosotros. Después de un largo proceso de cortejo. Sí, ya sé que los jóvenes de hoy en día ya no utilizan la palabra cortejo —dijo sonriente—. Bueno, después de un tiempo cedió a mis insistencias y nos hicimos novios. Estuvimos saliendo pocos meses, hasta que conoció a tu padre. Yo quedé destrozado cuando me dijo que se había enamorado de otro. Fue devastador que me dejara a tan solo unas semanas de que me fuera de intercambio a Suecia. Lo teníamos todo planeado. Ella vendría durante las vacaciones de

otoño y conoceríamos el país juntos. Íbamos a visitar Laponia, Gotemburgo y el famoso puente de Öresund. Hablamos de alquilar una cabañita de madera y calentar castañas y patatas en la chimenea mientras contemplábamos la aurora boreal por la ventana arropados con una manta —suspiró—. Todos los planes se evaporaron como alcohol en una olla caliente. La distancia me ayudó a olvidarla. Quise alejarme de ella y de mi pasado. Cambié incluso de número de teléfono. No volví a saber de ella hasta pasados cinco años, me la encontré en la entrada de un centro comercial en París. Llevaba en brazos un niño pequeño. Me alegró volver a verla, aunque noté que se puso muy nerviosa, como preocupada. Tu padre llegó a los pocos minutos a por ellos, así que apenas tuvimos tiempo de hablar. Se despidió con prisas y se montó en el coche. No le di importancia al asunto, pero al cabo de un mes recibí una carta. No sé cómo había conseguido mi dirección, el caso es que lo hizo. Me tomó años digerir las pocas líneas que me escribió en su carta. No lo creía. O no lo quería creer. Fue un golpe muy duro para mí. Y me arrepiento de no haber reaccionado antes, ya que a los pocos meses ocurrió el terrible accidente que te dejó huérfano. Yo no lo supe hasta hace pocos años. Pensé que tenías una vida feliz, como todo adolescente, rodeado de amigos y discutiendo con tus padres. Me culpo cada día por ello.

—Disculpa, Augusto —dijo Leonardo confuso—. Pero no entiendo por qué te preocupaba tanto mi bienestar. No fue tu culpa que me quedara huérfano. Fue un accidente de tráfico. Nadie tiene la culpa de ello. Había nevado y estaba lloviendo a mares. Mi padre perdió el control del coche, eso es todo.

—Lo sé. No me sentía culpable por ellos. Sino por ti.

—Ahora sí que no entiendo nada, Augusto —intervino Leonardo empezando a impacientarse. No sabía a qué atenerse, pero algo le decía que no le gustaría lo que iba a escuchar.

—En la carta que tu madre me escribió —hizo una pausa para respirar hondo—, me dijo que había intentado ponerse en contacto conmigo cuando me fui a Suecia. Quería decirme que estaba embarazada. Pero como no lo consiguió, se asustó y no dijo nada a nadie. Siguió con tu padre y tuvieron el bebé.

—Aclarémonos, ¿estás intentando decirme que tú eres mi padre? Y no el hombre que pretendió serlo hasta su muerte. Porque si es así, ahórratelo, yo lo sabría. Mi padre lo sabría —dijo desesperado—. Dime que no es verdad. Dime que mi madre no haya podido hacerme esto. ¿Tú eres mi padre? —balbuceó señalándole con el dedo, tenía el ceño fruncido y los ojos húmedos—. No puede ser. Esto no está pasando.

—Me temo que así es. Yo no sabía que tus padres… Bueno —corrigió—, no sabía que tu madre y Rafael habían muerto al poco de que tu madre me enviara la carta. De haberlo sabido me hubiese hecho cargo de ti. De criarte y de darte un techo.

—¡Anda ya! No me vengas con excusas ahora. Sabías que tenías un hijo y no hiciste nada al respecto. Que supieras de su muerte o no es irrelevante.

Leonardo se levantó arrastrando la silla hacia atrás. Se sentía traicionado y dolido.

—Por favor, aléjate de mí. No quiero volver a verte —dijo Leonardo sin mirarle a los ojos y dejando un billete de diez euros sobre la mesa.

No podía reprochárselo. Augusto se quedó mirando cómo cruzaba la puerta de entrada de la cafetería y se alejaba. Sintió tristeza al verle partir. Tristeza y miedo. Miedo a que fuera cierto. A que no quisiera verle más. Se lo merecía. Sabía que no merecía su amor y su cariño. Toda la ira y el desprecio que le acababa de manifestar eran poco comparado a la gran atrocidad que él mismo había cometido renegando de su hijo durante todos estos años. Se odiaba cada día más. Un mar de dudas y una enorme e inabarcable angustia le recorrió todo el cuerpo.

Leonardo no daba crédito a lo sucedido. Cuando estaba triste, perdido o enfadado, caminar se convertía en su único consuelo. Le ayudaba a aguantar el golpe, por muy duro que fuera. No salía de su asombro. Por supuesto que hubiese preferido que sus padres no hubiesen muerto en aquel accidente, o que al menos uno de ellos sobreviviera. A nadie le gusta ser huérfano, pero se había acostumbrado. Aun así, la noticia le cayó como un jarro de agua fría, el que hasta ahora había considerado su padre resulta que no lo fue.

No tenía raíces españolas. Todo aquello de lo que había estado orgulloso en su vida resultó ser una farsa. Su madre le había ocultado quién era su verdadero padre. Sí, murió cuando él solo tenía seis años. Demasiado chico para entender ciertos temas y demasiado grande para vivir en una mentira.

Pero ¿y su padre?, ¿y Rafael? ¡No tenía derecho a vivir en un engaño! ¿O quizás lo sabía? Empezaba a dudar de todo. Es posible que su madre se lo hubiese contado, y que aun así Rafael decidiera aceptarlo como si fuera su hijo. Su tía siempre le contó que su padre se enamoró locamente de su madre desde el momento en que la vio por primera vez. Le costaba creer que alguien fuera capaz de aceptar algo así. Aceptar y querer al hijo de otro como si fuera el tuyo propio. Los pocos recuerdos que tenía de sus padres eran de amor y cariño. Por parte de los dos. Rafael era un padre y marido cariñoso y atento. Uno de los pocos recuerdos que le quedan es de un verano en Calpe, la primera vez que Leonardo veía al mar. Con él en sus brazos, su padre se adentró lentamente en el agua cálida del Mediterráneo. Recuerda su ternura y sus palabras reconfortantes cuando el agua empezó a rozar su pie. Su padre estaba con él, así que nada podía ir mal.

Necesitaba pensar, mitigar su tristeza.

Desaparecer.

Era el segundo golpe duro que recibía en poco tiempo. Sin haber recobrado el ánimo por la ruptura con Anabel, la vida le embestía con una segunda sacudida. De pronto, empezó a echarla de menos. A sufrir por ella. Ni siquiera podría contárselo. Le hubiese gustado compartirlo con ella, desahogarse en torno a un buen vino y una buena cena, pero ella decidió poner fin a su idilio. No le dejó alternativa.

Su mente pasaba de un drama a otro sin contemplación. Anabel, su padre, su otro padre, su tía, su madre. Necesitaba romper con todo y gritar.

Pero no lo hizo. Sin saber cómo ni por qué, la vida le estaba poniendo a prueba. Acostumbrado a una vida tranquila y sin sobresaltos, tropezó con un exceso de dramatismo y desconocía cómo gestionarlo.

Caminó en línea recta hasta toparse con una de las entradas del Parque del Retiro. Decidió olvidar las veces que lo visitó de la mano de Anabel, y perderse en la infinita belleza de sus caminos y senderos. Anduvo perdido y sin rumbo durante casi una hora. Cuando quiso darse cuenta eran las diez menos cuarto. Miró el teléfono. Nada. Nadie le había llamado. Ningún mensaje ni signo aparente de que alguien se preocupara de qué hacía o cómo estaba. Se apresuró a salir del parque antes de que lo cerraran.

La casa de Juan estaba vacía. Colgada en la nevera, una nota le avisaba de que pasaría la noche fuera, en casa de una chica. Lo prefirió. Se hubiese sentido obligado a contarle de nuevo sus desgracias y no quería abusar de su buena voluntad. Tomó un vaso de leche fría con unas tostadas y se acostó.

***

Diciembre, la Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Con elegancia y señorío, la ciudad vestía de dorado y rojo, los colores típicos de esta época del año. Ultimando los regalos para familia y amigos, las calles se abarrotaban de gente en búsqueda de calcetines y pijamas con que obsequiar a sus allegados. Se respiraba amor y alegría. Castañas y manzanas de caramelo se convertían en la comida perfecta a cualquier hora del día.

Es curioso cómo el espíritu navideño que nos invade a muchos en esas fechas hace que seamos más generosos y amables los unos con los otros.

Sin embargo, para la familia Heredia no iban a ser unas Navidades para el recuerdo. Con Cintia en la clínica de desintoxicación y Andrea en el hospital, las ganas de celebrar esas fechas tan señaladas se desvanecían como polvo en el desierto. A pesar de ello, Anabel estaba radiante.

Leonardo seguía presente en sus pensamientos. Echaba de menos ciertos aspectos de su relación, incluso le echaba de menos a él. Por otro lado, adoraba volver del trabajo y tener la casa para ella sola. Solía ser también cuando todavía estaban juntos, con las guardias de Leonardo que se volvieron cada vez más asiduas; aun así, el

mero hecho de saber que podía aparecer en cualquier momento le impedía disfrutar de la libertad de la que ahora gozaba.

Fuera de la oficina y lejos de las miradas indiscretas de sus compañeros, se había visto con Adrián en varias ocasiones. Algunos compañeros empezaban a sospechar que algo sucedía entre ellos, aunque ellos seguían dejándolo en redondo. En su primera salida después de haber roto con Leonardo se dejaron llevar y Anabel le invitó a subir a su apartamento. Las últimas tres horas las habían dedicado a flirtear en un bar como un par de adolescentes, intercambiando besos furtivos y riendo a pierna suelta. A sabiendas de cómo podía acabar la velada, la previsión jugó su papel y una botella de cava venía enfriándose en la nevera desde hacía horas. Entonaron la botella con ansia y grandes expectativas. Después de haberse enfrascado más de la mitad, cogieron las copas y siguieron en el dormitorio. El exceso de alcohol y quizás la falta de confianza se tradujo en un acto sexual breve e insípido. Al acabar, se durmieron sin intercambiar palabra alguna, como en una de esas citas a ciegas o aventuras de una noche donde los implicados solo buscan compañía para unas horas. Cuando Anabel se despertó, poco antes de que sonara el despertador, estaba sola. No sabía cuándo se habría ido Adrián, pero le dio igual. Quizás le tocó un poco el orgullo, pero no le hirió los sentimientos. No le importó que no estuviera, lo único que le preocupaba es lo que pudiera contar en la oficina. A ninguno de los dos les interesaba que se supiera. A pesar de no estar oficialmente prohibido, sí que se consideraba una falta de profesionalidad y respeto para con los compañeros. Le gustaba su trabajo, y se sentiría fatal si por un desliz con tan poca sustancia se veía afectado.

Por suerte, su cómplice de fechorías sintió el mismo desabrido que ella y se mantuvo la boca cerrada. Así, sin intercambiar palabra al respecto, los dos tomaron distancia y siguieron su colaboración profesional como si nada. Los compañeros, a vistas de que los flirteos no continuaban, supusieron que había sido una atracción pasajera que no había trascendido más allá de las paredes de la oficina. El tema se olvidó, tanto para los compañeros como para ellos mismos.

Los días pasaban y Anabel empezaba a sentirse sola. Lo que empezó como la libertad de tener la casa para ella sola acabó con la soledad abrumadora de las paredes que parecían acercarse cada vez más. Nadie con quien hablar, ni nadie con quien compartir momentos. Como cada vez que la sensación de soledad le rondaba, Leonardo le venía a la cabeza. En repetidas ocasiones pensó en llamarle, pero no fue hasta una noche de tormenta que decidió dar el paso.

Eran las ocho en punto, el reloj del salón acababa de anunciarlo, aún con miedo al rechazo, merecido si cabe, buscó el número en la agenda de su teléfono y marcó.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos. Y el buzón de voz…

No quiso dejar ningún mensaje, no era mujer de hablarle a una máquina.

Estaría de guardia. Había pasado casi un mes desde la ruptura, y desde aquella noche fría de noviembre, no había sabido nada más de él. Ni dónde estaba, ni dónde vivía, ni con quién.

No sería hasta tres días más tarde que obtuvo respuesta a su llamada, a través de un mensaje de texto. Cuando la pantalla bloqueada de su teléfono móvil le notificó un nuevo mensaje de Leonardo el corazón le dio un vuelco. Los últimos tres días habían sido un desastre, nada le salía a derechas. Pero, aun así, su orgullo le impidió volver a llamar.

LEONARDO_13:30

Hola Anabel
Disculpa que no te respondiera a la llamada
Necesito ir a por mis cosas
¿Cuándo puedo pasar por el apartamento?

El mensaje era frío, sin alma.

Al transcurso de los días que estuvo sin noticias, el anhelo de calma y sosiego creció con cada minuto que pasaba. Para su desconsuelo, el mensaje no hizo más que alimentar su malestar. Ni una palabra de amor o cariño, nada que presagiara un amor aún latente. No se arrepentía de su decisión, al menos no por ahora. Mas la indiferencia

de Leonardo, la pareja con quien había tenido la relación más intensa y duradera de su vida, le hacía sentir vacía y sola.

Pasaron varias horas hasta que se decidió a responder.

ANABEL_17:12

Ven el sábado por la mañana

Podemos desayunar juntos

LEONARDO_17:20

Ok, pasaré el sábado sobre las 10:00

Hasta entonces

LEONARDO_17:24

Un beso

Asimismo, los sentimientos de Leonardo afloraron con el intercambio de mensajes. La añoranza de lo que había sido una relación feliz volvió a asomar. Dudó mucho antes de mandarle un beso. No sabía cómo se lo podría tomar o la repercusión que tendría sobre él mismo. Pero lo hizo.

El sábado amaneció despejado; por fin el cielo les daba una tregua.

Después de casi dos semanas lloviendo sin parar, algunos tímidos rayos de sol se dejaron entrever a primera hora de la mañana. Leonardo se despertó al alba; no había conseguido pegar ojo. Estaba confundido. No sabía qué se iba a encontrar, cuál sería el humor de Anabel esa mañana.

Igual podía recibirle con indiferencia como con una amabilidad exagerada. En todo caso, él tenía las ideas claras; había decidido seguir con su vida en solitario.

Se instalaría en casa de Estela, seguiría con su trabajo en el hospital y con su vida en Madrid. Tal vez empezaría a ir al gimnasio o a clases de baile. Alguna actividad que le permitiera evadirse de todo y conocer gente nueva. Algunos compañeros, al conocer la noticia de su reciente fracaso amoroso, se habían volcado en ayudarle. Le invitaban a fiestas y eventos de los que antes no era conocedor.

Empezaba una nueva etapa de su vida, y Anabel ya no formaba parte de ella; así lo había dispuesto al dejarle y así debía continuar.

A las diez en punto sonó el timbre. Llevaba llaves, pero rehusó hacer uso de ellas por respeto. Anabel se había despertado temprano. Compró croissants e hizo café. La mesa estaba preparada. Había imaginado una y otra vez cómo sería ese desayuno juntos.

Leonardo entró dejando una pila de cajas vacías amontonadas en el descansillo. Ella estaba ahí, esperándolo con sus mejores galas, sencilla pero elegante, como él solía decir. Vestía unos pantalones vaqueros claros, con botas marrones hasta casi la rodilla y un suéter de *cachemir* color crema. Le esperó al lado de la puerta de la cocina, para no parecer demasiado ansiosa. Al verle salir del ascensor, un hormigueo recorrió todo su cuerpo, terminando en el estómago e instalándose ahí durante las próximas horas.

Aun sintiendo los dos lo mismo, ninguno se atrevió a decirlo en voz alta.

Leonardo no quiso sentarse a desayunar, no quería sentirse tentado. Tomaron un café hablando de cosas banales, llenó las cajas con sus cosas y se fue.

—¿Dónde te estás quedando?

—Hasta ahora en casa de Juan, pero hoy me instalo con Estela, una compañera del hospital que buscaba alguien con quien compartir piso. Ha sido muy amable al haber pensado en mí. Me ha evitado el trabajo de hacer visitas y perder tiempo.

—Me alegro por ti.

Apenas pudo disimular los celos que le estaban comiendo por dentro. Cuando se dio cuenta, tenía las marcas de sus uñas en las palmas de las manos.

Se despidieron con dos besos en las mejillas y Anabel se quedó ahí, mirando a través de las rejas del ascensor, viendo cómo el amor se iba lleno de cajas y cargado de sentimientos y recuerdos.

Luchó contra la culpa que sentía. El remordimiento de haber destruido lo más preciado que había tenido en su vida. Aun así, no hizo nada, no impidió que se fuera. No le pidió perdón. No le dijo lo

que sentía. Se quedó inmóvil, apoyada en el marco de la puerta viendo cómo se alejaba de ella.

Intentando asimilar lo sucedido, se hundió en un espiral de alcohol y desenfreno. Se sentía libre, y a la vez vacía. Llenó su vacío con hombres y fiestas que empezaron a desestabilizar su vida laboral.

Llegaba tarde al trabajo, se quedaba dormida en las reuniones, hablaba mal a sus compañeros. Ningún aliciente para el debut de una carrera profesional.

Los días pasaban. El otoño pareció ser más largo de lo normal, aunque solo duró lo que tarda en llegar el invierno. Era veintidós de diciembre, día del sorteo de la lotería de Navidad tan esperado por los españoles y tan exótico y extravagante para Leonardo. Le pareció un acontecimiento maravilloso, todo el mundo expectante pegado al televisor o a la radio escuchando a los niños de San Ildefonso cantar con alegría y emoción los números que cambiarían la vida a más de uno en pocas horas.

Estela era la compañera de piso perfecta. Limpia, ordenada y atenta. Congeniaron de inmediato. Cocinaban el uno para el otro, se contaban sus cosas y se ayudaban. Todas las facetas de una relación sin que el amor jugara un papel en ella.

Casi a diario recibía mensajes de su recién aparecido padre biológico. A raíz de su encuentro, y tras esperar noticias suyas durante más de una semana, Augusto se resignó y volvió a París. Sin embargo, la distancia no le hizo perder la voluntad de obtener el perdón de su hijo. La desesperación invadía su conciencia. Aceptaba su error y se arrepentía, lo cual no parecía suficiente para que Leonardo le concediera ni su perdón y mucho menos su amor de hijo. Sin saber qué más hacer o decir para remediar el daño que había causado, tomó un vuelo de vuelta a Madrid con la intención de pasar la Navidad con su hijo.

Aterrizó poco más de las doce del mediodía, y cogió un taxi en dirección al hospital donde su hijo trabajaba. Por suerte, nada más salir del vehículo, tras la ventana del restaurante del edificio situado en la planta baja, vio a Leonardo sentado en una mesa; estaba comiendo junto con otras personas. Para no irrumpir en la

conversación, esperó a que todos se levantaran para acercarse a hablar con él.

—Hola, Leonardo.

—¡Pero bueno! —exclamó sorprendido y asustado al mismo tiempo —. ¿Qué estás haciendo aquí? Si no he respondido a tus mensajes y tus llamadas significa que no deseo hablar contigo. No entiendo tu actitud —se apartó hacia un lado de la sala para que sus compañeros no le oyeran.

—Siento haberme presentado de este modo. Entiéndeme, era la única forma de hablar contigo. Tú mismo lo has dicho, no respondes a mis mensajes ni mis llamadas. ¿Qué más podía haber hecho?

—Nada. Seguir con tu vida como hasta ahora y dejar que yo siga con la mía.

—Entiendo tu descontento. Tienes todo el derecho a estar furioso. Si estoy aquí es justo por eso.

—Tengo que volver al trabajo.

—Está bien. Voy a quedarme unos días por Madrid, o quizás más, depende de ti. No tienes que responderme ahora, pero si no tienes planes me gustaría que pasáramos la Nochebuena juntos. Recuerdo que una vez me dijiste que te gusta el pavo relleno; en el restaurante de mi hotel lo pueden preparar para los dos. Me alojo en el Wellington, cerca del Retiro. Tienes mi número de teléfono y sabes dónde encontrarme. No te molesto más.

Con la cabeza gacha y el corazón en un puño, abandonó el hospital para emprender el camino hacia su hotel, donde esperaría con ansia la llamada de su hijo.

***

Gracias a la fuerza de voluntad y a la terapia novedosa que estaba siguiendo, había conseguido grandes progresos durante el último mes de internamiento. Incluso podría recibir visitas. El miedo se apoderó de Julio cuando le llamaron por primera vez para decirle que autorizaban las visitas a un miembro de la familia. Se cambió tres veces de camisa antes de salir de casa. Le aterraba pensar en cómo reaccionaría su mujer al verle.

Para su grata sorpresa, se encontró a una Cintia completamente distinta. Algo había cambiado en ella, estaba mucho más relajada y agradable que de costumbre. Se mostró acogedora con la visita, lo que le permitió dejar de lado el miedo y dar paso al júbilo. La noticia de que podría salir de la clínica para pasar unos días con la familia en Navidad fue música para sus oídos. Si se comprometían a llevar un seguimiento riguroso de la paciente de modo que no sufriera una recaída, podría irse a casa y disfrutar de esas fechas tan señaladas en compañía de los suyos. Condición indispensable era retirar hasta la última gota de bebida alcohólica del domicilio familiar, y tenerla vigilada en todo momento.

Iba a ser difícil, pero valía la pena intentarlo.

Con Andrea todavía en el hospital, serían las segundas navidades que celebraban los tres solos.

Un año más, la casa de los Heredia lucía espléndida. Asunción, instruida por Julio, había decorado la casa como Cintia solía hacer. Quería que todo fuera perfecto. Que se sintiera en casa de nuevo, como si nada hubiese cambiado.

La puntualidad no era su fuerte, pero su padre le pidió que lo fuera. Media hora antes de la llegada de Cintia, Anabel apareció con pintas de no haber dormido demasiado.

—¿Estás bien, hija? Pareces cansada.

—Sí, papá, estoy bien. No te preocupes. ¿Cuándo llega mamá?

—Estará al caer. Viene acompañada de la doctora Luengo. Quiere informarme sobre su evolución y darme algunas directrices para los días que estará con nosotros.

—¡Vaya! ¡Trabajando en Nochebuena!

—Se le ve muy devota de sus pacientes —hizo una pausa para respirar hondo—. Por favor, Anabel, tienes que hacer un esfuerzo y ser agradable con tu madre. Su salud todavía es delicada, no quiero que se lleve ningún disgusto. Compórtate como la mujer madura que ya eres.

No le lleves la contraria y, sobre todo, no digas ni hagas nada que propicie una discusión. Tengamos la fiesta en paz —reiteró mirándola a los ojos y levantando los párpados.

—Descuida, papá. Me portaré bien. Seré la hija modelo que hubierais querido tener —respondió irónicamente.

Tal y como su padre le contó, Cintia parecía otra. El alma contaminada que un tiempo atrás le perteneció parecía haberse transformado en la de un conejito blanco y tierno, sin un ápice de malicia ni vanidad.

Sin altercados ni malentendidos, la cena transcurrió tranquila y amena. Como cualquier cena familiar donde la gente se trata y habla con cariño.

Aunque, a decir verdad, Cintia no habló demasiado. En dos ocasiones Julio la sorprendió con la mirada puesta en el mueble bar. Anabel también se dio cuenta, aunque no dijo nada, no deseaba estropear tan perfecta velada. Desde fuera se podía ver que estaba completamente vacío. Lo único que quedaba en él era el juego de vasos y copas de cristal de Bohemia que adquirieron en su último viaje a Praga. Quedaron prendados con las piezas exclusivas y elegantes del escaparate de una de las muchas tiendas de cristalería de la ciudad.

Tan pronto como terminaron el último bocado de la tarta helada que Asunción había preparado de postre, Anabel anunció su marcha.

—¡Pero Anabel! No puedes irte ya. Se supone que era una noche familiar. Tu madre no se quedará muchos días.

—No pasa nada. Déjala ir, seguro va a ver a sus amigos —intervino amablemente Cintia—. Gracias por la compañía, Anabel. ¿Vendrás mañana a comer?

Perpleja por la comprensiva reacción de su madre, asintió con la cabeza y se despidió antes de que algo estropeara el momento. No estaba segura de apreciar, o más bien de confiar, en esta nueva versión de su madre que acaba de descubrir. Temía que hubiese gato encerrado en toda esta bondad repentina. Difícil de saber. En todo caso, no le dio más vueltas, como su madre intuyó, había quedado con Carmen y Teresa para salir a quemar Madrid.

Como cada Navidad, todo estaba a rebosar. Las discotecas, los bares, los restaurantes. La gente se echaba a la calle. Ni el frío ni la llovizna hacían que ningún joven se quedara en casa en un día tan

señalado donde los excesos están a la orden del día y las sirenas de ambulancia no cesan de escucharse en toda la noche.

Tenían plazas reservadas en uno de los locales más exclusivos de la ciudad. La gente elegante y la buena música estaban asegurados. Uno de los socios, con quien Teresa había tenido sus más y sus menos, se había asegurado de que les dieran uno de los mejores palcos VIP. Como solía decir Anabel, siempre hay un espacio más VIP que el anterior, solo hay que conocer a la persona adecuada. A veces el dinero no basta.

Y así era.

Gran parte de la gente de su antigua universidad acudía de manera regular al local. Con frecuencia se encontraban con algún conocido, algunas veces gente agradable, otras no tanto. El espacio era amplio. La sala VIP en la que se encontraban daba justo a la pista de baile principal. Al otro extremo de la sala, justo en frente, tenían al DJ.

Con el permiso de ambas, Carmen invitó a unas amigas a unirse a la fiesta privada en su reservado, donde no faltaba la botella de ron añejo y la cubitera llena de hielo, cortesía del amigo de Teresa.

—¿Esa no es Claudia?

No se habían vuelto a ver desde que Leonardo se había instalado en Madrid. Con el comienzo de su vida laboral, parte de las relaciones que había retomado a la vuelta de París habían vuelto a enfriarse, entre ellas su amistad con Claudia.

—Eso parece —alegó Teresa—. Voy a buscarla, hay mucho espacio aquí, la invitaré a que suba con nosotras.

Al poco apareció con una chica que no habían visto nunca. Les contó que era una compañera de trabajo.

Sin entender por qué, durante los primeros minutos la tensión se adueñó de la situación. Claudia y Anabel habían vivido muchas cosas juntas.

Mejores amigas los años de universidad, viajes, risas, discusiones y el accidente de Andrea. Lo que, sin que nadie lo hubiese dicho nunca en voz alta, había hecho que el grupo de las cuatro se redujera a cenizas.

—¿Qué tal todo? Hace tiempo que no nos vemos.

—Genial.

—¿Cómo van las cosas con Leonardo?

—Ya no estamos juntos. Lo dejamos hace unas semanas.

—¡Vaya! Lo siento, ¿estás bien?

—Sí, no ha sido nada.

—Bueno, me alegro de que no te afecte entonces. Yo también he tenido alguna pelea que otra con Miki últimamente, pero nada grave. Queremos comprar un piso juntos, pero con su sueldo del Nobel no nos da para mucho, y su orgullo le impide que yo adelante su parte. Pero cambiemos de tema, es increíble cómo han evolucionado los temas de conversación desde hace unos años hasta ahora, ¿verdad? ¿Quién nos lo hubiera dicho…?

Casi simultáneamente, hubo algo que les llamó la atención. Más que algo, alguien. En una de las barras, justo debajo de la cabina del DJ, estaba Emilie. Pudieron distinguirla gracias a su inconfundible afición a vestir de amarillo. Color que más bien poca gente elegía para este tipo de acontecimiento.

—¿Sigues hablando con ella?

—Para nada. La última vez que la vi fue el verano pasado. Me la encontré por casualidad en las fiestas, y no te imaginas la que me montó. Me soltó una sarta de barbaridades sobre la amistad y lo egoísta que soy. Tú no te quedaste fuera de sus críticas, también te nombró si mal no recuerdo.

—Entiendo su aflicción. Andrea y ella estaban muy unidas, y a raíz del accidente se quedó algo sola. No fuimos buenas amigas, y me incluyo en ello. Debimos habernos mantenido unidas. Tengo que admitir que yo también lo pasé bastante mal con lo de París. Nadie lo sabe, pero estuve yendo al psicólogo —suspiró—. La imagen de Andrea tirada en el suelo y el charco de sangre emanando sin cesar se repetían en mi mente cada noche. Pasé una larga temporada sin dormir; pero no me atreví a contárselo a nadie. Tú estabas en París, y no quise importunar a Emilie con más enojos de los que ya estaba sufriendo. Supongo que ese fue mi error, haber compartido con ella mis miedos la hubiese ayudado a no sentirse al margen.

Esperando una atribución de culpa semejante por parte de Anabel, un silencio sordo e incómodo se instaló entre ellas. La música suplió

el vacío que sus voces ya no podían llenar.

—Deberíamos bajar y hablar con ella. Si el destino la ha puesto en nuestro camino es por algo, tenemos que enmendar las cosas.

—No creo en el destino.

—¡Me da igual! ¡Y es hora de que dejes tu egoísmo a un lado! ¡Por una vez piensa también en los demás y no solo en ti misma! Vas a hacer lo que hay que hacer, quieras o no —exclamó Claudia imperativamente.

Perpleja por la reacción de su amiga y conducida por una voluntad no consciente, se quedó sin habla. Cuando se quiso dar cuenta estaba bajando las escaleras que conducían a la pista principal, agarrada del brazo de Claudia y con la copa de ron todavía en la otra mano.

Con gran esfuerzo, alcanzaron a cruzar lo largo de la sala hasta llegar al otro extremo, donde todavía se encontraba Emilie esperando en la barra. Se posicionaron detrás de ella, y tras llamarla por su nombre en varias ocasiones, Claudia le dio un toque en el hombro.

Confundida por el inesperado encuentro, hizo caer la copa que acababan de servirle.

—Lo siento, te hemos asustado. Dime qué tomabas y te compro otra copa, por favor.

—No es necesario, gracias —respondió en tono neutro.

Imaginaba que aquello podía suceder. Acudir al lugar que muchos de los exalumnos de la universidad frecuentaban no fue de su agrado. Cuando le propusieron unirse al plan, intentó por todos los medios buscar una alternativa, sin embargo, la falta de otras propuestas y las duras semanas a las que se había enfrentado no le dejaron de otra que aceptar el plan.

—¿Has venido con Esteban?

—No. Ya no estamos juntos. Lo dejamos hace menos de un mes.

—Vaya, lo siento mucho. Espero que estés bien… —añadió Claudia haciendo el amago de tocarle el brazo.

—Si me disculpáis, me están esperando —dijo esquivando la mano de Claudia y mirando hacia el grupo de amistades con quien se encontraba.

Anabel no había abierto la boca.

—¡Espera, Emilie, por favor! —alertada por la llamada de atención, detuvo su paso y cesó en su idea de marcharse—. Nos gustaría poder hablar contigo con calma.

—No creo que sea el lugar indicado para hablar con calma.

—Puede que tengas razón, pero aquí estamos y creo que debemos hablar —hizo una pausa—, por favor.

—Está bien.

Se hicieron a un lado dejando libre la barra.

—Mira, Emilie —empezó hablando Claudia—. No estaba planeado, no sabíamos que ibas a estar aquí hoy. Ni siquiera nosotras sabíamos que íbamos a vernos aquí hoy —dijo mirando a Anabel, quien mantenía la cabeza ladeada como si nada de lo que hablaban fuera con ella—. Pero las cosas pasan por algo, y si hoy estamos aquí las tres, estoy convencida de que es por algo —respiró hondo —. Queremos pedirte perdón por todo. Por no haber sido buenas amigas, y sobre todo por no haberte apoyado después del accidente de Andrea. No fue culpa de nadie. Ninguna sabíamos lo que iba a pasar. La moto se cruzó en nuestro camino, rompió nuestra amistad y envió a Andrea al hospital. Más de un año lleva la pobre postrada en esa cama por culpa del inconsciente que la atropelló. Podría haber sido cualquiera de nosotras la que estuviese ahora en su lugar, pero no fue así. Y deberíamos dar gracias por ello. Por ese motivo, creo que una buena manera de dar las gracias es redimirse y pedir perdón. Emilie, siento no haber estado ahí cuando me necesitabas. Lo siento de verdad.

No sé si algún día podremos volver a ser amigas, pero espero al menos que puedas llegar a perdonarme.

—Gracias. No esperaba esto.

—Anabel, ¿no tienes nada que decir? —preguntó Claudia, siguiendo con su tono imperativo.

—Sí, sí, yo también lo siento.

Honrando su testarudez y aun dándole la razón a cada una de las palabras que acababan de pronunciarse, se sentía incapaz de admitirlo tan abiertamente. Sintió celos de Claudia por no tener el valor de expresar lo que sentía como ella. Le dolía no haber estado

ahí, ni para Emilie, ni para Claudia, pero sobre todo no haber estado ahí para Andrea. Quien, por el contrario, había sido modelo de inspiración como prima y amiga durante muchos años. Después del accidente, siguió con su rutina en París como si nada, el trauma del episodio sufrido esa mañana quedó aparcado en una parte de su cerebro que recién empezaba a despertar. Y aunque pausado, también lo hacía de una manera dolorosa.

Tan doloroso como la culpa podía llegar a ser.

Sintió el peso del remordimiento golpear una y otra vez su cuerpo, y en un ávido deseo de desaparecer se fue sin decir nada hasta alcanzar los servicios y encerrarse.

Nadie sabía dónde estaba. Y eso era justamente lo que necesitaba.

Llorar, patalear y gemir. Desahogó su furia. Pensó en todos aquellos a los que había fallado. Su madre, Claudia, Emilie, Andrea y Leonardo. Se preguntó si debía terminar ahí, o si la lista de cadáveres que iba dejando a su paso sería más larga.

Por un largo rato permaneció ahí, atrincherada en los servicios, ahogando sus pensamientos en las últimas gotas de alcohol que todavía conservaba su copa. Observó cómo el hielo se derretía hasta fusionarse con el ron y volverse imperceptible.

No le apetecía beber más, le recordaba a su madre. Echó el líquido restante por el retrete, cerró la tapadera y se volvió a sentar.

Capítulo 14
Engaños y encuentros

Perdió la cuenta sobre las veces que su decisión había fluctuado en la nebulosa de su memoria. Decidir si aceptar o no la proposición de Augusto había tejido una tela de inquietudes en su mente hasta convertirse en una preocupación acuciante. La sombra de la Navidad le acechaba sin cesar, Juan y Estela le habían extendido una generosa invitación de unirse a sus familias, pero imponer su presencia no era el mejor regalo para las fiestas. En tiempos pasados, cuando París todavía era su hogar, hubiese compartido mesa con sus tíos y primos, cosa que no sucedería este año.

Oprimido por las circunstancias y después de darle vueltas y más vueltas, aceptó su proposición. Puntualizó que ello no significaba que aceptara su relación paterno—filial, pero que, dadas las circunstancias de su último encuentro, accedía a darle la oportunidad de debatir sobre las razones que le llevaron a actuar de la manera en que lo hizo.

Tal y como se anunció, el pavo fue servido con su relleno de setas y castañas, y acompañado de múltiples salsas donde el ingrediente predominante era la confitura de frutas. Brillante manjar para cualquier paladar que se precie. Los aperitivos variados de hojaldre no hicieron más que culminar el festín, convirtiéndolo en todo un placer para los sentidos.

Cabe decir que la conversación no comenzó con la misma efervescencia que el banquete. Arrastrado por el rencor, Leonardo se mostró tosco y grosero, impropio del carácter dulce y compasivo que le caracterizaba.

Una infancia carente de figuras paternas no fue fácil de afrontar, y digerir que podría haber sido diferente no hacía las cosas más

fáciles.

Justo antes de que sirvieran el pavo, una pareja de enamorados se sentó en una mesa cercana. Se percibía a distancia el profundo cariño que compartían. El mismo que sus padres le profesaban. Los pocos recuerdos que conservaba de ellos eran buenos, recordaba cómo se miraban el uno al otro. Con ese brillo en los ojos que pocas personas tenían el privilegio de poder lucir.

Quizás fue tal escena lo que le conmovió, de repente su actitud empezó a cambiar. Se puso en el lugar de Augusto para entender qué le había movido a actuar como lo hizo. Sin anuncio explícito, empezó a aceptar sus disculpas y a validar su arrepentimiento. Le constaba que se estaba esforzando para ganarse su cariño.

Aun percibiendo, por sus miradas de reojo, el motor que había impulsado a su hijo a adoptar una nueva postura hacia su persona, Augusto acogió el cambio de comportamiento con agrado.

Entre risas, deseos reprimidos, anécdotas personales y sentimientos contrapuestos, prosiguieron la cena sin más percance.

—¿Recuerdas aquel estudiante de intercambio que se quedó dormido y se cayó de la silla? —contó entre carcajadas—. Se levantó más rojo que un tomate y se fue sin decir nada. Creo que ya no lo volví a ver más por mi clase.

Al terminar la cena, Leonardo trató de disculpar su conducta inicial aludiendo una semana dura. No le dieron mayor importancia. Sin expresarlo en voz alta, ambos se sentían satisfechos del desenlace. El perdón llegaba a sus vidas para quedarse.

Gran parte del tiempo libre que Leonardo tuvo durante el resto de las fiestas navideñas, lo aprovecharon para pasar tiempo juntos. Fue agradable volver a experimentar el afecto paterno. Siempre seguiría considerando a Rafael como la figura paterna de su infancia, pero, a pesar de todo, le agradaba la idea de poder volver a compartir momentos con un familiar tan cercano como un padre.

Pasadas las fiestas, el permiso de Cintia expiró y su vuelta a la clínica se hizo inminente. Fue maravilloso el tiempo que pudieron pasar en familia. Aunque poco presente, Anabel adoptó una actitud mucho más comprensiva y empática que de costumbre.

Optimistas, los médicos auguraban una pronta recuperación. Cabía evaluar el resultado de la excedencia concedida en Navidad, descartar cualquier efecto negativo, y en caso de que resultara positivo y tras un tiempo prudente, concederle el alta médica. Después de mucho trabajo, el tratamiento parecía estar surtiendo efecto. Había mejorado considerablemente. Lo que, sumado al cambio de actitud de la paciente, hizo posible una mejora relevante en poco tiempo.

***

Desde el episodio de autocompasión acaecido en la discoteca, Anabel no volvió a pensar en ello. O, al menos, lo intentaba. Cada vez que el recuerdo de ese día y la sensación de culpa asaltaban su mente, buscaba refugio en una llamada telefónica o vaciaba su mente con una serie de televisión. Constituía una vía para evitar el tormento.

Conoció a César, un amigo de Lorena. Coincidieron de tardeo tomando cervezas después del trabajo. Tras un breve flirteo, iniciaron una aventura furtiva, ya que al poco tiempo Anabel se enteró de que estaba casado y tenía un hijo. No le dio importancia. Él se lo contó como si nada, asumiendo que lo suyo se trataba de un amorío pasajero sin ninguna trascendencia. Al menos estaba claro para los dos.

Pertenecía a una familia burguesa. Con apenas veintitrés años, se casó con su novia de toda la vida. Y en pocos meses la relación cayó en la monotonía y el aburrimiento. Seguían casados. Se querían a su manera, pero no eran capaces de separarse. Provenientes ambos de una familia tradicional y cristiana, sería un deshonor para sus padres y para su círculo social.

A espaldas de su esposa, César andaba de aventura en aventura con la precaución de que esta no lo descubriera, cosa que a Anabel le traía sin cuidado. Su única aspiración era pasar un buen rato y distraerse.

No lo proclamaban, pero tampoco lo escondían. Como era previsible, Lorena estaba al tanto de la situación. A pesar de su

completa desaprobación, fue leal a ambos y se abstuvo de comentarlo por los pasillos.

Al fin y al cabo, solo había visto a la mujer de César en un par de eventos sociales; no era una amiga a quien estuviese traicionando con su silencio.

Distraída, los errores laborales que se iniciaron desde su ruptura con Leonardo se producían con más y más frecuencia. Alertado por su superior directo, Miguel tuvo que jugar el papel de villano llamándole la atención por segunda vez en poco tiempo.

—Han llegado a mis oídos quejas sobre tu trabajo. Llegas tarde continuamente, y aunque estés aquí parece que tu mente está en otro lado. No hace mucho te dimos nuevas responsabilidades, lo que conlleva cierto nivel de compromiso y esfuerzo. Hemos recibido quejas de algunos clientes. Estás faltando a las fechas de entrega y numerosos errores se han encontrado en tus últimos reportes que has presentado —dijo con contundencia y seriedad—. ¿Te pasa algo? ¿Es por tu madre? Hablé con ella en Navidad y me pareció verla mucho mejor. Parece que en breves saldrá de la clínica. Si hay algo que te preocupa, dímelo con confianza, Anabel. Sabes que para mí eres como una hija, me puedes contar lo que sea, pero no voy a poder cubrirte por mucho tiempo —prosiguió con un tono de voz completamente diferente a como había comenzado, más amable y cariñoso.

—No me pasa nada, tío. De verdad. Lamento que mi trabajo haya bajado de calidad. Te prometo que no ocurrirá más.

—Me preocupas más tú.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero no hay nada de lo que preocuparse.

—Me alegra oír eso.

Aun sin estar convencido, Miguel volvió a sus quehaceres y Anabel intentó concentrarse en el trabajo de nuevo.

Después del trabajo, algunos compañeros habían hablado de ir a tomar algo. El *tardeo* se había convertido en el pasatiempo preferido de los jóvenes trabajadores madrileños. Compartir un vino o unas cervezas después de una larga jornada laboral y volver a casa con tiempo de sobra para cenar, leer un libro o ver la televisión parecía el

entretenimiento ideal. Cada vez eran más los jóvenes que, incluso los fines de semana, se daban cita a horas mucho más tempranas que poco tiempo atrás, permitiendo así aprovechar mucho más el día y reservar la noche para lo que se supone está previsto, dormir y descansar.

Aunque la mayor parte de los clientes se concentraban en la terraza, el bar tenía instaladas mesas hasta en la entrada de la cocina. Aun con una temperatura rozando los cinco grados, los fumadores empedernidos se agolpaban al lado de las estufas de gas para seguir dando caladas al cigarrillo.

Por casualidad, se encontraron con César. Sus compañeros de trabajo compartieron la misma idea que ellos, y dado que sus oficinas se encontraban en el mismo edificio multifuncional, coincidieron en el mismo bar.

—¿No me das un beso?

—Aquí no. Recuerda que no pueden vernos juntos.

—Lorena lo sabe.

—Lorena no cuenta. No dirá nada.

Los susurros prolongados comenzaron a generar dudas entre los presentes. Aquellos que tenían una buena relación con su esposa se sentirían consternados de llegar a sospechar lo que en realidad había entre ellos.

—He pensado mucho en ti. Cuando todos se marchen te acompaño a tu casa y te haré gozar como nunca.

—Eso será si yo quiero. ¿Quién te has creído para hablarme de ese modo?

—Bueno, bueno… Era una broma, señorita. No se ponga usted así.

Sin responder, con su orgullo tocado y las ganas de replicarle a flor de piel, le dio una palmada en la espalda y volvió a dirigirse al resto de los presentes. Poco acostumbrada a tratar con sujetos de esta índole, se sintió como un objeto. Una presa fácil para cualquier felino en busca de carnaza. Entendía la relación que había entre ellos, casual y sin perspectivas de llegar a nada serio. Y no es que anhelara lo contrario.

No sentía ningún tipo de cariño ni apego hacia César, pero el hecho de percibir que no despertaba en él el mismo deseo que en

Leonardo le hacía sentir menospreciada.

Aun sintiéndose más sola que nunca, dejó de lado la pena y volvió a casa con César. Se entregaron al deseo, un deseo sin cuerpo ni voz.

Se hallaba desprovista de amores intrascendentes. Incapaz de sentir afecto o aversión, solo indiferencia. No podía ver más allá de su propio ego y de sus propias necesidades, valiéndose de un ser necesitado para saciar su deseo, un deseo insaciable. Por mucho que lo alimentara, siempre pedía más.

Al terminar, no pudo más.

—Quiero que te vayas.

—No es nada nuevo. Sabes que no puedo quedarme.

—Esto no volverá a suceder.

—¡Anda ya! No es la primera vez que oigo eso. Admítelo, tengo algo que te engancha. Ya vendrás a por más.

—¡He dicho que fuera!

—Tranquilita. Ya me voy, fiera. ¿Me das un besito de despedida?

—¡Que te largues de aquí, te digo!

Parecía sacado de un guion cinematográfico. La típica escena donde la chica despechada lanza almohadones al amante grosero, echándole de la habitación del hotel y pagando la factura con los escasos fondos que le quedaban para llegar a final de mes.

Como polos opuestos, Leonardo navegaba por un mar calmado. Y, aunque de vez en cuando le sacudía con su furia, invariablemente volvía a serenarse y continuaba su curso. No vio venir el golpe desarticulando que le dio el sustento de su felicidad, el amor. Anabel, su posesión más preciada, le había sido arrebatada de los brazos sin previo aviso. A pesar del golpe duro que fue, logró encontrar un propósito renovado, como una nueva razón de ser.

Un nuevo amor.

La casualidad quiso que una colega de trabajo se convirtiera en compañera de piso, y el azar de la vida transformó lo que había comenzado como una bonita amistad en una historia de cuento. Sin planificarlo, Estela empezaba a convertirse en alguien importante en su vida. No fue un amor fulminante y rompedor como el que sintió por Anabel desde el primer día. Se podría decir que fueron dando

pequeños pasos hasta que el juego les situó a los dos en la misma casilla de salida, esa que da paso a una relación amorosa, pero que solo la suerte durante las próximas jugadas puede decidir el desenlace.

No se parecían en nada. Con Estela todo era fácil. No discutían sobre dónde ir o qué hacer, se amoldaban el uno al otro. Todo fluía.

Leonardo empezaba a asentarse en una vida acomodada. Aunque lejos de su país natal, en Madrid encontraba el calor de unos compañeros de trabajo adorables, un amor fácil y una ciudad estimulante. Pensó que, al final de cuentas, la vida había sido justa con él, le había quitado cosas, y dado otras. Un equilibrio con balance positivo a pesar de las heridas todavía latentes.

Yendo y viniendo del hospital, cuando los horarios se ajustaban, las miradas cómplices empezaron a sucederse con frecuencia. Las noches de cocinar el uno para el otro se convirtieron en momentos de cocinar juntos, y las ocasiones a solas se transformaban en intimidad.

Cada vez más común en la sociedad de hoy en día, fue ella quien dio el primer paso. Volviendo a casa juntos tras una larga jornada laboral, le propuso cambiar su rutina de cocinar e ir a cenar fuera. Conocía un restaurante griego donde se preparaban los mejores *mezzedes* de la ciudad, alegó con entusiasmo.

La comida estaba buenísima y el lugar no era elegante pero tampoco vulgar.

Pasaron una velada formidable. El equilibrio perfecto entre tenerlo todo planeado e improvisar. Aun viviendo y trabajando juntos, siempre había algo de lo que hablar, algo que contar.

Creyendo que eran pareja, un vendedor ambulante de rosas, de esas envueltas apresuradamente en papel transparente, se acercó a su mesa ofreciéndole al caballero la oportunidad de obsequiar una hermosa rosa a una dama igualmente hermosa. Honrando su cortesía, inició el gesto de sacar la cartera justo en el momento en el que se percató del calzado que el anciano portaba. Zapatillas de deporte desgastadas por tanto uso, sucias y con varias fisuras, a través de una de las cuales se podía ver un dedo del pie, probablemente a causa de unos calcetines rotos, o inexistentes.

Conmovido, en lugar de comprar una sola rosa, compró el ramo entero. Pagando bastante más del precio que el anciano hubiese pedido por él. El pobre anciano, ante tal cantidad de dinero, se le saltaron las lágrimas y abrazó a Leonardo, quien con aprecio le devolvió el gesto de cariño.

Como era de esperar, Estela recibió el lote completo de rosas. Aprovechando la ocasión, y como símbolo de agradecimiento, le cogió de la mano tímidamente y se acercó hacia él. Después de mucha dilación e intentos fallidos de los que Leonardo nunca se percató, dio el paso y le besó.

Fue difícil para Leonardo describir cómo fue aquel beso. ¿Un suspiro compartido? Sí, y algo más.

¿Delicado? También. ¿Apasionado?

No lo tenía tan claro…

Tras el detonante del beso, las pautas propias de una relación de pareja se fueron sucediendo. Relaciones íntimas, planes, viajes, presentaciones a familiares y amigos. Todo iba bastante rápido, aunque a ambos parecía acomodarles el ritmo que tomaba.

Sin saberlo, el destino estaba poniendo a Leonardo y Anabel en lados opuestos del tablero de juego. Él comenzando una relación aparentemente fructífera, y ella descubriendo los sinsabores de otras.

Necesitaba un cambio, su vida navegaba como un barco a la deriva, naufragando hacia el abismo. A punto de zambullirse en la inmensidad del océano y no volver a ver la luz del sol.

Había pasado bastante tiempo, lo suficiente, pero sus deseos solo miraban hacia una dirección, Leonardo. Cuantos más hombres conocía, su convicción de que había cometido un error se hacía más latente.

Recordaba las caricias de sus manos deslizándose en su piel, aún humedecida por el amor compartido. Vislumbraba la escena de ambos paseando por las calles de París, mientras el brillo del atardecer se reflejaba en las aguas del Sena. Su mirada se perdía en el teléfono, aguardando con ansia una llamada o un mensaje que parecía que no iba a llegar.

En un estallido de valentía, buscó su número en la agenda, soltó el móvil encima de la cama, lo volvió a coger y lo volvió a soltar, pero no marcó la tecla de llamada…

El miedo al rechazo puede ser más fuerte que cualquier deseo. Anticipar o predecir la posibilidad de que la respuesta recibida sea un no le causaba espasmos.

Su comportamiento había sido inadecuado y egoísta. Y aun siendo consciente de ello, le resultaba imposible reconocerlo en voz alta.

Llamarlo equivalía a reconocer su propio yerro, razón por la cual anhelaba que fuese él quien, con una llamada, asumiera la carga de la redención.

Si no podía cambiar el pasado, cambiaría el futuro. Darle un toque de frescura a su mundo.

Necesitaba distracciones, pero no quería hombres, ya había lidiado con suficiente de eso. ¿Pero qué otra opción quedaba? Algo que la mantuviera distraída y a la vez que representara un desafío. Las cosas fáciles le aburrían.

De repente, lo supo. La idea le suscitó dudas, pero estaba decidida.

Buscaría una compañera de piso.

Después de todo, el apartamento era lo suficientemente grande para ello.

Además, la soledad que en algún momento anheló empezaba a causarle ansiedad. Cada noche, al ver la casa vacía y a oscuras, una aguja larga y afilada atravesaba su pecho. Algunos días se desvanecía a los pocos minutos, otros se instalaba delante del televisor hasta altas horas de la madrugada, incapaz de conciliar el sueño.

Sí, estaba decidido, necesitaba un cambio.

A primera hora de la mañana llamaría a la agencia para que se encargasen de la organización de las visitas. Fue rápido, en apenas dos semanas allí estaba. Carolina. Justo la oleada de aire fresco que necesitaba.

Llegó como agua de mayo. Alguien con quien compartir una copa de vino por la noche o ir de compras el sábado por la mañana. Aportaría un toque de chispa y serenidad al caos en que su vida se había convertido.

De las tres candidatas que la agencia le presentó, su entusiasmo y espontaneidad fueron decisivos. Desprendía vitalidad con solo mirarla, era perfecta para recoger los pedazos rotos de su vida y volver a juntarlos.

Consecuencia directa de su espíritu bohemio, Carolina se vio rezagada en sus estudios de periodismo. Escondida tras una cara angelical de ojos verdes y facciones delicadas, tras solo un año de universidad y en contra de los deseos de sus padres, lo dejó todo para irse a viajar por el mundo. Ansiaba explorar otros rincones y descubrir nuevas culturas. Financiada únicamente de ahorros que había conseguido con trabajillos de fin de semana, cuando estos menguaban ingeniosamente buscaba maneras de subsistir y seguir descubriendo lugares con los mínimos recursos. Se aventuraba en empleos no declarados, recibiendo magras monedas a cambio, con las que procurarse alimentación y alojamiento.

Una mochila de tamaño medio bastaba para guardar sus escasas pertenencias. Unas cuantas mudas, un diario y algo de dinero. No tenía tarjetas de crédito ni lujosas posesiones. Recuperó un Nokia 3310 de una caja de trastos viejos que su madre guardaba en el desván a fin de poder comunicarse sin tener que ser esclava de la tecnología ni las redes sociales. Funcionaba como el primer día, y en los pocos episodios monótonos de su travesía, se entretenía jugando a un juego llamado *Serpiente*. Brillante pasatiempo.

Dedicó dos años de juventud apartada de las vivencias cotidianas de una persona de su edad. Conoció todo tipo de gente, la mayoría de ellos muy amables. Con algunos se quedó largas temporadas, con otros apenas unas horas. Hasta conoció a un canadiense que viajaba como ella, casi con lo puesto. Recorrieron juntos parte del continente suramericano y compartieron un fugaz romance. Al llegar a México tomaron caminos distintos, él prefirió explorar la zona del Golfo de California, mientras que ella decidió explorar la Costa Este, algo más segura para los turistas.

Cuando la vida nómada dejó de parecerle atractiva, llamó a sus padres a cobro revertido y le mandaron dinero para el billete de vuelta. Retomó las clases en la universidad y dejó su espíritu libre aparcado por un tiempo, probablemente en algún cajón de la mesilla

de noche junto con los pocos recuerdos materiales que conservaba de su travesía.

—¡Me encanta tu piso! ¡Es genial! Tengo suerte de que mis padres hayan aceptado hacerse cargo del alquiler, yo sola no habría podido costear algo así. Apenas saco cuatrocientos euros al mes trabajando algunas horas sueltas en la cafetería de la facultad.

—¿No te molesta que la gente te vea sirviendo mesas?

—¿Por qué me debería de molestar? —preguntó extrañada—. Lo hago para ganar algo de dinero, no hay nada malo en ello. Si a alguien no le gusta, que mire para otro lado.

Admiraba su valentía. Carolina no necesitaba trabajar, sus padres podrían darle todo el dinero que necesitara; sin embargo, su personalidad le inducía a hacerlo.

—Nos tenemos que organizar para la limpieza y la cocina.

—La agencia me envía el servicio de limpieza una vez por semana, no te preocupes por eso. Y la cocina… —se quedó pensativa—. No suelo cocinar mucho, los días que ceno en casa como comida para llevar o me preparo leche con galletas. No soy muy cocinillas.

—¿Servicio de limpieza? Me parece un gasto innecesario. El apartamento es muy pequeño, podemos limpiarlo nosotras sin problema.

—Está incluido en el precio del alquiler.

—Bueno, si es así, de acuerdo.

Le saltaron unas leves dudas de si no se habría precipitado en su decisión. Pero ya estaba hecho. Anabel no sabía si el servicio de limpieza estaba incluido en el alquiler o si lo pagaba aparte, le parecía absurdo ocuparse de esas minucias. Ni siquiera sabía por cuánto estaba alquilando la habitación a Carolina. La agencia se ocupaba de todas las gestiones. Mientras hubiese dinero en la cuenta de banco, ella no tendría que encargarse de nada, y el contable de su madre se encargaba de que nunca le faltara.

—En un rato voy a tomar algo con unas amigas de la facultad, ¿te apuntas? Luego iremos a comer unos montaditos.

—¡Claro!

Aun intentando disimular su euforia, le entusiasmaba la idea de conocer gente nueva, salir y divertirse. Volver a tener una vida social

plena, sin tiempo libre ni horas muertas, la ayudaría a salir del agujero en el que ella sola se había metido. Para contrarrestar la reputación negativa que había empezado a cernirse sobre ella en la oficina, se quedaba trabajando hasta tarde. La dualidad de mejorar su credibilidad y de no estar sola en casa le proporcionaba un respiro de sentirse miserable.

Con la llegada de Carolina, esperaba ver cambiar su suerte.

Sin entender por qué, estaba nerviosa. Su propósito de dirigir el rumbo de su vida hacia un destino prometedor empezaba por meter a Carolina en casa y salir más. Aunque la tentación de volver a llamarle persistiera, se esforzó para pensar menos en Leonardo.

Aunque Carolina tuviese su misma edad, sus amigas eran de edades algo más mayores, casi todas tenían entre tres y cinco años más. Vestían de forma informal pero elegante. Parecían banqueras recién sacadas de detrás de sus mesas después de haber pasado el día firmando contratos y cerrando operaciones.

Nada que ver.

Sus profesiones iban desde veterinaria hasta estudiante de arte dramático. Valiente mujer que después de cinco años de derecho y una carrera en abogacía lo dejó todo para dedicarse a su pasión, actuar encima de un escenario rodeada de focos y cámaras.

Si bien, lo que más sorprendió a Anabel no fue nada de eso, sino que, después de dar dos besos a todas ellas para presentarla, Carolina le diera un beso en los labios a una de ellas.

Recordó el día de la visita, después de decidir que sería ella su futura compañera de piso, Carolina le estuvo contando algunas de las anécdotas de su viaje por el mundo. Le contó que había tenido una aventura con un chico canadiense. «¿O quizás sería una chica?», pensó. De ser así, no lo hubiese imaginado. A pesar de su mente soñadora y su estilo particular, no aparentaba ser lesbiana. En cualquier caso, le tenía sin cuidado, buscaba una persona que aportara emoción a su vida, le daba igual su orientación sexual. Solo esperó que no supusiera un problema para su amistad.

—Supongo que querrás preguntarme algo —dijo Carolina en el taxi de vuelta a casa.

—¿A qué te refieres?

—¡Anda ya! He visto cómo me mirabas cuando estaba con Vanessa.
—¿Eres lesbiana?
—¡Ja, ja, ja! Me gusta. Eres directa. ¡Nos llevaremos bien!
—Eso espero.
—Sí y no. No soy lesbiana, soy bisexual.
—Eso me encaja más.
—¿Por qué dices eso? ¿No me ves cara de homosexual?
—No es eso. Pero el día que nos conocimos me hablaste de un chico canadiense con quien tuviste algo durante tu viaje. Ya no estaba segura de si era un chico o una chica. Pero supongo que no estaba equivocada.
—Estás en lo cierto, era un hombre. Como he dicho, soy bisexual. Me siento atraída por personas, no por genitales. Eso no quiere decir que me líe con cualquiera, no vayas a pensar mal de mí —añadió gesticulando con los brazos—. Vanesa y yo tenemos una relación abierta. Lo pasamos bien juntas, pero las cosas están claras entre nosotras. Es lo mejor, cuando desde el principio no se exponen las intenciones de cada uno todo se complica antes o después. Ella es lesbiana, y creo que le gustaría tener algo más serio. No hace mucho salió de una relación de más de tres años, pero, en nuestra segunda cita, cuando hablamos sobre el tema, tomé yo primero la palabra y dije que quería una relación abierta, nada de compromisos ni celos. Tuve la impresión de que opinó lo mismo únicamente para no desentonar. Aun así, lo prefiero. No estoy hecha para una relación estable, al menos no por ahora. Soy muy joven, me queda todavía mucho que explorar, muchos productos que probar. ¡Hay todo un mercado esperando ahí fuera! —añadió riendo.

Admiraba todo en ella. Cuanto más la conocía más veneraba su forma de ser, su carácter y su valentía. A pesar de poseer un temperamento difícil y hosco que asustaba a más de uno, Anabel no se percibía como una persona fuerte. La ausencia de confianza en sí misma era algo que poca gente la caracterizaría. Quizás solo su padre, y por supuesto ella misma.

Al entrar en la adolescencia, su madre se empeñó en que fuera a ver a un psicólogo. Después de descubrirle ebria en repetidas ocasiones, y a raíz de comportamientos agresivos y rebeldes, sus

padres acordaron que sería lo mejor. Pedir ayuda a un profesional seguía a menudo estando infravalorado, pero ambos defendían que, aunque no le sirviera de ayuda, tampoco le podía hacer daño.

A pesar de su negativa inicial, no tuvo de otra que acceder a regañadientes y asistir a las sesiones. La única condición que puso fue que permaneciera privado. Lo hablado quedaría entre su psicólogo y ella, nada de entrometerse en sus asuntos personales.

Fue ahí donde verbalizó interiormente su desconfianza, contrapuesta con un egocentrismo y vanidad innegables.

Conocer a Carolina había avivado ese sentimiento, oculto desde hacía años. No sabía afirmar con seguridad si lo que estaba sintiendo era admiración, celos o miedo. ¿Pero miedo a qué? Tal vez a que su inseguridad saliera a flote, a que la gente descubriera su lado más vulnerable y encontrara la forma de sacar provecho de ello.

Al poco tiempo empezó a sentir cierto grado de recelo hacia su nueva compañera de piso. Le despertaba curiosidad y a la vez aversión. De pronto se sorprendía espiándola a escondidas mientras se estaba vistiendo, o mirando el reloj cada cinco minutos cuando sabía que era la hora en que solía volver a casa.

¿Qué le estaba pasando?

Capítulo 15
Sorpresas inesperadas

Deprisa y dejando un silencio abrumador. Así pasaron las fiestas navideñas ese invierno.

Los excesos y regalos quedaron atrás, solo algunos rezagados faltaban por retirar las luces de los balcones, que continuaban iluminándose cada noche gracias a los temporizadores, religiosamente programados.

El amanecer del año se desplegaba con cientos de historias que vivir y hazañas que contar. Algunas dejarían una impronta indeleble en los senderos de algunas vidas, otras se desvanecerían en los recovecos del olvido. Bastaba la subjetividad del criterio personal de cada individuo para decidir qué historias guardar en el cajón de los recuerdos y cuáles abandonar en el confín del anonimato.

Tras largos meses de rehabilitación y terapia, Cintia retomaba una vida nueva que nunca volvería a ser como antes. A partir de ese instante, su existencia se vería marcada por la contención y el sacrificio de no recaer en el pozo de la bebida. Por fin acababa su internamiento.

Durante casi una hora Anabel y Julio esperaron ansiosos en la puerta de la clínica. Si bien la última vez que la vieron notaron algo diferente en ella, sin poder describir su naturaleza, era innegable que el brillo de sus ojos había sufrido una transformación. Resultaba arduo definir si la luminosidad era mayor o menor, ahora bien, algo había cambiado.

Los primeros días en casa fueron extraños. Julio pidió unos días libres en el instituto para ocuparse de ella. Era curioso ver cómo incluso ciertas de sus costumbres habían cambiado. Rara vez se levantaba de la cama antes de las nueve o diez de la mañana, pero

desde su vuelta, a las ocho en punto desayunaba al tiempo que leía en la mesa de la cocina.

Daba igual que fuera martes o domingo, la nueva rutina permanecía intacta. Contento de ver su progreso, Julio organizó actividades para pasar tiempo juntos. Le vendría bien salir y distraerse.

Su estancia en la clínica no solo había disipado su adicción al alcohol, les había devuelto a una Cintia diferente. Su carácter, anteriormente caracterizado por la arrogancia y el egocentrismo, parecía haberse esfumado para dejar paso a alguien mucho más sensato y coherente.

Quien seguía desconfiando del drástico cambio de su patrona, a pesar de verlo con sus propios ojos, era Asunción. La había visto nacer y crecer, se podía decir que la conocía incluso más que su marido y su propia hija. Por eso, mantendría la guardia bien alta.

***

Como el dicho popular augura, la noche prometía.

Con San Valentín a la vuelta de la esquina, las chicas improvisaron un plan de última hora para salir de copas. Después de una tarde de compras, comiendo castañas y comprando sin mirar precios, el plan de una noche de ver películas en casa, comer pizza y beber cervezas se transformó con tan solo una llamada. Vanesa les invitaba a una fiesta en casa de unos amigos italianos. Algo informal y desenfadado, plan que Anabel y Carolina no estaban dispuestas a dejar escapar.

Aun con un contexto diferente al esperado, acabaron cenando pizzas.

Deliciosas pizzas de masa fina italiana con burrata, mortadela de Bolonia y mucho más.

Nada más entrar, se quedaron prendadas de Piero. Deslumbrante, guapo, moreno y sorprendentemente bien vestido. No solo destacaba entre el resto por sus atributos físicos, sino por su ávida verborrea. Amenizaba la velada con tal brío que no vieron pasar el tiempo. Entre pizzas, focaccias y cannolis, se hicieron las dos de la mañana.

Para desconsuelo del resto, Piero acabó yéndose de la mano con una de las chicas italianas.

—¿Te vienes a mi casa? —preguntó Vanesa acariciando la mano de Carolina.

—Estoy cansada. He bebido demasiado y mañana tengo trabajo de la universidad. Será mejor que me vaya a mi casa. Nos vemos otro día si no te molesta.

—Claro, no pasa nada.

Con mirada melancólica, aceptó el pretexto de Carolina con resignación, quien comenzaba a percibir sus propuestas recurrentes como algo cargante. Con su rechazo, intentaba marcar el límite de la relación sin compromiso que habían fijado. Le gustaba estar con ella, le gustaba el sexo que tenían, pero hasta ahí. Nada de relaciones formales donde dar explicaciones o guardar lealtad.

—Voy a llamar a un taxi —anunció sin previo aviso—. Quiero volver a casa.

—Está bien, voy a despedirme —respondió Anabel obediente.

La influencia que Carolina ejercía sobre ella era bastante insólita.

Nunca se había topado con alguien que despertara una capacidad de persuasión semejante sobre ella.

El camino de vuelta fue mucho más ameno que la última vez, comentaron la noche y las anécdotas.

—¡Me ha encantado la pizza de flor de berenjena! Creo que la voy a intentar hacer en casa un día. ¡Y la masa! ¿Cómo conseguirán hacerla así? Le voy a pedir la receta a Piero, tendré un motivo para hablar con él.

—¿No despertarás los celos de Vanesa si descubre que tonteas con su amigo?

—Ya te dije que no somos novias ni nada que se le parezca. Yo soy libre para estar con quien quiera —dijo sacando su teléfono y realizando una búsqueda—. Hay unos cuantos bares abiertos por la zona. No tengo ganas de ir a dormir, ¿te hace seguir con la fiesta?

—¡Ni lo preguntes! Si yo no tenía ningunas ganas de irme.

—¡Vamos entonces! ¡Que no decaiga el ánimo! —exclamó al tiempo que se dirigía hacia el taxista instando para que las dejara ahí.

El frío penetraba sin compasión. Los tres bajo cero de un febrero gélido se clavaban en los huesos de cualquiera cortando la respiración.

Caminaron poco más de cincuenta metros.

—Empiezo a helarme, ¿eres pudorosa?

Perpleja, Anabel negó con la cabeza.

—Vamos entonces.

No entendió la pregunta de su compañera de piso hasta el segundo chupito, cuando empezó a notar un ambiente distinto a los bares en los que solía frecuentar. El rojo acolchado de las paredes contrastaba con el atuendo negro de cuero que lucían todos los camareros, discreto pero insinuante. A primera vista nada parecía fuera de lo común. Las bandejas de cócteles fluorescentes pasaban sin cesar. Pareciera que ninguna bebida se salvaba de tener un color llamativo y vistoso.

Les atendió un camarero con pelo blanco platino, camisa roja y tirantes negros. Con una boina y algo de maquillaje no hubiese tenido nada que envidiarle a Miliki. Carolina le habló con confianza, como si se conocieran de toda la vida.

—Necesito ir al servicio —intervino Anabel.

—Espera un poco y te acompaño.

—No hace falta, puedo ir sola.

—Créeme cuando te digo que prefieres que vaya contigo.

No se toparon con nada del otro mundo, nada que no hubiesen visto antes, en la vida real, en las películas o leído en alguna novela. Escenas que podían presenciarse en cualquier bar. Besos furtivos, manoseos subidos de tono y cuero, mucho cuero. Lo típico de cualquier bar de ambiente.

El alcohol le impidió alcanzar a ver varias de las secuencias que podían apreciarse. Aun así, nada que ver con la orientación sexual de los presentes en el local, lo que más impactó a Anabel lo vivió al salir del baño.

Estaba lavándose las manos, Carolina le esperaba fuera, apoyada en el marco de la puerta jugando con el cordel del bolso. Reflejado en el espejo, una mancha rojiza llamó su atención. Su visión, ligeramente perturbada por la bebida, le permitió ver a una chica

tirada en el suelo. Estaba en el retrete justo al lado del que ella acababa de orinar. De su brazo pendía una jeringa a medio uso y en la tapadera bajada del inodoro, los restos de lo que no hacía mucho había sido una raya de cocaína. Su piel, pálida y demacrada, exhibía las secuelas de la mala vida, marcada por los excesos y los malos hábitos.

No supo reaccionar, se quedó ahí, mirándola.

Sin saber cuánto tiempo pasó entre ello, cuando se quiso dar cuenta Carolina la estaba empujando hacia un lado para dar paso a una empleada del local con escasos conocimientos en la materia. Estudiaba segundo año de auxiliar de enfermería, y al verla su asombro fue poco menos que el de Anabel.

Gracias a la intervención de un cliente, lograron practicarle primeros auxilios y meterla en una ambulancia que la llevaría a un hospital.

Consternadas por lo sucedido, se fueron a casa. El shock hizo que la euforia con la que salieron del taxi repletas de ganas de fiesta se disipara como la espuma.

Llegaron a casa y, todavía perplejas por lo ocurrido, se sentaron en el sofá. El culo de una botella de vino blanco de hacía un par de días les supo a gloria.

Al cabo del tiempo supieron que no se trataba de un accidente aislado.

La joven fue durante años adicta al éxtasis y el crack, aunque recientemente sus efectos dejaron de tener impacto en su cuerpo y pasó a la heroína. Proveniente de una familia rica y desestructurada, con la madre ocupada con sus galas benéficas y su padre siempre de viaje, el dinero entraba con la misma abundancia que el calor del hogar salía. La chica gozaba del tiempo y la libertad suficiente para dejarse llevar por influencias poco recomendables y acabar al borde de la muerte sin que sus padres estuviesen ni siquiera al corriente de la primera raya de coca que esnifó en los servicios de su instituto.

—No entiendo qué me ha pasado. Si hubiese sido por mí esa pobre chica seguiría tirada en el suelo del retrete.

Anabel sacó su lado más humano, más vulnerable, ese que rara vez mostraba. Carolina, aun conociéndola desde hacía poco, supo

entender que la faceta que estaba viendo de su compañera de piso no era la habitual.

—Déjalo estar. Alguien la habría encontrado —respondió intentando consolarla—. Además, tan pobre no sería para llegar a ese estado. Pobres los que no tienen para comer, o para pagar las facturas a fin de mes. ¡Venga! Alegra esa cara. ¿Te apetece que abramos otra botella?

—Si ya son casi las cuatro.

—¿Y qué? ¿Tienes algo que hacer mañana?

—También tienes razón. Además, sería incapaz de dormir ahora mismo.

—Pues venga, que no se diga dos veces.

El ambiente cálido y afable contrastaba con la lluvia que estaba cayendo fuera. Apenas entraron en el portal del edificio una fuerte tormenta aterrizó golpeando con fuerza la capital. El sonido de la lluvia repiqueteaba en los ventanales del salón como las campanadas de la misa del gallo llamando a sus fieles creyentes.

Iban por la segunda botella de vino cuando Carolina comenzó a acariciar a su compañera de manera insinuante. Roces sutiles fueron sucediéndose a lo largo de las dos horas que pasaron riendo y hablando.

Sin pensarlo demasiado y sin encontrar razón, se dejaron llevar.

Y ocurrió.

Nerviosa y con varias copas en el cuerpo, no fue el alcohol quien le indujo a ello. Sin saberlo ni pensarlo, su cuerpo llevaba semanas esperando que ocurriera, y fue en ese momento en el que no pudo hacer otra cosa que entregarse al deseo prohibido del contacto físico con otra mujer. Aunque le aterrorizaba el rechazo, aprovechó un descuido de Carolina y la besó.

Inevitable e inesperado a la vez, ambas entregaron su voluntad con beneplácito.

Húmedo, dulce, delicado.

Difícil es describir la sensación de besar a otra mujer. Nada que ver con lo vivido hasta la fecha. Algo así como acariciar el pétalo de una rosa y montar en montaña rusa. Suave y refrescante al mismo tiempo.

Adrenalina con helado de frambuesa.

Acostumbrada a liderar, Anabel tuvo que ceder y fluir con la corriente del deseo. Un perfume azucarado y embriagador llenaba sus fosas nasales, el sabor de la fruta más sabrosa acariciaba su paladar, y la suavidad del algodón acariciaba su cuerpo. Una explosión de sensaciones recorría cada centímetro de sus cuerpos prolongándose con cada segundo y provocando que el tiempo se parara por completo.

Olvidaron la lluvia y los truenos, ni el sol más radiante hubiese desviado su atención.

Al tiempo que el repiquetear del aguacero cesó, sus labios se juntaron.

No había más sonido que el de los botones de la camisa cayendo al suelo e iluminando el camino hacia la habitación. Allí, la pasión las llevaría más allá de donde jamás habían estado.

No hubo intercambio de palabras, sus bocas solo se usaron para llenarse de besos infinitos.

En poco tiempo vieron sus cuerpos sumergidos en un mar de sensaciones.

Para la una, algo nuevo, diferente, divertido; para la otra, una nueva conquista, la excitación de ser su primera vez, de guiarla en el pecado de la carne…

Y se hicieron los fuegos artificiales.

A la mañana siguiente la calle ya estaba seca. Durmieron hasta tal hora que el sol había tenido tiempo de secar la calzada sin dejar rastro de la tormenta acaecida durante la noche.

Una ventana entreabierta hacía ondear la cortina como una bandera en un mástil. Sin duda Carolina la abriría antes de irse, dejando a Anabel sumida en la mayor de las incertidumbres.

«¿Fue verdad lo de anoche? ¿O quizás un sueño provocado por exceso de alcohol?»

No, era verdad.

Lo que no entendía era qué significaba. La homosexualidad nunca se había pasado por su cabeza. Pensó en Leonardo y en todos los otros hombres con los que había estado. Se preguntó si sus

tendencias sexuales habían cambiado de repente, o si toda su vida había caminado en dirección opuesta.

Un millón de interrogantes llenaban su cabeza haciendo que la migraña que padecía por la ingesta excesiva de alcohol fuera si cabe aún más pronunciada.

Volvió a la cama y se quedó ahí todo el día, no salió más que para coger otro analgésico y un par de piezas de fruta.

Confundida, embrollada en sus pensamientos, el sueño se apoderó de ella.

Despertó a la mañana siguiente. Era domingo, y Carolina seguía sin dar señales de vida.

No se habían visto ni hablado desde su tórrido encuentro.

Anabel, sin salir de casa en todo el fin de semana, pasó un día más sin respuestas. Sus sentimientos estaban en conflicto, ansiaba verla de nuevo, pero la mera idea le aterraba. No sabría qué acciones tomar o qué palabras pronunciar.

Las horas muertas le dieron tiempo para dejar volar su imaginación y sus recuerdos.

Recordó su infancia. Las tardes de verano con su padre en la piscina.

Adoraba estar en remojo. Julio se sentaba al lado con un buen libro, y de vez en cuando leía en voz alta alguno de los pasajes de su historia.

Desde una edad bien temprana quiso inculcar en su hija el amor por la lectura y las vacaciones de verano solían ser el momento ideal para ello.

Recordó también momentos de júbilo con su madre al lado. No siempre había sido una mujer altiva y cascarrabias. Casi había olvidado cuando le enseñó a nadar. Su padre, con toda su paciencia, lo había intentado de todas las maneras, pero no hubo forma; sin su flotador de cuello de cisne, Anabel tenía un miedo atroz al agua.

Al ver la escena repetirse una y otra vez, Cintia se enfundó el primer bañador que encontró en el cajón del armario y acudió al rescate.

Pasaron una tarde maravillosa, riendo, comiendo palomitas y disfrutando del tiempo en familia. Después de ese día, Anabel perdió

el miedo al agua y empezó a dar sus primeras brazadas. Lástima que los recuerdos de días entrañables como aquel no abundasen en su memoria.

Inmóvil en la cama, el sonido de un trueno hizo que se percatara de que había vuelto a empezar la tormenta.

Sus pensamientos siguieron navegando dentro del cajón de recuerdos personales hasta llegar a Leonardo. Su gran amor.

Consternada, se percató de que en las últimas semanas la frecuencia con la que se había dejado caer por su mente había atenuado. No por ello se mitigaba la frustración de su sentimiento de fracaso. Aun sin entender lo que significaba en su orientación sexual lo acaecido hace dos noches, su mente no había suprimido la convicción de que dejar partir a Leonardo había sido el mayor error de su vida.

Una vez más, el afán por tener noticias suyas resurgió entre sus anhelos más profundos. Tendida en la cama desde hacía casi dos días, sin nada que le diera sentido a su vida y sin nadie que le hubiese llamado o mandado un mensaje en todo el fin de semana, sintió la desdicha recorriendo sus venas hasta materializarse en un llanto hondo y profundo que la acompañó el resto del día.

El pozo en el que un día estuvo sumergida y del que apenas acababa de sacar el hocico, volvió a su encuentro como el rocío viene con cada atardecer al encuentro de la noche.

Contratada en su desgracia, fue el sonido de las llaves abriendo la puerta quien la sacó del devaneo en el que se encontraba.

Carolina llegó hablando por teléfono, abrió la nevera para dejar varias cosas que había comprado, dejó el bolso y el abrigo sobre la mesa del salón y se cambió los zapatos, todo ello sin dejar de prestar atención a la conversación que mantenía.

Encerrada en su habitación al fondo del pasillo y oculta tras las sábanas de seda azul claro, ninguna extremidad de su cuerpo provocó que Anabel articulase el más mínimo movimiento. Pasar desapercibida y eludir la conversación que debería tener en un momento u otro con su compañera de piso era lo único en lo que pensaba en ese momento.

Los pasos de Carolina acercándose cada vez más hicieron que el ritmo de sus pulsaciones pasara de cero a cien en pocos segundos.

Llamó a la puerta, nadie respondió. Llamó una segunda vez, y tampoco. Lo que no esperaba era que Carolina abriera la puerta para comprobar si era cierto que no había nadie dentro.

Sacando la cabeza de su escondite de seda, la vio mirándola fijamente con amplia sonrisa.

—He llamado varias veces, ¿estabas durmiendo? Disculpa si te he despertado —sin obtener respuesta y percatándose del estado de alteración en el que se encontraba, se acercó a la cama y se sentó a su lado—. ¿Estás bien? Espero que no sea por lo que pasó el viernes. No tienes que avergonzarte, eso no significa que de repente seas lesbiana o bisexual. Quizás solo estabas experimentando. Y si fueras lesbiana o bisexual no hay nada de grave en ello, al contrario, me alegraría mucho haberte ayudado a darte cuenta —dijo mirando la pantalla de su teléfono móvil que se acababa de iluminar—. Siento no haberte llamado, se me olvidó decirte que unos amigos me habían invitado a pasar el fin de semana en su casa de la sierra. Ha sido fantástico. Hemos comido y bebido hasta reventar. De haber sabido que estabas así te habría llamado antes. Pero no pensé que lo tomarías de ese modo. Perdóname.

—No hay nada que perdonar. A pesar de todo el alcohol que bebimos, que por cierto fue mucho, las dos estábamos en plenas facultades y consentimos lo que pasó. No estoy así por eso —mintió.

—¿Y entonces qué te ocurre? Está claro que te has pasado el fin de semana sin salir del apartamento. Hasta me atrevería a decir que apenas has salido de tu cama, ¿no es cierto? Cuéntame lo que te ronda por la cabeza.

Indignada al escuchar que el fin de semana de Carolina había sido de lejos mejor que el suyo, y de que sus suposiciones fueran ciertas, se giró hacia la ventana dándole la espalda.

—Estoy bien. Son cosas mías, solo necesito estar sola.

—Bueno, como prefieras… Si cambias de opinión aquí me tienes —dijo levantándose de la cama y dirigiéndose a la puerta. De repente, se paró en seco—. Con respecto a lo que ocurrió el viernes, mejor lo olvidamos. No debimos haber mezclado placer y convivencia. Me

gusta el apartamento y me queda cerca de todo, no me apetecería tener que aguantar otra mudanza —se calló unos segundos—. ¡Ah, y otra cosa! Te agradecería que no le comentaras nada a Vanesa, ya sabes, por eso de ojos que no ven, corazón que no siente.

No hubo respuesta.

Carolina cerró la puerta tras de sí y volvió a sus quehaceres. Asunto zanjado.

¿La traicionada era Vanesa o ella misma? Llena de rabia y con el ego hecho añicos, Anabel no pudo contener las lágrimas.

¿Qué estaba sucediendo en su vida para que todo se desmoronara como en un castillo de naipes?

***

Otra batalla sin luz al final del camino. Los pasillos cada vez más largos, las visitas cada vez más escasas, y el miedo en cada esquina.

Los apenas tres pisos que separaban el aparcamiento de la habitación se hacían eternos, pensando si algo habrá cambiado desde ayer, pero cada día la respuesta era la misma. Una sonrisa medio forzada o una negación con la cabeza llevándolos a lo más profundo de un pozo infinito.

El diagnóstico de los médicos seguía siendo sombrío. Resignación con un toque de esperanza era lo único que mantenía en pie a Lola y Pedro. Su matrimonio, siempre fuerte y capaz de sobrellevar cualquier obstáculo que se presentara, empezaba a zozobrar. Apenas hablaban.

Los turnos en el hospital se volvieron cada vez más frecuentes, nada de estar los dos juntos esperando a que un milagro devolviera el conocimiento a su hija.

Por suerte, ambos pudieron volver a sus respectivos trabajos a razón de media jornada, compaginando así el tiempo en el hospital con la rutina de una vida laboral activa. Aun con escasas horas de sueño y una alimentación a base de platos preparados, volver a sus rutinas les dio un respiro.

Las visitas se espaciaban cada vez más. Incluso Julio, quien acostumbraba a pisar el hospital casi a diario, redujo sus visitas a una vez por semana.

Asumir la posibilidad de que Andrea nunca despertaría comenzaba a instalarse en la mente de todos.

Lo único bueno que nació de aquella dramática situación fue la estrecha relación entre Lola y Emilie, prueba de que la amistad no entiende de edades ni de rangos sociales. Con casi treinta años de diferencia, dos almas bondadosas y frágiles encontraron la una en la otra el refugio que sus allegados no supieron ofrecerles.

Al seguir Esteban con los repartos de comida a domicilio, las noches a solas se convirtieron en una amarga rutina para Emilie. A menudo, con la compañía de un libro o de un *podcast*, hacía la ruta de cuarenta y cinco minutos en autobús que separaba su apartamento del hospital para cenar un bocadillo con Lola. Encontró en ella el amparo que necesitaba.

—El otro día me encontré con Anabel en una discoteca del centro. No estoy segura, pero creo que muy en el fondo siente lo que le ha ocurrido a su prima.

Durante el tiempo que fuimos amigas fue capaz de despertar en mi persona multitud de sentimientos, la mayoría de ellos negativos; en cambio, lo que me transmitió esta última vez fue diferente —permaneció pensativa por unos segundos—. Sí, podría decirse que me dio lástima. Estaba perdida, como si la arrogancia que solía rodearla la hubiese ido apretando poco a poco hasta dejarla sin aliento.

—Es mi sobrina, y no le deseo ningún mal. Aun así, me duele admitir que me cuesta otorgarle el amor fraternal que debería. Desde muy niña siguió los pasos de su madre. El mismo carácter sucio y emponzoñado, la misma tiranía —respiró hondo—. Tú lo sabes bien. Muy a mi pesar, Andrea la veneraba. Y aunque sabía que era una clarísima mala influencia para ella, nunca pude impedir que la frecuentara. Aun así, no la compadezco, sigo pensando que, si mi hija está hoy en esta cama, en parte es por su culpa.

—Anabel es, o ha sido siempre, una niña caprichosa y mimada. Es cierto que Andrea la idolatraba, y es cierto también que no recibió a cambio el trato que se merecía. Aun así, ella no tuvo nada que ver con el accidente. Puedes reprocharle que sea una falsa arrogante, y que no haya venido apenas a visitar a su prima en todo este tiempo,

pero que aquella moto se cruzara en el camino de Andrea no fue su culpa. Yo estaba delante, lo vi con mis propios ojos —añadió con contundencia y sin apenas parar para respirar—.

—Supongo que tienes razón. No sé por qué no puedo evitar hacerla responsable de que mi hija esté perdiendo su juventud en este hospital. Imagino que necesito buscar un culpable.

Con lágrimas en los ojos, solo un abrazo podía paliar su desconsuelo. El sufrimiento de una madre por un hijo es uno de los dolores más intensos e inconsolables que existen. Solo durante el tiempo que pasaba con Emilie conseguía encontrar algo de paz. Como si, desde donde estuviera, su hija la viniera a visitar y pasar un poco de tiempo con ella.

En ese preciso instante, en medio de un abrazo de ánimo, aparecieron Julio y Cintia. Una Cintia aparentemente renovada, con nuevas resoluciones e intenciones afables. En el recuerdo quedaron los días en que Julio se lamentaba por tener a su pobre mujer encerrada en una clínica por su culpa. Ambos lucían radiantes y felices.

Desde su vuelta a casa, ningún indicio apuntaba a una recaída. Con un comportamiento apacible y suave, pareciera que la rehabilitación recibida durante los meses de reclusión hubiese tenido un efecto más profundo que el de tratar su adicción al alcohol. Aunque la gente le miraba con otros ojos, había vuelto al club. Hipócrita, la alta sociedad no dejaba pasar ni una. Como en todo, bastaba un pequeño desliz para arruinar toda una vida de logros y desempeño. Consciente de ello, Julio le acompañaba de vez en cuando, cosa que anteriormente había hecho en contadas ocasiones. Se habían vuelto una pareja más unida, como cuando se conocieron.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron Lola y Emilie casi al unísono y con ecuánime entusiasmo precario. Se encontraban en la sala de reposo al fondo del pasillo, pasar el día entero metidos en una habitación tan pequeña era insoportable.

—Sé que Pedro no está. Acabo de hablar con él.

—No, esta noche me quedo yo. Emilie ha venido a hacerme compañía y a preocuparse por la evolución de Andrea.

—Me alegro de verte, Emilie. Saluda a tus padres de mi parte.

—Gracias, lo haré.

Poco habitual en ella, Cintia permaneció en silencio, manteniendo un perfil bajo. Su sorprendente mejora había llegado a los oídos de Lola, quien tenía sus reservas sobre tal cambio.

Tras despedirse de Emilie, pasaron a la habitación de Andrea. Todo estaba en su mismo lugar, la misma atmósfera, el mismo aire incómodo. Pareciera que ni un suspiro había pasado desde la última visita. Con el pelo recogido hacia atrás y las mejillas rosadas por el colorete que Lola le aplicaba de continuo, Andrea lucía igual que el día que la trajeron de París.

Para los visitantes, sin embargo, la sensación al verla había cambiado. Al principio, la esperanza reinaba en todos ellos; ahora, aun sin decirlo en voz alta, la resignación se hacía cada vez más presente y poderosa. El tratamiento experimental en el que todos confiaron no pareció dar los resultados anhelados, y cada día que pasaba la acercaba más y más a una eternidad de muerte en vida.

—Me alegro de que estés mejor, Cintia. ¿Qué tal la vuelta a la vida real? Supongo que lo habrás cogido con ganas —aun con sus dudas, el comentario de Lola era sincero. Su desconfianza nada era equiparable a su bondad. Y, ante todo, el bienestar de su familia era su mayor preocupación.

—Doy gracias cada día por haber salido del pozo en el que yo sola me metí. Sin darme cuenta estaba destrozando mi vida y mi cuerpo. Decepcioné a cuantos me rodean, no me perdonaré jamás el daño que causé. Por eso, aprovecho la ocasión para pedirte perdón. Si en algún momento me he comportado mal o has tenido la sensación de que te he despreciado, ruego aceptes mis disculpas. Entiendo que no sea fácil, pero te aseguro que mis palabras son sinceras y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que no se repita. La vida me está concediendo una segunda oportunidad y no es mi intención desaprovecharla. Redimirse a tiempo es una virtud con la que no todo el mundo cuenta, yo tengo la suerte de que haya venido a mí.

Perpleja, Lola casi se escurre del sillón en el que tantas horas había pasado sentada y del que conocía cada muesca. De todos los escenarios que había podido pronosticar para su reencuentro con

Cintia, aquel no hubiese sido su caballo ganador. Las dudas que habían sesgado su parcialidad en las últimas semanas venían principalmente fundadas por su percepción de una mujer altiva y despiadada, incapaz de sentir amor por nadie más que ella misma. Sin embargo, consideraba su capacidad de leer a las personas bastante audaz, y las palabras recién pronunciadas por su cuñada no parecían ser una farsa.

—Si lo que necesitas es oírme decir que te perdono —respiró hondo —. Tienes mi perdón, Cintia. Ante todo, y aunque quizás a regañadientes, soy sabedora de que financiaste el tratamiento de mi hija. Y aunque desgraciadamente no hayamos obtenido los resultados esperados, por lo que a mí respecta, no te guardo rencor. Borrón y cuenta nueva.

—Gracias. Es justo lo que necesitaba.

Hasta Julio se sorprendió de lo que acababa de ver. Aunque le resultara desagradable, formaba parte de los que no acababan de confiar en la total recuperación y el repentino cambio de actitud de su mujer. Vivía el momento presente, pero no descartaba la posibilidad de volver a encontrarse con la Cintia ruin y avara que entró hace unos meses en una clínica de desintoxicación gritando desencajada.

Después de presenciar la escena, tanto él como Lola empezaron a disipar sus dudas, quizás no del todo, pero todo fin empieza por un comienzo. Y quién sabe si aquel sería uno de ellos.

***

Como astillas afiladas, el frío calaba en los huesos sin contemplación. Impropio de ella era el llegar tarde, y la función empezaba en menos de diez minutos. Si no entraban se perderían la obra.

Estela había comprado entradas para uno de los musicales más cotizados del momento en Madrid. Como los turnos del hospital no coincidieron para poder salir antes, se dieron cita en la puerta del teatro, ella prefería pasar por casa y acicalarse para la ocasión.

La preocupación de Leonardo empezaba a acrecentarse. Su recién estrenada novia solía ser más puntual que un reloj, algo debía haber

pasado.

Cuando se disponía a regalar las entradas al primero que pasara, apareció Estela casi sin aliento.

—Me tenías preocupado. ¿Qué ha pasado?

—Luego te cuento, entremos ya o no podremos ver la obra —opinó con la respiración todavía acelerada.

Ni tiempo de comprar algo para picar. Lejos quedaron los años en los que únicamente la alta sociedad podía permitirse acudir al teatro, todos vestidos de etiqueta y luciendo sus mejores joyas. Hace apenas veinte años nadie hubiese imaginado que en nuestra época se pudieran comer palomitas y calzar zapatillas de deporte a la par que admirar una función tan reputada.

Discretamente, tomaron asiento unos segundos antes del comienzo del espectáculo. Hasta el entreacto se mantuvo la intriga de su inesperada llegada tardía.

—Nada grave, al salir del apartamento me he encontrado con un corro de gente llamando la atención de los transeúntes exhortando la ayuda de un médico. Obviamente me he ofrecido a atender la urgencia. Una mujer de unos treinta y cinco años había perdido la conciencia y yacía en medio de la acera. He intentado reanimarla sin éxito hasta que ha llegado la ambulancia.

La han llevado a nuestro hospital —añadió—. Mañana intentaré averiguar en qué estado se encuentra. Pero hay algo más de lo que me gustaría hablarte, me ha llamado mi hermana, está embarazada, y quiere que seamos los padrinos. He aceptado, claro. ¡Es increíble, mi hermana pequeña va a tener un hijo antes que yo, y sobre todo antes de casarse! —siguió hablando sin percatarse de la reacción de su acompañante—.

Aunque bueno, mis padres no son demasiado católicos, no creo que les moleste que no esté casada. ¡Y si a ellos les parece bien, a mí también! ¡Qué ilusión me hace!

Durante el poco tiempo que quedaba del entreacto, Estela siguió saltando de un tema a otro sin percatarse de que Leonardo se había perdido en sus pensamientos. Asintiendo con la cabeza cuando notaba que hacía una pausa. Era incapaz de pensar con claridad.

Adoraba a Estela, pero algo no iba bien, y no estaba seguro de qué ni de por qué.

Abandonaron el teatro de manera ordenada. Mientras esperaba a que Estela saliera del servicio de señoras, vio pasar a mucha gente, parejas, familias con hijos, grupos de amigos y gente sola, aunque fueron las parejas quienes despertaron su atención más que de costumbre. Se vislumbró en cinco o diez años, casado y con hijos, viviendo en una casita apartada a las afueras de Madrid, lejos del tumulto y el estrés de la ciudad. Siempre había soñado con una familia numerosa, un jardín repleto de niños correteando y riendo sin percatarse de los peligros del mundo exterior. Una cocina grande haría las veces de refugio, para preparar sus recetas favoritas como si de una obra de arte se tratara. Como buen francés, la cocina era uno de sus talentos escondidos, y el *coq au vin*[19] su especialidad. Una preparación a base de verduras y gallo de corral, que, aunque parezca básica, requiere una gran destreza.

Su mente siguió navegando de un tema a otro para acabar de nuevo en su visión de familia perfecta. Al verla cruzar las puertas del teatro, con su vestido favorito, tan perfecta y recatada, se dio cuenta de que lo único que le costaba era visualizar a Estela en ella.

Sacó su mejor sonrisa de donde pudo, la cogió de la mano y se pusieron rumbo al restaurante que habían reservado. Un italiano cerca del teatro, escondido en una calle estrechita, pero que hacían una pasta a la norma para chuparse los dedos.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Estoy feliz —los ojos brillaban como estrellas—. No necesito nada más. Una buena obra, un buen restaurante. Sencillo, pero a la vez maravilloso. Es lo bueno de nuestra pareja, que nos gustan las cosas sencillas, ¿no crees?

—Claro. —Y tenía razón, estaba completamente de acuerdo en que era lo bueno de su pareja.

—No me has dicho qué opinas sobre lo que te he dicho de mi hermana. ¿No es fantástico que haya pensado en nosotros para ser los padrinos de su futuro bebé?

—Imagino que serás tú la madrina.

—Y tú el padrino.

—¡Ah! No lo había entendido así. Pero tu hermana apenas me conoce. Solo la he visto dos veces.

—Eso no importa. Eres mi novio y somos un pack. Ella te considera ya parte de la familia, al igual que mis padres. No te va a excluir, seremos los dos, padrino y madrina.

El silencio incomodó a la joven, quien tras unos segundos de duda se atrevió a proseguir la conversación.

—Percibo que hay algo que no me estás contando…

—Tengo hambre, eso es todo.

—No me mientas.

—No te miento —dijo sin creerlo—. ¡Mira, aquí llega nuestra cena!

Salvados por la campana.

Con gran destreza supo dirigir la conversación en otra dirección y hacer que su acompañante olvidara el tema, al menos durante algunos días más.

Terminaron sus platos y sin tomar postre pidieron la cuenta. Intentando disimular su inquietud repentina y sabiendo que ella lo prefería, le propuso volver a casa dando un paseo. Hacía frío, pero nada que un paso ligero no pudiera remediar.

A Estela le gustaba caminar cogidos de la mano, recorriendo las calles de Madrid a la par que mostrando su amor a todo el que se cruzara.

Recordaba los inicios de su relación, cuando volvían paseando a casa después de una larga jornada de trabajo en el hospital. Solía afirmar que su amor había empezado ahí, en las manzanas que separaban el hospital de su apartamento. Puede que tuviera razón, aunque de lo que Leonardo estaba menos seguro era de si ese amor seguía existiendo, o peor aún, si en algún momento había existido.

Aunque hubiese tenido un comienzo prometedor, una avalancha de pensamientos invadió su mente en los días que siguieron, despertando cada vez más las dudas acerca de su relación recién estrenada. No era la primera vez que se le pasaba por la cabeza la duda de si se habría precipitado, haber estado solo un tiempo era quizás lo que hubiese necesitado. Cuando Enrico salía de una

relación para meterse en otra, siempre le aconsejaba que esperara un poco, que disfrutara de su soltería primero y aprovechara para reflexionar, premisa que manifiestamente había obviado.

Todo había ido tan deprisa, pero a la vez tan natural y espontáneo que no lo percibió como un peligro. De compañera de trabajo pasó a ser compañera de piso, y acto seguido compañera de vida. Sin duda un proceso fácil y evidente, aunque no hubiese valorado las consecuencias.

Decidió tomar el tiempo necesario para aclarar sus sentimientos. Precipitarse no ayudaría.

Sumido en un mar de dudas y desesperación, saber qué era lo mejor para los dos se convirtió en su peor pesadilla.

—Hola, Augusto.

—¡Hijo mío! ¡Qué alegría oírte! ¿Te puedes creer que al ver tu nombre en la pantalla del teléfono he derramado todo el café? Dame solo unos segundos para que lo limpie.

Fue un impulso, durante años había sido su mentor. En su mayoría le había ayudado y orientado en temas profesionales, aunque alguna que otra vez le dio algún buen consejo respecto al ámbito privado. La amistad cruzó las fronteras del entorno profesional, para llegar, sin previo aviso, a alcanzar el familiar.

Cuando aceptó que pedir la opinión de alguien no tan metido de lleno en su problema quizás le ayudaba, solo pensó en él.

—Ya estoy aquí. Disculpa la espera. No sabes el desparrame que he hecho.

—Si te llamo en mal momento podemos hablar otro día, no es urgente —añadió con la esperanza de seguir aplazando el tema.

—Para nada, nunca estoy ocupado para ti, hijo. ¿Cómo va el hospital? ¿Sigues trabajando con esos compañeros tan majos que me contaste que tenías?

—Sí, seguimos con la misma plantilla. Ninguna incorporación desde entonces. Y como sospecharás, seguimos a tope. Nunca había visto un hospital tan desbordado como este. Espero que se den cuenta pronto y contraten más personal, si no los que acabaremos llenando las camas seremos nosotros.

—Ojalá.

—¿Tú qué tal por ahí?

—¡Genial! Aunque no para de llover… Llueve cuando me levanto y sigue igual cuando me acuesto. Vuelvo a casa cada día con los pies empapados, necesito un poco de sol. De hecho —respiró— ¡tengo ganas de verte! He pensado que quizás podría hacerte una visita el mes que viene. Así me presentas a Estela, me encantaría conocerla.

—Precisamente te llamo para hablar de ella.

—¿Está bien? ¿Le ha sucedido algo?

—Está perfectamente. Esa no es la cuestión. Quien no está bien soy yo. Llevo varias semanas preguntándome qué hacer. Estela es una mujer maravillosa, lo tiene todo para volver loco a cualquier hombre. Es inteligente, trabajadora, dulce, hasta le encanta cocinar como a mí. Además, está muy ilusionada con la relación. Su hermana quiere que seamos los padrinos del bebé que está esperando.

—¿Padrinos? ¿Los dos?

—Eso mismo le dije yo. Pero bueno, ese no es el caso. Lo que intento decirte es que no estoy seguro de si siento lo mismo que ella. Al principio estaba ilusionado con la relación, me entretenía. Siempre nos hemos reído mucho juntos, y lo seguimos haciendo. Pero hay algo que no acabo de ver entre nosotros. No sé si me explico.

—Creo que te explicas muy bien, hijo. Mira, Leonardo —suspiró para coger aire—, el amor es el sentimiento más noble y puro que existe. No hay forma cierta o exacta de explicarlo. Es un sentimiento tan mágico y a la vez tan abstracto que resulta difícil asignarle palabra alguna. Yo quise mucho a tu madre. Muchísimo. Cuando me dejó quedé tan destrozado que pensé que nunca saldría del pozo en el que yo solo me había metido. Lloraba día y noche, sin descanso y sin consuelo. Nada ni nadie era capaz de paliar el dolor que sentía. La gente cree que cuando eres joven el amor no duele, pero te aseguro que no es cierto. Era como si me hubieran arrancado un miembro del cuerpo.

—Volvió a respirar hondo—. Lo que te quiero decir con todo esto es que el amor se siente o no se siente. No hay porqués, no hay dudas. Puede haber momentos mejores y peores, disputas, conflictos y

controversias, pero no por ello se deja de querer a la persona. Se quiere diferente. Con el tiempo, el amor pasa de ser principalmente pasional a convertirse en algo más racional a la par que puro y sincero, algo que el resto del mundo no entiende, solo las partes implicadas. Es como un juicio, aunque intervengan abogados, juez y jurado, solo el acusante y el acusado conocen la verdad absoluta. Y aunque el resto de los participantes crean conocerlo todo, siempre hay detalles que se escapan. Estoy seguro de que Estela es tan increíble como la describes; sin embargo, estoy menos seguro de que sea la persona que necesitas en tu vida.

—Supongo que tienes razón —declaró con resignación.

—Mi objetivo no es tener razón, ¿lo sabes?

—Lo sé.

—Me alegro. Y me alegro también de poder ayudarte y de que te sirvan mis consejos. Son muchos años los que hay que recuperar.

—No digas eso. Sí, hemos desaprovechado ciertos años, pero podemos intentar que los que están por venir compensen el tiempo perdido.

—Ni te imaginas lo feliz que me haces diciéndome eso.

—También lo sé. Por eso lo digo. Pero lo pienso de verdad.

—Muchas gracias.

—De nada. Te tengo que dejar, te he llamado de camino al hospital y estoy ya en la puerta. Gracias por los consejos —hizo una pausa—, papá.

La primera vez que un hijo pronuncia la palabra papá suele ser alrededor de los diez meses de vida y sin saber muy bien qué significa; aun así, todo progenitor lo percibe como una inyección de adrenalina y gozo indescriptible. Si esa primera vez llega después de tantos años, el regocijo no es mayor ni menor, pero sigue siendo igual de intenso. Eso fue lo que sintió Augusto al colgar el teléfono, había conseguido lo que jamás hubiese imaginado, reconciliarse con su hijo, y más aún, que le concibiera como un padre.

Aun sin ser igual, el sentimiento de Leonardo al colgar también tuvo un balance positivo. Su padre había confirmado lo que ya él intuía, pero no se atrevía a admitir, debía acabar con una relación que no le hacía feliz.

Volvió a casa con la determinación de hacerlo, cuando se encontró con una Estela envuelta en llanto.

Había discutido con su hermana.

Resultó que Leonardo tenía razón cuando presumió que solo se refería a ella cuando le dio el honor de ser la madrina de su futuro bebé.

Leonardo no entraba en el lote. Sin saber de la confusión, esta le dijo que el mejor amigo de su marido sería el padrino, lo que destrozó las ilusiones de Estela y derivó en una fuerte discusión entre ellas. De esas donde se sacan los trapos sucios que llevan guardados en un cajón desde años, bien plegaditos y ordenados, pero aun así pueden ver la luz en el momento más inesperado.

Incapaz de anunciar lo que había venido pensando durante el camino, no vio de otra que estrecharla entre sus brazos y servirle de consuelo.

Ni el peor de los hombres sería capaz de dar tal noticia ante semejante situación. Le propuso salir a dar un paseo para calmarse y tomar el aire.

—Vamos. Te hará bien salir.

—Sí, tienes razón. Qué suerte tengo de tenerte.

De repente, una capa se añadió al sentimiento de culpa.

Caminaron largo y tendido.

Gracias al estado de conmoción en el que se encontraba por la discusión con su hermana, no se percató del desasosiego que tenía a Leonardo remando contra la corriente.

De lo poco que sabía sobre la relación entre Estela y su hermana, era fácil deducir que la discusión no llegaría a ningún puerto. El vínculo que las unía era robusto. Pensó en su primo Charles y en cómo le hubiese gustado tener una conexión parecida con él cuando eran niños.

Discusiones se tienen con toda la gente que amas, pero se sale de ellas más fuerte.

Anduvieron por calles en las que habían pasado cientos de veces, era tarde y empezaba a refrescar. Compraron una papelina de castañas asadas, bien tostadas y calientes. Nada mejor para calentarse y subir el ánimo.

Giraron la esquina del vasto edificio de oficinas donde trabaja Anabel, con tal suerte que se toparon con ella de frente.

Leonardo fue el primero en predecir el encuentro, la distinguió entre la muchedumbre de un martes, con gente saliendo de trabajar, entrando en los salones de espectáculos y bebiendo en bares. La vio como quien ve una aguja relucir entre cientos de ramilletes de paja, su mera forma de caminar le bastó para saber que se trataba de ella.

Su pulso pasó de cero a cien, le empezaron a sudar hasta las pestañas.

Apartó la mano con la que tenía cogida a Estela en el preciso instante en que Anabel se dio también cuenta de la situación.

Se detuvieron en seco. A Estela le costó apenas unos segundos entender lo que pasaba.

—Hola.

—Hola —respondió Leonardo sin poder mantener la mirada—. Esta es Estela.

—Encantada —dijeron al unísono.

Nada de dos besos de rigor, típico en cualquier presentación o cuando te encuentras a un conocido por la calle, mantuvieron las distancias como si de una pandemia se tratara.

—Me alegro de verte. Supongo que sales ahora del trabajo.

—Sí, estas últimas semanas están siendo duras, hay varios vencimientos que cumplir.

El caso omiso al primer comentario hizo que su grado de nerviosismo creciera todavía más si cabe.

No fue menos la aceleración de Anabel. Era la primera vez que se encontraban en mucho tiempo. Meses sin hablar, el uno pensando en el otro continuamente, con cientos de cosas que contarse y miles de relatos que compartir, pero escasas las palabras oportunas.

Anhelaba tocar su cuerpo, besar sus manos, oler su perfume. Ese perfume discreto y a la vez intenso que tan solo su olor corporal poseía. Tantas noches soñando con él, oliendo su aroma gracias al fular que se dejó olvidado. Imaginando su próximo encuentro en la taberna irlandesa que los dos adoraban, donde tomaron su primera cerveza juntos en Madrid. No muy lejos de la Puerta del Sol, la

taberna vestía cada centímetro de sus paredes, con bandejas, candelabros y todo tipo de artilugios. Los días lluviosos eran la mejor ocasión para apearse en ella. Cuando el frío de la calle se hacía insoportable y la lluvia empapaba sus zapatos, cobijarte entre sus paredes de piedra tallada bebiendo una cerveza bien fría acompañada de cualquier aperitivo era como transportarse a otro siglo.

Un inevitable silencio incómodo hizo que sus miradas se cruzaran tímidamente, diciendo tanto y tan poco al mismo tiempo.

—Os dejo seguir vuestro camino, supongo que ibais hacia algún lugar.

—No, en realidad solo estábamos caminando un poco para estirar las piernas.

—En ese caso, que tengáis buen paseo —se despidió muy a su pesar sin entender cómo el miedo de no volver a verle le permitió pronunciar sus últimas palabras.

Pasaría más tiempo del que les hubiese gustado hasta que sus caminos se volvieran a cruzar.

Siguió caminando sola y desorientada, cuando se quiso dar cuenta estaba yendo en dirección contraria a su apartamento. Con los pies llenos de heridas ocasionadas por los zapatos nuevos que portaba, siguió caminando sin sentir que las lesiones crecían con cada paso.

Empezaba a anochecer, y los grupos de jóvenes bebiendo en las calles y los parques se hacían cada vez más frecuentes. No quería volver a casa, estar sola, o con la indiferencia de Carolina, no sabía qué era peor. Se entristeció al darse cuenta de que no sabía a quién llamar. Había abandonado su vida social. Sintió la tentación de llamar a Teresa, Carmen o Claudia, pero no lo hizo.

Caminando por una calle estrecha, el claxon de un coche a escasos centímetros le hizo reaccionar. No vio el peligro, un Audi A3 color azul metalizado había estado a punto de arrollarla. El conductor, un hombre entrado en años, bajó la ventanilla para gritarle. Haciendo caso omiso, prosiguió su trayectoria.

ANABEL_20:27

Hola Emilie

Hace tiempo que no nos vemos

Estoy cerca de tu casa

¿Te apetece tomar algo?

Y cuando se disponía a emprender el camino de vuelta a casa, ocurrió lo inesperado.

EMILIE_21:05

Ok

Dime donde estás y voy

Se dieron cita en un bar de copas al que solían acudir de jovencitas.

Bastante tradicional y hogareño, el dueño y los camareros eran como de la familia. En aquel lugar habían celebrado cumpleaños, conocido a chicos, reído y llorado. Aun siendo una taberna modesta, las tapas eran exquisitas, los precios asequibles y el personal amable donde lo haya.

Decorado de forma rústica, con taburetes y mesas de madera, el lugar más emblemático del local estaba en el subsuelo.

Numerosas guías turísticas hablaban de sus servicios, separando las zonas masculina y femenina por una majestuosa fuente del siglo XV, de piedra tallada a mano y comprada a un anticuario al borde de la quiebra por dos duros. Pocos eran los clientes que partían sin visitar el excusado.

Sentada en una mesa cerca de la ventana, Anabel no cesaba de darle vueltas al asunto. Demasiadas emociones en un solo día. Por un lado, el encuentro con su amor fallido y ahora con una amistad resquebrajada por los sinsabores de la adolescencia. Momentos antes de que llegara, estuvo a punto de marcharse, pero su indecisión hizo que Emilie apareciera por la puerta antes de poder siquiera tener tiempo de pensar en lo que iba a decir.

Tras saludarla con dos besos, Emilie le hizo señas al camarero para que le sirviera lo mismo que estaba tomando su amiga.

—Me ha sorprendido que me hablaras.

—Lo imagino.

—¿Qué tal estás? La última vez que te vi desapareciste sin dejar rastro ni decir adiós.

Muy segura de sí misma, lejos quedó la Emilie sumisa y obediente que un día fue. Madurada por los años y los golpes de la vida, había decidido no dejarse amedrentar por la vanidad de nadie, y mucho menos de quien tantas veces le había vejado.

La confianza en sí misma resultaba tan evidente que Anabel se puso, si cabe, aún más nerviosa. Ya no sabía si pedirle perdón por una adolescencia de sometimiento, si contarle sus problemas con Leonardo o si pedirle consejo sobre Carolina. Tal fue su desasosiego, que derramó todo el contenido de su copa en la mesa.

Por suerte o por desgracia, el camarero justo pasaba por su lado y limpió todo de inmediato, obsequiando además a la joven con otra copa de vino, lo que hizo que pudieran rápidamente volver a la conversación en la que se encontraban inmersas.

—Tienes razón, lo siento. No debí marcharme de ese modo. Si te he llamado, en parte es por eso. Siento no haber sido igual de elocuente como lo fue Claudia aquel día, me conoces y no se me da bien aceptar mis errores y pedir perdón. Aun así, si estoy aquí es por eso, me gustaría disculparme por tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Te escucho, empieza por el principio.

—Sé que en el pasado he sido muy dura. No solo contigo, sino también con Claudia y Andrea —empezó diciendo a la vez que jugueteaba con la copa de vino sin poder siquiera beber un sorbo—. Reconozco que no tuvo que ser fácil para vosotras pasar aquellos años de universidad siendo mi sombra, y admito que no he sido la mejor de las amigas. Os he obligado, o incitado, a seguirme, a hacer cosas que no siempre queríais. Os he manipulado y utilizado a mi antojo. Quizás es tarde, y entendería que no quisieras perdonarme, porque no me lo merezco —una tímida lágrima le recorrió la mejilla terminando en la comisura de su boca—. También sé que nunca has dejado de visitar a Andrea, cosa que me alegra muchísimo, aunque no lo demuestre. Te has comportado con ella como debí hacerlo yo. Si no fuera por mí no llevaría tanto tiempo postrada en esa cama de hospital.

—Mira, Anabel —interrumpió—, si te soy sincera nunca fuiste santo de mi devoción. Ser tu amiga durante los años de universidad no se justificaba en nada más que en tu popularidad. Quizás lo que estoy diciendo no me deja en muy buen lugar, pero llegados a este punto no me da vergüenza admitirlo. Ser amiga tuya y de Claudia me proporcionaba acceso a fiestas y sitios exclusivos a los que nadie hubiese invitado a la tímida y regordeta Emilie. Aun así, si algo me diferenció de ti durante aquellos años fue que yo sí tenía un corazón latiendo dentro de mí. Asumo el interés que me llevó a acercarme a vosotras, pero reconozco que de haber conocido las consecuencias probablemente hubiese optado por quedarme fuera de esas fiestas llenas de gente y vacías de honradez. Aun así, rectificar es de sabios, y si estoy aquí ahora es para perdonarte y pedir perdón en retorno. Gracias a ti conocí a una de las más bellas personas que tiene este mundo, Andrea. Un alma pura y bondadosa, sin un ápice de malicia dentro de ella. Por desgracia, el destino quiso que sufriera aquel terrible percance. Y ojalá nos dé un día la alegría y se levante de esa cama de hospital. Pero sea como fuere, eso no es tu culpa. Fue un accidente. Yo estaba presente cuando sucedió, y a pesar de que tu comportamiento tras el atropello, como tú bien dices, ha sido bastante deplorable, eso no te hace ser culpable. Nadie es responsable de lo ocurrido. Ni siquiera tú.

Posiblemente aquella fuera la primera vez que Anabel mostraba su lado humano frente a Emilie. Las lágrimas brotaban de sus ojos como cascadas, sin cesar y con vigor.

Culpa.

Ese sentimiento agudo y avaro que hace que las personas cambien. No hay reglas. No hay patrón. Cada culpa es única, al igual que cada perdón.

Buscando atenuar la suya, Anabel optó por alejarse de Andrea, el foco del problema. Necesitaba atenuar la pena y el remordimiento que sentía desde aquel fatídico día en París. Andrea era su prima, su responsabilidad y el accidente ocurrió mientras la visitaba. No lo podría haber evitado. ¿Cómo saber que aquel motorista imprudente se cruzaría en ese preciso momento para cambiarles la vida para siempre?

Imposible predecirlo.

Y, aun así, solo las palabras de Emilie hicieron que el sentimiento fuera aminorando. Esa sensación que se instaló en ella desde el día después del accidente empezaba a aligerarse. Fue como desprenderse de una roca que llevaba años arrastrando.

Nadie antes había materializado las palabras que necesitaba escuchar.

¡Anabel, no es tu culpa!

Seguía llorando, de pena, pero sobre todo de alegría. Tuvo que ser alguien a quien tanto había ninguneado quien viniera a abrirle los ojos y traerle el consuelo que necesitaba.

Sorprendida por el devenir de la situación, como pudo, Emilie intentó distender su pesar y calmarla. Al cabo de unos minutos repletos de llantos y lamentaciones, por fin consiguió tranquilizarla.

—Te agradezco que hayas venido. Lo necesitaba.

—Ya lo veo. La verdad, no dejas nunca de sorprenderme. ¿Quién hubiese dicho que la popular Anabel Heredia estaría aquí conmigo compadeciéndose y hecha un mar de lágrimas? —señaló tras tomar un sorbo de su copa de vino—. No me malinterpretes, pero me alegro. Verte en este estado ha mejorado la percepción que tenía sobre ti. Digamos que te ha humanizado. Y eso es un bueno, querida amiga —añadió sin dejar muy claro si sus últimas palabras eran una ironía.

Pasaron el resto de la noche como dos amigas íntimas. Después de que el detonante explotara y se dijeran todo lo que llevaban guardado, un tupido velo corrió entre sus diferencias del pasado y pudieron mirar hacia adelante, forjando lo que quizás se convertiría en la bonita y sincera amistad que nunca tuvieron.

—Cuando nos hablaste de Leonardo, enseguida supe que ese chico tendría un impacto positivo en ti. Me alegro de que encontraras a alguien así. ¿Qué tal está?

—Estar sé que está bien. Me he cruzado con él en la calle justo antes de escribirte. Con quien no está es conmigo, hace ya un tiempo que lo dejamos —sus ojos volvieron a entristecerse, no dejaba de pensar en quién sería la chica con quien le había visto.

—Vaya, una pena. Me parecía perfecto para ti.

—Lo sé, creo que a mí también…

Sin querer entrar en otro drama, intentó desviar la conversación en otra dirección. Las desventuras mejor tratarlas de una en una.

A pesar de la desventura de haber visto a Leonardo con otra, se sentía feliz. Abrirse a Emilie le había dado paz.

¿Estaría en lo cierto?

¿Se estaría ablandando su gélido corazón?

Ni ella misma era capaz de saberlo.

19 Coq au vin: del francés, gallo al vino.

Capítulo 16
¿Y ahora qué?

Furia.

La tensión se podía cortar con cuchillo.

Cada vez que se disponía a hablar con ella algo sucedía, interponiéndose entre él y sus intenciones.

—¡No puedo creer que me estés dejando! ¿Pero por qué? Si estamos de maravilla, nunca antes había tenido una relación más sana y sincera. ¡No entiendo tus razones! —furiosa y desencajada, Leonardo se alegró de haber esperado a que llegaran a casa para anunciarle su propósito—. Justo ahora que es cuando más te necesito, con lo que está pasando con mi hermana. Me has decepcionado, no eres la persona que creía que eras. Me has engañado con tu romanticismo y tus buenos modales.

—No digas eso, por favor, sabes que no es cierto. En ningún momento mis intenciones han sido deshonestas. Simplemente no consigo sentir lo que tú sientes. Hay algo que no encaja en todo esto.

—¿Es por ella, verdad? La niña rica. ¿Anabel se llamaba? El verla te ha hecho volver a sentir cosas.

Por eso me dejas, yo solo he sido un calentón pasajero.

Aquella acusación despertó su nerviosismo, las manos le empezaron a sudar. Si bien se equivocaba en su acuse, no podía ignorar que ver a Anabel había vuelto a despertar algo en él. Aunque más que despertar lo llamaría reavivar.

—Te desconozco, Estela, entiendo que estés dolida, pero no estás siendo nada justa. Nunca te he mentido. En todo momento he sido honesto contigo, y es justamente por eso que estoy compartiendo contigo mis sentimientos. Siento mucho que lo percibas así, pero la

decisión está tomada. Creo que será mejor que me vaya, te llamaré para venir a por mis cosas.

Destrozada, quedó hecha un mar de lágrimas. El poco tiempo que habían estado juntos fue suficiente para enamorarse perdidamente. Resultaba complicado no dejarse envolver por su mirada profunda, con esos ojos marrón claro que parecían absorber todo a su paso. Acurrucada en un lado de la cama, lloró y lloró hasta secarse.

Vacío.

La única sensación equiparable a lo que estaba sintiendo. Todos sus planes giraban en torno a él, los viajes, las cenas, los proyectos, hasta cuando abría el frigorífico todo le recordaba a él, dos filetes empanados, dos doradas, cuatro longanizas, todo bien dispuesto para alimentar a una pareja, no a una sola persona. Más que perder un amante, había perdido un compañero de aventuras. Durante varias semanas vivió con resignación la marcha del autor de los últimos relatos acontecidos en su vida, del protagonista de sus anhelos.

***

Pronto se cumpliría el plazo.

Al margen de su recién aparecido padre biológico, Leonardo vivió hasta sus seis con el que había resultado no serlo. Aun así, con gran conveniencia, sus padres habían dejado el testamento bien atado antes de morir, como si supieran que la tragedia vendría a llevarse sus vidas antes de tiempo.

A pesar de que la ley estipulaba la mayoría de edad como término para heredar, Leonardo no podría disponer de ella hasta haber terminado la carrera de medicina. De haber optado por otra trayectoria profesional, quién sabe qué hubiese sido de su patrimonio. Afortunadamente no tendría que descubrirlo.

Empezaría la residencia en poco tiempo. Graduarse en medicina fue un honor para su padre, y se aseguró, aún después de muerto, de que Leonardo siguiera sus pasos.

Un número desconocido le llamó ese viernes por la tarde justo cuando acababa la ronda de visitas de planta. Se disponía a disfrutar

de un fin de semana completo lejos del hospital, cosa que no pasaba muy a menudo.

No era la primera llamada que recibía, el mismo número con prefijo francés que le había estado llamando toda la semana, pero no acostumbraba a responder durante las horas de trabajo.

Con un nítido francés, respondió a la llamada sin demasiadas expectativas.

—Buenas tardes, monsieur, soy el asistente de monsieur Dubois, notario de sus padres ya fallecidos. Me pongo en contacto con usted con el fin de notificarle que en breve se procederá a la lectura del testamento en París y se requiere su presencia a tal efecto. Hemos podido saber que actualmente vive usted en España. Le rogaría me proporcionara las fechas en las que pudiera presentarse el mes próximo en nuestras oficinas situadas en el Boulevard des Italiens para el acto oficial de la lectura.

Aun siendo sabedor de ello, la llamada le pilló por sorpresa. Nunca había sido una persona codiciosa, recuerda vagamente la casa en la que vivió con sus padres hasta los seis años. Una finca a las afueras de París, con todas las comodidades, pero sin grandes lujos. Aun pudiéndose permitir mucho más, eran gente modesta. Su tía Alexandra, disponiendo de ciertos poderes como tutora legal de su sobrino huérfano, y bajo asesoramiento financiero, vendió la casa poco después del accidente, añadiendo tal ganancia al monto de la herencia total que recibiría Leonardo en su debido momento.

No echaba de menos París, la ciudad que le acogió hacía menos de un año se había convertido en su nuevo hogar. Los bocadillos de calamares, el calor de la gente y sus días soleados se volvieron imprescindibles para él, como si aquel hubiese sido siempre su lugar y apenas acababa de descubrirlo.

Como estaba acordado, pidió unos días de vacaciones que debería compensar con guardias interminables a su vuelta para poder personarse al acto notarial.

París no había cambiado en absoluto, todo seguía en su sitio. El mismo ritmo frenético, con comidas de negocios que se alargan hasta altas horas de la tarde, los mismos *pain au chocolat*, que tanto

echaba de menos, y su gente, siempre bien vestida y dispuesta a comerse el mundo.

Volver a la ciudad que le vio crecer le trajo un millón de recuerdos.

Caminar por las calles repletas de gente apresurada, cuando a tan solo unos metros otros disfrutaban de un paseo relajado a orillas del Sena, dando de comer a los patos o tomando un café en una de tantas terrazas con vistas inmejorables.

Se identificó con la multitud que caminaba con prisa, para llegar al trabajo y no perder la correspondencia del metro. Desde la terraza de la cafetería donde se deleitaba con un *Café Latte* y un *pain au chocolat*, vio a un chico joven, cargado con carpetas, libros y un café que acababa de derramar por el suelo, manchando los bajos del vestido de una mujer un tanto vanidosa, quien no dudó en obsequiarle con una buena regañina ante la mirada atónita de cuanto viandante quisiera observar.

Aunque su cita era por la tarde, tomó un vuelo con llegada bastante temprano. Se permitió el lujo de pasar una larga jornada lejos del ajetreo diario en el hospital. Su tía Alexandra le acompañaría para un café tras comparecer ante el notario.

Sin darse ni cuenta, la mañana quedó tras él. Comería en un restaurante pequeño, leyendo un libro y mirando a la gente pasar a través de la ventana.

Llegó a la notaría veinte minutos antes de la hora prevista, mientras dudaba entre entrar o dar otro paseo, apareció como de la nada su tía.

Como de costumbre, lucía espléndida. Una de las cosas por la que la admiraba era su capacidad de hacer gala de un atuendo siempre exquisito sin mostrar que las piezas que lo componían podían comprarse en comercios de segunda mano y provenían de retales viejos que ella misma tejía. Dentro de ciertas clases sociales y sectores de influencia parisinos, guardar las apariencias prevalecía antes que todo. Con un *blazer* estilo *Chanel* de color beige, en *tweed* y con botones dorados y una falda por encima de las rodillas rosa ponche, apareció deslumbrando con su sola presencia.

Tras un fuerte abrazo homenajeando el reencuentro, entraron en las oficinas. Los asistentes se encontraban ya reunidos en la sala

acordada para el acto. La presencia de una mujer desconocida del lado de los llamados para la ocasión desconcertó a los recién llegados a la sala.

«¿Quién sería esa mujer misteriosa con aires de clase baja y escaso porte?», se preguntó Alexandra al advertir que de estar presente probablemente recibiría también un trozo del pastel.

—Buenas tardes. Compareciendo todas las partes implicadas, se procede a la lectura del testamento de doña Loana Pons y don Rafael Campos.

Al citar los nombres de los presentes, supieron que la mujer desconocida se llama Mary Lemoine, aunque no fue hasta más tarde cuando supieron la razón que la llevaba a participar en el acto.

Como esperado, Leonardo recibió una cuantiosa suma de dinero y una cartera de acciones y obligaciones cuyo valor había incrementado cuantiosamente en los últimos años. Lo suficiente para retirarse y vivir de rentas si invertía bien el capital, cosa que ni por un monte se cruzó por la cabeza. Como bien estipulado, todo ello tendría efectos prácticos en el momento en que este pudiera acreditar que la carrera de medicina había sido completada. Antes de elegir especialidad y comenzar la residencia, se haría entrega de lo citado.

Su tía Alexandra, como agradecimiento, recibió una suma bastante más modesta, aunque considerable para su estatus.

Y, por último, a Mary Lemoine se le otorgó la propiedad de una modesta casa de campo, cerrada desde hacía décadas y de quien nadie, ni siquiera Loana conocía su existencia. Al parecer Mary había sido el amor de Rafael, se conocieron años antes de que Loana apareciera en su vida.

Una vez más se confirmaba la aparente creencia de que, en cierto modo, Rafael había dejado todo bien atado antes del inesperado accidente.

Se conocieron muy jóvenes, Rafael, emigrante y recién llegado de España por el trabajo de su padre, empezó a trabajar como jardinero por las tardes en casa de los Lemoine para ayudar en casa. En poco tiempo se enamoraron y comenzaron un romance furtivo

anticipando la postura que su familia tomaría al respecto de ser sabedores del asunto.

Inevitablemente, el pastel acabó por descubrirse y los jóvenes enamorados forzados a tomar caminos separados.

Tras internar a Mary en un colegio de monjas cerca de la frontera suiza y sin capacidad de mantener el contacto de manera alguna, ambos se resignaron a vivir caminos diferentes.

Tiempo después, por casualidades de la vida, a los oídos de la familia llegaron rumores de la gran fortuna que el padre de Rafael había cosechado en los últimos años. Incitaron a Mary, todavía soltera por aquel entonces, a retomar el contacto con Rafael, quien resultó estar ya casado con Loana, por lo que un acercamiento entre ellos no fue posible.

Aunque sus vidas continuaron por caminos separados, Rafael nunca dejó de amarla. También amaba a Loana, se podría decir que su corazón les pertenecía por igual, pero la madre de Leonardo nunca lo supo. A causa de una mala inversión, los Lemoine quedaron arruinados y fueron obligados a dejar su casa y vender todas sus posesiones. Esa casa donde el amor surgió y en la que tantos buenos momentos pasaron. Esa casa de campo que Rafael no pudo evitar comprar al cabo de los años tras haber pasado por diferentes propietarios. Nunca nadie lo supo, ni siquiera Mary sabía que la casa que acababa de caerle del cielo era aquella en la que pasó su infancia, aquella que con tanta angustia dejó y a la que pensó nunca volvería.

Después de menos de una hora, el acto llegó a su fin. Los presentes abandonaron la sala, tan poco acogedora para la ocasión, con paredes blancas y desnudas de cuadros o decoraciones que dejaban poco que desear a la mesa fría de vidrio y metal. Estores blancos a medio bajar impedían que el sol penetrara más de lo necesario, haciendo, si cabe, aún más lúgubre la estancia. Poco fue el tanto de los decoradores que decidieron que, una sala que en tantas ocasiones acogería a familiares destrozados por la pérdida de un ser querido, luciera de aquel modo.

El rato entre tía y sobrino fue ameno, aunque cordial. Alexandra se veía mucho más interesada en el monto de dinero que acababa de

recibir que en saber de la vida de su sobrino en otro país. Cosa que Leonardo entendía y no le reprochó.

Como era de suponer, no podía dejar París sin antes verse con Augusto, quien muy a su pesar no pudo estar en París el día de su llegada como le hubiese gustado. Un viaje de trabajo le obligó a pasar unos días fuera, pero se las ingenió para volver antes de lo previsto y poder ver a su hijo.

Pasaron el día entero juntos, caminando, comiendo, bebiendo y sobre todo riendo. Poco a poco el resentimiento iba dejando paso al cariño y el afecto. Ver a Rafael tan entregado en la relación hacía que las cosas resultaran mucho más fáciles. Prometieron permanecer en contacto y verse a menudo, había una gran complicidad entre ellos y ambos estaban de acuerdo en recuperar el tiempo perdido.

Inesperadamente, el camino de vuelta se volvió agridulce. Regresaba a su querida España, mas París sería siempre su ciudad, lugar que le vio nacer y crecer, su identidad. Donde sucedieron la mayor parte de sus recuerdos, algunos tristes, pero otros maravillosos.

Perdido y confuso, se adentró en el avión que le llevaría de vuelta. No supo describir lo que sentía. Le invadía un sentimiento extraño y desagradable. Una sensación de no pertenecer a ningún lugar, de amar donde estás y odiar de dónde vienes un día, a querer hacer la maleta y perderte al día siguiente. Sentimientos contrapuestos, que se encuentran y se pierden entre ellos y que, unas veces no te dejan respirar, y otras te llenan de júbilo.

Aun sin haber sido nunca una persona codiciosa. No tenía problemas económicos, pero una vida alejada del calor de unos padres no le había permitido grandes lujos, gozar de un buen colchón como respaldo de cualquier imprevisto haría su vida más llevadera.

Pensó en alquilar un piso más grande, desde su ruptura con Estela deambulaba de una casa de huéspedes en otra. Darse de vez en cuando algún capricho nunca había estado entre sus propósitos. Le entristeció darse cuenta de que el primer pensamiento que le vino a la mente fue Anabel. Llevarla a cenar a un sitio elegante de esos que

tanto le gustaban, o comprarle algo bonito fue su primer reflejo. Y advertir que ya no era posible su infortunio.

Desde su último, el aroma de su piel, el tacto de su piel y su perfecta sonrisa, no habían dejado de cruzarse en su mente. Aun sabiendo que no se había portado bien con él. Aun siendo consciente de que se trataba de una niña mimada y caprichosa, el amor no se elige. En cambio, Estela representaba lo que siempre había buscado en una mujer, cariñosa y dulce, a la par que fuerte y decidida.

Lamentablemente para él, como tantas veces había escuchado en su película favorita de Woody Allen, el amor es la emoción más compleja que existe y los seres humanos son imprevisibles. No hay lógica en sus emociones y donde no hay lógica no hay pensamiento racional.

En repetidas ocasiones se había encontrado a sí mismo analizando la palabra amor. Se acostó en la cama con los brazos alzados aguantando su cabeza y mirando a través de la ventana. Se preguntaba si todos los seres humanos vivían el amor de la misma manera. Lo consideraba algo irracional, inexplicable y a veces efímero, pero a la vez maravilloso, chispeante e indescriptible. Miraba los árboles a través de la ventana, observando cómo el viento sacudía sus hojas sin piedad.

***

Llovía. El cielo estaba cubierto de un manto de nubes grises que iban descargando furia a su paso. A pesar del ruido de los truenos, Asunción se estremeció al oír las dos campanas del reloj del salón dando las seis y media. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, sin saber ni entender por qué, no acostumbraba a alarmarse con las tormentas.

Julio acababa de volver del instituto, tras tomar un café con dos galletas de mantequilla se fue a dar una ducha, ritual que mantenía intacto desde hacía años. Posado en la mesilla de noche, su teléfono móvil sonó varias veces. El sonido del agua cayendo sobre sus hombros impidió que escuchara el zumbido continuo e insistente del pequeño aparato. No se consideraba un fanático de la tecnología,

tenía un teléfono último modelo que Cintia se empeñó en comprarle, si por él fuera se las arreglaba con uno que le permitiera llamar y jugar al solitario de vez en cuando.

Asunción tenía la tarde libre, a pesar del mal tiempo prometió acompañar a su sobrina a elegir un regalo de cumpleaños para su madre, escuchó el teléfono fijo sonar cuando recién cerró la puerta de entrada. No imaginó que pudiese ser algo importante, en rara ocasión le llamaba alguien que no fuese para vender algo.

Con la batería a punto de agotarse, el móvil sonó y sonó hasta apagarse por sí solo.

No fue hasta media hora más después de haber salido de la ducha cuando el teléfono de la entrada volvió a sonar.

—¿Sí?

—Por fin, te llevo llamando desde hace una hora.

—¿Todo bien, Pedro? Te noto agitado.

—Andrea no está bien, la han llevado a quirófano hace una hora.

Los niveles de oxígeno en el cerebro estaban bajando a una velocidad de vértigo, además de otras cosas que ni he entendido. Si continúa así —dijo sin poder terminar la frase…

—No digas eso, hermano, todo irá bien. Voy para allá, salgo ahora mismo de casa.

De camino no pensó en nada, era incapaz de imaginar las consecuencias si le sucedía algo a su sobrina. Tomó las calles de manera inconsciente, sin pensar, había hecho tantas veces el recorrido hacia el hospital que conocía cada cruce y cada semáforo. Un sinfín de ocasiones en las que el corazón le había ido a cien, rogando para que al llegar todo estuviera bien, o al menos igual. Que el infortunio no visitase una vez más a su familia.

Resultaba difícil saber cuánto tiempo llevaba en el quirófano, los minutos se hacían horas, y las horas días. La incertidumbre se convirtió en el peor de los daños. Julio consolaba a su hermano instándole una y otra vez a tener confianza. «¿Podemos confiar en la incertidumbre?» se preguntaba Pedro desesperado. Una incertidumbre que se reveló en forma de desgracia.

Caminando cabizbajo sujetando con fuerza unos documentos, el médico que los había acompañado desde que Andrea llegó al

hospital entró en la habitación acompañado de una mujer.

—Buenas tardes.

—Doctor, por favor, díganos cómo está mi hija —inquirió Lola sin esconder su ansia. Llevaba horas de pie al lado de la ventana, mirando la cama vacía como si Andrea siguiera acostada en ella. Pedro se había sentado varias veces, pero aguantaba poco, tenía la sensación de que si se mantenía alerta traerían más rápido a su hija de vuelta a la habitación.

—Lamento mucho lo que les tengo que comunicar.

—¡No! ¡No lo diga!

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. Pero, sintiéndolo mucho, Andrea no ha soportado la intervención.

Los instantes que sucedieron a la nefasta noticia se tornaron borrosos.

Llanto y angustia invadieron a todos los presentes. ¿Cómo era posible?

Se preguntaban todos. Tan joven, tan llena de vida y, de repente, se desvanece como si nada. Dejando un vacío a su alrededor imposible de llenar.

Sorprendentemente, Lola mantuvo la compostura mejor de lo que ninguno hubiese imaginado. La mujer que acompañaba al doctor Castro formaba parte del equipo de psicología del hospital encargado de dar apoyo a los familiares de los pacientes; solía acompañar a los médicos en ese tipo de circunstancias. Hasta ella se sorprendió de la entereza con que se tomó la noticia la madre de la fallecida.

Pedro, en cambio, había roto a llorar desde el anuncio. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin cesar. Una cascada sin principio ni final. Se sentó en el borde de la cama, en la que apenas unas horas antes se hallaba su hija, aún con vida, y lloró y lloró, sin escuchar ni pronunciar palabra alguna.

Vivir es un regalo que no muchos aprecian. Despertarse cada mañana con un nuevo día por delante. Gozar de salud, tener un techo sobre el que cobijarse, la nevera llena y unos cuantos euros en la cartera. Pequeños privilegios que nos permiten algo tan sencillo como vivir.

Pero de la noche a la mañana la vida cambia, un coche, una enfermedad, una mala caída, cualquier cosa se cruza en tu camino el día menos pensado y ¡boom! Todo se acaba.

Dejas de respirar, la sangre para de fluir, los órganos se paran, empiezas a enfriarte. Donde antes hubo vida solo queda un cuerpo inerte, sin espíritu, un cadáver aún caliente que en pocas horas empezaría a descomponerse.

Les dejan ver a Andrea, pero deciden no hacerlo. Solo alimentaría el sufrimiento. Recordar la imagen de su cuerpo sin vida no les aportaría nada positivo. A pesar de la insistencia, prosiguen con su decisión de no verla. Quizás se arrepentirán un día, es posible, pero hoy decidieron que no.

Aun sabiendo que era una posibilidad, la muerte entró en sus vidas como un torbellino que arrasa todo a su paso. Por mucho que una vida no valga más que otra, cuando se trata de una persona tan joven el dolor se magnifica. Teniendo la vida un ciclo lógico y natural, cuando los hijos abandonan la vida antes que los progenitores nada vuelve a ser lo mismo.

Se puede volver a una vida medianamente correcta, cumpliendo las funciones básicas, comer, dormir, respirar… pero difícilmente volverán las risas, las fiestas y el trasnochar por volver tarde de una cena en casa de amigos. En su lugar aparecerá el insomnio, la desazón y la angustia. Esa angustia que parece haberse instalado para siempre, ocupando un lugar en la casa, en el salón, en el baño o en cualquiera de los lugares a los que vayan. Algunos expertos describen la muerte de un familiar cercano como un avance a la suya propia. Y ya sea porque una parte de ti mismo muere con él o ella, o porque te hace darte cuenta de que la muerte no es algo lejano que le pasa a los demás y a ti no.

Sea como fuere, pasarían años antes de empezar a asumir la pérdida.

Andrea ya no estaba. La chica buena, amable y cariñosa que siempre estaba ahí para los demás. Como solía llamarle su padre, la alegría de la casa, la niña de sus ojos. Su única hija.

Se dispusieron a recoger todo del hospital, pertenencias acumuladas durante tantos meses, libros, comida, el costurero de

Lola, las novelas policiacas de Pedro. Objetos portadores de paciencia y esperanza, que habían hecho la espera más llevadera, sin saber que las previsiones se presentaban de tal modo.

Alertada por su padre, Anabel apareció en el hospital al poco de suceder la tragedia. Llegó envuelta en llantos y desencajada. Tuvo que aparcar su coche y coger un taxi para poder llegar, los sollozos le impedían ver con claridad y conducir con prudencia. Entró en la habitación sin llamar, esperando que todo fuera una broma y su prima siguiera en la cama, pero no. En su lugar vio a su tío en un estado si cabe más ensombrecido que el suyo propio. Se abalanzó sobre él. Pedro siempre la había considerado una hija misma, y a partir de entonces, la única que tendría.

Se abrazaron largo y tendido. En su propio dolor y entre lamentos, se consolaban el uno al otro.

—¡Es culpa mía! ¡Ha muerto por mi culpa! Yo estaba ahí cuando la moto la arrolló, debí haberlo impedido.

—¡No digas eso por fácil, Anabel! Ni por un segundo creas que tienes nada que ver en lo sucedido. Nadie es responsable, aparte del desgraciado que conducía la moto, por supuesto. Te aseguro que lo va a pagar bien caro.

—¡No debimos salir! ¡Maldita la hora en que decidimos ir de compras! Andrea quería quedarse en mi apartamento charlando tranquilamente, pero las demás quisimos salir. ¡Fue culpa nuestra! —siguió gimoteando entre sollozos, empapando de lágrimas sus ojos de color esmeralda.

Pareciera que había invocado la presencia de Emilie, quien entró en la habitación acto seguido, uniéndose al desconsuelo en el que ya estaban sumidos. Se sentó en la cama junto a Anabel y la abrazó.

Lamentándose por lo que pudo ser y no fue, y agradecidos por lo que fue y no pudo ser, se dijeron todo sin decir nada.

La habitación de hospital, lúgubre e insípida, fue testigo de su dolor.

Sumidos todos en la pena propia de la pérdida, fueron abandonando el lugar, llevándose con ellos su pena, hasta dejarlo vacío y sin alma.

Probablemente se llenaría pronto, en los tiempos que corren poco permanecen sin dueño tales camas. Otro paciente la llenaría, cargado de esperanza o de resignación, ya que el futuro es incierto, pero los sentimientos lo son todavía más.

Llegaron a una casa vacía, hacía tiempo que Andrea no la llenaba con su alegría. Y ahora sabían bien que eso nunca más ocurriría. Pasaron varios días hasta que volvieron a dirigirse la palabra.

Lola, sin soltar apenas lágrimas desde la noticia, se encerró en su habitación. En repetidas ocasiones oyó a su marido llorar al otro lado de la pared, en el que fuera el dormitorio de su hija muerta.

Cuando la veía salir al baño o a la cocina, el llanto se paraba en seco, creyendo que así no se percataría de su sufrimiento constante, queriendo aparentar una entereza que no presentaba.

Anabel volvió a casa y se sentó en una de las sillas de la cocina con el teléfono móvil entre sus manos. Lo miraba como si le temiera. Como si el peor de los temores se escondiera tras de él. Lo bloqueó y desbloqueó en repetidas ocasiones, hasta que lo hizo.

—Leonardo, soy Anabel.

—Lo sé, ¿qué tal estás?

—Mal. Mi prima Andrea acaba de morir, ¿podemos vernos?

—Vaya, lo siento mucho de verdad. No imagino por lo que debes estar pasando. Claro, dime dónde estás y voy, justo hoy tengo el día libre. Estaba buscando apartamento.

—¿Apartamento?

—Es una larga historia, te explicaré luego, ¿dónde estás?

—En casa.

—Dame una hora y estaré llamando al timbre.

Al colgar, se felicitó a sí misma por haber sido capaz de hacerlo. El orgullo le impidió durante tiempo realizar la llamada. Es curioso cómo, en ocasiones, la mente humana nos juega malas pasadas, impidiéndonos caminar en línea recta, y obligándonos a sortear cientos de obstáculos innecesarios.

Poco pensó Leonardo después de la inesperada llamada. Cerró el ordenador, tomó una ducha rápida y se subió en el primer taxi que pasaba. No podía permitirse perder tiempo en el transporte público,

debía llegar a casa de Anabel lo más rápido posible. Se lo había prometido.

Cincuenta minutos después, el timbre del apartamento sonó. Sentada en el sofá como seguía, le faltaron piernas para dirigirse al interfono. Al verlo en la cámara, empezó a temblar, de pánico o de alegría, difícil de descifrar.

Durante los escasos noventa segundos que tardó en subir con el ascensor, se levantó y se sentó por lo menos tres veces. Nerviosa era poco, tanto tiempo sin estar con él a solas. Desconocía qué pasaría, si la viese como una amiga, como una amante o como una pobre desgraciada que necesita consuelo.

En el último momento se decantó por ir a esperarlo a la puerta, necesitaba saber lo antes posible que era cierto que Leonardo estaba ahí, que no había sido un sueño.

—Hola —dijo tímidamente cerrando la puerta del viejo, pero bien conservado ascensor.

—Hola, muchas gracias por estar aquí.

—He venido lo antes posible, no ha sido fácil encontrar un taxi a estas horas. ¿Cómo te encuentras?

—No estoy segura.

—Te entiendo. Aunque solo tuviera seis años, recuerdo la muerte de mis padres. Eso sí, algo borrosa.

Me resulta complicado distinguir cómo se sucedieron los hechos realmente de lo que me imagino en algunas ocasiones. Hasta cumplir quince años tuve pesadillas sobre ello, mi mente me jugaba malas pasadas, y siempre me dio reparo preguntarle a mi tía qué parte de la historia que me había formado era cierta y cuál no.

Quizás por miedo a darme cuenta de que todos los recuerdos eran imaginaciones mías —suspiró para coger aire—. En todo caso, me imagino por lo que estás pasando, y quiero que sepas que estoy aquí para lo que precises.

—Te lo agradezco. Todo ha sucedido muy rápido. Es cierto que Andrea llevaba mucho tiempo en coma, pero aun así nos ha pillado por sorpresa.

Nadie estaba preparado para ello. Yo no estaba preparada para ello.

Desbordada por las emociones, rompió a llorar repentinamente. En los últimos meses se había venido abajo como una hilera de piezas de dominó.

Leonardo, como ya imaginaba que pasaría, se acercó a ella rodeándola con sus brazos y frotándole suavemente la espalda. Volver a sentir sus cuerpos el uno junto al otro le hizo revivir todos los buenos momentos.

Paseos por las calles de Madrid, el atardecer en el Louvre, el fin de semana en el campo. Recuerdos unidos a sentimientos que nunca se marcharon.

Tenerla otra vez entre sus brazos despertó sentimientos cubiertos por una capa de arena tan fina que el más mínimo alzar del viento hace desaparecer. Deseaba volver a ser su sustento, el carmín en sus labios y la leche en su café. Verla volar abajo y encima de las nubes, junto a él, rodeado de sus brazos y embadurnada con sus besos. Le resultaba difícil explicarse a sí mismo por qué sentía lo que sentía. Difícil de entender por qué se sigue queriendo a la persona que ha sido cruel contigo. El amor suele ser cielo, pero ¿hasta qué punto llega su ceguera?

En un impulso, la separó de él, se miraron durante escasos segundos y en medio del creciente deseo que sentían, se fundieron como nunca antes en un beso tan profundo que sería difícil describirlo con palabras. Una eclosión de sentimientos que unió sus cuerpos llevando su amor un nivel más allá, acompañándolo con caricias y deshojándose como una flor al llegar la primavera. En poco tiempo se encontraron el uno frente al otro contemplando sus cuerpos desnudos.

Sobraban las palabras en medio de tal frenesí. El tiempo se paró en seco dejando paso al más ferviente deseo de pasar el resto de sus vidas el uno junto al otro. Los obstáculos de una vida agitada, de sentimientos encontrados y de límites por descubrir hicieron que sus destinos tomaran caminos opuestos durante un largo periodo de tiempo, el cual los dos estaban dispuestos a dejar atrás. Juntos habían hecho camino al andar, emprendiendo un camino sin retorno a la felicidad. Los pasos que dieron en falso se los llevaría el mar con la subida de la marea.

Se casaron un año después. Una ceremonia íntima con apenas cincuenta invitados tuvo lugar en la masía donde pasaron uno de los mejores fines de semana juntos. De esos que empiezan siendo aburridos y sin más, y acaban grabados en su memoria como uno de los mejores recuerdos de la proclamación de su amor. Mercedes se ocupó de organizar todo. A sus casi setenta años seguía regentando el lugar con la misma vivacidad y entusiasmo que el primer día.

No quisieron celebrar una boda con cientos de personas que invitas por compromiso. Familia y amigos cercanos, lo justo y necesario para iniciar el resto de una vida juntos.

Algunos criticaron que el acontecimiento se celebrara tan solo un año después de la muerte de Andrea. Pero a palabras necias, oídos sordos. Su prima tendría siempre un hueco en el corazón de Anabel, pero la vida seguía su curso, y con él seguía todo lo demás.

Lola seguía depresiva por la reciente pérdida de su única hija, y Pedro, separado de su mujer desde hacía pocos meses, sacó fuerzas de donde pudo para ver a su querida sobrina dar el sí quiero.

La pedida de mano se celebró en la misma cafetería de fachada blanca y grandes ventanales donde surgió el amor entre Cintia y Julio.

Reconvertida en librería temática y decorada para la ocasión, Anabel pensó que sería el lugar perfecto para la ocasión. Hacía apenas unos meses que había vuelto a abrir después de una larga temporada sin uso.

Cintia movió cielo y tierra para hacerse con el propietario de la antigua cafetería, cerrada desde hacía años, y restaurar el lugar.

Capturada por reavivar su amor juvenil, fue el regalo perfecto para el cincuenta cumpleaños de Julio.

Dando rienda suelta a su pasión literaria y su devoción por los jóvenes, Julio pensó en crear un nuevo concepto, y la idea de librería temática alternativa les entusiasmó a ambos. Gracias a sus precios bajos, ambiente acogedor y buen trato, en poco tiempo se convirtió en un nuevo lugar de moda a frecuentar. Se organizaban coloquios de todo tipo, en varios idiomas y sobre distintos géneros literarios. Dependiendo de la ocasión, el espacio se abarrotaba de jóvenes adolescentes comentando ciencia ficción, o de mujeres de

avanzada edad compartiendo consejos de organización y libros de cocina. Todo un triunfo en cuanto al fomento de la diversidad.

Con la apertura de la librería, Cintia buscaba también mostrar al mundo y a su hija su buena voluntad y su cambio radical. Quería convertirse en un ejemplo y referente para ella. Aunque parezca cruda, la muerte de Andrea fue el detonador que las unió como nunca lo habían estado. Salir de la clínica de desintoxicación con buenos modales no fue suficiente para que Anabel aceptase la nueva versión de Cintia. Pretender ser una madre atenta, cariñosa y clemente no le bastaba después de tantos años de ingratitud y desprecios. Sin embargo, el golpe duro de la muerte de un ser querido puede tener efectos inesperados, como lo fue en este caso. Superar la muerte de Andrea no fue tarea fácil, y Cintia aprovechó la ocasión para mostrar su apoyo y cariño en todo momento.

Bautizaron al local con el nombre de *Encuentros*. Doble sentido referente a los encuentros literarios que en él se mantenían, y a la primera cita de Cintia y Julio, donde ambos encontraron el amor.

A la par que comprar libros de segunda mano y sentarse a tomar un café, el local hacía las veces de punto de encuentro. Era posible tomar un café americano al tiempo que comentar con completos desconocidos las clásicas obras literarias que allí se podían encontrar.

Gracias al tiempo que pasó en la clínica y a la terapia que recibió al dejarla, Cintia logró convertir su forma de vida. Su voluntad le permitió aventurarse en una nueva etapa, siendo ella misma la interpretadora y traductora del mundo que se encontraba a su alrededor y eligiendo la mejor manera para llevar la felicidad a sí misma y a su familia. Quizás la lógica no podía explicar su cambio, como tampoco lo hacía el de Anabel, por eso es necesario entender que, a veces, la lógica no lo explica todo. Hay que ver la facilidad en la dificultad de los hechos. La incertidumbre en la certitud absoluta. Porque algunas veces la lógica no sabe explicar las certitudes, y otras se puede estar en acuerdo y desacuerdo al mismo tiempo.

Aceptar que la vida pasa, los días pasan, los momentos pasan y la gente a veces también pasa. Aun así, un día nos despertamos sabiendo que los importantes son aquellos que nos quieren tal y como somos, que saben ver a través de los enfados y de las malas

caras. Aquellos que de verdad cuentan. Puede que haya gente que entre y salga de nuestras vidas y otros que simplemente entraron por casualidad, pero los que deciden quedarse son aquellos que no tratan de apaciguar tu tormenta, sino que te ayudan a remar a través de ella.

Anabel y Leonardo pasaron por mejores y peores momentos, tanto juntos como separados. En algunas novelas se diría que el destino los volvió a unir, en esta se dice que fue el amor y el querer quien lo hicieron. No el querer romántico, más bien el que dicta la voluntad. Porque por mucho que el destino se empeñe, hace falta algo más para unir dos almas. Y, cierto es, algunas compañías hacen de otras mejores personas, pero sin voluntad nada es posible, y sin querer nada se puede.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a aquellas personas que han estado a mi lado desde el principio, que han visto crecer mi sueño y han confiado en mí sin condiciones. A mis padres, Conchín y Tomás, que me enseñaron a creer en mí misma y a nunca rendirme. A mi hermano, Tomás, que ha sido mi compañero de aventuras y mi referente.

A Laura, mi mejor amiga, que ha sido mi roca en momentos de duda y mi celebración en momentos de triunfo.

A mi hija Vega, que, sin saberlo, me dio la fuerza para salir de mi escondite y lanzar la publicación de la novela.

Y, en especial, a mi marido Quentin, que ha sido mi apoyo incondicional, mi motivación, mi amor y mi todo.

Gracias por creer en mí, por apoyarme y por quererme sin condiciones.

Gracias por ser mi motor y mi refugio, mi red de seguridad y mi fuente de inspiración.

Sin vosotros, esta novela no habría visto la luz.

Porque, aun sin haber contribuido directamente a su creación, habéis contribuido a mi crecimiento como persona.

Os agradezco por ser mi hogar, mi lugar de pertenencia y mi sentido de identidad.

Este libro es un reflejo de mi pasión y mi dedicación, pero también es un reflejo de vuestro amor y apoyo.

Gracias por estar a mi lado en este viaje.

Porque lo importante no es solo el camino que se recorre, sino las personas que nos acompañan en la gratificante travesía que es la vida.